

Ellen G. White Estate

TESTIMONIOS SELECTOS

TOMO 3

ELENA G. DE WHITE

Testimonios selectos 3

Ellen G. White

1934

**Copyright © 2012
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Vista General

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Se incluye en el más amplio de libertad [Libros online](#) Colección en el sitio de Elena G. De White Estate Web.

Sobre el Autor

Ellen G. White (1827-1915) es considerada como el autor más traducido de América, sus obras han sido publicadas en más de 160 idiomas. Ella escribió más de 100.000 páginas en una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiados por el Espíritu Santo, que exaltó a Jesús y se refirió a las Escrituras como la base de la fe.

Otros enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)
[Sobre la Elena G. White Estate](#)

Licencia de Usuario Final

La visualización, impresión o la descarga de este libro le concede solamente una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para el uso exclusivamente para su uso personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de trabajos derivados, o cualquier otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro termina la licencia otorgada por la presente.

Para más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores, o cómo usted puede apoyar este servicio, póngase en contacto con el Elena

G. de White en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y les deseo la bendición de Dios a medida que lee.

Prefacio

Nos es muy grato ofrecer a nuestros hermanos de habla castellana un nuevo tomo de los “Testimonios para la Iglesia.” Como lo indica el nombre que lleva la serie a que pertenece, a saber, “Testimonios Selectos,” se trata de una selección de los capítulos de aplicación más general que se encuentran en los tomos 1 a 4 de la colección inglesa de 9 tomos.

La buena acogida dispensada a los tomos ya publicados, I, II y V, nos mueve a creer que éste, que lleva el número III de nuestra serie y ha resultado el más voluminoso, será igualmente apreciado y contribuirá poderosamente a la edificación de nuestro pueblo. Cuando se le haya añadido el tomo IV, cuya traducción y preparación pensamos iniciar muy pronto, nuestros hermanos de habla castellana tendrán a su disposición todo lo esencial, es decir, casi todos los “Testimonios,” con excepción de los que se referían a condiciones locales, y por lo tanto, encierran menos interés para nuestros campos.

Deseamos que este tomo, juntamente con sus compañeros de la misma serie, pueda hallar cabida en la biblioteca de cada familia adventista, y llegue a ser, después de la Biblia, el libro de cabecera de sus miembros, pues tanto los jóvenes como los padres encontrarán en él valiosos consejos para la formación del carácter y para alcanzar la victoria en su lucha contra el pecado.

Los Editores.

[6]

[7]

Índice general

Información sobre este libro	I
Prefacio	IV
Capítulo 1—Eres guardián de tu hermano	8
Capítulo 2—La responsabilidad de los padres	11
Capítulo 3—La fe en Dios	13
Capítulo 4—Prepárate para encontrarte con tu Dios	15
Capítulo 5—El privilegio y el deber de la iglesia	19
Capítulo 6—Casas de culto	21
Capítulo 7—Lecciones de las parábolas	23
Capítulo 8—Deberes para con los hijos	26
Capítulo 9—En nombre de nuestra denominación	30
Capítulo 10—Los pobres	32
Capítulo 11—Nuestro deber para con los pobres	34
Capítulo 12—La religión en la familia	36
Capítulo 13—El poder de Satanás	42
Capítulo 14—El futuro	48
Capítulo 15—Padres e hijos	50
Capítulo 16—Peligros de la juventud	56
Capítulo 17—Andad en la luz	69
Capítulo 18—La oración de David	73
Capítulo 19—La debida observancia del sábado	75
Capítulo 20—Una carta de cumpleaños	77
Capítulo 21—El engaño de las riquezas	84
Capítulo 22—La contaminación moral	101
Capítulo 23—Una mente equilibrada	105
Capítulo 24—El orgullo y los pensamientos vanos	110
Capítulo 25—La tolerancia entre los hermanos	111
Capítulo 26—Las ovejas perdidas	114
La dracma perdida	114
El hijo pródigo	115
Capítulo 27—La guerra contra el yo	120
Capítulo 28—La complacencia del apetito	121
Capítulo 29—Peligro de los aplausos	125
Capítulo 30—El trabajo por los que yerran	126

Capítulo 31—El amor y el deber	129
Capítulo 32—La iglesia de Laodicea	131
Testimonios directos en la iglesia	135
La lucha contra el espíritu de Dios	138
Capítulo 33—¿Negaremos a Cristo?	140
Capítulo 34—Vivamos día a día	141
Capítulo 35—Despreciadores de los reproches	143
Capítulo 36—Los diezmos y ofrendas	147
Capítulo 37—El estado del mundo	173
Capítulo 38—El estado de la iglesia	177
Capítulo 39—El amor del mundo	180
Capítulo 40—La presunción	185
Capítulo 41—El poder del apetito	189
Capítulo 42—La unidad de la iglesia	195
Capítulo 43—Avancemos	201
Capítulo 44—Colaboradores de Cristo	209
Los reavivamientos sensacionales	215
La retención de los recursos	218
Capítulo 45—La prueba	225
Capítulo 46—El poder del amor	231
Capítulo 47—La obediencia voluntaria	232
Capítulo 48—La necesidad de la armonía	236
Capítulo 49—El carácter sagrado de los mandamientos de Dios.	242
Capítulo 50—Experiencias y trabajos.	250
Reuniones de temperancia	252
Visita al estado de Indiana	252
Efectos del recargo de trabajo	253
Congresos	254
Visita a Oregon	260
Viaje hacia el este	264
Reuniones en el este	265
En Battle Creek	268
Congresos de Kansas	269
Visita a tejas	271
Capítulo 51—Preparación para la venida de Cristo.	272
Capítulo 52—Los embajadores de Cristo.	280
Manera de hablar	290
Calificaciones para el ministerio	291

Capítulo 53—Influencia de una juventud piadosa.	294
Capítulo 54—Carácter sagrado de los votos.	296
Capítulo 55—Los testamentos y legados.	309
Capítulo 56—La relación de los miembros de la iglesia.	318
Capítulo 57—Casamientos antibíblicos	322
Capítulo 58—El aprovechamiento de los talentos	327
Capítulo 59—Los siervos de Dios	331
Capítulo 60—Amonestaciones a los hombres muy atareados. .	345
Capítulo 61—La influencia de las compañías.	347

Capítulo 1—Eres guardián de tu hermano

El 20 de noviembre de 1855, mientras me hallaba en oración, el Espíritu de Dios bajó repentina y poderosamente sobre mí, y fui arrebatada en visión.

Vi que el Espíritu del Señor ha estado apartándose de la iglesia. Los siervos del Señor han confiado demasiado en la fuerza de los argumentos y no han tenido la firme confianza en Dios que debieran haber tenido. Vi que los meros argumentos de la verdad no inducirán a las almas a tomar su posición con el pueblo remanente, porque la verdad es impopular. Los siervos de Dios deben tener la verdad en el alma. Dijo el ángel: “Deben recibirla cálida de la gloria, llevarla en su seno y derramarla con calor y fervor del alma a los que oyen.” Unos pocos, que son concienzudos, están listos a decidirse por el peso de la evidencia; pero es imposible conmover a muchos con una simple teoría de la verdad. Debe haber un poder que acompañe la verdad, un testimonio vivo para conmoverlos.

Vi que el enemigo está atareado en la destrucción de las almas. El ensalzamiento ha penetrado en las iglesias; debe haber más humildad. Se manifiesta demasiada independencia de espíritu entre los mensajeros. Esto debe ser puesto a un lado, y los siervos de Dios deben unirse. Han manifestado demasiado el espíritu que induce a preguntar: “¿Soy yo guarda de mi hermano?” Dijo el ángel: “Sí, eres guardián de tu hermano. Debes cuidar constantemente a tu hermano, interesarte en su bienestar, y manifestar un espíritu bondadoso y amante hacia él. Uníos, uníos.” Dios se propuso que el hombre fuese de corazón abierto y sincero, sin afectación, humilde, manso y sencillo. Tal es el principio del Cielo; Dios lo ordenó así. Pero, el pobre y frágil ser humano ha buscado algo diferente: la prosecución de sus propios caminos, y la atención cuidadosa a sus propios intereses.

Pregunté al ángel porqué la sencillez había sido excluída de la iglesia, y porqué habían entrado en ella el orgullo y el ensalzamiento. Vi que ésta es la razón por la cual hemos quedado casi entregados en la mano del enemigo. Dijo el ángel: “Mirad, y veréis que este

sentimiento prevalece: ‘¿Soy yo guarda de mi hermano?’” Volvió a decir el ángel: “Eres guarda de tu hermano. Tu profesión, tu fe, exigen de ti que te niegues a ti mismo y sacrifiques a Dios, o serás indigno de la vida eterna; porque fué comprada para ti a gran precio, a saber, por la agonía, los sufrimientos y la sangre del amado Hijo de Dios.”

Vi que muchos en diferentes lugares, en los estados del este y del oeste, estaban añadiendo una propiedad a otra, un terreno a otro, una casa a otra, y presentan la causa de Dios como excusa suya, diciendo que lo hacen para poder ayudar a la causa. Se encadenan a sí mismos, de manera que pueden ser de muy poco beneficio para la causa. Algunos compran un terreno y trabajan con toda su fuerza para pagarlo. Su tiempo está tan ocupado que no pueden casi ahorrar un momento para orar y servir a Dios, ni para obtener de él fuerzas para vencer las tentaciones. Se hallan en deuda, y cuando la causa necesita su ayuda, no se la pueden prestar, porque deben primero librarse de las deudas. Pero tan pronto como están libres de una deuda, se hallan más imposibilitados de ayudar en la causa que antes, porque vuelven a contraer obligaciones aumentando sus propiedades. Se lisonjean de que esta conducta es correcta porque emplearán los réditos en la causa, cuando, en realidad, están acumulando para sí tesoros aquí. Aman la verdad en palabra, pero no en obra. Aman la causa precisamente en la medida en que sus obras lo demuestran. Aman más al mundo, y menos a la causa de Dios. La atracción de la tierra se vuelve más fuerte, y más débil la atracción del cielo. Su corazón está con su tesoro. Por su ejemplo, dicen a los que los rodean que su intención es permanecer aquí, que este mundo es su patria. Dijo el ángel: “Eres guarda de tu hermano.”

[13]

Muchos se han entregado a gastos inútiles, tan sólo para complacer los sentimientos, el gusto y los ojos, mientras la causa necesitaba los mismos recursos que así usaban, y mientras algunos de los siervos de Dios iban mal vestidos y se veían estorbados en su labor por falta de recursos. Dijo el ángel: “Pronto habrá pasado su tiempo de trabajar. Sus obras demuestran que el yo es su ídolo, y que le ofrecen sacrificios.” Primero debe complacerse el yo; su sentimiento es: “¿Soy yo guarda de mi hermano?” Muchos han recibido amonestación tras amonestación, pero no las han oído. El yo es el fin principal y a él debe someterse todo lo demás.

Vi que la iglesia perdió casi completamente el espíritu de abnegación y sacrificio; sus miembros ponen en primer lugar el yo y los intereses propios, y luego hacen por la causa lo que creen que no les cuesta nada. Un sacrificio tal es defectuoso, y no es acepto a Dios. Todos deben interesarse por hacer cuanto puedan para promover la causa. Vi que los que no tienen propiedades, pero tienen fuerza corporal, son responsables delante de Dios por su fuerza. Debieran ser diligentes en los negocios y fervientes en espíritu; no deben dejar que realicen todos los sacrificios los que tienen posesiones. Vi que ellos también pueden sacrificarse, y que el hacerlo es deber suyo tanto como de los que tienen propiedades. Pero muchas veces, los que no tienen posesiones no se dan cuenta de que ellos pueden negarse a sí mismos de muchas maneras, pueden gastar menos para sus cuerpos y para complacer sus gustos y apetitos, y ahorrar mucho para la causa, para así hacerse tesoros en los cielos. Vi que hay hermosura y belleza en la verdad; pero si se le quita el poder de Dios, ésta queda impotente.

[14]

Capítulo 2—La responsabilidad de los padres

Vi que una gran responsabilidad descansa sobre los padres. Estos no deben ser conducidos por sus hijos, sino que deben conducirlos a ellos. Se me indicó el caso de Abrahán. El era fiel en su casa, gobernó a su familia después de él, y ello fué recordado por Dios.

Se me mencionó luego el caso de Elí. El no reprendía a sus hijos y ellos se volvieron perversos y viles, y por su maldad, extraviaron a Israel. Cuando Dios hizo conocer sus pecados a Samuel, y le comunicó la grave maldición que iba a seguir porque Elí no los había reprendido, él dijo que sus pecados no podían ser limpiados por sacrificio u ofrendas. Cuando Samuel le dijo lo que el Señor le había revelado, Elí se sometió, diciendo: “Jehová es; haga lo que bien le pareciere.” La maldición de Dios no tardó en sobrevenir. Aquellos malvados sacerdotes fueron muertos así como treinta mil hombres de Israel, y el arca de Dios fué tomada por el enemigo. Y cuando Elí oyó que el arca de Dios había sido tomada, cayó de espaldas y murió. Todo este mal resultó de la negligencia de Elí en reprender a sus hijos. Vi que si Dios era tan escrupuloso en notar tales cosas antiguamente, no lo es menos en estos últimos días.

Los padres deben gobernar a sus hijos, corregir sus acciones y subyugarlas, o Dios destruirá seguramente a sus hijos en el día de su gran ira, y los padres que no han dominado a sus hijos no quedarán sin culpa. En una manera especial, deben los siervos de Dios gobernar sus propias familias y mantenerlas en buena sujeción. Vi que no están preparados para juzgar o decidir en asuntos de la iglesia, a menos que puedan gobernar bien su propia casa. Primero deben poner orden en su casa, y luego su juicio e influencia se revelarán en la iglesia.

Vi que la razón porque las visiones no habían sido más frecuentes últimamente, es que no han sido apreciadas por la iglesia. La iglesia ha perdido casi completamente su espiritualidad y fe, y las reprensiones y amonestaciones han tenido tan sólo poco efecto

[15]

sobre ella. Muchos de los que profesaban tener fe en ellas, no las escucharon.

Algunos siguieron una conducta falta de juicio; cuando hablaban de su fe a los incrédulos y cuándo se les exigía una prueba, leían una visión en vez de recurrir a la Biblia para encontrar la prueba requerida. Vi que esta conducta es inconsecuente, y crea prejuicios contra la verdad en los incrédulos. Las visiones no pueden tener peso para aquellos que nunca las han visto, y no conocen su espíritu. No se debe referir a ellas en tales casos.

* * * * *

Muchos, que han apostatado de la fe, dan como razón de su conducta, que no tienen fe en los Testimonios. La investigación revela el hecho de que tienen alguna costumbre pecaminosa que Dios ha condenado por medio de los Testimonios. La cuestión es: ¿Querrán renunciar a su ídolo condenado por Dios, o continuarán en su errónea conducta de complacencia, y rechazarán la luz que Dios les dió, reprendiendo las cosas en las cuales se deleitan? Lo que deben decidir es: ¿Me negaré a mí mismo, y recibiré como de Dios los Testimonios que reprenden mis pecados, o rechazaré los Testimonios *porque* reprenden mis pecados?

En muchos casos los Testimonios son recibidos plenamente, el pecado y la complacencia quebrantados, y la reforma empieza inmediatamente de acuerdo con la luz que Dios ha dado. En otros casos, se acarician las complacencias pecaminosas, los Testimonios son rechazados, y se presentan muchas excusas falsas a los demás como razón por la cual no son recibidos. La *verdadera* razón no se da.”—**Testimonies for the Church 4:32.**

[16]

Capítulo 3—La fe en Dios

Mientras me hallaba en Battle Creek, estado de Míchigan, el 5 de mayo de 1855, vi que había una gran falta de fe entre los siervos de Dios, como también entre la iglesia. Se desaniman con demasiada facilidad, propenden demasiado a dudar de Dios y para creer que tienen una suerte dura y que Dios los ha abandonado. Vi que esto era cruel. Dios los amó de tal manera que dió a su Hijo amado para que muriese por ellos, y todo el cielo estaba interesado en su salvación. Sin embargo, después de todo lo que ha sido hecho por ellos, les era duro confiar en un Padre tan bondadoso y amante. El ha dicho que está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Vi que los siervos de Dios y la iglesia se desanimaban con excesiva facilidad. Cuando pedían a su Padre celestial cosas que pensaban necesitar y estas cosas no les llegaban inmediatamente, su fe vacilaba, su valor desaparecía, y se posesionaba de ellos un sentimiento de murmuración. Vi que esto desagradaba a Dios.

Todo santo que se allega a Dios con un corazón fiel, y eleva sus sinceras peticiones a él con fe, recibirá contestación a sus oraciones. Vuestra fe no debe desconfiar de las promesas de Dios, si es que no veis o sentís la inmediata respuesta a estas oraciones. No temáis confiar en Dios. Fiad en su segura promesa: “Pedid, y recibiréis.” Dios es demasiado sabio para errar, y demasiado bueno para privar de cualquier cosa buena a sus santos que andan íntegramente. El hombre está sujeto a errar, y aunque sus peticiones asciendan de un corazón sincero, no siempre pide las cosas que sean buenas para sí mismo, o que hayan de glorificar a Dios. Cuando tal cosa sucede, nuestro sabio y bondadoso Padre oye nuestras oraciones, y nos contestará, a veces inmediatamente; pero nos da las cosas que son mejores para nosotros y para su propia gloria. Cuando Dios nos da bendiciones, si pudiésemos mirar su plan, veríamos claramente que él sabe lo que es mejor para nosotros, y que nuestras oraciones obtienen respuesta. Nunca nos da nada perjudicial, sino la bendición

[17]

que necesitamos, en lugar de algo que pedimos y que no sería bueno para nosotros, sino que nos perjudicaría.

Vi que si no sentimos inmediatamente la respuesta a nuestras oraciones, debemos retener firmemente nuestra fe, no permitiendo que nos embargue la desconfianza, porque ello nos separaría de Dios. Si nuestra fe vacila, no conseguiremos nada de él. Nuestra confianza en Dios debe ser fuerte; y cuando más necesitamos su bendición, ella caerá sobre nosotros como una lluvia.

Cuando los siervos de Dios oran por su Espíritu y bendición, a veces les llegan inmediatamente; pero no siempre les son concedidos entonces. En tales ocasiones, no desmayemos. Aférrese nuestra fe de la promesa de que llegará. Confiemos plenamente en Dios, y a menudo esta bendición vendrá cuando más la necesitemos, y recibiremos inesperadamente ayuda de Dios cuando estemos presentando la verdad a los incrédulos, y quedaremos habilitados para dar la Palabra con claridad y poder.

El asunto me fué representado como el caso de los niños que piden una bendición a sus padres terrenales que los aman. Piden algo que el padre sabe les ha de perjudicar; pero el padre les da cosas que serán buenas y sanas para ellos, en lugar de aquello que deseaban. Vi que toda oración que es elevada con fe por un corazón sincero, será oída y contestada por Dios, y que aquel que envió la petición obtendrá la bendición cuando más la necesite, y a menudo ésta excederá sus expectativas. No se pierde una sola oración de un

[18]

verdadero santo, si es elevada con fe por un corazón sincero.

Capítulo 4—Prepárate para encontrarte con tu Dios

Vi que no debemos retrasar la venida del Señor. Dijo el ángel: “Preparaos, preparaos, para lo que va a venir sobre la tierra. Correspondan vuestras obras a vuestra fe.” Vi que el ánimo debe apoyarse en Dios, que nuestra influencia debe ejercerse para Dios y su verdad. No podemos honrar al Señor mientras seamos negligentes e indiferentes. No podemos glorificarle cuando estamos descorazonados. Debemos tener fervor para asegurar nuestra propia salvación, y para salvar a otros. Debemos conceder suma importancia a esto, y que todo lo demás sea secundario.

Vi la belleza del cielo. Oí a los ángeles cantar sus himnos arrobadores, tributando alabanza, honra y gloria a Jesús. Pude entonces tener una vaga percepción del prodigioso amor del Hijo de Dios. El abandonó toda la gloria, toda la honra que poseía en el cielo, y se interesó de tal manera en nuestra salvación que, con paciencia y mansedumbre, soportó toda indignidad y escarnio que los hombres pudieran imponerle. El fué herido, azotado y afligido; fué extendido sobre la cruz del Calvario, y sufrió la muerte más atroz para salvarnos de la muerte; para que pudiésemos ser lavados en su sangre, y resucitar para vivir con él en las mansiones que está preparando, a fin de que disfrutemos la luz y la gloria del cielo, y oigamos cantar a los ángeles y cantemos con ellos.

Vi que todo el cielo se interesaba en nuestra salvación; y ¿habremos de ser nosotros indiferentes? ¿Seremos negligentes como si fuese asunto de poca monta el que seamos salvos o perdidos? ¿Despreciaremos el sacrificio que fué hecho por nosotros? Algunos han obrado así. Han jugado con la misericordia que les era ofrecida y el desagrado de Dios pesa sobre ellos. No siempre habrá de quedar entristecido el Espíritu de Dios. Si se le contrista algo más, se apartará. Después que ha sido hecho todo lo que Dios podía hacer para salvar a los hombres, y ellos por su vida demuestran que desprecian la misericordia ofrecida por Jesús, la muerte será su parte y pagarán caro esa actitud. Será una muerte horrible; porque habrán de sentir

[19]

la agonía que Cristo sintió sobre la cruz para obtener la redención que ellos han rehusado. Y se darán cuenta de lo que han perdido: la vida eterna y la herencia inmortal. El gran sacrificio que fué hecho para salvar las almas, nos revela su amor. Cuando el alma preciosa se perdió, se perdió para siempre.

Vi a un ángel de pie con balanzas en la mano, pesando los pensamientos y el interés del pueblo de Dios, especialmente de los jóvenes. En un platillo estaban los pensamientos e intereses que tendían hacia el cielo; en el otro se hallaban los pensamientos e intereses terrenales. Y en este platillo se arrojaba toda la lectura de novelas, pensamientos dedicados a los vestidos, la ostentación, la vanidad y el orgullo, etc. ¡Oh, cuán solemne momento! Los ángeles de Dios están de pie con balanzas pesando los pensamientos de los que profesan ser hijos de Dios, de aquellos que aseveran haber muerto al mundo y estar vivos para Dios. El platillo lleno de los pensamientos referentes a la tierra, la vanidad y el orgullo, bajaba rápidamente a pesar de que se sacaba pesa tras pesa de la balanza. El que contenía los pensamientos e intereses referentes al cielo, subía mientras que el otro bajaba. ¡Qué liviano era! Puedo relatar esto como lo vi, pero nunca puedo producir la solemne y vívida impresión que se grabó en mi mente, al ver al ángel que tenía la balanza que pesaba los pensamientos e intereses del pueblo de Dios. Dijo el ángel: “¿Pueden los tales entrar en el cielo? No, no, nunca. Diles que la esperanza que ahora poseen es vana, y que a menos que se arrepientan prestamente, y obtengan la salvación, perecerán.”

[20] Una forma de piedad no salvará a nadie. Todos deben tener una experiencia profunda y viva. Esto es lo único que los salvará en el tiempo de angustia. Entonces será probada su obra para ver de qué clase es; si es de oro, plata y piedras preciosas, serán escondidos como en lo secreto del pabellón de Jehová. Pero si su obra es de madera, paja y hojarasca, nada podrá protegerlos del fuego de la ira de Jehová.

Tanto los jóvenes como los de más edad, tendrán que dar razón de su esperanza; pero sus mentes destinadas por Dios a cosas mejores, formadas para servirle perfectamente, se han espaciado en cosas insensatas en vez de hacerlo en los intereses eternos. Esa mente que se deja vagar de aquí para allá, es tan capaz para comprender la verdad, la evidencia de la Palabra de Dios en favor del sábado, y

el verdadero fundamento de la esperanza del cristiano, como para estudiar las apariencias, los modales, los vestidos, etc. Y todos los que entregan su mente a la diversión que producen los cuentos insensatos y ociosos, alimentan la imaginación, pero se eclipsa para ellos el brillo de la Palabra de Dios. La mente es apartada directamente de Dios. Queda destruído el interés que tenía por su preciosa Palabra.

Nos ha sido dado un libro para guiar nuestros pies a través de los peligros de este oscuro mundo hasta el cielo. Nos dice cómo podemos escapar de la ira de Dios, y también nos habla de los sufrimientos de Cristo por nosotros, del gran sacrificio que hizo para que pudiésemos ser salvos y disfrutar de la presencia de Dios para siempre. Y si algunos son hallados faltos al final, habiendo oído la verdad como la han oído en esta tierra de luz, será por culpa suya; quedarán sin excusa. La Palabra de Dios nos explica cómo podemos llegar a ser cristianos perfectos y escapar a las últimas siete plagas. Pero ellos no tomaron ningún interés para descubrirlo. Otras cosas distrajeron su mente, apreciaron los ídolos, y despreciaron la santa Palabra de Dios. Muchos de los que profesan ser cristianos se han burlado de Dios, y cuando su santa Palabra los juzgue en el día postrero, serán hallados faltos. Esa Palabra que ellos han descuidado en favor de insulsos libros de cuentos, prueba sus vidas. Es la norma; sus motivos, palabras y obras, como también el uso de su tiempo, todas esas cosas son comparadas con la Palabra escrita de Dios, y si ellos son hallados faltos, sus casos quedan decididos para siempre.

[21]

Vi que muchos se miden entre sí y comparan su vida a la vida de otros. Esto no debe ser. Nadie, sino Cristo nos es dado como ejemplo. El es nuestro verdadero modelo, y cada uno debe luchar para distinguirse en su imitación de él. Somos colaboradores de Cristo, o colaboradores del enemigo. O juntamos por Cristo, o dispersamos contra él. Somos cristianos decididos y de todo corazón, o no lo somos en absoluto. Dice Cristo: “¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.”

Vi que algunos apenas saben lo que es la abnegación o el sacrificio, o lo que significa sufrir por la causa de la verdad. Pero nadie entrará en el cielo sin hacer un sacrificio. Debemos tener un espíritu de abnegación y sacrificio. Algunos no se han sacrificado ni a sí mismos ni a sus propios cuerpos sobre el altar de Dios. Conservan un genio apresurado y arrebatado. Satisfacen sus apetitos y atienden

a sus propios intereses, sin tener en cuenta la causa de Dios. Los que están dispuestos a hacer cualquier sacrificio para obtener la vida eterna, la tendrán, y vale la pena sufrir por ella, crucificar el yo, y sacrificar todo ídolo. El más excelso y eterno peso de gloria, supera

[22] todo lo demás, y eclipsa todo placer terreno.

Capítulo 5—El privilegio y el deber de la iglesia

Lo siguiente se refiere a la iglesia de Battle Creek, pero describe la condición y los privilegios de los hermanos y hermanas que se hallan diseminados en otras partes.

Vi que los rodeaba una densa nube, pero que algunos rayos de luz emanados de Jesús atravesaban esa nube. Busqué a los que recibían esa luz, y vi personas que estaban orando fervorosamente por la victoria. Su tema de estudio era servir a Dios. Su fe perseverante les producía resultados. La luz del cielo se derramaba sobre ellos, pero la nube de tinieblas que cubría la iglesia en general era densa. Sus miembros parecían entumecidos y perezosos. La agonía de mi alma era grande. Pregunté al ángel si eran necesarias esas tinieblas. Dijo él: “¡Mira!” Vi entonces que la iglesia empezaba por levantarse e interceder con fervor para con Dios, que los rayos de luz empezaban a penetrar la oscuridad, y que la nube era apartada. La pura luz del cielo resplandecía sobre los miembros de la iglesia, y con santa confianza su atención era atraída hacia arriba. Dijo el ángel: “Tal es su privilegio y deber.”

Satanás ha bajado con gran poder, sabiendo que le queda poco tiempo. Sus ángeles están atareados, y gran número de los hijos de Dios se dejan arrullar por él. Volvió a pasar la nube y se asentó sobre la iglesia. Yo vi que era únicamente por un esfuerzo ferviente y oración perseverante cómo podía vencerse este hechizo.

Las alarmantes verdades de la Palabra de Dios habían conmovido algo a los hijos de Dios. De vez en cuando hacían débiles esfuerzos para vencer, pero pronto se cansaban y volvían a caer en el mismo estado de tibieza. Vi que no tenían perseverancia ni determinación fija. Si aquel que busca la salvación de Dios poseyese la misma energía y fervor que pondría en la búsqueda de un tesoro terrenal, obtendría su objeto. Vi que es tan posible para la iglesia beber una copa llena como mantenerla vacía en la mano o junto a sus labios.

No es conforme al plan de Dios que algunos lo pasen aliviados y otros recargados. Algunos sienten el peso y la responsabilidad de la

[23]

causa y la necesidad de actuar para juntar con Cristo y no dispersar. Otros prosiguen libres de toda responsabilidad, obrando como si no tuviesen influencia. Los tales esparcen. Dios no demuestra parcialidad. Todos los que son hechos participantes de su salvación aquí, y que esperan participar de la gloria del reino futuro, deben juntar con Cristo. Cada uno debe sentirse responsable de su propio caso y de la influencia que ejerce sobre los demás. Si los tales cuidan su andar cristiano, Jesús será en ellos la esperanza de gloria, y se deleitarán en proclamar sus alabanzas a fin de ser refrigerados. Tendrán presente la causa de su Maestro y ella les será muy cara. Procurarán adelantar su causa y honrarla por una vida santa. Dijo el ángel: “Dios requerirá con usura todo talento.” Cada cristiano debe progresar adquiriendo cada vez más poder y emplear todas sus facultades en la causa de

[24] Dios.

Capítulo 6—Casas de culto

Vi que muchos de aquellos a quienes Dios ha confiado recursos, se sienten libres para usarlos liberalmente según su propia conveniencia en acomodarse hogares placenteros en esta tierra; pero cuando edifican una casa en la cual puedan adorar al gran Dios que habita en la eternidad, no pueden permitirle el uso de los recursos que él les prestó. No existe rivalidad entre los miembros por demostrar su gratitud a Dios por la verdad, haciendo todo lo que pueden en cuanto a preparar un lugar de culto idóneo; sino que algunos están tratando de hacer lo menos posible, y les parece que lo que gastan en la preparación de un lugar en que puedan recibir la visita del Altísimo puede contarse por pérdida. Una ofrenda tal es coja, y no aceptable para Dios. Vi que sería mucho más agradable para Dios si sus hijos manifestasen tanta sabiduría en prepararle una casa, como la que manifiestan en sus propias moradas.

Los sacrificios y las ofrendas de los hijos de Israel debían ser sin mácula ni defecto, lo mejor de los rebaños; y se requería que cada uno participase en esta obra. La obra de Dios para este tiempo será extensa. Si edificáis una casa para el Señor, no le ofendáis ni le pongáis limitaciones dedicándole vuestras ofrendas cojas. Poned en la casa edificada para Dios la mejor ofrenda. Sea ella lo mejor de lo mejor que poseáis. Manifestad interés en hacerla conveniente y cómoda. Algunos piensan que esto no tiene importancia porque el tiempo es muy corto. Entonces practicad lo mismo en vuestras propias moradas, y en todos vuestros arreglos mundanales.

Vi que Dios podría llevar a cabo su obra sin ayuda de ningún hombre, pero tal no es su plan. El mundo actual está destinado a ser un escenario de prueba para el hombre. Debe formar aquí un carácter que le acompañará en el mundo eterno. Delante de él se halla lo bueno y lo malo, y su estado futuro depende de la elección que haga. Cristo vino para cambiar la corriente de sus pensamientos y afectos. Su corazón debe ser apartado de su tesoro terrenal, y fijado en el celestial. Por su abnegación, Dios será glorificado. El gran sacrificio

[25]

ha sido hecho para el hombre, y ahora él será probado para ver si sigue el ejemplo de Cristo y se sacrifica por sus semejantes. Satanás y sus ángeles están coligados contra el pueblo de Dios, pero Jesús trata de purificarlo para sí. El requiere de ellos que hagan prosperar su obra. Dios ha confiado a sus hijos en este mundo lo suficiente para llevar a cabo su obra sin molestia, y él quiere que usen juiciosamente los recursos que les ha confiado. “Vended lo que poseéis, y dad limosnas,” es parte de la sagrada Palabra de Dios. Los siervos de Dios deben levantarse, clamar y no escatimar esfuerzos para declarar “a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado.” La obra de Dios ha de hacerse más extensa, y si su pueblo sigue su consejo, no quedarán en su posesión muchos recursos para ser consumidos en la conflagración final. Se habrá hecho tesoros donde la polilla y el orín no pueden corromper, y no habrá vínculo que le ligue a esta tierra.

[26]

Capítulo 7—Lecciones de las parábolas

Me fué mostrado que la parábola de los talentos no ha sido plenamente comprendida. Esta lección importante fué dada a los discípulos para beneficio de los creyentes que viviesen en los posteriores días. Y estos talentos no representan solamente la capacidad de predicar e instruir acerca de la Palabra de Dios. La parábola se aplica a los recursos temporales que Dios ha confiado a su pueblo. Aquellos a quienes fueron confiados cinco y dos talentos, negociaron y duplicaron lo que les fuera confiado. Dios requiere de aquellos que tienen posesiones en esta tierra, que de su dinero obtengan interés para él, que lo dediquen a la causa de diseminar la verdad. Y si la verdad vive en el corazón de aquel que los recibió, él también ayudará con sus medios, para comunicarla a otros; y mediante sus esfuerzos, su influencia y sus recursos, otras almas aceptarán la verdad y empezarán a trabajar por Dios. Vi que algunos de los que profesan ser hijos de Dios, son como el hombre que ocultó su talento en la tierra. Impiden que sus bienes beneficien a la causa de Dios. Aseguran que son suyos, que tienen derecho a hacer lo que les plazca con ellos; y no se salvan almas por los esfuerzos juiciosos que ellos podrían hacer con el dinero de su Señor. Los ángeles llevan un registro fiel de toda la obra de cada hombre, y al ser pronunciado el juicio sobre la casa de Dios, queda registrada la sentencia de cada uno al lado de su nombre, y el ángel queda comisionado para que no perdone a los siervos infieles, sino que los abata en el tiempo de la matanza. Y lo que les fué confiado, les será arrebatado. Su tesoro terrenal queda entonces barrido, y lo han perdido todo. Las coronas que podían haber llevado si hubiesen sido fieles, son puestas sobre las cabezas de aquellos que fueron salvados por los siervos fieles cuyos recursos estuvieron constantemente en uso para Dios. Cada persona en cuya salvación intervinieron, añade estrellas a su corona de gloria y aumenta su eterna recompensa.

[27]

También me fué mostrado que la parábola del mayordomo infiel había de enseñarnos una lección. “Haceos amigos por medio de las

riquezas de injusticia, para que cuando faltaren, se os reciba en las mansiones eternas.” Si empleamos nuestros recursos para la gloria de Dios en esta tierra, nos hacemos tesoro en los cielos; y cuando las posesiones terrenales hayan desaparecido todas, el mayordomo fiel tendrá a Jesús y los ángeles por amigos que le recibirán en las mansiones eternas.

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo mucho es fiel.” El que es fiel en sus bienes terrenales, que son los de menor importancia, haciendo uso juicioso de lo que Dios le prestó aquí, será fiel a su profesión. “El que en lo muy poco es infiel, también en lo mucho es infiel.” El que retiene de Dios lo que él le prestó, será infiel en las cosas de Dios en todo respecto. “Por tanto si en cuanto a las riquezas injustas no habéis sido fieles, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas?” Si nos demostramos infieles en el manejo de lo que Dios nos presta aquí, él no nos dará nunca la herencia inmortal. “Y si en lo ajeno no habéis sido fieles, ¿quién os dará lo vuestro propio?” Jesús compró la redención para nosotros; es nuestra; pero nos hallamos aquí a prueba, para ver si resultamos dignos de la vida eterna. Dios nos prueba confiándonos bienes terrenales. Si somos fieles en impartir liberalmente de aquello que nos ha prestado, para fomentar su causa, Dios puede confiarnos la herencia eterna. “No podéis servir a Dios y al Dinero.” (V. M.) “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.”

[28] Desagrada a Dios la manera negligente en que muchos de los que profesan ser hijos suyos manejan sus negocios mundanales. Parecen haber perdido todo sentido del hecho de que la propiedad que están usando pertenece a Dios, y de que deberán dar cuenta de su mayordomía. Algunos dejan sus asuntos comerciales en perfecta confusión. Satanás se fija en todo ello y hiere en una oportunidad favorable, y por su manejo de las cosas arrebató muchos recursos de las filas de los observadores del sábado. Y estos recursos van a sus filas. Algunos que son ya ancianos no quieren arreglar sus negocios mundanales, y en un momento inesperado enferman y mueren. Hijos suyos que no tienen interés en la verdad, recogen la propiedad. Satanás lo arregló así para su propia conveniencia. “Por tanto si en cuanto a las riquezas injustas no habéis sido fieles, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas? Y si en lo ajeno no habéis sido fieles, ¿quién os dará lo vuestro propio?”

Me fué revelado el terrible hecho de que Satanás y sus ángeles tienen más intervención que Dios en el manejo de la propiedad de los que profesan ser hijos de Dios. Los mayordomos de los postreros días son imprudentes. Permiten que Satanás rija sus asuntos comerciales, y dejan pasar a sus filas lo que pertenece a la causa de Dios y debiera estar en ella. Dios se fija en vosotros, mayordomos infieles, y os llamará a dar cuenta. Vi que los mayordomos de Dios pueden, por un manejo fiel y juicioso, llevar sus asuntos en este mundo con honradez, exactitud y rectitud. Y es especialmente el privilegio y deber de los ancianos, de los débiles y de aquellos que no tienen hijos, colocar sus recursos donde puedan ser empleados en la causa de Dios en caso de ser ellos arrebatados repentinamente por la muerte. Pero vi que Satanás y sus ángeles se regocijan del éxito que han tenido en este asunto. Y aquellos que debieran ser sabios herederos de la salvación, permiten casi voluntariamente que el dinero de su Señor se deslice de sus manos a las filas del enemigo. De esta manera fortalecen el reino de Satanás, y parecen sentirse perfectamente tranquilos al respecto.

[29]

Capítulo 8—Deberes para con los hijos

Me ha sido mostrado que generalmente los padres no se han conducido debidamente para con sus hijos. No los han refrenado como debieran haberlo hecho, sino que les han permitido manifestar orgullo y seguir sus propias inclinaciones. Antiguamente, la autoridad paterna era respetada; los niños estaban entonces sujetos a sus padres, y los temían y reverenciaban; pero en estos últimos días el orden ha sido invertido. Algunos padres están sujetos a sus hijos. Temen contrariar la voluntad de sus hijos, y por lo tanto ceden a lo que éstos exigen. Pero mientras que los hijos están bajo el techo de sus padres, y dependen de ellos, deben estar sujetos a su voluntad. Los padres deben obrar con decisión, requiriendo que sea seguido lo que ellos consideran correcto.

Elí podría haber reprendido a sus hijos perversos, pero temía desagradarles. Los dejó proseguir en su rebelión, hasta que llegaron a ser una maldición para Israel. Se exige de los padres que refrenen a sus hijos. La salvación de los hijos depende en gran parte de la conducta seguida por los padres. En su amor y ternura equivocados hacia sus hijos, muchos padres los miman para perjuicio suyo, fomentan su orgullo, y los atavían con adornos que los hacen vanos y los inducen a pensar que el traje es lo que hace a un caballero o a una dama. Pero una corta relación con ellos convence a quienes los tratan de que una hermosa apariencia no es suficiente para ocultar la deformidad del corazón desprovisto de las gracias cristianas, pero lleno de amor propio, altanería, y pasiones sin freno. Los que aman la mansedumbre, la humildad y la virtud, deben huir de tal sociedad, aun cuando sea la de hijos de observadores del sábado. Su compañía es deletérea, su influencia conduce a la muerte. Los padres no se dan cuenta de la influencia destructora que ejerce la semilla que están sembrando. Ella brotará y dará un fruto que hará a los hijos despreciar la autoridad paterna.

[30]

Aunque sean adultos, se requiere de los hijos que respeten a sus padres, y que atiendan a su comodidad. Deben seguir los consejos

de padres piadosos, y no pensar que porque unos años más han sido añadidos a su vida han cesado de verse obligados para con ellos. Hay un mandamiento que tiene una promesa para aquellos que amen a su padre y a su madre. En estos postreros días, los hijos se distinguen tanto por su desobediencia y falta de respeto, que Dios lo ha notado especialmente, y ello constituye una señal de que el fin se acerca. Demuestra que Satanás ejerce un dominio casi completo sobre la mente de los jóvenes. Muchos no respetan ya las canas. Ello es considerado como anticuado; es una costumbre que data de los tiempos de Abrahán. Dijo Dios: “Yo lo he conocido, sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí.”

Antiguamente, no se permitía a los hijos que se casaran sin el consentimiento de sus padres. Los padres elegían los cónyuges de sus hijos. Era considerado como un delito el que los hijos contrajesen matrimonio por su propia responsabilidad. Primero se presentaba el asunto ante los padres, y ellos habían de considerar si la persona que iba a ser puesta en íntima relación con ellos era digna, y si las partes contrayentes podían sostener una familia. Era considerado de la mayor importancia el que ellos, como adoradores del verdadero Dios, no se uniesen en matrimonio con gente idólatra, a fin de que sus familias no fuesen apartadas de Dios. Aun después de que los hijos se habían casado, se hallaban bajo la más solemne obligación para con sus padres. Su juicio no era considerado aun entonces como suficiente sin el consejo de los padres, y se requería de ellos que respetasen y acatasen sus deseos, a menos que éstos se opusieran a los requisitos de Dios.

También me fué llamada la atención a la condición de los jóvenes en estos últimos días. No se ejerce dominio sobre los niños. Padres, debéis principiar vuestra primera lección de disciplina cuando vuestros hijos son aún niños mamantes en vuestros brazos. Enseñadles a conformar su voluntad a la vuestra. Esto puede hacerse con serenidad y firmeza. Los padres deben ejercer un dominio perfecto sobre su propio genio, y con mansedumbre, aunque con firmeza, doblegar la voluntad del niño hasta que no espere otra cosa sino el deber de ceder a sus deseos.

Los padres no empiezan a tiempo. La primera manifestación de mal genio del niño no se subyuga, y el niño crece terco, lo cual aumenta con el crecimiento y se fortalece a medida que ellos mismos

[31]

adquieren fuerza. Algunos niños piensan que por ser ya mayorcitos es la cosa más natural que se les deje hacer su propia voluntad y que sus padres deben someterse a sus deseos. Ellos esperan que sus padres los sirvan. Las restricciones los impacientan, y cuando ya tienen bastante edad para ayudar a sus padres, no llevan las cargas que debieran llevar. Se les ha eximido de las responsabilidades, y se vuelven inútiles para el hogar y para cualquier ambiente. No tienen poder de resistencia. Los padres han llevado las cargas, y los han dejado crecer ociosos, sin hábitos de orden, laboriosidad ni economía. No se les ha habituado a la abnegación, sino que se los ha mimado y echado a perder. Sus apetitos han sido fomentados; y llegan a la edad adulta con salud debilitada. Sus modales y comportamiento no son agradables. Son desdichados ellos mismos, y hacen desdichados a cuantos los rodean. Y mientras los hijos son aún niños, mientras necesitan ser disciplinados, se les deja salir en grupos y buscar la sociedad de los jóvenes, y unos ejercen una influencia corruptora sobre otros.

[32] La maldición de Dios descansará seguramente sobre los padres infieles. No sólo están ellos plantando espinas que los habrán de herir aquí, sino que deberán arrostrar su propia responsabilidad cuando se abra el juicio. Muchos hijos se levantarán en el juicio y condenarán a sus padres por no haberlos reprendido, y los harán responsables de su destrucción. La falsa simpatía y el amor ciego de los padres les hace excusar las faltas de sus hijos y dejarlas sin corrección, y como consecuencia sus hijos se pierden, y la sangre de sus almas recaerá sobre los padres infieles.

Los niños que son así criados sin disciplina, tienen que aprenderlo todo cuando profesan seguir a Cristo. Toda su experiencia religiosa queda afectada por la crianza que han recibido en su niñez. Muchas veces aparece el mismo carácter voluntarioso, la misma falta de abnegación, la misma impaciencia bajo los reproches, el mismo amor propio y mala voluntad para recibir consejos ajenos, o para sentir la influencia de los juicios ajenos, la misma indolencia, el mismo espíritu de rehuir las cargas y de negarse a llevar responsabilidades. Todo esto se ve en su relación con la iglesia. Para los tales es posible vencer; pero ¡cuán dura es la lucha que les aguarda y cuán severo el conflicto! ¡Cuán duro es pasar por el curso de disciplina cabal necesario para que alcancen la elevación del carácter cristiano!

Sin embargo, si llegan a vencer al fin, les será permitido ver, antes de ser trasladados, cuán cerca llegaron al precipicio de la destrucción eterna, por haberles faltado la debida preparación en la juventud, por no haber aprendido a someterse en la niñez.

[33]

Capítulo 9—En nombre de nuestra denominación

Recibí una revelación acerca de la adopción de un nombre por el pueblo remanente. Dos clases me fueron presentadas. Una abarcaba las grandes organizaciones de personas que profesan ser cristianas. Estas estaban hollando la ley de Dios bajo sus pies y postrándose ante una institución papal. Estaban observando el primer día de la semana como día de reposo del Señor. La otra clase, en la cual había pocas personas, se prosternaba ante el gran Legislador. Observaba el cuarto mandamiento. Los rasgos peculiares y prominentes de su fe, eran la observancia del séptimo día y la espera en el aparecimiento de nuestro Señor en el cielo.

El conflicto se desarrolla entre los requisitos de Dios y los de la bestia. El primer día, institución papal que contradice directamente el cuarto mandamiento, ha de ser usado todavía como una prueba por la bestia de dos cuernos. Y entonces la solemne amonestación de Dios declara la penalidad en que incurren los que se postran ante la bestia y su imagen. Beberán del vino de la ira de Dios, que es derramado sin mezcla en la copa de su indignación.

No podríamos elegir un nombre más apropiado que el que concuerda con nuestra profesión, expresa nuestra fe y nos señala como pueblo peculiar. El nombre adventista del séptimo día es una reprensión permanente para el mundo protestante. En él se halla la línea de demarcación entre los que adoran a Dios y los que adoran la bestia y reciben su marca. El gran conflicto se desarrolla entre los mandamientos de Dios y los requisitos de la bestia. Es debido a que los santos guardan todos los diez mandamientos, que el dragón guerrea contra ellos. Si ellos quisieran arriar el estandarte y renunciar a las peculiaridades de su fe, el dragón se aplacaría; pero ellos excitan su ira porque se atreven a levantar el estandarte y desplegar su bandera en oposición al mundo protestante que adora la institución del papado.

[34]

El nombre adventista del séptimo día presenta los verdaderos rasgos de nuestra fe, y convencerá la mente inquisidora. Como una

saeta del carcaj del Señor herirá a los transgresores de la ley de Dios, e inducirá al arrepentimiento para con Dios y a la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Me fué mostrado que casi todo fanático que se ha levantado, que desee ocultar sus sentimientos a fin de arrastrar a otros, asevera pertenecer a la iglesia de Dios. Un nombre tal en seguida excitaría sospechas, porque se emplea para ocultar los errores más absurdos. Este nombre es demasiado indefinido para el pueblo remanente de Dios. Provocaría la sospecha de que tenemos una fe que procuramos encubrir.

* * * * *

Dios está sacando a un pueblo y preparándolo para que subsista unánime, unido; para que hable las mismas cosas, y así cumpla la oración de Cristo por sus discípulos. ... Constantemente se están levantando pequeños grupos que creen que Dios está únicamente con los muy pocos, los muy dispersos; y su influencia consiste en derribar y esparcir lo que los siervos de Dios edifican. ... Permanecen separados del pueblo a quien Dios está conduciendo y prosperando, y por medio del cual ha de hacer su gran obra. Están continuamente expresando sus temores de que el cuerpo de los observadores del sábado se esté volviendo como el mundo; pero apenas si hay dos de ellos cuyas opiniones armonicen.”—*Testimonies for the Church* 1:417, 418.

[35]

Capítulo 10—Los pobres

Algunos que son pobres en los bienes de este mundo, propenden a colocar todo el testimonio directo sobre los hombros de los que poseen propiedades. Pero no se dan cuenta de que ellos también tienen una obra que hacer. Dios requiere de ellos que realicen un sacrificio. Los invita a sacrificar sus ídolos. Deben dejar a un lado los estimulantes como el tabaco, el té y el café. Si se ven en estrecheces mientras que se esfuerzan por hacer lo mejor que puedan, será para los hermanos ricos un placer ayudarles a salir del apuro.

Muchos carecen de discreción y de espíritu de economía en el manejo de sus asuntos. No pesan bien las cosas, ni obran con precaución. Los tales no deben confiar en su propio criterio deficiente, sino que deben consultar a sus hermanos que tienen experiencia. Pero muchas veces los que carecen de espíritu de economía y buen criterio no están dispuestos a buscar consejos. Piensan generalmente que saben cómo manejar sus asuntos temporales, y no están dispuestos a seguir los consejos. Obrán según decisiones erróneas, y sufren como consecuencia. Sus hermanos se afligen al verlos sufrir, y les ayudan a salir de las dificultades. El manejo imprudente de sus asuntos afecta a la iglesia. Resta de la tesorería de Dios recursos que podrían haberse dado para el adelantamiento de la causa de la verdad presente. Si estos hermanos pobres asumen una actitud humilde y están dispuestos a recibir el consejo de sus hermanos, y luego se encuentran en estrecheces, los hermanos deben entonces sentir que es un deber ayudarles alegremente a salir de sus dificultades. Pero si ellos prefieren seguir su propia conducta, fiar en su propio juicio, deben dejarles sentir las plenas consecuencias de su actitud imprudente, para que aprendan por la dura experiencia que “en la multitud de consejeros hay salud.” Los hijos de Dios deben estar sujetos unos a otros. Deben consultarse unos a otros, para que la falta de unos pueda ser suplida por la suficiencia de otros. Vi que los mayordomos del Señor no tienen ningún deber de ayudar a los que persisten en el consumo de tabaco, te y café.

[36]

* * * * *

Aunque Cristo era rico en los atrios celestiales, se hizo pobre para que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Jesús honró a los pobres compartiendo su humilde condición. De la historia de su vida, hemos de aprender a tratar a los pobres. Algunos llevan el deber de la beneficencia a extremos y realmente perjudican a los menesterosos haciendo demasiado para ellos. Los pobres no siempre se esfuerzan como debieran hacerlo. Aunque no se les ha de descuidar y dejar sufrir, se les debe enseñar a ayudarse a sí mismos.

La causa de Dios no debe ser descuidada para que los pobres reciban nuestra primera atención. Cristo dió una vez una importante lección al respecto a sus discípulos. Cuando María derramó el unguento sobre la cabeza de Jesús, el codicioso Judas hizo un llamado en favor de los pobres, murmurando contra lo que consideraba como despilfarro de dinero. Pero Jesús justificó el acto, diciendo: “Dejadla; ¿por qué la fatigáis? buena obra me ha hecho.” “De cierto os digo que dondequiera que fuere predicado este evangelio en todo el mundo, también esto que ha hecho ésta, será dicho para memoria de ella.” Esto nos enseña que Jesús ha de ser honrado en la consagración de nuestros mejores recursos. Si toda nuestra atención fuese dedicada a aliviar las necesidades de los pobres, la causa de Dios será descuidada. Ni los primeros ni la segunda sufrirán si los mayordomos hacen su deber; pero la causa de Dios debe venir primero.—*Testimonies for the Church* 4:550, 551.

[37]

Capítulo 11—Nuestro deber para con los pobres

Muchas veces se hacen preguntas en cuanto a nuestro deber para con los pobres que aceptan el tercer mensaje; y nosotros mismos hemos deseado durante mucho tiempo saber cómo tratar con discreción los casos de familias pobres que aceptan el sábado. Pero mientras me hallaba en Roosevelt, estado de Nueva York, el 3 de agosto de 1861, me fueron mostradas algunas cosas respecto de los pobres.

Dios no requiere de nuestros hermanos que se hagan cargo de cada familia pobre que acepta este mensaje. Si lo hubiesen de hacer, los predicadores dejarían de entrar en nuevos campos porque los fondos se agotarían. Muchos son pobres a causa de su falta de diligencia y economía. No saben usar correctamente sus recursos. Si se les ayudase, ello los perjudicaría. Algunos serán siempre pobres. Con tener las mejores ventajas, sus casos no mejorarían. No saben calcular, y gastarían todos los recursos que podrían obtener, fuesen muchos o pocos. No saben negarse a sí mismos y economizar para evitar las deudas y ahorrar algo para los tiempos de necesidad. Si la iglesia ayudase a los tales, en vez de dejarlos fiar en sus propios recursos, les perjudicaría al fin; porque confiarían en la iglesia y esperarían recibir ayuda de ella, y no practicarían la abnegación y economía cuando están bien provistos. Y si no reciben ayuda cada vez, Satanás los tienta, y se ponen celosos, y muy concienzudos por sus hermanos, temiendo que dejarán de sentir su deber para con ellos. Ellos mismos son los que cometen el error. Están engañados. No son los pobres del Señor.

Las instrucciones dadas en la Palabra de Dios con referencia a ayudar a los pobres no se aplican a tales casos, sino a los infortunados y afligidos. En su providencia, Dios ha afligido a ciertas personas para probar a otras. Hay en la iglesia viudas e inválidos para que resulten en una bendición para la iglesia. Forman parte de los medios que Dios ha elegido para desarrollar el verdadero carácter de los que profesan seguir a Cristo, y para hacerles ejercitar los preciosos

rasgos de carácter de nuestro compasivo Redentor.

Muchos que apenas pueden vivir cuando están solteros, deciden casarse y criar una familia, cuando saben que no tienen nada con qué sostenerla. Y lo peor es que no tienen ningún gobierno de su familia. Toda su conducta en la familia está señalada por hábitos de negligencia. No ejercen ningún dominio propio, y son apasionados, impacientes e inquietos. Cuando los tales aceptan el mensaje, les parece que tienen derecho a la ayuda de sus hermanos más pudientes; y si no se satisfacen sus expectativas, se quejan de la iglesia, y la acusan de no vivir conforme a su fe. ¿Quiénes deben sufrir en este caso? ¿Debe la causa de Dios quedar desangrada y la tesorería agotada, para cuidar de estas familias pobres numerosas? No. Los padres deben ser los que sufren. Por lo general, no sufrirán mayor escasez después de aceptar el sábado que antes.

Hay entre algunos de los pobres un mal que por cierto provocará su ruina a menos que lo venzan. Abrazaron la verdad con sus costumbres groseras, faltas de cultura, y necesitan cierto tiempo para darse cuenta de su rusticidad, y que ella no está de acuerdo con el carácter de Cristo. Consideran como orgullosos a los demás que son más ordenados y refinados, y se les puede oír decir: “La verdad nos pone a todos en el mismo nivel.” Pero es un grave error pensar que la verdad rebaje al que la reciba. Le eleva, refina sus gustos, santifica su criterio, y si vive conforme a ella, le hace continuamente idóneo para la sociedad de los santos ángeles en la ciudad de Dios. La verdad está destinada a elevarnos a todos a un alto nivel.

Los más pudientes deben actuar siempre noble y generosamente con los hermanos más pobres, darles también buenos consejos, y luego dejarlos pelear las batallas de la vida. Pero me fué mostrado que la iglesia tiene el deber solemnísimos de cuidar especialmente de las viudas, huérfanos e inválidos indigentes.

Capítulo 12—La religión en la familia

Me fué mostrada la posición elevada e importante que los hijos de Dios deben ocupar. Son la sal de la tierra y la luz del mundo, y deben andar como Cristo anduvo. Saldrán vencedores de la gran tribulación. El tiempo actual es un tiempo de guerra y prueba. Nuestro Señor dice en **Apocalipsis 3:21**: “Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.” La recompensa no es dada a todos los que profesan seguir a Cristo, sino a los que vencen como él venció. Debemos estudiar la vida de Cristo, y aprender lo que significa confesarle delante del mundo.

A fin de confesar a Cristo, debemos tenerlo en nosotros. Nadie puede verdaderamente confesar a Cristo a menos que estén en él el ánimo y el espíritu de Cristo. Si la forma de piedad, o el reconocimiento de la verdad, fuesen siempre una confesión de Cristo, podríamos decir: “Ancho es el camino que conduce a la vida, y muchos son los que lo hallan.” Debemos comprender lo que significa confesar a Cristo, y en qué le negamos. Puede suceder que nuestros labios confiesen a Cristo, y que nuestras obras le nieguen. Los frutos del Espíritu, manifestados en la vida, son una confesión de Cristo. Si todo lo hemos abandonado por Cristo, nuestra vida será humilde, nuestra conversación celestial, nuestra conducta intachable. La poderosa y purificadora influencia de la verdad en el alma, y el carácter de Cristo manifestado en la vida, son una confesión de Cristo. Si se han sembrado en nuestro corazón las palabras de vida eterna, el fruto será justicia y paz. Podemos negar a Cristo en nuestra vida, entregándonos al amor de la comodidad y del yo, bromeando y buscando los honores del mundo. Podemos negarle en nuestro aspecto exterior, conformándonos al mundo, por un porte orgulloso o atavíos costosos. Únicamente por la vigilancia constante y tenaz y la oración perseverante y casi incesante podremos manifestar en nuestra vida el carácter de Cristo y la influencia santificadora de la verdad. Muchos ahuyentan a Cristo de sus familias por abrigar un

[40]

espíritu impaciente y apasionado. Los tales deben vencerse en este respecto.

Me fué presentada la actual condición debilitada de la familia humana. Cada generación se ha estado debilitando más y la enfermedad, bajo todas sus formas, aflige a la especie humana. Miles de pobres mortales, con cuerpos enfermizos deformados, con nervios y mentes lóbregas, están arrastrando una mísera existencia. El poder de Satanás sobre la familia humana aumenta. Si el Señor no viniese pronto y quebrantase su poder, la tierra quedaría despoblada antes de mucho.

Me fué revelado que el poder de Satanás se ejerce especialmente sobre los hijos de Dios. Muchos me fueron presentados en una condición de duda y desesperación. Las enfermedades del cuerpo afectan la mente. Un enemigo astuto y poderoso acompaña nuestros pasos, y dedica su fuerza y habilidad a tratar de apartarnos del camino recto. Y demasiado a menudo sucede que los hijos de Dios no están en guardia y, por lo tanto, ignoran sus designios. El obra por los medios que mejor le permitan ocultarse, y a menudo alcanza su objeto.

Me fué mostrada la necesidad de abrir las puertas de nuestras casas y corazones al Señor. Cuando empecemos a trabajar en serio por nosotros mismos y nuestras familias, entonces recibiremos ayuda de Dios. Me fué mostrado que la mera observancia del sábado, y el orar mañana y noche, no son evidencias positivas de que somos cristianos. Estas formas externas pueden observarse estrictamente y, sin embargo, faltar la verdadera piedad. “Que se dió a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio, *celoso de buenas obras.*” **Tito 2:14**. Todos los que profesan seguir a Cristo deben dominar su propio genio, y no permitirse hablar nerviosa e impacientemente. El esposo y padre debe refrenar aquella palabra impaciente que está por pronunciar. Debe estudiar el efecto de sus palabras, no sea que dejen tristeza y llagas. [41]

Las enfermedades y dolencias afectan especialmente a las mujeres. La felicidad de la familia depende en gran manera de la esposa y madre. Si ella es débil y nerviosa, y se la deja cargarse de trabajo, su mente se deprime, porque ésta es influída por el cansancio del cuerpo, y luego ella encuentra demasiado a menudo una fría reserva

de parte del esposo. Si no marcha todo tan agradablemente como él quisiera, culpa a la esposa y madre. El es completamente ajeno a sus congojas y cargas, y no siempre sabe simpatizar con ella. No se percata de que está ayudando al gran enemigo en su obra destructiva. Por fe debiera levantar un estandarte contra Satanás, pero parece ciego con respecto a sus propios intereses y a los de su esposa. La trata con indiferencia. No sabe lo que está haciendo. Obra directamente contra su propia felicidad, y destruye la de su familia. La esposa se desalienta y abate. Desaparecen la esperanza y alegría. Ella atiende mecánicamente a sus tareas diarias, porque ve que su trabajo debe ser hecho. Su falta de alegría y ánimo se siente en todo el círculo de la familia. Hay muchas tales familias miserables en las filas de los observadores del sábado. Los ángeles llevan las vergonzosas nuevas al cielo, y el ángel registrador lo anota todo.

[42] El esposo debe manifestar gran interés en su familia. Debe ser especialmente cuidadoso de los sentimientos de una esposa débil. Puede evitarle muchas enfermedades. Las palabras bondadosas, alegres y alentadoras resultarán mucho más eficaces que las medicinas más poderosas. Infundirán ánimo al corazón de la abatida y desanimada esposa, y la alegría infundida a la familia por los actos y las palabras de bondad, recompensarán diez veces el esfuerzo hecho. El esposo debiera recordar que gran parte de la carga de educar a sus hijos recae sobre la madre, y que ella tiene una gran influencia en cuanto a modelar sus mentalidades. Esto debe inducirle a manifestar los sentimientos más tiernos, y a aliviar con cuidado sus cargas. Debe alentarla a apoyarse sobre sus amplios afectos, y a dirigir sus pensamientos hacia el Cielo, donde hay fuerza, paz y un descanso final para los cansados. No debe venir a casa con una frente ceñuda, sino que su presencia debiera traer alegría a la familia, y estimular a la esposa a mirar hacia arriba y creer en Dios. Unidos pueden aferrarse a las promesas de Dios, y atraer su rica bendición sobre la familia. La falta de bondad, el espíritu de queja y la ira, apartan a Jesús de la morada. Vi que los ángeles de Dios huirán de una casa donde se pronuncian palabras desagradables y se manifiesta inquietud y disensión.

También me ha sido mostrado que muchas veces hay una gran falta de parte de la esposa. Ella no realiza esfuerzos determinados para dominar su propio genio, y hacer feliz el hogar. Manifiesta a

menudo inquietud y profiere quejas innecesarias. El esposo llega de su trabajo cansado y perplejo, y encuentra una frente ceñuda en lugar de palabras alegres y alentadoras. El es humano, y sus afectos se apartan de su esposa. Pierde el amor hacia su hogar, su senda se oscurece, y su valor se desvanece. Pierde su respeto propio, y la dignidad que Dios le exige que mantenga. El esposo es la cabeza de la familia, como Cristo es la cabeza de la iglesia, y cualquier actitud asumida por la esposa que pueda disminuir su influencia y degradar su posición digna y responsable, desagrada a Dios. Es deber de la esposa renunciar a sus deseos y voluntad, en favor de su esposo. Ambos deben saber renunciar a sus deseos, pero la Palabra de Dios da la preferencia al criterio del esposo. Y la esposa no perderá dignidad al ceder así a aquel a quien ella eligió por consejero y protector. El esposo debe mantener su posición en la familia, con toda mansedumbre, y hasta con decisión. Algunos han preguntado: ¿Debo estar siempre en guardia y ejercer continuamente una restricción sobre mí? Me ha sido mostrado que tenemos delante de nosotros una gran obra que hacer en escudriñar nuestros corazones y velar sobre nosotros mismos con cuidado celoso. Debemos aprender cuáles son los puntos en que faltamos, y luego precavernos al respecto. Debiéramos tener un perfecto dominio de nuestro genio. “Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, que también puede con freno gobernar todo el cuerpo.” La luz que resplandece sobre nuestra senda, la verdad que se recomienda a nuestra conciencia, condenará y destruirá el alma, o la santificará y transformará. Estamos viviendo demasiado cerca del fin del tiempo de gracia para conformarnos con una obra superficial. La misma gracia que hasta aquí hemos considerado como suficiente, no nos sostendrá ya. Nuestra fe debe aumentar y debemos ser más semejantes a Cristo en conducta y disposición a fin de subsistir y resistir con éxito las tentaciones de Satanás. La gracia de Dios es suficiente para todo el que sigue a Cristo.

[43]

Nuestros esfuerzos para resistir los ataques de Satanás deben ser fervientes y perseverantes. El dedica su fuerza y habilidad a tratar de apartarnos del camino recto. El vigila nuestras salidas y entradas, a fin de hallar oportunidad de perjudicarnos o destruirnos. El obra con muchísimo éxito en las tinieblas, perjudicando a aquellos que ignoran sus designios. No podría conseguir ventajas si su método de

ataque fuese comprendido. Los instrumentos que emplea para lograr sus propósitos, y arrojar sus dardos encendidos, son a menudo los miembros de nuestras propias familias.

[44] Aquellos a quienes amamos pueden hablar y obrar con descuido, lo cual puede herirnos profundamente. Tal no era su intención, pero Satanás magnifica sus palabras y actos ante la mente y así arroja un dardo de su carcaj para atravesarnos. Nos erguimos para resistir a la persona que pensamos nos hirió, y al hacerlo estimulamos las tentaciones de Satanás. En vez de pedir a Dios fuerza para resistir a Satanás, permitimos que nuestra felicidad quede empañada tratando de defender lo que llamamos “nuestros derechos.” Así concedemos una doble ventaja a Satanás. Oramos de acuerdo a nuestros sentimientos agraviados, y Satanás nos emplea como agentes suyos para herir y angustiar a aquellos que no se proponían perjudicarnos. Puede ser que a veces las exigencias del esposo parezcan irrazonables a la esposa, pero si ella echara serena y sinceramente una segunda mirada al asunto, y lo considerara en una luz tan favorable como fuese posible para el esposo, vería que, renunciando a su propia idea y sometiendo su juicio al del esposo, aun cuando ello contrariase sus sentimientos, ello salvaría a ambos de la desdicha y les daría una gran victoria sobre las tentaciones de Satanás.

Vi que el enemigo luchará por la utilidad o la vida de los piadosos, y tratará de destruir su paz mientras ellos vivan en este mundo. Pero su poder es limitado. Puede hacer calentar el horno, pero Jesús y sus ángeles velarán sobre el cristiano confiado para que sólo la escoria sea consumida. El fuego encendido por Satanás no puede tener poder para destruir o perjudicar el verdadero metal. Es importante cerrar toda puerta posible que dé acceso a Satanás. Es privilegio de cada familia vivir de tal manera que Satanás no pueda aprovecharse de nada que digan o hagan sus miembros para perjudicarse unos a otros. Cada miembro de la familia debe tener presente que cada uno de ellos tiene tanto que hacer como los demás para resistir a nuestro astuto enemigo, y con fervientes oraciones y fe inquebrantable cada uno debe confiar en los méritos de la sangre de Cristo y pedir su fuerza salvadora.

Las potestades de las tinieblas rodean el alma y ocultan a Jesús de nuestra vista, y a veces no podemos hacer otra cosa sino esperar en tristeza y asombro hasta que pase la nube. A veces estos momen-

tos son terribles. Parece faltar la esperanza, y la desesperación se apodera de nosotros. En estas horas angustiosas debemos aprender a confiar, a depender únicamente de los méritos de la expiación, y en toda nuestra impotente indignidad fiarnos enteramente de los méritos del Salvador crucificado y resucitado. Nunca pereceremos mientras hagamos esto, nunca. Cuando la luz resplandece sobre nuestra senda, no es difícil ser fuertes en la fuerza de la gracia. Pero el aguardar con paciencia y esperanza cuando las nubes nos rodean y todo está obscuro, requiere una fe y una sumisión que sumerge nuestra voluntad en la de Dios. Nos desalentamos demasiado pronto, y pedimos ardientemente que la prueba sea apartada de nosotros, cuando debiéramos pedir ciencia para soportarla y gracia para vencerla.

[45]

Sin fe es imposible agradar a Dios. Podemos tener la salvación de Dios en nuestras familias, pero debemos creer para obtenerla, vivir por ella y ejercer una continua y permanente fe y confianza en Dios. Debemos subyugar el genio violento, y dominar nuestras palabras, y así obtendremos grandes victorias. A menos que dominemos nuestras palabras y genio, somos esclavos de Satanás. Estamos sujetos a él. Nos lleva cautivos. Cada palabra discordante, desagradable, impaciente o malhumorada, es una ofrenda presentada a su majestad satánica. Y es una ofrenda costosa, más costosa que cualquier sacrificio que podamos hacer para Dios; porque destruye la paz y felicidad de familias enteras, destruye la salud, y eventualmente es la causa de que se pierda una vida eterna de felicidad. La restricción que la Palabra de Dios nos impone es para nuestro propio interés. Aumenta la felicidad de nuestras familias y de cuantos nos rodean. Refina nuestro gusto, santifica nuestro criterio y nos reporta paz mental, y al fin, la vida eterna. Bajo esta restricción santa, creceremos en gracia y humildad, y llegará a sernos fácil hablar lo recto. El genio natural, apasionado, será mantenido en sujeción. El Salvador, morando en nosotros, nos fortalecerá a cada hora. Los ángeles ministradores permanecerán en nuestras moradas, y con gozo llevarán al cielo las nuevas de nuestro progreso en la vida divina, y el ángel registrador inscribirá crónicas alegres y felices.

[46]

Capítulo 13—El poder de Satanás

El Hombre caído es el cautivo legítimo de Satanás. La misión de Cristo consistió en rescatarle del poder de su gran adversario. El hombre está naturalmente inclinado a seguir las sugerencias de Satanás, y no puede resistir con éxito a un enemigo tan terrible, a menos que Cristo, el poderoso Conquistador, more en él, guiando sus deseos y dándole fuerza. Dios solo puede limitar el poder de Satanás. Este va de aquí para allá por la tierra, recorriéndola de un lado al otro. Ni por un solo instante queda desprevenido, por temor a perder una oportunidad de destruir las almas. Es importante que los hijos de Dios lo entiendan a fin de poder escapar de sus trampas. Satanás está preparando sus engaños, para que en su última campaña contra el pueblo de Dios, éste no entienda que se trata de él. “Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz.” **2 Corintios 11:14**. Mientras que algunas almas engañadas sostienen que él no existe, las está llevando cautivas y trabaja extensamente por su medio. Satanás conoce mejor que los hijos de Dios el poder que ellos pueden tener sobre él cuando su fuerza está en Cristo. Cuando humildemente solicita ayuda del poderoso Conquistador, el más débil creyente en la verdad, confiando firmemente en Cristo, puede repeler con éxito a Satanás y toda su hueste. El es demasiado astuto para presentar abierta y audazmente sus tentaciones, porque entonces se despertarían las soñolientas energías del cristiano, quien confiaría en el poderoso Libertador. Pero se presenta inadvertido, y obra por engaño mediante los hijos de desobediencia que profesan la piedad.

Satanás irá al extremo de su poder para acosar, tentar y desviar al pueblo de Dios. El que se atrevió a enfrentarse con nuestro Señor para tentarle y desafiarle, y que tuvo poder para tomarlo en sus brazos y llevarlo al pináculo del templo, y hasta la cumbre de una altísima montaña, ejercerá su poder hasta un grado asombroso sobre la presente generación, que dista mucho de tener la sabiduría de su Señor, y que ignora casi completamente la sutileza y fuerza de

Satanás. En una manera maravillosa afectará el cuerpo de los que están por naturaleza inclinados a hacer su voluntad. Satanás se regocija cuando se le considera como un mito. Cuando es objeto de burla, y representado por alguna ilustración infantil, o como algún animal, esto le conviene perfectamente. Se le cree tan inferior, que las mentes humanas están completamente desprevenidas en cuanto a sus planes sabiamente trazados, y casi siempre tiene éxito. Si su poder y sutileza fuesen comprendidos, muchos estarían preparados para resistirle con éxito.

Todos debieran entender que Satanás fué una vez un ángel muy exaltado. Su rebelión hizo que fuera echado del cielo, pero no destruyó sus facultades ni hizo de él una bestia. Desde su caída, volvió su poderosa fuerza contra el gobierno del Cielo. Se ha estado volviendo más astuto, y ha aprendido cuál es la manera en que puede triunfar más completamente al presentar sus tentaciones a los hijos de los hombres.

Satanás ha inventado fábulas a fin de engañar. Principió en el cielo a guerrear contra el fundamento del gobierno de Dios, y desde su caída ha continuado en su rebelión contra la ley de Dios, y ha inducido a la mayoría de los que profesan ser cristianos a hollar bajo sus pies el cuarto mandamiento, que presenta al Dios viviente. Arrancó el sábado original del Decálogo, y substituyó en su lugar uno de los días hábiles de la semana.

La gran mentira original que él dijo a Eva en el Edén: “De seguro que no moriréis,” fué el primer sermón que se predicara alguna vez sobre la inmortalidad del alma. Aquel sermón fué coronado de éxito, y le siguieron resultados terribles. Satanás ha inducido a las mentes a recibir ese sermón como verdad, y los predicadores lo proclaman, lo cantan y lo mencionan en sus oraciones.

[48]

Se están popularizando rápidamente las fábulas de que no hay diablo literal alguno y de que habrá un tiempo de prueba después de la venida de Cristo. Las Escrituras aseveran claramente que el destino de toda persona quedará fijado para siempre al momento de la venida del Señor. “El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es sucio, ensúciase todavía: y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía. Y he aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra.” *Apocalipsis 22:11, 12.*

Satanás se ha aprovechado de las fábulas populares para ocultarse. Se presenta a los pobres y engañados mortales mediante el espiritismo moderno, el cual no impone limitaciones a los de ánimo carnal, y cuando se sigue, separa las familias, crea celos y odio, y concede libertad a las más degradantes propensiones. El mundo sabe muy poco todavía de la influencia corruptora del espiritismo. El telón fué levantado, y me fué revelada gran parte de su obra terrible. Vi a algunas personas que habían tenido experiencia en el espiritismo, y renunciado después a él, que se estremecen al reflexionar en cuán cerca estuvieron de la ruina completa. Habían perdido el dominio propio, y Satanás les hacía hacer lo que detestaban. Pero aun dichas personas tienen tan sólo una débil idea de lo que es el espiritismo. Los ministros inspirados de Satanás pueden vestir con elocuencia este monstruo abominable, ocultar su deformidad y hacerlo aparecer hermoso para muchos. Pero proviene tan directamente de su majestad satánica, que él sostiene tener el derecho a dominar a cuantos tengan algo que ver con él, porque se han aventurado sobre terreno prohibido y han perdido todo derecho a ser protegidos por su Hacedor.

[49] Algunas pobres almas que fueron fascinadas por las palabras elocuentes de los maestros del espiritismo, y se entregaron a su influencia, descubren más tarde su carácter mortífero y quisieran renunciar a él y huír de él, pero no pueden. Satanás las retiene por su poder, y no quiere dejarlas ir libres. El sabe que le pertenecen seguramente mientras se hallan bajo su dominio especial, pero que una vez libres de su poder, nunca las podría inducir a creer ya en el espiritismo, ni a colocarse tan directamente bajo su dominio. La única manera en que estas pobres almas pueden vencer a Satanás, consiste en discernir entre la pura verdad de la Biblia y las fábulas. Al reconocer las exigencias de la verdad, se sitúan donde pueden ser ayudadas. Debieran rogar a aquellos que han tenido experiencia religiosa, quienes tienen fe en las promesas de Dios, que intercedan en su favor ante el poderoso Libertador. Ello representará un conflicto reñido. Satanás reforzará a sus malos ángeles que han dominado a estas personas, pero si los santos de Dios, con profunda humildad, oran y ayunan, sus oraciones prevalecerán. Jesús comisionará a ángeles santos para resistir a Satanás, y éste será ahuyentado y su

poder sobre los afligidos quebrantado. “Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.” **Marcos 9:29.**

Los predicadores populares no pueden resistir con éxito al espiritismo. No tienen nada con qué proteger a sus rebaños de su influencia nefasta. Gran parte de los tristes resultados del espiritismo, recaerá sobre los ministros de esta época, porque han pisoteado la verdad, y preferido las fábulas. El sermón que Satanás predicó a Eva con referencia a la inmortalidad del alma: “De seguro que no moriréis,” lo han reiterado desde el púlpito, y la gente lo recibe como pura verdad bíblica. Es el fundamento del espiritismo. En ninguna parte enseña la Palabra de Dios que el hombre es inmortal. La inmortalidad es atributo de Dios únicamente, “quien solo tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver: al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.” **1 Timoteo 6:16.**

La Palabra de Dios, debidamente comprendida y aplicada, es una salvaguardia contra el espiritismo. Un infierno eternamente ardiente, predicado desde el púlpito, y presentado constantemente a la gente, representa una injusticia para el carácter benevolente de Dios. Le presenta como el mayor tirano del universo. Este difundido dogma ha hecho volver a millares hacia el universalismo, la incredulidad y el ateísmo. La Palabra de Dios es clara. Es una recta cadena de verdad, y resultará un ancla para aquellos que estén dispuestos a recibirla, aun cuando hayan de sacrificar sus apreciadas fábulas. Ella los salvará de los terribles engaños de estos tiempos peligrosos. Satanás ha inducido a los predicadores de las diferentes iglesias a aferrarse tenazmente a sus errores populares, como indujo a los judíos a aferrarse en su ceguera a sus sacrificios y a crucificar a Cristo. El rechazo de la luz y la verdad deja a los hombres cautivos, sujetos a los engaños de Satanás. Cuanto mayor es la luz que rechazan, tanto mayor será el poder del engaño y de las tinieblas que los sobrecogerán.

Me fué mostrado que el verdadero pueblo de Dios es la sal de la tierra y la luz del mundo. Dios requiere de él que progrese continuamente en el conocimiento de la verdad, y en el camino de santidad. Entonces comprenderá la venida de Satanás, y en la fuerza de Jesús le resistirá. Satanás llamará en su ayuda legiones de sus

[50]

ángeles para oponerse a los progresos aun de un alma, y si posible fuese, la arrebataría de las manos de Cristo.

[51] Vi a los malos ángeles contender por las almas, y a los ángeles de Dios resistiéndoles. El conflicto era intenso. Los malos ángeles estaban corrompiendo la atmósfera con su influencia venenosa, y se cernían en tropel alrededor de aquellas almas para entumecer sus sensibilidades. Los ángeles santos estaban mirando con ansiedad, y esperando para rechazar las huestes de Satanás. Pero no es obra de los ángeles buenos dominar las mentes de los hombres contra su voluntad. Si ellos se entregan al enemigo y no hacen esfuerzo para resistirle, entonces los ángeles de Dios no pueden hacer mucho más que mantener en jaque a la hueste de Satanás para que no destruya a los que están en peligro hasta que se les haya dado mayor luz con el fin de despertarlos y hacerlos mirar al Cielo por ayuda. Jesús no comisionará a los ángeles santos para que libren a aquellos que no hacen esfuerzo para ayudarse a sí mismos.

Si Satanás ve que corre peligro de perder a un alma, hace cuanto puede para conservarla. Y cuando la persona llega a darse cuenta de su peligro, y, con angustia y fervor busca fortaleza en Jesús, Satanás teme perder un cautivo, y llama un refuerzo de sus ángeles para rodear a la pobre alma y formar una muralla de tinieblas en derredor de ella para que la luz del cielo no la alcance. Pero si el que está en peligro persevera, y en su impotencia se aferra a los méritos de la sangre de Cristo, nuestro Salvador escucha la ferviente oración de fe, y envía refuerzos de aquellos ángeles poderosos en fortaleza para que le libren. Satanás no puede soportar que se apele a su poderoso rival, porque teme y tiembla delante de su fuerza y majestad. Al sonido de la oración ferviente, toda la hueste de Satanás tiembla. El continúa llamando legiones de malos ángeles para lograr su objeto. Cuando los ángeles todopoderosos, revestidos de la armadura del cielo, acuden en auxilio del alma perseguida que desmaya, Satanás y su hueste retroceden, sabiendo perfectamente que han perdido la batalla. Los voluntarios súbditos de Satanás, son fieles, activos y unidos en un objeto, y aunque se aborrecen y hacen guerra unos a otros, aprovechan toda oportunidad para promover su común interés. Pero el gran General del cielo y de la tierra ha limitado el poder de Satanás.

Lo que he experimentado ha sido singular, y durante años he sufrido pruebas mentales peculiares. La condición del pueblo de Dios, y mi relación con la obra de Dios, me han producido a menudo un peso de tristeza y desaliento que no puede expresarse. Durante años, he considerado al sepulcro como un dulce lugar de reposo. En [52] mi última visión, pregunté a mi ángel acompañante por qué se me dejaba sufrir tal perplejidad mental, y por qué quedaba tan a menudo arrojada sobre el terreno de batalla de Satanás. Rogué que si había de estar tan íntimamente relacionada con la causa de la verdad, fuese librada de estas pruebas severas. Hay poder y fuerza en los ángeles de Dios, y yo rogué que ellos me escudasen.

Entonces me fué presentada nuestra vida pasada, y se me mostró que Satanás había buscado de varias maneras destruir nuestra utilidad; que muchas veces había hecho sus planes para apartarnos de la obra de Dios; se había presentado de diferentes maneras, y por medio de diversos agentes, para lograr sus propósitos; pero el ministerio de los santos ángeles le había derrotado. Vi que, en nuestros viajes de lugar en lugar, con frecuencia había colocado a sus malos ángeles en nuestra senda para causar un accidente que nos ocasionase la muerte; pero los santos ángeles fueron enviados al lugar para librarnos. Diversos accidentes nos pusieron a mi esposo y a mí misma en grave peligro, y nuestra protección ha sido maravillosa. Vi que habíamos sido objeto especial de los ataques de Satanás, por causa de nuestro interés en la obra de Dios y nuestra relación con ella; y al ver el gran cuidado que Dios ejerce en todo momento en favor de quienes le aman y le temen, ello me inspiró confianza en Dios, y me sentí reprendida por mi falta de fe. [53]

Capítulo 14—El futuro

En ocasión de la transfiguración, Jesús fué glorificado por su Padre. Le oímos decir: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él.” Así, antes de su entrega y crucifixión, fué fortalecido para sus últimos terribles sufrimientos. Al acercarse los miembros del cuerpo de Cristo al período de su último conflicto, al “tiempo de angustia de Jacob,” crecerán en Cristo y participarán en gran medida de su Espíritu. Al crecer el tercer mensaje hasta ser un fuerte pregón, cuando acompañe a la obra final un gran poder y gloria, los hijos de Dios participarán de aquella gloria. La lluvia tardía será lo que los fortalecerá y reavivará para atravesar el tiempo de angustia. Sus rostros resplandecerán con la gloria de aquella luz que acompaña al tercer ángel.

Vi que Dios preservará de una manera maravillosa a su pueblo durante el tiempo de angustia. Así como Jesús oró con toda la agonía de su alma en el huerto, ellos clamarán con fervor y agonía día y noche para obtener libramiento. Se proclamará el decreto de que deben despreciar el sábado del cuarto mandamiento, y honrar el primer día, o perder la vida. Pero ellos no cederán, ni pisotearán el sábado del Señor para honrar una institución del papado. Los rodearán las huestes de Satanás y los hombres perversos, para alegrarse de su suerte, porque no parecerá haber para ellos medio de escapar. Pero en medio de sus orgías y triunfo, se oirá el estruendo ensordecedor del trueno más formidable. Los cielos se habrán ennegrecido, y estarán iluminados únicamente por la deslumbrante y terrible gloria del cielo, mientras Dios deje oír su voz desde su santa habitación.

Los cimientos de la tierra temblarán; los edificios vacilarán y caerán con terrible fragor. El mar hervirá como una olla, y toda la tierra quedará terriblemente conmovida. El cautiverio de los justos se cambiará, y con suave y solemne susurro se dirán unos a otros:

[54] “Somos librados; es la voz de Dios.” Con solemne asombro escuchan las palabras de la voz. Los malos oyen, pero no entienden las palabras de la voz de Dios. Temen y tiemblan, mientras que los santos se

regocijan. Satanás y sus ángeles, y los hombres perversos, que habían estado regocijándose de que el pueblo de Dios estaba en su poder, de que podían raerlo de la faz de la tierra, presencian la gloria conferida a aquellos que honraron la santa ley de Dios. Ven cómo el rostro de los justos está iluminado y refleja la imagen de Jesús. Los que estaban tan deseosos de destruir a los santos, no pueden soportar la gloria que descansa sobre los que han sido libertados, y caen como muertos al suelo. Satanás y los malos ángeles huyen de la presencia de los santos glorificados. Perdieron para siempre su poder de molestarlos.

[55]

Capítulo 15—Padres e hijos

Me ha sido mostrado que mientras los padres que temen a Dios imponen restricciones a sus hijos, deben estudiar sus disposiciones y temperamentos y tratar de suplir sus necesidades. Algunos padres atienden cuidadosamente a las necesidades temporales de sus hijos; los cuidan bondadosa y fielmente mientras están enfermos, y luego consideran que su deber está cumplido. En esto cometen un error. Su trabajo está tan sólo empezado. Deben suplirse las necesidades de la mente. Se requiere habilidad para aplicar los debidos remedios a la curación de una mente herida. Los niños han de soportar pruebas tan duras, tan graves en su carácter, como las de las personas mayores. Los padres mismos no sienten siempre la misma disposición. A menudo su mente está afligida por la perplejidad. Trabajan bajo la influencia de opiniones y sentimientos equivocados. Satanás los azota, y ceden a sus tentaciones. Hablan con irritación, y de una manera que excita la ira en sus hijos, y son a veces exigentes e inquietos. Los pobres niños participan del mismo espíritu, y los padres no están preparados para ayudarles, porque ellos son la causa de la dificultad. A veces todo parece ir mal. Hay intranquilidad en el ambiente, y todos pasan momentos miserables y desgraciados. Los padres echan la culpa a los pobres niños, y piensan que son desobedientes e indisciplinados, los peores niños del mundo, cuando la causa de la dificultad reside en ellos mismos.

Algunos padres suscitan muchas tormentas por su falta de dominio propio. En vez de pedir bondadosamente a los niños que hagan esto o aquello, les dan órdenes en tono de reprensión, y al mismo tiempo tienen en los labios censuras o reproches que los niños no merecieron. Padres, esta conducta seguida para con vuestros hijos, destruye su alegría y ambición. Ellos cumplen con vuestras órdenes, no por amor, sino porque no se atreven a obrar de otro modo. No ponen su corazón en el asunto. Les es un trabajo penoso en vez de un placer, y a menudo ello los induce a olvidarse de seguir todas vuestras indicaciones, lo cual acrece vuestra irritación, y empeora la

[56]

situación para los niños. Las censuras se repiten; su mala conducta es desplegada delante de ellos en vivos colores, hasta que el desaliento los sobrecoge, y no les importa agradaros o no. Se apodera de ellos un espíritu que los impulsa a decir: “A mí qué me importa,” y van a buscar fuera del hogar, lejos de sus padres, el placer y deleite que no encuentran en casa. Frecuentan las compañías de la calle, y pronto quedan tan corrompidos como los peores.

¿Sobre quién pesa este gran pecado? Si se hubiese hecho atrayente el hogar, si los padres hubiesen manifestado afección para sus hijos, si con bondad les hubiesen encontrado ocupación, enseñándoles con amor a obedecer a sus deseos, habrían hallado respuesta en sus corazones, y con corazones, manos y pies voluntarios, les habrían obedecido prestamente. Dominándose a sí mismos, y hablándoles con bondad, y alabando a los niños cuando tratan de hacer lo recto, los padres pueden estimular sus esfuerzos, hacerlos muy felices, y rodear al círculo de la familia con un encanto que despejará toda sombra oscura, y hará penetrar en él la alegría como luz del sol.

A veces los padres disculpan su propia mala conducta con la excusa de que no se sienten bien. Están nerviosos, y piensan que no pueden ser pacientes ni serenos, ni hablar de una manera agradable. En esto se engañan y agradan a Satanás, quien se regocija de que ellos no consideren la gracia de Dios como suficiente para vencer las flaquezas naturales. Ellos pueden y deben dominarse a sí mismos en toda ocasión. Dios lo requiere de ellos. Deben darse cuenta de que cuando ceden a la impaciencia e inquietud hacen sufrir a otros. Los que los rodean quedan afectados por el espíritu que ellos manifiestan, y si a su vez actúan impulsados por el mismo espíritu, el daño aumenta y todo va mal.

[57]

Padres, cuando os sentís nerviosos, no debéis cometer el grave pecado de envenenar a toda la familia con esta irritabilidad peligrosa. En tales ocasiones, ejerced sobre vosotros mismos una vigilancia doble, y resolved en vuestro corazón no ofender con vuestros labios, sino pronunciar solamente palabras agradables y alegres. Decíos: “No echaré a perder la felicidad de mis hijos por una sola palabra de irritación.” Dominándoos así a vosotros mismos, os fortaleceréis. Vuestro sistema nervioso no será tan sensible. Quedaréis fortalecidos por los principios de lo recto. La conciencia de que estáis desempeñando fielmente vuestro deber, os fortalecerá. Los ángeles

de Dios sonreirán al ver vuestros esfuerzos, y os ayudarán. Cuando os sentís impacientes, con demasiada frecuencia pensáis que la causa está en vuestros hijos, y les echáis la culpa cuando no la merecen. En otras ocasiones, ellos podrían hacer las mismas cosas, y todo sería aceptable y correcto. Los niños conocen, notan y sienten estas irregularidades y *ellos* no son siempre los mismos. A veces tienen cierta preparación para arrostrar temperamentos variables, y en otras ocasiones están nerviosos e intranquilos, y no pueden soportar la censura. Su espíritu se subleva en rebelión contra ella. Los padres quieren que se hagan todas las debidas concesiones a su estado mental, y sin embargo, no ven siempre la necesidad de hacer las mismas concesiones a sus pobres hijos. Disculpan en sí mismos aquello que, si lo ven en sus hijos que no tienen sus años de experiencia y disciplina, censurarían altamente. Algunos padres son de un temperamento nervioso, y cuando están cansados por el trabajo u oprimidos por la congoja, no conservan serenidad mental, sino que manifiestan hacia aquellos que debieran serles más caros en este mundo, una irritación e intolerancia que desagradan a Dios y extienden una nube sobre la familia. Debe calmarse a los niños en sus dificultades, con tierna simpatía. La bondad y tolerancia mutua, harán del hogar un paraíso, y atraerán a los ángeles santos al círculo de la familia.

[58]

La madre puede y debe hacer mucho para dominar sus nervios y ánimo cuando está deprimida. Aun cuando está enferma, ella puede, si se educa en ello, manifestar una disposición agradable y alegre, y puede soportar más ruido de lo que una vez pensara posible. No debiera hacer sentir a los niños su propia flaqueza y nublar sus mentes jóvenes y sensibles por su propia depresión de espíritu, haciéndoles sentir que la casa es una tumba y que la pieza de mamá es el lugar más lúgubre del mundo. La mente y los nervios se entonan y fortalecen por el ejercicio de la voluntad. En muchos casos, el poder de la voluntad resultará ser un potente calmante de los nervios.

No dejéis que vuestros hijos os vean con rostros ceñudos. Si ellos ceden a la tentación, y luego ven su error y se arrepienten de él, perdonadles tan generosamente como esperáis ser perdonados por vuestro Padre celestial. Instruídlos bondadosamente y ligadlos a vuestro corazón. Este es un tiempo crítico para los niños. Los

rodearán influencias tendientes a separarlos de vosotros, y debéis contrarrestarlas. Enseñadles a hacer de vosotros sus confidentes. Permitidles susurrar en vuestros oídos sus pruebas y goces. Estimulando esto, los salvaréis de muchas trampas que Satanás ha preparado para sus pies inexpertos. No tratéis a vuestros hijos únicamente con severidad, olvidándoos de vuestra propia niñez, y olvidando que ellos no son sino niños. No esperéis de ellos que sean perfectos, ni tratéis de hacerles hombres y mujeres en sus acciones en seguida. Obrando así, cerraríais la puerta de acceso que de otra manera pudierais tener hacia ellos, y les impulsaríais a abrir la puerta a las influencias perjudiciales, que permitirían a otros que envenenasen sus mentes juveniles antes que se diesen cuenta del peligro.

Satanás y su hueste están haciendo arduos esfuerzos para desviar la mente de los niños, y éstos deben ser tratados con franqueza, ternura y amor cristianos. Esto os dará una fuerte influencia sobre ellos, y les hará sentir que pueden depositar una confianza ilimitada en vosotros. Rodead a vuestros hijos de los encantos del hogar y de vuestra sociedad. Si lo hacéis, no tendrán mucho deseo de trabar relaciones con otros jóvenes. Satanás obra por medio de dichas relaciones, y trata de que las mentes ejerzan una sobre otra una influencia corruptora. Esta es la manera más eficaz en la cual pueda trabajar. Los jóvenes tienen una influencia poderosa unos sobre otros. Su conversación no es siempre selecta y elevada. Se murmuran en sus oídos malas conversaciones, que, si no se resisten con decisión, se alojan en el corazón, para arraigarse allí, crecer hasta dar frutos y corromper las buenas costumbres. A causa de los males que imperan hoy en el mundo, y de la restricción que es necesario imponer a los hijos, los padres deben tener doble cuidado de ligarlos a sus corazones y de dejarles ver que desean hacerlos felices.

Los padres no deben olvidarse de los años de su propia niñez, de cuánto anhelaban la manifestación de simpatía y amor, y de cuán desgraciados se sentían cuando se les censuraba y reprendía con irritación. Deben ser otra vez jóvenes en sus sentimientos, y condescender mentalmente para comprender las necesidades de sus hijos. Sin embargo, con firmeza mezclada de amor, deben exigir obediencia de ellos. La palabra de los padres debe ser obedecida implícitamente.

[60] Los ángeles de Dios vigilan a los niños con el más profundo interés para ver qué carácter adquieren. Si Cristo tratase con nosotros como a menudo nos tratamos unos a otros y a nuestros hijos, tropezaríamos y caeríamos de puro desaliento. Vi que Jesús conoce nuestras flaquezas, y ha experimentado lo mismo que nosotros en todas las cosas, menos el pecado. Por lo tanto, nos ha preparado una senda adecuada a nuestra fuerza y capacidad, y como Jacob, ha andado suavemente y con serenidad con los niños, en la medida en que lo podían soportar, a fin de sostenernos por el consuelo de su compañía, y servirnos de guía perpetuamente. El no desprecia, descuida ni deja atrás a los niños del rebaño. El no nos ha ordenado que avancemos y los dejemos. El no ha viajado tan apresuradamente que nos haya dejado rezagados juntamente con nuestros hijos. ¡Oh, no; sino que él ha emparejado la senda de la vida, aun para los niños! Y se requiere de los padres que en su nombre los conduzcan por el camino estrecho. Dios nos ha señalado una senda adecuada a la fuerza y capacidad de los niños.

* * * * *

Un padre no debe ser un niño, movido meramente por los impulsos. Está ligado a su familia por los vínculos sagrados y santos. Toda la familia se concentra en el padre. ... El es el legislador, e ilustra en su propio comportamiento viril las virtudes más austeras: la energía, la integridad, la honradez y la utilidad práctica. El padre es, en un sentido, el sacerdote de la familia, que pone sobre el altar de Dios el sacrificio de la mañana y de la tarde, mientras que la esposa y los hijos se unen en oración y alabanza. Jesús permanecerá con una familia tal, y mediante su influencia vivificadora se oirán aún en medio de escenas más sublimes las gozosas exclamaciones de los padres, diciendo: “Heme aquí, con los hijos que Jehová me dió.” ¡Salvos, salvos, eternamente salvos! ¡Libertados de la corrupción que en el mundo reina por la concupiscencia, y hechos herederos de la inmortalidad por los méritos de Cristo! Vi que pocos padres se percatan de su responsabilidad. No han aprendido a dominarse a sí mismos, y hasta no haber aprendido esta lección, serán deficientes en cuanto a gobernar a sus hijos. Un dominio propio perfecto, obrará como un ensalmo sobre la familia. Cuando esto se alcanza,

se obtuvo una gran victoria. Entonces podrán enseñar a sus hijos a dominarse.—*Testimonies for the Church 1:547.*

[61]

Capítulo 16—Peligros de la juventud

El 6 de junio de 1863 me fueron mostrados algunos de los peligros que corre la juventud. Satanás está dominando las mentes de los jóvenes y extraviando sus pies inexpertos. Ellos ignoran sus designios, y en estos tiempos peligrosos los padres deben despertar y trabajar con perseverancia y laboriosidad para rechazar el primer ataque del enemigo. Deben instruir a sus hijos, cuando salen, cuando entran, cuando se levantan y cuando se sientan, dándoles renglón tras renglón, precepto tras precepto, un poco aquí y un poco allá.

El trabajo de la madre empieza con el niño mamante. Ella debe subyugar la voluntad y el genio de su hijo, ponerlo en sujeción, enseñarle a obedecer. Y a medida que el niño crezca, no relaje la mano. Cada madre debe tomarse tiempo para razonar con sus hijos, para corregir sus errores y enseñarles pacientemente el buen camino. Los padres cristianos deben saber que están instruyendo y preparando a sus hijos para ser hijos de Dios. Toda la experiencia religiosa de los niños queda afectada por las instrucciones dadas, y el carácter se forma en la niñez. Si la voluntad no se subyuga entonces, ni se la hace someter a la voluntad de los padres, será tarea muy difícil el aprender la lección en los años ulteriores. ¡Qué lucha intensa, qué conflicto costará para someter a los requisitos de Dios esa voluntad que nunca fué subyugada! Los padres que descuidan esa obra importante, cometen un grave error, pecan contra sus pobres hijos y contra Dios.

Sucedirá a veces que los niños que se hallan bajo una disciplina estricta se sentirán descontentos. Se volverán impacientes bajo las restricciones, y querrán hacer su voluntad, e ir y venir como les plazca. Especialmente entre los diez y dieciocho años, creerán a menudo que no habría ningún perjuicio en participar en salidas campestres y otras reuniones de compañías jóvenes; pero sus padres experimentados pueden ver el peligro. Ellos conocen los temperamentos peculiares de sus hijos, conocen la influencia que sobre su mente ejercen esas cosas, y porque desean salvarlos, les evitan estas

diversiones excitantes. Cuando estos niños deciden por su cuenta abandonar los placeres del mundo, y hacerse discípulos de Cristo, ¡qué carga desaparece de los corazones de los padres cuidadosos y fieles! Y sin embargo, aun entonces no debe cesar la labor de los padres. No se debe dejar a los niños que elijan su propio curso de acción, ni tampoco que hagan siempre sus propias decisiones. Han empezado tan sólo a luchar en serio contra el pecado, el orgullo, las pasiones, la envidia, los celos, el odio y todos los males del corazón natural. Los padres necesitan velar y aconsejar a sus hijos, decidir por ellos y mostrarles que si no prestan una obediencia alegre y voluntaria a sus padres, no pueden obedecer voluntariamente a Dios, y les es imposible ser cristianos.

Los padres deben animar a sus hijos a confiar en ellos, a presentarles las penas de su corazón, sus pequeñas molestias y pruebas diarias. Así podrán los padres aprender a simpatizar con sus hijos y podrán orar con ellos y por ellos, para que Dios los escude y los guíe. Deben revelarles a su Amigo y Consejero infaltable, que se compadecerá de sus flaquezas, porque fué tentado en todo como nosotros, aunque sin pecar.

Satanás tienta a los niños a ser reservados con sus padres, y a elegir sus confidentes entre sus compañeros jóvenes e inexpertos; entre aquellos que no les pueden ayudar, sino que les darán malos consejos. Los niños y las niñas se reúnen, y conversan, ríen y bromean, y ahuyentan a Cristo de sus corazones y a los ángeles de su presencia por sus insensateces. La conversación ociosa, relativa a los actos ajenos, las habladurías acerca de ese joven o de aquella niña, agostan los pensamientos y sentimientos nobles, arrancan del corazón los deseos buenos y santos, dejándolo frío y destituido del verdadero amor hacia Dios y su verdad.

Los niños quedarían en salvo de muchos males si fuesen más familiares con sus padres. Estos deben estimular en sus hijos una disposición a manifestarse confiados y francos con ellos, a acudir a ellos con sus dificultades, presentarles el asunto tal cual lo ven y pedirles consejo cuando se hallan perplejos acerca de qué conducta es la buena. ¿Quiénes pueden ver y señalarles los peligros mejor que sus padres piadosos? ¿Quién puede comprender tan bien como ellos el temperamento peculiar de sus hijos? La madre que ha vigilado todo el desarrollo de la mente desde la infancia, y conoce su dispo-

sición natural, es la que está mejor preparada para aconsejar a sus hijos. ¿Quién puede decir como la madre, ayudada por el padre, cuáles son los rasgos de carácter que deben ser refrenados y mantenidos en jaque?

Los hijos que son cristianos preferirán el amor y la aprobación de sus padres temerosos de Dios a toda bendición terrenal. Amarán y honrarán a sus padres. El hacer a sus padres felices debe ser uno de los principales estudios de su vida. En esta era de rebelión, los hijos no han recibido la debida instrucción y disciplina, y tienen poca conciencia de sus obligaciones hacia sus padres. Sucede a menudo que cuanto más hacen sus padres por ellos, tanto más ingratos son, y menos los respetan. Los niños que han sido mimados y rodeados de cuidados, esperan siempre un trato tal; y si su expectativa no se cumple, quedan chasqueados y desalentados. Esa misma disposición se verá en toda su vida. Serán impotentes, dependerán de la ayuda ajena, esperando que los demás los favorezcan y cedan a sus deseos. Y si encuentran oposición, aun en la edad adulta, se creen maltratados; y así recorren su senda por el mundo llenos de congojas, apenas capaces de llevar su propio peso, murmurando e irritándose a menudo porque no todo les sale a pedir de boca.

[64] Los padres que siguen una conducta errónea, enseñan a sus hijos lecciones que les resultarán ruinosas, y también siembran espinas para sus propios pies. Piensan que satisfaciendo los deseos de sus hijos y dejándoles seguir sus inclinaciones, obtendrán su amor. ¡Qué error! Los niños así consentidos, se crían sin ver restringidos sus deseos, sin saber dominar sus disposiciones y llegan a ser egoístas, exigentes e intolerantes, una maldición para ellos mismos y cuantos los rodean. En gran medida los padres tienen en sus propias manos la felicidad futura de sus hijos. A ellos les incumbe la obra importante de formar el carácter de estos hijos. Las instrucciones dadas en la niñez, les seguirán durante toda la vida. Los padres siembran la semilla, que brotará y dará fruto para bien o mal. Pueden hacer a sus hijos idóneos para la felicidad o para la desgracia.

Desde muy temprano se debe enseñar a los niños a ser útiles, a ayudarse a sí mismos y a ayudar a otros. En nuestra época, muchas hijas pueden, sin remordimiento de conciencia, ver a sus madres trabajar, cocinar, lavar o planchar, mientras ellas permanecen sentadas en la sala leyendo novelas o haciendo crochet, o bordados. Sus

corazones son tan insensibles como una piedra. Pero, ¿dónde está el origen de este mal? ¿Quiénes son los que generalmente llevan la mayor parte de la culpa en este asunto? Los pobres y engañados padres. Ellos pasan por alto el bien futuro de sus hijos, y en su ternura equivocada los dejan en la ociosidad, o les permiten hacer lo que tiene poca utilidad, o que no requiere ejercicio de la mente o de los músculos, y luego disculpan a sus hijas indolentes porque son débiles. Pero, ¿qué es lo que las ha hecho débiles? En muchos casos ha sido la conducta errónea de los padres. Una cantidad apropiada de ejercicio en la casa mejoraría tanto su mente como su cuerpo. Pero, debido a ideas falsas, los niños quedan privados de dicho ejercicio, hasta que llegan a tener aversión al trabajo; éste les desagrada, y no concuerda con sus ideas de la fineza. Creen que no es digno de una dama y hasta grosero, lavar los platos, planchar o inclinarse sobre la piletta de lavar ropa. Tal es la instrucción que es de moda dar a los hijos en esta era desdichada.

Los hijos de Dios deben ser gobernados por principios superiores a los de los mundanos, que tratan de medir todo su curso de acción por la moda. Los padres que temen a Dios deben educar a sus hijos para una vida de utilidad. No deben permitir que sus principios de gobierno estén mancillados por las nociones extravagantes que prevalecen en esta época, ni tampoco deben conformarse a las modas, ni ser gobernados por las opiniones de los mundanos. No deben permitir a sus hijos que elijan sus compañeros. Enseñadles que es vuestro deber elegirlos por ellos. Preparadlos para llevar cargas mientras son jóvenes. Si vuestros hijos no se han acostumbrado al trabajo, pronto se cansarán. Se quejarán de dolores en los costados, en los hombros, y de que tienen los miembros cansados; y vuestra simpatía os hará correr el riesgo de hacer el trabajo vosotros mismos más bien que verlos sufrir un poco. Sea la carga impuesta a los niños muy ligera al principio, y luego vaya aumentando un poco cada día, hasta que puedan hacer la debida cantidad de trabajo sin cansarse. La inactividad en los niños, es la causa principal de los dolores en los costados y los hombros.

Me ha sido mostrado que mucho pecado ha resultado de la ociosidad. Las manos y las mentes activas no hallan tiempo para prestar oído a toda tentación que el enemigo sugiere; pero las manos y los cerebros ociosos están completamente preparados para ser domina-

[65]

dos por Satanás. Cuando la mente no está debidamente ocupada, se espacia en cosas impropias. Los padres deben enseñar a sus hijos que la ociosidad es pecado. Se me mencionó lo que dice en **Ezequiel 16:49**: “He aquí que ésta fué la iniquidad de tu hermana Sodoma: La soberbia, la hartura de pan y el reposo próspero, que tenía ella y sus hijas; y no apoyaba la mano del pobre y del menesteroso.”

[66] Los hijos deben sentir que tienen una deuda para con sus padres que los han vigilado durante su infancia, y cuidado en tiempos de enfermedad. Deben darse cuenta de que sus padres han sufrido mucha ansiedad por ellos. Los padres piadosos y concienzudos han sentido especialmente el más profundo interés en que sus hijos eligiesen el buen camino. ¡Cuán tristes se han sentido sus corazones al ver defectos en sus hijos! Si los hijos, que han causado tanto dolor a esos corazones, pudiesen ver el efecto de su conducta, ciertamente se arrepentirían de ella. Si pudiesen ver las lágrimas de su madre, y oír sus oraciones a Dios en su favor, si pudiesen escuchar sus reprimidos y entrecortados suspiros, sus corazones se conmoverían, y prestamente confesarían sus pecados y pedirían perdón. Tanto los de más edad como los jóvenes, tienen una obra que hacer. Los padres deben prepararse mejor para desempeñar su deber para con sus hijos. Algunos padres no comprenden a sus hijos, ni los conocen verdaderamente. A menudo hay una gran distancia entre padres e hijos. Si los padres quisieran compenetrarse plenamente de los sentimientos de sus hijos, y desentrañar lo que hay en sus corazones, ello tendría una influencia benéfica sobre ellos mismos.

Los padres deben obrar fielmente con las almas que les han sido confiadas. No deben estimular en sus hijos el orgullo, el despilfarro y el amor a la ostentación. No deben enseñarles ni permitir que aprendan pequeñas gracias que parecen vivezas en los niños, pero que después tienen que desaprender, y de las que han de ser corregidas cuando son mayores. Los hábitos que primero se adquieren no se olvidan fácilmente. Padres, debéis comenzar a disciplinar las mentes de vuestros hijos mientras son muy tiernos, a fin de que sean cristianos. Tiendan todos vuestros esfuerzos a su salvación. Obrad como que han sido confiados a vuestro cuidado para ser hallados como preciosas joyas que han de resplandecer en el reino de Dios. Cuidad de no estar arrullándolos sobre el abismo de la destrucción, con la

errónea idea de que no tienen bastante edad para ser responsables, ni para arrepentirse de sus pecados y profesar a Cristo.

Se me hizo referencia a las muchas promesas preciosas registradas para aquellos que buscan temprano a su Salvador. **Eclesiastés 12:1**: “Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que vengán los malos días, y lleguen los años, de los cuales digas, No tengo en ellos contentamiento.” **Proverbios 8:17**: “Yo amo a los que me aman; y me hallan los que madrugando me buscan.” El gran Pastor de Israel dice todavía: “Dejad a los niños, y no les impidáis de venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos.” Enseñad a vuestros hijos que la juventud es el mejor tiempo para buscar al Señor. Entonces las cargas de la vida no pesan sobre ellos, y sus jóvenes mentes no están agobiadas por los cuidados, y mientras están así libres, deben dedicar lo mejor de su fuerza a Dios.

[67]

Estamos viviendo en una época desdichada para los niños. Se siente una fuerte corriente que se dirige hacia abajo, hacia la perdición, y se necesita algo más que una experiencia y fuerza de niño para remontar esa corriente y no ser arrastrado por ella. Los jóvenes en general parecen cautivos de Satanás, y éste y sus ángeles los llevan a una destrucción certera. Satanás y sus huestes están haciendo guerra contra el gobierno de Dios, y a todos los que tienen deseo de entregarles su corazón y de obedecer sus requisitos, Satanás tratará de hacerles sufrir perplejidad y de vencerlos por sus tentaciones, a fin de que se desalienten y renuncien a la lucha.

Padres, ayudad a vuestros hijos. Despertad del letargo que ha pesado sobre vosotros. Velad continuamente para detener la corriente y rechazar el peso del mal que Satanás está echando sobre vuestros hijos. Los niños no pueden hacer esto de por sí, pero los padres pueden hacer mucho. Mediante la oración ferviente y la fe viva, ganarán grandes victorias. Algunos padres no se han dado cuenta de las responsabilidades que pesan sobre ellos, y han descuidado la educación religiosa de sus hijos. Por la mañana, los primeros pensamientos del cristiano deben fijarse en Dios. Los trabajos mundanales y el interés propio deben ser secundarios. Debe enseñarse a los niños a respetar y reverenciar la hora de oración. Antes de salir de la casa para ir a trabajar, toda la familia debe ser convocada, y el padre, o la madre en ausencia del padre, debe rogar con fervor a Dios que los guarde durante el día. Venid con humildad, con un corazón lleno de ternura,

[68]

y con el sentimiento de las tentaciones y peligros que hay delante de vosotros y de vuestros hijos, y por la fe ligadlos sobre el altar, solicitando por ellos el cuidado del Señor. Los ángeles ministradores guardarán los niños así dedicados a Dios. Es el deber de los padres creyentes levantar así, mañana y tarde, por ferviente oración y fe perseverante, una valla en derredor de sus hijos. Deben instruirlos con paciencia, enseñándoles bondadosa e incansablemente a vivir de tal manera que agraden a Dios.

La impaciencia en los padres incita la impaciencia en los hijos. La ira manifestada por los padres, crea ira en los hijos, y despierta lo malo de su naturaleza. Algunos padres corrigen a sus hijos severamente en un espíritu de impaciencia, y muchas veces con ira. Las correcciones tales no producen ningún buen resultado. Al tratar de corregir un mal, crean dos. La censura continua, y el castigo corporal, endurecen a los niños y los separan de sus padres. Estos deben aprender primero a dominarse a sí mismos; y entonces podrán dominar con más éxito a sus hijos. Cada vez que pierden el dominio propio, y hablan y obran con impaciencia, pecan contra Dios. Deben primero razonar con sus hijos, señalarles claramente sus equivocaciones, mostrarles su pecado, y hacerles comprender que no sólo han pecado contra sus padres, sino contra Dios. Teniendo vuestro propio corazón subyugado y lleno de compasión y pesar por vuestros hijos errantes, orad con ellos antes de corregirlos. Entonces vuestra corrección no hará que vuestros hijos os odien. Ellos os amarán. Verán que no los castigáis porque os han causado inconvenientes, ni porque queréis desahogar vuestro desagrado sobre ellos, sino por un sentimiento de deber para su bien, a fin de que no se desarrollen en el pecado.

[69]

Algunos padres han dejado de dar a sus hijos una educación religiosa, y también han descuidado su educación escolar. Ni la una ni la otra debieran haber sido descuidadas. Las mentes infantiles son activas, y si ellos no se dedican al trabajo físico o se ocupan en el estudio, quedarán expuestos a las malas influencias. De parte de los padres es un pecado dejar a sus hijos crecer en la ignorancia. Deben proporcionarles libros útiles e interesantes, deben enseñarles a trabajar, a tener sus horas de trabajo físico y sus horas de estudio y lectura. Los padres deben tratar de elevar las mentes de sus hijos, y de cultivar sus facultades mentales. La mente, abandonada a sí

misma, sin cultivo, es generalmente baja, sensual y corrupta. Satanás aprovecha su oportunidad, y educa a las mentes ociosas.

Padres, el ángel registrador escribe toda palabra impaciente e irritada que decís a vuestros hijos. Cada vez que dejáis de darles las instrucciones debidas y de mostrarles el carácter excesivamente grave del pecado, y el resultado final de una conducta pecaminosa, ello queda registrado frente a vuestro nombre. Cada palabra que decís descuidadamente delante de ellos, aunque sea en broma, cada palabra que no es casta y elevada, queda anotada por el ángel como una mancha sobre vuestro carácter cristiano. Todos vuestros actos quedan registrados, sean buenos o malos.

Los padres no pueden tener éxito en el gobierno de sus hijos, antes de haber adquirido perfecto dominio sobre sí mismos. Deben primero aprender a subyugarse, a dominar sus palabras, y la misma expresión de su rostro. No deben permitir que se perturbe el tono de su voz, o se agite con excitación e ira. Entonces podrán tener una influencia decisiva sobre sus hijos. Los hijos pueden desear hacer lo recto, pueden proponerse en su corazón ser obedientes y bondadosos para con sus padres o tutores; pero necesitan ayuda y estímulo de parte de ellos. Pueden hacer buenas resoluciones, pero a menos que sus principios sean fortalecidos por la religión, y en sus vidas reine la influencia de la gracia renovadora de Cristo, no alcanzarán su objeto. [70]

Los padres deben duplicar sus esfuerzos para la salvación de sus hijos. Deben instruirlos con fidelidad, no dejando que ellos mismos consigan su educación lo mejor que puedan. No se debe permitir que los jóvenes aprendan lo bueno y lo malo indistintamente, con la idea de que en algún tiempo futuro lo bueno prevalecerá y lo malo perderá su influencia. Lo malo se desarrolla más rápidamente que lo bueno. Es posible que lo malo que hayan aprendido, sea erradicado después de muchos años; pero ¿quién quiere correr este riesgo? El tiempo es corto. Es más fácil y mucho más seguro sembrar semilla limpia y buena en el corazón de vuestros hijos, que arrancar las malas hierbas después. Es el deber de los padres velar para que las influencias que rodean a sus hijos no tengan un efecto perjudicial sobre ellos. Es su deber elegirles sus compañías, y no dejarles que ellos mismos las elijan. ¿Quién cumplirá con este deber si los padres no lo hacen? ¿Pueden los demás tener en vuestros hijos el interés

que debierais tener vosotros? ¿Pueden ejercer ese cuidado constante y amor profundo que los padres tienen?

Puede suceder que los niños que observan el sábado se vuelvan impacientes por las restricciones, y piensen que sus padres son demasiado estrictos; y hasta puede suceder que se susciten en sus corazones sentimientos duros, y lleguen a alimentar pensamientos de descontento y pesar contra aquellos que obran para su bien presente, futuro y eterno. Pero si llegan a vivir algunos años más, bendecirán a sus padres por el cuidado estricto y la vigilancia fiel que ejercieron sobre ellos en sus años de inexperiencia. Los padres deben explicar y simplificar ante sus hijos el plan de salvación, a fin de que sus mentes juveniles puedan comprenderlo. Los niños de ocho, diez y doce años, tienen ya bastante edad para que se les hable de la religión personal. No enseñéis a vuestros hijos con referencia a algún período futuro en el que tendrán bastante edad para arrepentirse y creer en la verdad. Si son debidamente instruidos, los niños aún muy jóvenes pueden tener opiniones correctas en cuanto a su estado de pecado, y el camino de salvación por Cristo. Los predicadores son generalmente demasiado indiferentes para con la salvación de los niños, y su obra no es tan personal como debiera ser. Muchas veces se dejan sin aprovechar áureas oportunidades de impresionar las mentes de los niños.

La mala influencia que rodea a nuestros niños es casi abrumadora; está corrompiendo sus mentes y arrastrándolos a la perdición. Las mentes juveniles son por naturaleza dadas a la liviandad; y en edad temprana, antes que su carácter esté formado y su juicio maduro, manifiestan a menudo una preferencia por compañías que ejercen sobre ellos una influencia perjudicial. Algunos adquieren afición al sexo opuesto, contra los deseos y ruegos de sus padres, y violan, deshonrándolos así, el quinto mandamiento. Es deber de los padres vigilar las salidas y las entradas de sus hijos. Deben estimularlos y presentarles incentivos que los atraigan al hogar y les hagan ver que sus padres se interesan en ellos. Deben hacer alegre y placentero el hogar.

Padres y madres, hablad bondadosamente a vuestros hijos, recordad cuán sensibles sois vosotros mismos, cuán poca censura podéis soportar; reflexionad, y reconoced que vuestros hijos son como vosotros. No les impongáis lo que vosotros mismos no podéis soportar.

Si no podéis vosotros soportar la censura y la inculpación, tampoco lo pueden vuestros hijos, que son más débiles que vosotros, y no pueden soportar tanto. Sean vuestras palabras agradables y alegres como rayos de sol en la familia. Los frutos del dominio propio, de la atención y esmero de vuestra parte se centuplicarán. Los padres no tienen derecho a echar una nube lóbrega sobre la felicidad de sus hijos por su censura o severas críticas por errores triviales. Lo que es verdaderamente malo y pecado, debe ser presentado en el verdadero carácter pecaminoso que tiene, debe seguirse un curso de acción [72] firme y decidido para evitar su repetición. Debe hacerse sentir a los niños el mal que han hecho, pero no debe dejárseles en un estado mental desesperado, sino con cierto grado de valor a fin de que ellos puedan mejorar y ganar vuestra confianza y aprobación.

Algunos padres cometen el error de conceder a sus hijos demasiada libertad. Tienen a veces tanta confianza en ellos que no ven sus defectos. Es malo permitir a los niños realizar visitas distantes con cierto gasto, sin estar acompañados de sus padres o tutores. Ello tiene una mala influencia sobre los niños. Llegan a pensar que son muy importantes, y que les pertenecen ciertos privilegios, y si éstos no les son concedidos, se creen maltratados. Hacen alusión a otros niños que van y vienen y tienen muchos privilegios, mientras que ellos tienen tan pocos.

Y la madre, temiendo que sus hijos la crean injusta, satisface sus deseos, lo cual, al fin, resulta en gran perjuicio para ellos. Los jóvenes visitantes, que no se hallan bajo el ojo vigilante de alguno de sus padres, para ver y corregir sus faltas, reciben a menudo impresiones cuya supresión requiere meses. Se me refirieron casos de padres que tenían hijos buenos y obedientes y que, teniendo la mayor confianza en ciertas familias, dejaron a sus hijos alejarse por un tiempo de su lado para visitar a estos amigos. Desde entonces se notó un cambio completo en la conducta y el carácter de estos hijos. Antes, vivían contentos y felices en el hogar, y no tenían muchos deseos de hallarse en compañía de otras personas jóvenes. Cuando volvieron a sus padres, la restricción les pareció injusta, y el hogar una cárcel. Decisiones tan imprudentes de parte de los padres deciden el carácter de sus hijos.

Al hacer visitas tales, algunos niños traban relaciones que al fin resultan en su ruina. Padres, conservad a vuestros hijos a vuestro

[73] lado si podéis, y vigiladlos con la más tierna solicitud. Cuando los dejáis ir de visita a cierta distancia, se sienten con bastante edad para cuidarse y hacer sus propias decisiones. Cuando se deja a los jóvenes así abandonados a sí mismos, su conversación versa a menudo sobre temas que no los refinan ni elevan, ni tampoco aumentan su amor por lo que atañe a la religión. Cuanto mayor sea el número de visitas que se les permita hacer, tanto mayor será el deseo de realizarlas y menos atrayente les parecerá el hogar.

Hijos, Dios ha visto propio confiaros al cuidado de vuestros padres, para que ellos os instruyan y disciplinen, y así desempeñen su parte en formar vuestro carácter para el cielo. Y sin embargo, os incumbe a vosotros decir si queréis adquirir un buen carácter cristiano aprovechando las ventajas que significa para vosotros el haber tenido padres piadosos fieles y vigilantes en la oración. A pesar de toda la ansiedad y la fidelidad de los padres en favor de sus hijos, ellos solos no pueden salvarlos. Los hijos tienen también una obra que hacer. Cada hijo tiene que atender a su caso individual. Padres creyentes, os incumbe una obra de responsabilidad para guiar los pasos de vuestros hijos aun en su experiencia religiosa. Cuando amen verdaderamente a Dios os bendecirán y reverenciarán por el cuidado que habéis manifestado para con ellos, y por vuestra fidelidad en restringir sus deseos y en subyugar sus voluntades.

[74] La tendencia que prevalece en el mundo, es la de dejar a los jóvenes seguir la inclinación natural de sus propias mentes. Y los padres dicen que si los jóvenes son muy desenfrenados en su adolescencia se corregirán más tarde, y que cuando tengan dieciséis o dieciocho años razonarán por su cuenta, abandonarán sus malos hábitos, y llegarán por fin a ser hombres y mujeres útiles. ¡Qué error! Durante años permiten al enemigo que siembre en el jardín del corazón; permiten que se desarrollen en él malos principios, y en muchos casos todo el trabajo que se haga para cultivar ese terreno, no servirá de nada. Satanás es un obrero astuto y perseverante, un enemigo mortífero. Cuando quiera que se pronuncie una palabra descuidada para perjuicio de la juventud, sea en adulación, o para hacerle considerar un pecado con menos aborrecimiento, Satanás aprovecha de ello y alimenta la mala semilla, a fin de que pueda arraigar y producir abundante cosecha. Algunos padres han dejado a sus hijos adquirir malas costumbres, cuyos rasgos podrán verse a

través de toda la vida. Los padres son responsables de este pecado. Esos hijos pueden profesar ser cristianos, pero sin una obra especial de la gracia en el corazón, y una reforma cabal en la vida, sus malas costumbres pasadas, se verán en toda su experiencia y manifestarán precisamente el carácter que sus padres les permitieron adquirir.

La norma de la piedad es tan baja entre los que profesan ser cristianos, en general, que los que desean seguir a Cristo con sinceridad, lo hallan más difícil y trabajoso de lo que de otro modo sería. La influencia de los que profesan ser cristianos pero que manifiestan un espíritu mundanal, perjudica a los jóvenes. Los más de los que profesan ser cristianos han suprimido la línea de demarcación entre los cristianos y el mundo; y aunque profesan vivir por Cristo, están viviendo para el mundo. Su fe ejerce poca influencia refrenadora sobre sus placeres; mientras que profesan ser hijos de la luz andan en tinieblas y son hijos de la noche y de las tinieblas. Los que andan en tinieblas no pueden amar a Dios ni desear sinceramente glorificarle. No son iluminados para discernir la excelencia de las cosas celestiales, y por lo tanto no pueden amarlas de veras. Profesan ser cristianos porque ello es considerado honorable, y no tienen que llevar cruz alguna. Sus motivos son a menudo egoístas. Las tales personas, que profesan ser cristianas, pueden entrar en un salón de bailes y participar de todas las diversiones que proporciona. Otras no pueden ir tan lejos, pero asisten a partidas de placer, salidas campestres, exposiciones y otras diversiones. Y el ojo más avizor no lograría discernir en los tales cristianos profesos una sola señal de cristianismo. Uno no podría ver en su aspecto diferencia alguna entre ellos y el incrédulo. El cristiano profeso, el disoluto, el que se burla abiertamente de la religión, y el que es francamente profano, todos se mezclan como un solo cuerpo, y Dios los considera uno en espíritu y práctica.

[75]

Una profesión del cristianismo, sin la fe y las obras correspondientes, no servirá de nada. Nadie puede servir a dos señores. Los hijos del maligno son los siervos de su señor, al cual se entregaron para obedecerle; son sus siervos, y no pueden ser siervos de Dios a menos que renuncien a todas sus obras. No puede ser inofensivo para los siervos del Rey celestial el participar de los placeres y diversiones en que participan los siervos de Satanás, aun cuando repitan a menudo que las tales diversiones son inocentes. Dios ha revelado

verdades sagradas y santas que han de separar a sus hijos de los impíos y purificarlos para sí. Los adventistas del séptimo día deben vivir conforme a su fe. Los que obedecen los diez mandamientos, consideran el estado del mundo y las cosas religiosas desde un punto de vista completamente diferente del que tienen los que profesan ser cristianos, pero que son amantes de los placeres, rehuyen la cruz y viven violando el cuarto mandamiento. En el actual estado de cosas de la sociedad, no es tarea fácil para los padres refrenar a sus hijos e instruirlos de acuerdo con la norma de lo recto que establece la Biblia. Los que profesan tener religión se han apartado de la Palabra de Dios a tal punto que cuando los hijos de Dios vuelven a su Palabra sagrada, y quieren educar a sus hijos según sus preceptos, y como antiguamente lo hizo Abrahán, mandar a su familia después de sí, los pobres niños que sienten tal influencia en derredor de sí, piensan que sus padres son innecesariamente exigentes y demasiado estrictos para con ellos con respecto a sus compañías. Desean naturalmente seguir el ejemplo de aquellos que profesan ser cristianos, y, sin embargo, aman los placeres y el mundo.

[76]

En estos tiempos, no se conocen casi las persecuciones y el oprobio por amor de Cristo. Muy poca abnegación y sacrificio son necesarios para asumir una forma de piedad y hacer inscribir el nombre de uno en los registros de la iglesia; pero el vivir de tal manera que nuestros caminos agraden a Dios y nuestros nombres estén registrados en el libro de la vida, requerirá vigilancia y oración, abnegación y sacrificio de nuestra parte. Los que profesan ser cristianos no son ejemplo para la juventud, sino tan sólo en la medida en que sigan a Cristo. Las buenas acciones son inequívocos frutos de la verdadera piedad. El Juez de toda la tierra dará a cada uno conforme a sus obras. Los niños que siguen a Cristo tienen una lucha delante de sí; tienen que llevar diariamente una cruz para salir del mundo y mantenerse separados, imitando la vida de Cristo.

[77]

Capítulo 17—Andad en la luz

Me fué revelado que los hijos de Dios moran demasiado bajo una nube. No es su voluntad que ellos vivan en incredulidad. Jesús es luz, y en él no hay ningunas tinieblas. Sus hijos son hijos de la luz. Son renovados a su imagen, y llamados de las tinieblas a su luz admirable. El es la luz del mundo, y lo mismo son los que le siguen. No deben andar en tinieblas, sino tener la luz de la vida. Cuanto más lucha el pueblo de Dios para imitar a Cristo, con tanto mayor perseverancia será perseguido por el enemigo; pero el estar cerca de Cristo lo fortalece para resistir los esfuerzos que hace nuestro astuto enemigo para apartarlo de Cristo.

Me fué mostrado que se hacen demasiadas comparaciones entre nosotros mismos, tomando a hombres falibles por nuestro modelo, cuando tenemos un Dechado seguro e infalible. No debemos medirnos por el mundo, ni por las opiniones de los hombres, ni por lo que éramos antes de aceptar la verdad. Pero nuestra fe y nuestra posición en el mundo, tal como son ahora, deben compararse con lo que habrían sido si nuestra senda hubiese sido siempre hacia adelante y hacia arriba desde que profesamos seguir a Cristo. Esta es la única comparación que puede hacerse sin peligro. En cualquier otra que se haga, habrá engaño. Si el carácter moral y el estado espiritual de los hijos de Dios no corresponden a las bendiciones, privilegios y luz que él les ha concedido, son pesados en la balanza, y los ángeles los declaran faltos.

En el caso de algunos, parece serles oculto el conocimiento de su verdadero estado. Ven la verdad, pero no perciben su importancia ni sus requerimientos. Oyen la verdad, pero no la comprenden plenamente, porque no amoldan su vida a ella, y por lo tanto no son santificados por obedecerla. Y sin embargo, permanecen tan despreocupados y satisfechos como si delante de ellos fuese la nube de día y la columna de fuego de noche como señales del favor de Dios. Profesan conocer a Dios, pero en sus obras le niegan. Se declaran su pueblo escogido y peculiar, pero su presencia y poder de salvar hasta

[78]

lo sumo, se manifiestan rara vez en ellos. ¡Cuán grandes son las tinieblas de los tales! Sin embargo, no lo saben. La luz resplandece, pero no lo comprenden. No hay mayor engaño que pueda seducir a la mente humana que aquel que hacer creer a los hombres que están perfectamente bien y que Dios acepta sus obras cuando están pecando contra él. Toman la forma de la piedad por el espíritu y poder de ella. Suponen que son ricos y no necesitan nada, cuando son pobres, miserables, ciegos y desnudos, y lo necesitan todo.

Hay quienes profesan seguir a Cristo, y, sin embargo, no hacen ningún esfuerzo en las cosas espirituales. En cualquier empresa mundanal, realizan esfuerzos y manifiestan ambición para lograr su objeto, y obtener el fin deseado; pero en la empresa de la vida eterna, donde todo está en juego y su felicidad eterna depende de su éxito, obran con tanta indiferencia como si no fuesen agentes morales, como si otro estuviese jugando el juego de la vida por ellos, y no tuviesen nada que hacer sino aguardar el resultado. ¡Oh, qué insensatez! ¡Qué locura! Si todos quisieran tan sólo manifestar aquel grado de ambición, celo y fervor para la vida eterna que manifiestan en sus empresas mundanales, serían vencedores y victoriosos. Vi que cada uno debe obtener experiencia por sí mismo, cada uno debe desempeñar bien y fielmente su parte en el juego de la vida. Satanás aguarda su oportunidad para arrebatarse las gracias preciosas cuando estamos desprevenidos, y tendremos que sostener un severo conflicto con las potestades de las tinieblas para retenerlas, o para recuperar una gracia celestial si por falta de vigilancia la perdemos.

[79] Pero me fué mostrado que es privilegio de los creyentes obtener fuerza de Dios para retener todo don precioso. La oración ferviente y eficaz será respetada en el cielo. Cuando los siervos de Cristo toman el escudo de la fe para defenderse, y la espada del Espíritu para la guerra, hay peligro en el campamento del enemigo, y algo debe hacerse. La persecución y el oprobio están en acecho de aquellos que están dotados de poder de lo alto, para ponerlo en acción. Cuando la verdad, en su sencillez y fuerza, prevalece entre los creyentes y ejerce su influencia contra el espíritu del mundo, será evidente que no hay concordia entre Cristo y Belial. Los discípulos de Cristo deben ser ejemplos vivos de la vida y el espíritu de su divino Maestro.

Los jóvenes y los ancianos tienen que sostener un conflicto, una guerra. No tienen que dormirse ni por un momento. Un enemigo

astuto está constantemente alerta para descarriarlos y vencerlos. Los que creen en la verdad presente deben ser tan vigilantes como su enemigo y manifestar sabiduría para resistir a Satanás. ¿Lo harán? ¿Perseverarán en esta guerra? ¿Serán cuidadosos para apartarse de toda iniquidad? Cristo es negado de muchas maneras. Podemos negarle hablando de una manera contraria a la verdad, hablando mal de otros, conversando insensatamente o bromeando, o mediante palabras ociosas. En estas cosas manifestamos poca astucia o prudencia. Nos debilitamos a nosotros mismos; nuestros esfuerzos son débiles para resistir a nuestro gran enemigo, y somos vencidos. “De la abundancia del corazón habla la boca.” Y por falta de vigilancia, confesamos que Cristo no está en nosotros. Aquellos que vacilan en cuanto a dedicarse sin reserva a Dios, no siguen fielmente a Cristo. Le siguen a una distancia tan grande que la mitad del tiempo no saben realmente si están siguiendo en sus pisadas o en las del gran enemigo. ¿Por qué tardamos tanto en renunciar a nuestro interés en las cosas de este mundo, y a tomar a Cristo por nuestra única suerte? ¿Por qué habríamos de desear conservar la amistad de los enemigos de nuestro Señor, y seguir en sus costumbres, diciendo ser guiados por sus opiniones? Debemos entregarnos completamente y sin reserva a Dios, apartarnos del amor del mundo y de las cosas terrenales, o no podremos ser discípulos de Cristo. [80]

La vida y el espíritu de Cristo son la única norma de excelencia y perfección; y la única conducta segura que podamos seguir es su ejemplo. Si así lo hacemos, él nos guiará con sus consejos, y más tarde nos recibirá en la gloria. Debemos contender con diligencia, y estar dispuestos a sufrir mucho a fin de andar en las pisadas de nuestro Redentor. Dios está dispuesto a trabajar por nosotros, a darnos su libre Espíritu, si luchamos para obtenerlo, vivimos por él, creemos por él; y entonces podremos andar en la luz, como él está en luz. Podremos regocijarnos en su amor, y beber de su rica plenitud.

* * * * *

Dios quiere que su pueblo sea la luz del mundo, la sal de la tierra. El plan de congregarse en grandes Números, de componer una iglesia grande, ha contraído su influencia y su esfera de utilidad,

y está poniendo literalmente su luz bajo un almud. Es designio de Dios que el conocimiento de la verdad llegue a todos, que nadie permanezca en las tinieblas, ignorante de sus principios; sino que todos sean probados por ella, y decidan por o contra ella, que todos sean amonestados y dejados sin excusa. El plan de colonización o de trasladarse de diferentes localidades donde hay poca fuerza e influencia, y concentrar la influencia de muchos en una localidad, elimina la luz de lugares donde Dios quiere que brille.—*Testimonies*

[81] *for the Church 2:633.*

Capítulo 18—La oración de David

Me fué mostrado a David suplicando al Señor que no le abandonase cuando fuese viejo, y lo que le arrancaba esta ferviente oración. Veía él que los más de los ancianos que le rodeaban eran desgraciados, y que los rasgos desagradables de su carácter se intensificaban especialmente con la edad. Si por naturaleza las personas eran avarias y codiciosas, lo eran hasta un punto muy desagradable en su vejez. Si eran celosas, inquietas e impacientes, lo eran especialmente en la edad proveya.

David sentía gran angustia al ver que los reyes y los nobles que parecían haber tenido a Dios mientras gozaban de la fuerza de su virilidad se ponían celosos de sus mejores amigos y parientes cuando llegaban a viejos. Temían de continuo que fuesen motivos egoístas los que inducían a sus amigos a manifestar interés por ellos. Escuchaban las sugerencias y los consejos engañosos de los extraños respecto a aquellos en quienes debieran haber confiado. Sus celos irrefrenados ardían a veces como llamas, porque no todos concordaban con su juicio decrepito. Su avaricia era horrible. A menudo pensaban que sus propios hijos y deudos deseaban que muriesen para reemplazarlos y poseer sus riquezas, y recibir los homenajes que se les concedían. Y algunos estaban de tal manera dominados por sus sentimientos celosos y codiciosos que llegaban hasta a matar a sus propios hijos.

David notaba que aunque había sido recta la vida de algunos, mientras disfrutaban de la fuerza de la virilidad, al sobrevenirles la vejez parecían perder el dominio propio. Satanás intervenía y guiaba su mente, haciéndolos inquietos y descontentos. Veía que muchos de los ancianos parecían abandonados de Dios y se exponían al ridículo y al oprobio de sus enemigos. David quedó profundamente conmovido, y le angustiaba pensar en su propia vejez. Temía que Dios le abandonase y llegara a ser tan desdichado como otras personas ancianas cuya conducta había notado, por lo que sería abandonado al oprobio de los enemigos del Señor. Sintiendo esta preocupación,

[82]

rogó fervientemente: “No me deseches en el tiempo de la vejez; cuando mi fuerza se acabare, no me desampares. ... Oh Dios, enseñástemme desde mi mocedad; y hasta ahora he manifestado tus maravillas. Y aun hasta la vejez y las canas; oh Dios, no me desampares.” **Salmos 71:9, 17, 18.** David sentía la necesidad de precaverse contra los males que acompañan a la senectud.

Sucede con frecuencia que las personas ancianas no están dispuestas a comprender ni reconocer que su fuerza mental está decayendo. Acortan sus días asumiendo cuidados que pertenecen a sus hijos. Satanás obra a menudo sobre su imaginación y las induce a sentir una ansiedad continua respecto de su dinero. Llega a ser su ídolo y lo guardan con cuidado avariento. Hasta se privarán a veces de muchas de las comodidades de la vida, y trabajarán más de lo que les permiten sus fuerzas, antes de usar los recursos que tienen. De esta manera se colocan en continuo menester, por temor a que en algún tiempo futuro hayan de pasar necesidad. Todos estos temores tienen su origen en Satanás. El les excita los órganos que los inducen a sentir temores y celos serviles que corrompen la nobleza de alma y destruyen los pensamientos y sentimientos elevados. Las tales personas son insanas respecto del dinero. Si ellas asumiesen la actitud que Dios quiere que asuman, sus postreros días podrían ser los mejores y más felices. Los que tienen hijos en cuya honradez y juicioso manejo tienen motivos para confiar, deben dejar que sus hijos los hagan felices. A menos que lo hagan, Satanás se aprovechará de su falta de fuerza mental, y lo manejará todo en su lugar. Deben poner a un lado la ansiedad y las cargas, ocupar su tiempo tan felizmente como puedan, y prepararse así para el cielo.

[83]

Capítulo 19—La debida observancia del sábado

El 25 de diciembre de 1865 me fué mostrado que ha habido demasiada negligencia en cuanto a la observancia del sábado. No ha habido prontitud para cumplir los deberes regulares durante los seis días de trabajo que Dios ha dado al hombre, ni cuidado para no usurpar una hora del tiempo santo y sagrado que él se ha reservado. No hay negocios humanos que deban ser considerados de suficiente importancia para hacerle a uno transgredir el cuarto precepto de Jehová. Hay casos en los cuales Cristo ha dado permiso para trabajar aun en el sábado, cuando se trata de salvar la vida de los hombres o de los animales. Pero si violamos la letra del cuarto mandamiento para beneficiarnos, desde un punto de vista pecuniario, llegamos a ser violadores del sábado y somos culpables de transgredir todos los mandamientos; porque si ofendemos en un punto, somos culpables en todos. Si, a fin de ahorrar nuestros bienes, violamos el mandamiento expreso de Jehová, ¿dónde nos detendremos? ¿Dónde fijaremos los límites? Si transgredimos en un asunto pequeño, y lo consideramos como si no fuese pecado particular de nuestra parte, la conciencia se endurece, las sensibilidades se embotan, a tal punto que podemos ir más lejos, y realizar bastante trabajo y seguir lisonjeándonos de ser observadores del sábado cuando, según la norma de Cristo, estamos violando cada uno de los santos preceptos de Dios. Existe un defecto entre los observadores del sábado al respecto, pero Dios es muy escrupuloso, y todos los que sientan que están ahorrando un poco de tiempo, u obteniendo ventajas por usurpar un poco del tiempo del Señor, tarde o temprano sufrirán una pérdida. El no los puede bendecir como le agradecería hacerlo, porque su nombre es deshonrado por ellos, y sus preceptos menospreciados. La maldición de Dios recae sobre ellos y perderán diez o veinte veces más de lo que ganan. “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado.”

[84]

Dios ha dado al hombre seis días en los cuales trabajar para sí, pero se ha reservado un día en el cual se le ha de honrar especial-

mente. Se le ha de glorificar, y respetar su autoridad. Y sin embargo, el hombre robará a Dios apropiándose de un poco del tiempo que el Creador se ha reservado para sí. Dios puso aparte el séptimo día como período de descanso para el hombre, para bien del hombre tanto como para su propia gloria. El vió que las necesidades del hombre requerían que durante un día descansase del trabajo y cuidado, que su salud y vida peligrarían sin un período de reposo del trabajo y ansiedad de los seis días.

El sábado fué hecho para beneficio del hombre; y el transgredir a sabiendas el santo mandamiento que prohíbe trabajar en el séptimo día, es a la vista del cielo un crimen considerado de tal magnitud bajo la ley mosaica, que exigía la muerte del que lo cometiera. Pero esto no era todo lo que el delincuente había de sufrir, porque Dios no iba a llevar al cielo a un transgresor de su ley. Debe sufrir la segunda muerte, que es la penalidad plena y final a que se hace acreedor el transgresor de la ley de Dios.

[85]

Capítulo 20—Una carta de cumpleaños

Amado Hijo: Te escribo esto en ocasión de tu décimonono cumpleaños. Nos ha sido un placer tenerte con nosotros por algunas semanas en lo pasado. Estás ahora por dejarnos, pero nuestras oraciones te seguirán.

Hoy termina otro año de tu vida. ¿Cómo puedes considerarlo al echar una mirada retrospectiva? ¿Has hecho progresos en la vida divina? ¿Has crecido en espiritualidad? ¿Has crucificado el yo con sus afectos y concupiscencias? ¿Tienes mayor interés en el estudio de la Palabra de Dios? ¿Has obtenido victorias decisivas sobre tus propios sentimientos y carácter díscolo, o, cuál ha sido el registro de tu vida durante el año que acaba de pasar a la eternidad para nunca más volver?

Al entrar en un nuevo año, hazlo con la ferviente resolución de dirigirte hacia adelante y hacia arriba. Sea tu vida más elevada y más exaltada de lo que jamás ha sido. Proponte no buscar tu propio interés y placer, sino hacer progresar la causa de tu Redentor. No permanezcas en una posición donde necesites ayuda, donde otros tengan que guardarte para conservarte en el camino estrecho. Puedes ser fuerte para ejercer en otros una influencia santificadora. Puedes hallarte donde el interés de tu alma se despierte para hacer bien a otros, para consolar a los entristecidos, fortalecer a los débiles, y dar tu testimonio por Cristo siempre que se presente la oportunidad. Ten por blanco honrar a Dios en todo, siempre y por doquiera. Pon tu religión en todo. Sé cabal en cuanto emprendas.

No has experimentado el poder salvador de Dios como es tu privilegio hacerlo, porque no has hecho del deseo de glorificar a Cristo el gran blanco de tu vida. Sea para gloria de Dios cada resolución que tomes, cada trabajo que emprendas, cada placer que disfrutes. Sea éste el lenguaje de tu corazón: Yo soy tuyo, oh Dios, para vivir por ti, trabajar para ti y sufrir por ti.

Muchos profesan estar del lado del Señor, sin estarlo; el peso de todas sus acciones está en favor de Satanás. ¿Por qué medios

[86]

determinaremos en qué lado estamos? ¿Quién posee el corazón? ¿Con quién están nuestros pensamientos? ¿Acerca de quién nos deleitamos en conversar? ¿Quién tiene nuestros más calurosos afectos y nuestras mejores energías? Si estamos del lado del Señor, nuestros pensamientos están con él, y nuestras reflexiones más dulces se refieren a él. No tenemos amistad con el mundo; hemos consagrado todo lo que tenemos y somos a Dios. Anhelamos llevar su imagen, respirar su espíritu, hacer su voluntad y agradarle en todo.

Debes conducirte de tal manera que nadie necesite equivocarse acerca de ti. No puedes ejercer influencia en el mundo sin decisión. Tus resoluciones pueden ser buenas y sinceras, pero fracasarán a menos que hagas de Dios tu fortaleza y avances con firme resolución de propósito. Debes consagrar todo tu corazón a la causa y la obra de Dios. Debes desear sinceramente obtener experiencia en la vida cristiana. Debes ejemplificar a Cristo en tu vida.

No puedes servir a Dios y a Mammón. Estarás completamente del lado del Señor o del lado del enemigo. “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, derrama.” Algunas personas fracasan en su vida religiosa porque están siempre vacilando, y no tienen resolución. Están con frecuencia convencidas, y llegan al punto de entregarlo todo para Dios; pero, por faltar en ese punto, vuelven a caer. Mientras están en el pecado, su conciencia se endurece, y se vuelve cada vez menos susceptible a las impresiones del Espíritu de Dios. Su Espíritu las ha amonestado y convencido, pero ha sido despreciado y contristado hasta casi apartarse de ellas. No se puede jugar con Dios. El nos muestra claramente nuestro deber, y

[87]

si descuidamos de andar en la luz, ésta se vuelve tinieblas. Dios te invita a ser colaborador suyo en su viña. Empieza donde te encuentres. Ven a la cruz, y allí renuncia a ti mismo, al mundo y a todo ídolo. Acepta plenamente a Jesús en tu corazón. Te hallas en un lugar donde es difícil conservar la consagración y ejercer una influencia que aparte a otros del pecado, de los placeres y de la insensatez para que anden en el camino angosto, trazado para ser seguido por los redimidos del Señor.

Entrégate completamente a Dios; ríndelo todo sin reserva, y busca así la paz que sobrepuja todo entendimiento. No puedes obtener nutrición de Cristo a menos que estés en él. Si no estás en él, eres un sarmiento seco. No sientes tu necesidad de pureza y verdadera

santidad. Debes sentir un ferviente deseo del Espíritu Santo, y orar fervorosamente para obtenerlo. No puedes esperar la bendición de Dios sin buscarla. Si empleas los recursos que se hallan a tu alcance, experimentarás un crecimiento en la gracia, y te elevarás a una vida superior.

No es natural que ames las cosas espirituales, pero puedes adquirir este amor ejercitando tu mente, la fuerza de tu ser en esa dirección. El poder de obrar es lo que necesitas. La verdadera educación es el poder de usar nuestras facultades de manera que alcancen resultados benéficos. ¿Por qué ocupa la religión tan poco de nuestra atención mientras que el mundo obtiene la fuerza del cerebro, de los huesos y de los músculos? Es porque toda la fuerza de nuestro ser se dedica a ello. Nos hemos preparado para dedicarnos con fervor y poder a los negocios mundanales hasta que ahora es fácil para la mente inclinarse en este sentido. Esta es la única razón porque los creyentes encuentran tan difícil la vida religiosa y tan fácil la vida mundanal. Las facultades han sido educadas para ejercer su fuerza en esa dirección. En la vida religiosa ha habido asentimiento a las verdades de la Palabra de Dios, pero no ha habido una ilustración práctica de ellas en la vida.

[88]

El cultivo de los pensamientos religiosos y sentimientos de devoción no es hecho parte de la educación. Debieran influir en el ser entero y regirlo completamente. El hábito de hacer lo recto es lo que se necesita. Se obra intermitentemente bajo influencias favorables; pero el pensar natural y fácilmente en las cosas divinas, no es el principio que rige la mente.

Si se ejercita de continuo la mente en las cosas espirituales, no será necesario permanecer enanos espiritualmente. Pero el mero orar acerca de esto y por esto, no habrá de satisfacer las necesidades del caso. Debes habituar tu mente a concentrarse en las cosas espirituales. El ejercicio producirá fuerza. Muchos de los que profesan creer en Cristo, están muy expuestos a perder ambos mundos. El ser cristiano a medias y mundano a medias hace que uno sea cristiano en una centésima parte, y mundano en todo lo demás.

La vida espiritual es lo que Dios requiere, y sin embargo son millares los que claman: “No sé lo que me pasa, no tengo fuerza espiritual, no poseo el Espíritu de Dios.” Sin embargo, las mismas personas se vuelven activas, locuaces, y aun elocuentes cuando ha-

blan de asuntos mundanales. Escuchemos a los tales en la reunión. Apenas si pronuncian una docena de palabras en una voz casi imperceptible. Son hombres y mujeres del mundo. Han cultivado sus tendencias mundanales hasta que sus facultades se han fortalecido en ese ramo. Sin embargo, son tan débiles como niños en lo que respecta a las cosas espirituales, cuando debieran ser fuertes e inteligentes. No se deleitan en espaciarse en el misterio de la piedad. No conocen el lenguaje del cielo, y no están educando sus mentes para estar preparados a fin de poder cantar los himnos del cielo o deleitarse en los ejercicios espirituales que allí recibirán la atención de todos.

[89] Los que profesan creer en Cristo, los cristianos mundanales, no están familiarizados con las cosas celestiales. Nunca serán llevados a las puertas de la Nueva Jerusalén para participar en ejercicios que hasta entonces no les interesaron especialmente. No prepararon sus mentes para que se deleitasen en la devoción y en la meditación de las cosas de Dios y del cielo. ¿Cómo, pues, pueden participar en los servicios del cielo? ¿Cuánto deleite hallarían en lo espiritual, lo puro, lo santo del cielo, cuando ello no fué su deleite especial en la tierra? La atmósfera que allí reinará será la pureza misma. Pero no están familiarizados con ella. Cuando estaban en el mundo, siguiendo sus vocaciones mundanales, sabían lo que debían hacer y cómo debían obrar. Las facultades inferiores estaban en constante ejercicio y se desarrollaron; mientras que las potencias superiores y más nobles del alma, al no ser fortalecidas por el uso, se tornaron incapaces de despertarse para los ejercicios espirituales. Las cosas espirituales no se discernen, porque son consideradas con ojos que aman el mundo y no pueden estimar el valor y la gloria de lo divino sobre lo temporal.

La mente debe ser educada y disciplinada para amar la pureza. El amor por las cosas espirituales debe ser alentado. Sí, debe ser estimulado, si se quiere crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. Los deseos por lo bueno y la verdadera santidad son correctos en sí, pero si te detienes allí, de nada te servirán. Los buenos propósitos están en su lugar, pero de nada servirán a menos que se lleven resueltamente a cabo. Muchos se perderán aunque esperaron y desearon ser cristianos, pero no hicieron esfuerzos fervientes; por lo tanto, serán pesados en la balanza y hallados faltos. La voluntad debe

ejercerse en la debida dirección. *Quiero* ser un cristiano consagrado. *Quiero* conocer la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor perfecto. Escucha las palabras de Jesús: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.” Cristo ha hecho amplias provisiones para satisfacer al alma que tiene hambre y sed de justicia.

El puro elemento del amor hará dilatarse el alma hacia las cumbres superiores, en busca del conocimiento ampliado de las cosas divinas, de tal manera que no quedará satisfecha a menos que alcance la plenitud. La mayor parte de los que profesan ser cristianos no tienen idea de la fuerza espiritual que podrían obtener si fuesen tan ambiciosos, celosos y perseverantes para alcanzar el conocimiento de las cosas divinas como para obtener las miserables y percederas cosas de esta vida. Las masas que profesan ser cristianas han quedado satisfechas con su condición de enanos espirituales. No están dispuestas a tener por objeto buscar primeramente el reino de Dios y su justicia; de ahí que la piedad sea para ellas un misterio oculto que no pueden comprender. No conocen a Cristo por experiencia.

[90]

Transpórtese repentinamente al cielo a estos hombres y mujeres que están satisfechos con su condición de enanos e inválidos en las cosas divinas, y hágaseles considerar por un instante el alto y santo estado de perfección que reina siempre allí, donde toda alma está llena de amor, donde todo rostro resplandece de gozo, y se elevan melodiosos acentos de música arrobadora en honor de Dios y del Cordero, y los incesantes raudales de luz fluyen sobre los santos desde el rostro de Aquel que se sienta sobre el trono y del Cordero; y déense cuenta de que hay un gozo aún más alto y mayor que experimentar, porque cuanto más reciben del gozo de Dios, tanto mayor es su capacidad para elevarse en el disfrute eterno, y así continúan recibiendo nuevas y mayores provisiones de las incesantes fuentes de gloria y felicidad inefable;—¿podrían las tales personas, me pregunto, mezclarse con la muchedumbre celestial, participar en sus cantos, y soportar la pura, exaltada y arrobadora gloria que emana de Dios y del Cordero? ¡Oh no! Su tiempo de prueba fué alargado durante años para que pudiesen aprender el lenguaje del cielo, para que pudiesen llegar a ser “participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia.” Pero tenían que dedicar las facultades de su mente

[91] y las energías de su ser a un negocio egoísta. No podían servir a Dios sin reserva haciendo de ello su quehacer. Las empresas mundanales debían venir en primer lugar, y recibir lo mejor de sus facultades, y un pensamiento pasajero era todo lo que dedicaron a Dios. ¿Serán los tales transformados después que se haya pronunciado la decisión final: “El santo sea santificado todavía,” “y el que es sucio, ensúciase todavía”? Ese tiempo se está acercando.

Los que han educado su mente en el deleite de los ejercicios espirituales, son los que pueden ser trasladados sin quedar abrumados por la pureza y gloria trascendental del cielo. Puedes tener un buen conocimiento de las artes, puedes estar familiarizado con las ciencias, puedes sobresalir en música y en la caligrafía, tus modales pueden agradar a los que te tratan, pero ¿qué tienen que ver estas cosas con una preparación para el cielo? ¿Qué tienen que ver en cuanto a prepararte para subsistir delante del tribunal de Dios?

No te engañes. Dios no puede ser burlado. Nada que no sea la santidad te preparará para el cielo. Es la piedad sincera y experimental lo único que puede darte un carácter puro y elevado, y habilitarte para entrar en la presencia de Dios, quien mora en la luz inaccesible. En la tierra es donde debe adquirirse el carácter celestial o nunca podrá ser adquirido. Por lo tanto, comienza en seguida. Y no te lisonjees de que llegará el tiempo en que podrás hacer un esfuerzo ferviente con más facilidad que ahora. Cada día aumenta tu distancia de Dios. Prepárate para la eternidad con un celo como no lo has manifestado todavía. Educa tu mente en amar la Biblia, en amar la reunión de oración, en amar la hora de meditación, y sobre todo, la hora en la cual el alma comulga con Dios. Adquiere la mentalidad del cielo si quieres unirte con el coro celestial en las mansiones divinas.

[92] Hoy empieza un nuevo año de tu vida. Una nueva página ha sido abierta en el libro del ángel registrador. ¿Qué será anotado en sus columnas? ¿Quedarán manchadas con la negligencia espiritual, con deberes que no fueron cumplidos? No lo permita Dios. Sean anotadas allí cosas de las que no te avergüences cuando sean reveladas a las miradas de los hombres y de los ángeles.

Greenville, Mich., 27 de julio de 1868.

* * * * *

Nunca ha sido el corazón de Dios movido a un amor más profundo y ternura más compasiva que ahora. Nunca hubo tiempo en que Dios estuviese tan dispuesto y ansioso de hacer tanto para su pueblo como ahora. Y él instruirá y salvará a todos los que elijan ser salvos como él lo ha indicado. Los que son espirituales pueden discernir las cosas espirituales, y ver pruebas de la presencia y obra de Dios por doquiera. Satanás, por su hábil y perversa estrategia, sacó a nuestros primeros padres del huerto de Edén, de la inocencia y pureza al pecado y miseria indecible. No ha cesado de destruir; en estos postreros días, emplea, para lograr la ruina de las almas, todas las fuerzas de las cuales pueda disponer. Se aprovecha de todo artificio que pueda emplear para engañar, desconcertar y confundir al pueblo de Dios.—*Testimonies for the Church 3:455, 456.*

[93]

Capítulo 21—El engaño de las riquezas

Querida Hermana M: Cuando el Señor me mostró su caso, se me hizo recordar lo que pasó hace muchos años, cuando Vd. creyó en la próxima venida de Cristo. Vd. esperaba y amaba su aparición.

Su esposo era por naturaleza un hombre afectuoso y noble; pero confiaba en su propia fuerza, la cual era poca. No sentía la necesidad de hacer de Dios su fortaleza. La bebida embriagante embotaba su cerebro y finalmente paralizó su mente. Su virilidad y semejanza a Dios fué sacrificada para satisfacer su sed de bebidas embriagantes.

Vd. sufrió oposición y ultraje, pero Dios fué su fuente de fortaleza. Mientras Vd. confió en él, la sostuvo. En todas sus pruebas, no permitió que Vd. fuese abrumada. ¡Cuán a menudo la han fortalecido los ángeles celestiales cuando Vd. se hallaba abatida, presentando vívidamente a su recuerdo pasajes de las Escrituras que le expresaban el inagotable amor de Dios y le daban evidencia de que su inagotable amor no cambia! Su alma confiaba en Dios. Era su comida y su bebida hacer la voluntad de su Padre celestial. A veces, Vd. tenía una firme confianza en las promesas de Dios, y otras veces su fe volvía a ser probada hasta lo sumo. La manera de obrar de Dios le parecía misteriosa; sin embargo, la mayor parte del tiempo Vd. tenía evidencias de que él consideraba su aflicción y no quería imponerle cargas que superasen sus fuerzas.

[94] El Maestro veía que Vd. necesitaba ser preparada para su reino celestial. No le abandonó en el horno de fuego de la aflicción para que éste la consumiese. Como el refinador y purificador de la plata, él mantuvo sus ojos en Vd., vigilando el proceso de la purificación hasta que pudo discernir su imagen reflejada en Vd. Aunque Vd. sintió a menudo las llamas de la aflicción y a veces pensó que la consumirían, el amor de Dios era tan grande en aquellas ocasiones como cuando Vd. se sentía libre en espíritu, y triunfante en Dios. El horno había de purificar y refinar, pero no consumir ni destruir.

La vi luchando con la pobreza, tratando de sostenerse a sí misma y a sus hijos. Muchas veces Vd. no sabía qué hacer, y el porvenir

parecía obscuro e incierto. En su angustia, clamaba al Señor y él la consolaba y ayudaba, y en derredor suyo brillaban rayos de esperanza y luz. ¡Cuán precioso le era Dios en esas ocasiones! ¡Cuán dulce su amor consolador! Le parecía que tenía un precioso tesoro depositado en el cielo. Y al considerar la recompensa de los afligidos hijos de Dios, ¡qué consolación le era sentir que podía llamarle su Padre!

Su caso era, en realidad, peor que si hubiese sido viuda. Su corazón era angustiado por la conducta perversa de su esposo. Pero sus persecuciones, sus amenazas y violencias no la inducían a confiar en su propia sabiduría y olvidar a Dios. Lejos de ello; Vd. sentía su debilidad, y que era incapaz de llevar sus cargas, y en su debilidad consciente quedaba aliviada llevando sus pesadas cargas a Jesús, el gran Aliviador de ellas. ¡Cuánto apreciaba Vd. cada rayo de luz de su presencia! ¡Cuán fuerte se sentía a menudo en su fuerza! Cuando estallaba inesperadamente sobre Vd. una tormenta de persecución, el Señor no permitía que fuese vencida, sino que en aquellos momentos de prueba Vd. se daba cuenta de una fuerza, calma y paz que le asombraban.

Cuando caían sobre Vd. acusaciones y burlas más crueles que lanzas y saetas, la influencia del Espíritu de Dios en su corazón la inducía a hablar con calma y serenidad. El hacer esto no es natural. Era el fruto del Espíritu de Dios. Era la gracia de Dios la que fortalecía su fe en medio de todos los descorazonamientos causados por la esperanza diferida. La gracia la fortalecía para la guerra y las penurias y la hacía vencedora. La gracia le enseñó a orar, a amar y confiar, a pesar del ambiente desfavorable que la rodeaba. Al darse cuenta repetidas veces de que sus oraciones eran contestadas de una manera especial, Vd. no pensaba que ello se debía a algún mérito suyo, sino por causa de su gran necesidad. Su necesidad era la oportunidad de Dios. Su vida en aquellos días de prueba consistía en confiar en Dios. Las manifestaciones de su liberación especial cuando pasaba por los momentos más penosos, eran como el oasis en el desierto para el viajero cansado y desfalleciente.

El Señor no la dejó perecer. Con frecuencia le suscitó amigos que la ayudasen cuando Vd. menos lo esperaba. Los ángeles de Dios la atendieron, y paso a paso la condujeron por la escabrosa senda.

Vd. estaba apremiada por la pobreza, pero ésta era la menor de las dificultades con las cuales tenía que luchar.

A través de todas sus pruebas, que nunca han sido reveladas completamente a otra persona, Vd. tuvo un amigo que nunca le faltó, quien dijo: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Mientras estaba en la tierra, siempre le conmovía la desgracia humana. Aunque ahora ascendió a su Padre y le adoran los ángeles que prestamente obedecen sus órdenes, su corazón amante que se compadecía de los seres humanos y simpatizaba con ellos, no ha cambiado. Sigue siendo un corazón de ternura invariable. Ese mismo Jesús conoció todas sus pruebas y no la dejó sola para que luchase con las tentaciones y batallase con el mal y finalmente fuese aplastada con las cargas y las tristezas. Por medio de sus ángeles, murmuraba a su oído: “No temas, porque yo soy contigo.” “Yo soy ... el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos.” “Conozco tus penas; las he soportado. Estoy familiarizado con tus luchas; las he experimentado. Conozco tus tentaciones; les he hecho frente. He visto tus lágrimas; yo también he llorado. Tus esperanzas terrenales están marchitas; pero alza los ojos de la fe y penetra a través del velo y allí ancla tus esperanzas. Será tuya la seguridad eterna de que tienes un Amigo más fiel que un hermano.”

¡Oh, amada hermana, si tan sólo pudiese Vd. ver, como yo los he visto, los designios y las obras de Dios manifestados en todas las perplejidades y pruebas de la primera parte de su vida, cuando estaba agobiada por la mano de la pobreza, no se olvidaría nunca de Dios, sino que su amor aumentaría y su celo para promover su gloria sería incansable!

Como consecuencia de sus aflicciones y pruebas peculiares, su salud se quebrantó. Los amigos de la causa de Dios eran pocos, y los más de ellos pobres; a diestra y siniestra Vd. veía tan sólo pocos motivos de esperanza. Vd. consideraba a sus hijos y su condición indigente y desamparada, y su corazón casi desmayaba. En aquel tiempo, mediante la influencia de adventistas que se habían unido con los “shakers,* ” en quienes Vd. tenía confianza porque habían sido amigos suyos en tiempos de necesidad, Vd. se sintió inducida a

*“Tembladores” o “agitadores.” Se trata de una secta en cuyas reuniones se producían manifestaciones de carácter espiritista.—Nota del Traductor.

frecuentar esta secta por un tiempo, pero los ángeles de Dios no la abandonaron. La atendieron y fueron como un muro de fuego en derredor suyo. Los ángeles santos la protegieron especialmente de las influencias seductoras que prevalecen en ese pueblo. Los “shakers” creían que Vd. uniría sus intereses con los suyos, y pensaban que si podían inducirle a llegar a ser uno de sus miembros Vd. prestaría gran ayuda a su causa, porque sería una ardiente propagandista de su sociedad. Le habrían dado una alta posición entre ellos. Algunos de los “shakers” habían recibido manifestaciones espirituales que les indicaban que Vd. estaba destinada por Dios a ser un miembro eminente de su sociedad; pero que era una persona a quien no había que instar; que la bondad ejercería una influencia poderosa donde la fuerza o la presión harían fracasar sus esperanzas.

[97]

El magnetismo se practicaba eficazmente entre ellos. Mediante ese poder, se lisonjearon de que Vd. llegaría a ver las cosas en la misma luz en que las consideraban ellos. Vd. no se dió cuenta de todas las artes y la seducción empleadas para lograr su propósito. El Señor la preservó. Parecía haber en derredor suyo un círculo de luz procedente de los ángeles ministradores, y las tinieblas que prevalecían en derredor de Vd. no lo entenebrecieron. El Señor le abrió camino para que abandonase la comunidad seducida, y Vd. la dejó sin haber sufrido daños y con los principios de su fe tan puros como antes de que se dirigiera a sus componentes.

Su brazo enfermo le causaba gran aflicción. Vd. había buscado ayuda a diestra y siniestra. Había consentido en que una mujer probase en Vd. la habilidad de la cual se jactaba. Esa mujer era un agente especial de Satanás. Mediante sus experimentos, Vd. casi perdió la vida. El veneno introducido en su organismo era suficiente para matar a una persona de la constitución más robusta. En esta ocasión, Dios volvió a interponerse, o su vida hubiera sido sacrificada.

Todos los medios a los cuales Vd. había recurrido para recobrar la salud habían fracasado. No sólo su brazo, sino todo su organismo estaba enfermo. Sus pulmones estaban afectados, y Vd. bajaba rápidamente a la muerte. En ese tiempo Vd. sintió que sólo Dios podía librarla. Vd. podía hacer una cosa más; seguir las indicaciones que da el apóstol Santiago en el quinto capítulo de su epístola. Hizo entonces un pacto con Dios de que si le perdonaba la vida, atendería

a las necesidades de sus hijos, se pondría enteramente del lado del Señor, y a él solo serviría; dedicaría su vida a su gloria; haría uso de su fuerza para promover su causa y hacer bien en la tierra; y los ángeles registraron su promesa.

[98] Llegamos a Vd. en su gran aflicción, y nos aferramos a la promesa de Dios en su favor. No nos atrevíamos a mirar las apariencias; porque al hacerlo, habríamos hecho como Pedro cuando el Señor le invitó a ir hacia él sobre las aguas. El debiera haber mantenido los ojos alzados hacia Jesús, pero miró hacia abajo, a las aguas agitadas, y le faltó la fe. Nos aferramos con calma y firmeza de las promesas de Dios solamente, sin tener en cuenta las apariencias, y por la fe pedimos la bendición. Me fué mostrado especialmente que Dios obró de una manera maravillosa, y que Vd. fué preservada por un milagro de la misericordia, para ser un monumento vivo de su poder sanador, para testificar de sus obras prodigiosas ante los hijos de los hombres.

En aquella ocasión Vd. sintió un cambio muy radical, su cautiverio se transformó y el gozo y la alegría llenaron su corazón en lugar de la duda y la angustia. Las alabanzas de Dios estaban en su corazón y sobre sus labios. “¡Oh cuán grandes cosas ha hecho el Señor!” era el sentimiento de su alma. El Señor oyó las oraciones de sus siervos y la levantó para que continuase viviendo y soportando pruebas, para que velase y aguardase su aparición y glorificase su nombre. La pobreza y la congoja la apremiaban fuertemente. A veces, negros nubarrones la envolvían, y Vd. no podía menos de preguntarse: “¡Oh, Dios!, ¿me has desamparado?” Pero Vd. no quedó desamparada, aunque no pudiese ver salida alguna delante de sí. Dios quería que Vd. confiase en su amor y misericordia en medio de las nubes y las tinieblas como cuando brillaba el sol. A veces se abrían las nubes, y resplandecían rayos de luz para fortalecer su abatido corazón y aumentar su vacilante confianza; y Vd. volvía a fijar su temblorosa fe en las seguras promesas de su Padre celestial. Exclamaba involuntariamente: “Oh, Señor, quiero creer; quiero confiar en ti. Hasta aquí me has ayudado, y no me desampararás ahora.”

Al obtener la victoria, y al resplandecer de nuevo la luz sobre Vd., no podía hallar palabras para expresar su sincera gratitud hacia su misericordioso Padre celestial, y pensaba que nunca volvería a

dudar de su amor ni a desconfiar de su cuidado. Vd. no buscaba su comodidad, no consideraba los trabajos pesados como una carga, con tal que pudiese cuidar de sus hijos y protegerlos de la iniquidad que prevalece en el mundo en este siglo. La preocupación de su corazón era verlos volverse al Señor. Vd. intercedía por ellos delante de Dios con clamores y lágrimas. Deseaba vehementemente su conversión. A veces su corazón desmayaba y temía que sus oraciones no fuesen contestadas; luego volvía a consagrar sus hijos a Dios y su corazón anhelante los colocaba de nuevo sobre el altar.

[99]

Cuando ellos ingresaron en el ejército, * sus oraciones los siguieron. Fueron preservados maravillosamente. Ellos lo atribuían a la buena suerte; pero las oraciones maternas que se elevaban de un corazón ansioso y agobiado al presentir el peligro de sus hijos y el riesgo que corrían de ser cortados en su juventud sin esperanza en Dios, tuvo mucho que ver con su conservación. ¡Cuántas oraciones se elevaron para pedir que estos hijos fuesen preservados para obedecer a Dios, para dedicar su vida a su gloria! En su ansiedad por sus hijos, Vd. rogaba a Dios que se los devolviese y Vd. trataría con más fervor de conducirlos por la senda de la santidad. Vd. pensaba que trabajaría con más fidelidad que nunca antes.

El Señor permitió que Vd. fuese educada en la escuela de la adversidad y aflicción, para que pudiese obtener una experiencia que le fuese valiosa a Vd. y a otros. En los días de su pobreza y prueba, Vd. amaba al Señor, y se deleitaba en los privilegios religiosos. La proximidad de la venida de Cristo era su consuelo. Era una esperanza viva para Vd. el pensar que pronto descansaría de sus trabajos y llegaría al fin de todas sus pruebas; entonces encontraría que no había trabajado ni sufrido demasiado, porque el apóstol Pablo declara: “Nuestra ligera aflicción, que no dura sino por un momento, obra para nosotros en alto y aun más alto grado, un peso eterno de gloria.”

[100]

El reunirse con los hijos de Dios le parecía casi como una visita al cielo. Los obstáculos no la detenían. Podía sufrir cansancio y hambre de alimentos temporales, pero no podía privarse del alimento espiritual. Vd. buscaba fervorosamente la gracia de Dios, pero no la

* Durante la guerra de Secesión, sin duda.—N. del T.

buscaba en vano. La comunión con el pueblo de Dios era la mayor bendición que podía Vd. disfrutar.

En su vida cristiana, su alma aborrecía la vanidad, el orgullo y la ostentación extravagante. Cuando Vd. presenciaba los gastos que realizaban quienes profesaban ser cristianos, con fines de ostentación, para fomentar el orgullo, su corazón y labios decían: “¡Oh si tan sólo poseyese yo los recursos de que disponen los que no son fieles en su mayordomía, tendría por uno de los mayores privilegios ayudar a los menesterosos y contribuir al adelantamiento de la causa de Dios!”

Vd. sintió a menudo la presencia de Dios mientras trataba, en su humilde manera, de iluminar a otros con respecto a la verdad para estos postreros días. Vd. había experimentado la verdad por sí misma. Lo que había visto, oído, experimentado y testificado, Vd. sabía que no era una ficción. Vd. se deleitaba en presentar a otros, en conversaciones privadas, la manera admirable en que Dios había conducido a su pueblo. Relataba sus modos de obrar con una seguridad que infundía convicción en los corazones de aquellos que la escuchaban. Vd. hablaba como quien tiene conocimiento de las cosas que afirmaba. Cuando hablaba a otros acerca de la verdad presente, deseaba tener mayores oportunidades y una influencia más extensa, a fin de poder dar a conocer a muchos de los que están en tinieblas la luz que había alumbrado su senda. A veces, Vd. miraba su pobreza, su influencia limitada, y sus mejores esfuerzos, con frecuencia mal interpretados por los que profesaban ser amigos de la causa de la verdad, y casi se desanimaba.

[101] A veces su agitación la hacía errar en su juicio, y aquellos que no poseían la caridad que no piensa mal, la vigilaban y sospechaban el mal y se aprovechaban de los errores que les parecía ver en Vd. Pero el amor y la tierna compasión de Jesús no le fueron retirados; ellos la sostuvieron en medio de las pruebas y persecuciones de su vida. El reino de los cielos y la justicia de Cristo eran primordiales para Vd. Su vida estaba mancillada de imperfecciones, porque el errar es humano; pero por lo que le plugo al Señor mostrarme con respecto al ambiente desalentador que la rodeaba en los días de su pobreza y prueba, sé que nadie, de haberse visto en su situación de pobreza y pruebas embarazosas, habría seguido una conducta más libre de errores. Para aquellos que han quedado libres de severas

pruebas a las que otros están sujetos, es fácil mirar, poner en duda, sospechar el mal y censurar. Algunos están más listos para censurar a otros por seguir cierta conducta que para asumir la responsabilidad de decir lo que debieran hacer o señalarles un camino más correcto.

Vd. llegó a confundirse. No sabía dónde poner su confianza. En X*** y su vecindario, había tan sólo pocos observadores del sábado que ejerciesen una influencia salvadora. Algunos de los que profesaban la fe no honraban la causa de la verdad presente. No recogían con Cristo, sino que dispersaban. Podían hablar en alta voz por largo tiempo, pero su corazón no estaba en la obra. No estaban santificados por la verdad que profesaban. Estos, no teniendo raíz en sí mismos, abandonaron la fe. Si lo hubiesen hecho antes, hubiera sido mejor para la causa de la verdad. En consecuencia de estas cosas, Satanás cobró ventajas sobre Vd. y preparó su apostasía.

Mi atención fué dirigida al deseo que Vd. tenía de poseer recursos. El sentimiento de su corazón era: “¡Oh, si tan sólo tuviese medios, no los despilfarraría! Daría un ejemplo a los que son avaros y mezquinos. Les mostraría la gran bendición que se recibe al hacer bien.” Su alma aborrecía la codicia. Al ver a aquellos que poseían abundancia de riquezas cerrar su corazón al clamor de los menesterosos, Vd. decía: “Dios los visitará y los recompensará según sus obras.” Y al ver a los ricos andar en su orgullo, rodeando su corazón de egoísmo, como con ligaduras de hierro, Vd. sintió que eran más pobres que Vd. misma, aun cuando pasaba necesidades y sufrimientos. Cuando veía a estos hombres orgullosos de su bolsillo obrar con altanería, porque el dinero tiene poder, Vd. se compadecía de ellos y por nada habría sido inducida a cambiar de lugar con ellos. Sin embargo, Vd. deseaba recursos a fin de usarlos de una manera que reprendiese a los codiciosos.

[102]

Dios dijo al ángel que la había atendido a Vd. hasta entonces: “La he probado en la pobreza y la aflicción, y ella no se ha separado de mí ni se ha rebelado contra mí. Ahora la probaré con la prosperidad. Le revelaré una página del corazón humano con la cual ella no está familiarizada. Le mostraré que el dinero es el enemigo más peligroso que ella haya encontrado. Le revelaré el engaño de las riquezas; que son una trampa, aun para aquellos que se sienten seguros contra el egoísmo, contra la exaltación, la extravagancia, el orgullo y el amor de las alabanzas de los hombres.”

Me fué mostrado que delante de Vd. se abrió el camino para que mejorasen sus condiciones en la vida, y pudiese al fin obtener los recursos que pensaba usar con sabiduría y para gloria de Dios. ¡Cuán ansiosamente miraba su ángel ministrador esa nueva prueba, para ver cómo la resistiría Vd.! Al llegar los recursos a sus manos, vi cómo, gradual y casi imperceptiblemente, Vd. se separaba de Dios. Gastaba para su propia conveniencia los recursos que le habían sido confiados, rodeándose de las buenas cosas de esta vida. Vi a los ángeles mirarla con anhelante tristeza, con el rostro medio desviado, pesarosos de abandonarla. Sin embargo, su presencia no era percibida por Vd., y seguía su conducta sin acordarse de su ángel guardián.

[103] Los negocios y cuidados de su nueva situación reclamaban su tiempo y atención, y Vd. no consideraba su deber hacia Dios. Jesús la había comprado con su sangre. Vd. no se pertenecía. Su tiempo, su fuerza y los recursos que manejaba, todo pertenecía a su Redentor. El había sido su constante Amigo, su fortaleza y sostén, cuando todos los demás amigos le habían resultado ser cañas quebradas. Vd. pagó el amor y la bondad de Dios con ingratitud y olvido.

Su única seguridad residía en la confianza implícita en Cristo, su Salvador. No había seguridad para Vd. lejos de la cruz. ¡Cuán débil pareció la fortaleza humana en este caso! ¡Oh, cuán evidente fué que no hay verdadera fuerza sino la que Dios imparte a los que confían en él! Una petición ofrecida a Dios con fe tiene más poder que las riquezas o el intelecto humano.

En su prosperidad, Vd. no llevó a cabo las resoluciones que había hecho en la adversidad. El engaño de las riquezas la separó de sus propósitos. Sus cuidados fueron aumentando. Su influencia se extendió. Al recibir los afligidos alivio de sus sufrimientos, la glorificaban, y Vd. aprendió a amar las alabanzas de los pobres labios mortales. Vd. estaba en una ciudad populosa, y pensaba que para el éxito de sus negocios como asimismo para conservar su influencia era necesario que cuanto la rodeaba estuviese de acuerdo con sus negocios. Pero llevó las cosas demasiado lejos. Se dejó guiar demasiado por las opiniones y juicios ajenos. Gastó recursos inútilmente tan sólo para satisfacer la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Vd. se olvidó de que estaba manejando el dinero de su Señor. Cuando gastaba recursos que no harían sino estimular

la vanidad, no consideró que el ángel registrador estaba anotando cosas cuyo recuerdo la avergonzaría. El ángel dijo, señalándola a Vd.: “Te glorificaste a ti misma, pero no me magnificaste.” Hasta se gloriaba Vd. en el hecho de que podía comprar esas cosas.

Ha gastado una elevada suma en cosas inútiles, que no tienen otro fin que la ostentación y hasta estimulan una vanidad y un orgullo que le causarán remordimiento y vergüenza. Si Vd. hubiese recordado los derechos que el cielo tiene sobre Vd., y hubiese dispuesto debidamente de los recursos confiados a su cuidado, ayudando a los menesterosos y promoviendo la causa de la verdad presente, Vd. habría estado haciéndose tesoro en el cielo y habría sido rica en Dios. Considere cuántos recursos ha invertido en cosas que no han beneficiado realmente a nadie, ni han alimentado ni vestido a nadie, ni tampoco han ayudado a nadie a ver el error de sus caminos, para volverse a Cristo y vivir.

[104]

Vd. ha hecho grandes inversiones en empresas inseguras. Satanás cegó sus ojos para que Vd. no pudiese ver que estas empresas no le reportarían ganancias. La empresa de obtener la vida eterna no despertó su interés. En ella podría haber gastado recursos sin correr riesgos ni encontrar chascos, recibiendo al fin inmensos beneficios. Allí podría haber invertido dinero, en el banco del cielo que nunca quiebra. Allí podría Vd. haber puesto su tesoro, donde no hurta el ladrón ni corrompe la polilla. Esta empresa es eterna, y tanto más noble que cualquier empresa terrenal como son más elevados los cielos que la tierra.

Sus hijos no eran discípulos de Cristo. Estaban en amistad con el mundo, y su corazón natural deseaba ser como los mundanos. La concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida los dominaban, y hasta cierto punto ejercieron influencia en Vd. Trató Vd. con más fervor de agradar y satisfacer a sus hijos, que de agradar y glorificar a Dios. Olvidó los derechos de Dios sobre Vd. y las necesidades de su causa. El egoísmo la indujo a gastar dinero en adornos para su propia complacencia y la de sus hijos. Vd. no pensó que ese dinero no le pertenecía; que tan sólo le había sido prestado para probarla, para ver si huiría de los males que Vd. había notado en los demás. Dios la hizo su dispensadora, y cuando venga y exija responsabilidades a sus siervos, ¿qué cuenta dará Vd. de su mayordomía?

[105]

Su fe y simple confianza en Dios empezaron a desvanecerse tan pronto como los recursos empezaron a afluir hacia Vd. No se apartó Vd. de Dios en seguida. Su apostasía fué gradual. Renunció al culto matutino y vespertino porque no era siempre conveniente. Su nuera le causaba pruebas de un carácter peculiar y penoso, las que tuvieron mucho que ver en cuanto a disuadirla de continuar las devociones familiares. Su casa vino a ser una casa donde no se oraba. Sus negocios vinieron a ser la cosa primordial, y el Señor y su verdad fueron puestos en segundo lugar. Recuerde los días de su experiencia primera; ¿le habrían apartado esas pruebas entonces de la oración en familia?

Por este descuido de la oración de viva voz, Vd. dejó de ejercer una influencia que debió conservar. Era su deber reconocer a Dios en su familia, sin tener en cuenta las consecuencias. Debía haber presentado sus peticiones ante Dios mañana y noche. Vd. debía haber sido como un sacerdote en la casa, confesando sus pecados y los pecados de sus hijos. Si Vd. hubiese sido fiel, Dios, que había sido su guía, no la habría abandonado a su propia sabiduría.

En su casa se gastaban recursos inútilmente por pura ostentación. Vd. se había afligido hondamente al ver este pecado en otros. Mientras Vd. usaba así los recursos, estaba robando a Dios. Entonces el Señor dijo: “Yo dispersaré. Por un tiempo le permitiré andar en el camino que ha elegido ella misma; cegaré su juicio y le quitaré la sabiduría. Le mostraré que su fuerza es debilidad, y su sabiduría insensatez. La humillaré, y abriré sus ojos para que vea cuánto se ha apartado de mí. Si no quiere volverse a mí de todo corazón, y reconocermé en todos sus caminos, mi mano dispersará, y el orgullo de la madre y de los hijos será abatido y la pobreza volverá a ser su suerte. Mi nombre será ensalzado. La soberbia del hombre será abatida, y el orgullo del hombre será humillado.”

[106]

Esta visión me fué dada el 25 de diciembre de 1865, en la ciudad de Rochester, estado de Nueva York. En junio último, me fué mostrado que el Señor estaba tratando con Vd. con amor, que ahora la invitaba a volverse a él para que viviese. Me fué mostrado que durante años Vd. había sentido que estaba en un estado de apostasía. Si Vd. hubiese sido consagrada a Dios, podría haber hecho una obra buena y grande al comunicar su luz a otros. Cada uno tiene que hacer una obra para el Maestro. A cada uno de sus siervos son confiados

dones especiales o talentos. “A éste dió cinco talentos, y al otro dos, y al otro uno: a cada uno conforme a su facultad.” Cada siervo tiene algún cometido del que es responsable; y los diversos cometidos son proporcionados a nuestras variadas capacidades. Al dispensar sus dones. Dios no ha obrado con parcialidad. El ha distribuído sus talentos según las conocidas facultades de sus siervos, y espera los beneficios correspondientes.

En la primera parte de su vida, el Señor le impartió talentos de influencia, pero no le dió talentos de recursos, y por lo tanto no esperaba que Vd., en su pobreza, impartiese lo que no tenía para dar. Como la viuda, Vd. dió lo que podía, aunque si hubiese considerado sus circunstancias, se habría sentido exonerada de hacer tanto como hizo. En su enfermedad. Dios no le pedía que le dedicase la energía activa de la que la enfermedad le había privado. Aunque Vd. veía su influencia y sus recursos reducidos. Dios aceptaba sus esfuerzos de hacer bien y de hacer progresar su causa según lo que poseía, y no según lo que no tenía. El Señor no desprecia la ofrenda más humilde hecha voluntariamente y con sinceridad.

Vd. posee un temperamento ardiente. El fervor en una causa buena es digno de alabanza. En sus anteriores pruebas y perplejidades. Vd. obtenía una experiencia que había de reportar ventajas a otros. Vd. era celosa en el servicio de Dios. Se deleitaba en presentar las evidencias de nuestra fe a los que no creían en la verdad presente. Vd. podía hablar con seguridad; porque estas cosas eran una realidad para Vd. La verdad era parte de su ser; los que escuchaban sus fervientes llamados no podían dudar de su sinceridad, y quedaban convencidos de que las cosas eran así. [107]

En la providencia de Dios, su influencia se extendió; además de esto, Dios creyó propio probarla dándole talentos y recursos. Por lo tanto, le fué impuesta una doble responsabilidad. Cuando empezaron a mejorar sus condiciones en la vida, Vd. dijo: “Tan pronto como pueda conseguirme una casa, daré para la causa de Dios.” Pero cuando tuvo la casa, vió Vd. que había que hacer tantos arreglos para que todo fuese conveniente y agradable en derredor, que se olvidó del Señor y de sus derechos sobre Vd., y se sintió menos inclinada a ayudar a la causa de Dios que en los días de su pobreza y aflicción.

Vd. estaba buscando amistad con el mundo, y apartándose más y más de Dios. Se olvidó de la exhortación de Cristo: “Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día.” “Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga.”

Hay tres consignas en la vida cristiana que deben ser observadas si deseamos evitar que Satanás nos gane la delantera; a saber: Velar, orar, trabajar. Es necesario orar y velar para progresar en la vida divina. Nunca hubo en su historia un tiempo más importante que el actual. Su única seguridad consiste en vivir una vida vigilante. Vele y ore siempre. ¡Oh, cuán grande preventivo es ello contra la tentación y contra la caída en las trampas del mundo! ¡Cuán fervientemente debiera Vd. haberse dedicado al trabajo durante los últimos años cuando su influencia era extensa!

[108] Amada hermana, la alabanza de los hombres, y la adulación corriente en el mundo, han ejercido en Vd. una influencia mayor de lo que Vd. se ha dado cuenta. Vd. no ha aprovechado sus talentos, dándolos a los banqueros. Vd. es por naturaleza afectuosa y generosa. Ha ejercido estos rasgos de carácter hasta cierto punto, pero no tanto como Dios requiere. La mera posesión de estos dones excelentes, no es suficiente; Dios requiere que sean mantenidos en constante ejercicio, porque por su medio él bendice a los que necesitan ayuda y lleva a cabo su obra en favor de la salvación del hombre.

El Señor no confía a las almas mezquinas el cuidado de los pobres dignos ni el sostén de su causa. Los que son de miras demasiado estrechas regatearían la más pequeña pitanza a los menesterosos en su angustia. También quisieran que la causa se redujera para concordar con sus ideas limitadas. El ahorrar recursos sería para ellos la idea prominente. Su dinero les sería más valioso que las preciosas almas por las cuales Cristo murió. La vida de los tales, en cuanto se refiere a Dios y al cielo, es peor que un libro en blanco. Dios no puede confiarles su importante obra.

“Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron en socorro a Jehová, en socorro a Jehová contra los fuertes.” ¿Qué había hecho Meroz? Nada. Tal era su pecado. La maldición de Dios cayó sobre sus habitantes por lo que no habían hecho. El hombre que es de miras

egoístas y estrechas, es responsable de su mezquindad; pero los que tienen afectos bondadosos, impulsos generosos, y amor por las almas, se encuentran bajo pesadas responsabilidades; porque si ellos dejan que estos talentos permanezcan sin empleo y que se pierdan, son clasificados con los siervos infieles. La mera posesión de estos dones no es suficiente. Los que los poseen deben darse cuenta de que aumentan sus obligaciones y responsabilidades.

El Maestro exigirá de cada uno de sus mayordomos que den cuenta de su mayordomía, que muestren lo que han ganado con los talentos que les fueron confiados. Aquellos a quienes son dadas las recompensas, no se imputarán mérito a sí mismos por sus negocios diligentes; darán toda la gloria a Dios. Llamarán lo que les fué entregado “tu talento,” no el suyo propio. Al hablar de su ganancia, tienen cuidado de declarar de dónde provino. El capital fué adelantado por el Maestro. Ellos han negociado con éxito con él; y devuelven el capital y los intereses al Dador. El recompensa sus esfuerzos como si el mérito les perteneciera, cuando lo deben todo a la gracia y misericordia del bondadoso Dador. Sus palabras de aprobación sin reserva caen en sus oídos: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor.”

[109]

A Vd., hermana mía, han sido confiados talentos de influencia y talentos de dinero, y su responsabilidad es grande. Vd. debe obrar con cautela, y en el temor de Dios. Su sabiduría es debilidad, pero la sabiduría de lo alto es fuerte. El Señor quiere iluminar sus tinieblas y volver a darle una vislumbre del tesoro celestial, para que Vd. pueda tener cierto sentido del valor comparativo de ambos mundos, y luego dejarla elegir entre este mundo o la herencia eterna. Vi que tenía todavía oportunidad de volver al aprisco. Jesús la ha redimido por su propia sangre, y pide de Vd. que emplee sus talentos en su servicio. Vd. no se ha endurecido a la influencia del Espíritu Santo. Cuando la verdad de Dios es presentada, halla respuesta en su corazón.

Vi que Vd. debiera estudiar cada paso. No debe hacer nada temerariamente. Sea Dios su consejero. El ama a sus hijos, y es bueno que Vd. los ame, pero no es correcto que les dé en sus afectos el lugar que el Señor exige para sí. Ellos tienen impulsos bondadosos y propósitos generosos y poseen nobles rasgos de carácter. Si ellos quisieran tan sólo ver su necesidad de un Salvador, y postrarse al pie de la cruz, podrían ejercer una influencia para el bien. Son ahora

amantes de los placeres más que de Dios. Se hallan ahora en las filas del enemigo, bajo la negra bandera de Satanás. Jesús los invita a venir a él, a abandonar las filas del enemigo y a colocarse bajo el estandarte teñido con la sangre de la cruz de Cristo.

[110]

Esto les parecerá una obra que no pueden hacer, porque requiere demasiada abnegación. No tienen conocimiento experimental del camino. Los que se han dedicado a la guerra en favor de su país, y han estado sujetos a las penurias, afanes y peligros de la vida del soldado, debieran ser los últimos en vacilar y manifestar cobardía en esta gran guerra por la vida eterna. En este caso, combatirán por una corona de vida y una herencia inmortal. Su galardón está asegurado, y cuando haya terminado la guerra, lo que habrán ganado será la vida eterna, una felicidad completa y un eterno peso de gloria.

Satanás se opondrá a todos los esfuerzos que hagan. Les presentará el mundo en su luz más atrayente, como lo presentó al Salvador del mundo cuando le tentó cuarenta días en el desierto. Cristo venció todas las tentaciones de Satanás, y así pueden vencerlas sus hijos. Ellos están sirviendo a un amo duro. El salario del pecado es la muerte. No pueden continuar en él. Encontrarán que es un negocio costoso. Al fin obtendrán tan sólo la pérdida eterna. Perderán las mansiones que Jesús ha ido a preparar para los que le aman. Perderán aquella vida que se mide con la vida de Dios. Y no sólo esto, sino que deberán sufrir la ira de un Dios ofendido, por haberle privado de sus servicios, y por haber dado todos sus esfuerzos a su peor enemigo. Sus hijos no han tenido todavía la clara luz, y la condenación sigue tan sólo al rechazo de la luz.

Si los que profesan ser cristianos fuesen todos sinceros y fervorosos en sus esfuerzos por promover la gloria de Dios, ¿qué conmoción se vería en las filas del enemigo? Satanás es ferviente y sincero en su obra. El no quiere que las almas se salven. No quiere que se quebrante el poder que ejerce sobre ellas. Satanás no realiza tan sólo un simulacro. Obra en serio. Ve a Cristo que invita a las almas a venir a él para tener vida, y es ardoroso y celoso en sus esfuerzos para impedirles que acepten la invitación. No dejará sin probar ningún medio para impedir que abandonen sus filas y se coloquen en las filas de Cristo. ¿Por qué no pueden los profesos seguidores de Jesús hacer tanto para él como sus enemigos hacen contra él? ¿Por qué no hacen todo lo que pueden? Satanás hace cuanto puede para impedir

[111]

a las almas que vengan a Cristo. Él era una vez un ángel honrado en el cielo, y aunque perdió su santidad, no ha perdido su poder. Lo ejerce con terribles efectos. No aguarda que su presa se acerque a él. La busca. Recorre la tierra de aquí para allá como un león rugiente, buscando a quien devorar. No siempre tiene la feroz apariencia del león, sino que cuando puede obtener mejores efectos con ello, se transforma en un ángel de luz. Puede trocar fácilmente el rugido del león por los argumentos más persuasivos, o por el murmullo más suave. Tiene legiones de ángeles que le ayudan en su obra. A menudo oculta sus trampas y engaña mediante agradables seducciones. Encanta y seduce a muchos adulando su vanidad. Mediante sus agentes, presenta los placeres de este mundo en una luz atrayente, y siembra el camino que lleva al infierno con flores tentadoras; así las almas quedan encantadas y arruinadas. Después de cada paso hacia adelante, en el camino hacia abajo, Satanás tiene alguna tentación especial para conducirlos más lejos en el mal camino.

Si sus hijos fuesen dominados por los principios religiosos, quedarían fortalecidos contra los vicios y la corrupción que los rodean en esta era de degeneración. Dios sería para ellos una torre de refugio, si pusiesen su confianza en él. “Echen mano ... de mi fortaleza, y hagan paz conmigo.” El Señor será el guía de su juventud, si tan sólo quieren creer y confiar en él.

Amada hermana mía, el Señor ha sido muy misericordioso para con Vd. y su familia. Vd. tiene para con su Padre celestial la obligación de alabar y glorificar su santo nombre en la tierra. A fin de continuar en su amor, debe trabajar constantemente para obtener la humildad de espíritu, y ese ánimo manso y sereno que es de gran valor a los ojos de Dios. Su fuerza en Dios aumentará al consagrarlo todo a él, de manera que pueda decir con confianza: “¿Quién nos apartará del amor de Cristo? tribulación? o angustia? o persecución? o hambre? o desnudez? o peligro? o cuchillo?” “Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

[112]

Con frecuencia los hombres pudientes consideran su riqueza y dicen: “Por mi prudencia conseguí esta riqueza.” Pero ¿quién les dió poder de hacer fortuna? Dios les concedió la capacidad que poseen, pero en vez de darle a él la gloria, se la atribuyen a sí. El los probará, y sumirá en el polvo su vanagloria; les quitará su fuerza, y esparcirá sus bienes. En vez de bendición, sentirán maldición. Un acto malo o de opresión, una desviación del camino recto, no deben tolerarse en el hombre que tiene propiedades más que en el que ninguna posea. Todas las riquezas que hayan poseído jamás los más pudientes no tienen bastante valor para cubrir el menor pecado delante de Dios; no serán aceptadas en rescate de la transgresión. Sólo el arrepentimiento, la verdadera humildad, un corazón quebrantado y un espíritu contrito, serán aceptados por Dios. Y nadie puede tener verdadera humildad ante Dios a menos que la ejemplifique delante de los demás. Nada que no sea el arrepentimiento, la confesión y el abandono del pecado es aceptable para Dios.—*Testimonies for the*

[113] *Church 1:536, 537.*

Capítulo 22—La contaminación moral

Me ha sido mostrado que vivimos en medio de peligros de los últimos días. Por cuanto abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. La palabra “muchos” se refiere a los que profesan seguir a Cristo. Están afectados por la iniquidad prevaleciente, y se apartan de Dios; pero no es necesario que así sean afectados. La causa de esta apostasía estriba en que no se mantienen apartados de la iniquidad. El hecho de que su amor hacia Dios se esté enfriando por causa de que abunda la iniquidad, demuestra que, en cierto sentido, participan de esta iniquidad, pues de otra manera ella no afectaría su amor a Dios, ni su celo y fervor en su causa.

Me ha sido presentado un horrible cuadro de la condición del mundo. La inmoralidad abunda por doquiera. La disolución es el pecado especial de esta era. Nunca alzó el vicio su deforme cabeza con tanta osadía como ahora. La gente parece aturdida, y los amantes de la virtud y de la verdadera bondad, están casi desalentados por esta osadía, fuerza y predominio del vicio. La iniquidad que abunda no se limita solamente al incrédulo y burlador. Ojalá fuese tal el caso; pero no sucede así. Muchos hombres y mujeres que profesan la religión de Cristo son culpables. Aun los que profesan estar esperando su aparición no están más preparados para ese suceso que Satanás mismo. No se están limpiando de toda contaminación. Han servido durante tanto tiempo a su concupiscencia, que es natural para sus pensamientos ser impuros y sus imaginaciones corruptas. Es tan imposible hacer espaciar sus mentes en cosas puras y santas como lo sería desviar el curso del Niágara y hacer que sus aguas remontasen los saltos.

Jóvenes y niños de ambos sexos participan en la contaminación moral, y practican el asqueroso vicio solitario destructor de cuerpo y alma. Muchos de los que profesan ser cristianos están tan atontados por la misma práctica que sus sensibilidades morales no pueden ser despertadas para comprender que es pecado, y que si continúan en ello sus resultados seguros serán la completa destrucción del cuerpo

[114]

y de la mente. ¡El hombre, el ser más noble de la tierra, formado a la imagen de Dios, se transforma en una bestia! Se vuelve grosero y corrompido. Cada cristiano tendrá que aprender a refrenar sus pasiones y ser dominado por los buenos principios. A menos que lo haga, es indigno del nombre de cristiano.

Algunos que ostensiblemente profesan ser cristianos, no comprenden el pecado del abuso propio y sus seguros resultados. Un hábito inveterado ha cegado su entendimiento. No se dan cuenta del carácter excesivamente pecaminoso de este pecado degradante que enerva el organismo y destruye su fuerza nerviosa y cerebral. Los principios morales son excesivamente débiles cuando están en conflicto con un hábito inveterado. Los mensajes solemnes del cielo no pueden impresionar con fuerza el corazón que no está fortificado contra la práctica de este vicio degradante. Los nervios sensibles del cerebro han perdido su tono sano por la excitación mórbida destinada a satisfacer un deseo antinatural de complacencia sensual. Los nervios del cerebro que comunican con el organismo entero son el único medio por el cual el cielo puede comunicarse con el hombre, y afectan su vida más íntima. Cualquier cosa que perturbe la circulación de las corrientes eléctricas en el sistema nervioso, disminuye la fuerza de las potencias vitales, y el resultado es un amortiguamiento de las sensibilidades de la mente. En consideración de estos hechos, cuán importante es que los ministros y la gente que profesan piedad, se conserven sin mancha de este vicio que degrada el alma.

[115] Mi alma ha estado postrada por la angustia al serme revelada la condición débil de los que profesan ser el pueblo de Dios. Abunda la iniquidad, y el amor de muchos se enfría. Son tan sólo pocos los cristianos profesos que consideran este asunto en la debida luz y que ejercen el dominio debido sobre sí mismos cuando la opinión pública y las costumbres no los condenan. ¡Cuán pocos refrenan sus pasiones porque se sienten bajo la obligación moral de hacerlo, y porque el temor de Dios está ante sus ojos! Las facultades superiores del hombre están esclavizadas por el apetito y las pasiones corruptas.

Algunos reconocerán el mal de las prácticas pecaminosas, y, sin embargo, se disculparán diciendo que no pueden vencer sus pasiones. Esta es una admisión terrible de parte de una persona que lleva el nombre de Cristo. “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.” ¿Por qué existe esta debilidad? Es porque las

propensiones animales han sido fortalecidas por el ejercicio, hasta que han obtenido la ascendencia sobre las facultades superiores. A hombres y mujeres les faltan principios. Están muriendo espiritualmente porque han mimado durante tanto tiempo sus apetitos naturales que su poder de dominio propio parece haber desaparecido. Las pasiones inferiores de su naturaleza han tomado las riendas, y la que debiera ser la facultad dominante ha llegado a ser la sierva de la pasión corrupta. El alma está mantenida en la servidumbre más abyecta. La sensualidad ha apagado el deseo de santidad, ha agostado la prosperidad espiritual.

Mi alma se aflige por los jóvenes que están formando su carácter en esta era de degeneración. Tiemblo también por sus padres, porque me ha sido mostrado que en general no entienden sus obligaciones, en cuanto a educar a sus hijos en el camino que deben andar. Consultan las costumbres y las modas; y los niños no tardan en aprender a ser llevados por éstas y quedan corrompidos, mientras sus indulgentes padres están ellos mismos aturdidos y dormidos en cuanto a su peligro. Pero muy pocos de los jóvenes están libres de hábitos corrompidos. En extenso grado se les exime de ejercicio físico por temor a que trabajen demasiado. Los padres llevan ellos mismos las cargas que sus hijos debieran llevar. Es malo trabajar con exceso, pero los resultados de la indolencia son más temibles. La ociosidad conduce a la práctica de hábitos corrompidos. La laboriosidad no cansa ni agota en una quinta parte de lo que resulta del hábito pernicioso del abuso propio. Si el trabajo sencillo y bien regulado agota a vuestros hijos, tened la seguridad, padres, de que hay, además del trabajo, algo que está enervando su organismo y les produce una sensación de cansancio continuo. Dad a vuestros hijos trabajo físico para que pongan en ejercicio los nervios y los músculos. El cansancio que acompaña un trabajo tal, disminuirá su inclinación a participar en hábitos viciosos. La ociosidad es una maldición. Produce hábitos licenciosos.

[116]

La satisfacción de las pasiones más bajas inducirá a muchos a cerrar los ojos a la luz, porque temen ver pecados que no están dispuestos a abandonar. Todos pueden ver si lo desean. Si prefieren las tinieblas a la luz, su criminalidad no disminuirá por ello. ¿Por qué no leen los hombres y mujeres y se instruyen en estas cosas que tan decididamente afectan su fuerza física, intelectual y moral? Dios os

ha dado un tabernáculo que cuidar y conservar en la mejor condición para su servicio y gloria. Vuestros cuerpos no os pertenecen. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.”

[117]

Capítulo 23—Una mente equilibrada

A cada uno de nosotros Dios ha confiado sagrados cometidos, de los cuales nos tiene por responsables. Es su propósito que eduquemos la mente, a fin de que podamos ejercitar los talentos que nos ha dado, realicemos la mayor suma de bien y reflejemos la gloria del Dador. Debemos a Dios todas las cualidades de la mente. Esas facultades pueden ser cultivadas, dirigidas y dominadas tan discretamente que alcancen el propósito para el cual fueron dadas. Es nuestro deber educar la mente, de modo que saque a luz las energías del alma y desarrolle toda facultad. Cuando todas las facultades estén en ejercicio, el intelecto quedará fortalecido y se alcanzará el propósito por el cual fueron dadas.

Muchos no están haciendo la mayor suma de bien, porque ejercitan el intelecto en una dirección y descuidan de dar atención cuidadosa a aquellas cosas para las cuales piensan que no son adaptados. Dejan así dormir algunas facultades que son débiles, porque la obra que las ejercitaría, y por consiguiente les daría fuerza, no les es agradable. Deben ejercitarse y cultivarse todas las facultades de la mente. La percepción, el juicio, la memoria, y todas las potencias de raciocinio, deben tener igual fuerza a fin de que las mentes estén bien equilibradas.

Si se usan ciertas facultades descuidando las demás, el designio de Dios no se realiza plenamente en nosotros; porque todas las facultades ejercen su influencia y dependen en gran medida una de la otra. No se puede usar eficazmente una de ellas sin la operación de todas, para que el equilibrio se conserve cuidadosamente. Si toda la atención y fuerza se concentran en una, mientras las otras permanecen dormidas, el desarrollo es intenso en ésta, y conducirá a los extremos porque todas las facultades no han sido cultivadas. Algunas mentes están atrofiadas, y les falta el debido equilibrio. No todas las mentes están, por naturaleza, constituídas de igual manera. Tenemos diversas mentes; algunas son fuertes en ciertos puntos y muy débiles en otros. Y estas deficiencias tan aparentes no necesitan

[118]

ni debieran existir. Si los que las poseen fortaleciesen los puntos débiles de su carácter, cultivándolos y ejercitándolos, llegarían a ser fuertes.

Es agradable, pero no muy provechoso, ejercer aquellas facultades que son por naturaleza las más fuertes, mientras descuidamos las débiles, que necesitan ser fortalecidas. Las facultades más débiles debieran recibir cuidadosa atención, a fin de que todas las potencias del intelecto puedan quedar bien equilibradas y todas hagan su parte como una maquinaria bien regulada. Dependemos de Dios para la preservación de todas nuestras facultades. En su relación con Dios, los cristianos se hallan en la obligación de educar su mente de manera que todas las facultades queden fortalecidas y se desarrollen más plenamente. Si descuidamos esto, nunca alcanzarán el propósito para el cual fueron destinadas. No tenemos derecho a descuidar ninguna de las facultades que Dios nos ha dado. Vemos monomaníacos en todas partes del país. Con frecuencia son cuerdos acerca de todos los demás temas menos uno. La razón de ello es que un órgano de la mente se ejercitó especialmente mientras se dejó dormir a los demás. El que estuvo en constante uso se gastó y enfermó, y el hombre naufragó. Dios no quedó glorificado por esta conducta. Si el hombre hubiese ejercitado de igual manera todos los órganos, todos habrían alcanzado un desarrollo sano; no se habría impuesto todo el trabajo a uno y por lo tanto, ninguno se habría arruinado.

[119] Los predicadores deben ser precavidos, para no estorbar los propósitos de Dios mediante sus propios planes. Corren el peligro de cercenar la obra de Dios, y limitar sus trabajos a ciertas localidades, no cultivando un interés especial en la obra de Dios en todos sus diversos departamentos. Algunos concentran su mente sobre un tema, con exclusión de otros que pueden ser de igual importancia. Son hombres de una sola idea. Toda la fuerza de su ser está concentrada en el tema que ocupa su mente en el momento. Pierden de vista toda otra consideración. Este tema favorito preocupa sus pensamientos y es el tema de su conversación. Se asimilan ávidamente todas las pruebas referentes a este asunto y tanto se espacian en ellas que cansan la mente que debe seguirlos.

Se pierde con frecuencia tiempo explicando puntos que son realmente sin importancia y que debieran darse por sentados sin presentar pruebas, porque son obvios. Pero los puntos realmente

vitales deben ser presentados tan clara y enérgicamente como lo permita el lenguaje y las pruebas. El poder de concentrar la mente sobre un tema con exclusión de todos los demás, es bueno hasta cierto punto; pero el ejercicio constante de esta facultad cansa los órganos que están llamados a hacer esta obra; les impone un recargo excesivo y el resultado es que no se alcanza a realizar la mayor cantidad de bien. Un juego de órganos tiene que sufrir el desgaste principal mientras que los otros permanecen dormidos. La mente no puede ejercitarse así en forma sana y por consiguiente la vida se acorta.

Todas las facultades deben sobrellevar una parte de la labor, obrando armoniosamente, equilibrando unas a otras. Los que dedican toda la fuerza de su mente a un tema, tienen grandes deficiencias en otros puntos, pues sus facultades no son cultivadas por igual. El tema que está delante de ellos encadena su atención, y son inducidos a ir adelante y profundizar más y más el asunto. A medida que se interesan y absorben, ven más conocimientos y luz. Pero son pocas las mentes que pueden seguirlos, a menos que hayan dedicado al tema los mismos pensamientos profundos. Existe el peligro de que estos hombres aren y planten las semillas de la verdad a tal profundidad que las tiernas y preciosas hojas nunca hallen la superficie.

A menudo se realiza duro trabajo que no es necesario, y que nunca será apreciado. Si los que tienen la facultad de concentrarse tan intensamente la cultivan a expensas de las demás, no pueden tener una mente bien proporcionada. Son como máquinas en las cuales un solo juego de engranajes trabaja a la vez. Mientras que algunas ruedas se herrumbran inactivas, otras se están gastando por el uso constante. Los hombres que cultivan una o dos facultades, y no las ejercitan todas por igual, no pueden realizar en el mundo la mitad del bien que Dios quiso que realizaran. Son hombres unilaterales; utilizan solamente la mitad del poder que Dios les ha dado, mientras que la otra mitad se herrumbra inactiva.

Si esta clase de mentes tiene una obra especial, que requiere pensamiento, no debe ejercitar todas sus facultades en ese asunto con exclusión de todo otro interés. Aunque dediquen la mayor parte de su atención al tema que tienen en estudio, los otros ramos de la obra deben recibir el beneficio de una parte de su tiempo. Esto será mejor para ellos y para la causa en general. Un ramo de la

[120]

obra no debe recibir la atención exclusiva en detrimento de todos los demás. En sus escritos, algunos necesitan precaverse constantemente, para no oscurecer puntos que son claros, cubriéndolos con muchos argumentos que no serán de interés vital para el lector. Si se espacian tediosamente en ciertos puntos, dando todo detalle que les ocurra, su trabajo estará casi perdido. El interés del lector no será bastante profundo para estudiar el asunto hasta su final. Los puntos más esenciales de la verdad pueden ser hechos indistintos si se da atención a todo detalle minucioso. Se cubre mucho terreno, pero la obra a la cual se dedica tanta labor, no está destinada a realizar la mayor cantidad de bien por despertar interés general.

[121]

En esta época, cuando las fábulas agradables están surgiendo a la superficie y atrayendo la mente, la verdad presentada en un estilo fácil, apoyada en algunas pocas pruebas indubitables, es mejor que la investigación que saque a luz un abrumador despliegue de evidencias; porque entonces el argumento no parecerá tan distinto a las diversas mentes como antes de que las evidencias les hayan sido presentadas. Para muchos, los asertos positivos encierran mucho mayor convicción que los largos argumentos. Toman muchas cosas por sentadas. Las pruebas no les ayudan a decidir el caso.

* * * * *

Estamos en el tiempo de espera, estén ceñidos vuestros lomos y resplandezca vuestra luz, a la espera del Señor cuando vuelva de las bodas, a fin de que cuando venga y llame podáis abrirle inmediatamente.

Vigilad, hermanos, la primera disminución de vuestra luz, la primera negligencia de la oración, el primer síntoma del sueño espiritual. “Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.” Es por el ejercicio constante de la fe y el amor cómo los creyentes han de resplandecer como luces en el mundo. Os estáis preparando mal para la venida del Maestro si estáis sirviendo a Mammón mientras profesáis servir a Dios. Cuando él aparezca, tendréis que presentarle los talentos que habéis sepultado en la tierra, talentos descuidados, sometidos al abuso, mal empleados: un amor dividido. ... No es la riqueza ni el intelecto lo que da felicidad; es el verdadero valor moral y un sentimiento del deber cumplido. Podéis obtener la recompensa

del vencedor, y estar delante del trono de Cristo para cantar sus alabanzas en el día en que congregue a sus santos; pero vuestras ropas deben estar lavadas en la sangre del Cordero, y la caridad debe cubriros como un manto, y habréis de ser hallados sin mancha ni defectos.—*Testimonies for the Church 4:124, 125.*

[122]

Capítulo 24—El orgullo y los pensamientos vanos

Es deber vuestro dominar vuestros pensamientos. Tendréis que guerrear contra una imaginación vana. Podéis pensar que no hay pecado en permitir a vuestros pensamientos volar tan naturalmente como lo harían sin restricción. Pero tal no es el caso. Sois responsables ante Dios por acariciar pensamientos vanos; porque de las vanas imaginaciones nace la comisión de pecados, la ejecución de aquellas cosas en las cuales la mente se espació. Gobernad vuestros pensamientos, y entonces os será mucho más fácil gobernar vuestras acciones. Vuestros pensamientos necesitan ser santificados. Pablo escribe a los corintios: “Destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento a la obediencia de Cristo.” Cuando os coloquéis en tal actitud, comprenderéis mejor la obra de consagración. Vuestros pensamientos serán puros, castos y elevados; vuestras acciones puras y sin pecado. Vuestros cuerpos serán conservados en santificación y honor, para que los podáis presentar “en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto.” Se requiere de vosotros que seáis abnegados tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Debéis hacer una entrega completa a Dios; en vuestro estado actual no sois aprobados por él.

Capítulo 25—La tolerancia entre los hermanos

Si, después que uno ha hecho lo mejor que pueda según su criterio, otro piensa que puede ver algún detalle donde podría haber mejorado el asunto, debe dar a su hermano con bondad y paciencia el beneficio de su juicio, pero no debe censurarlo ni poner en duda su integridad de propósito, como no quisiera él tampoco que se sospechara de él o se le censurara injustamente. Si el hermano que toma a pecho la causa de Dios ve que, en sus fervorosos esfuerzos para obrar ha sufrido un fracaso, se afligirá por ello; porque estará inclinado a recelar de sí mismo y a perder la confianza en su propio juicio. Nada debilitará tanto su valor y virilidad divinos como el darse cuenta de sus errores en la obra que Dios le señaló, obra que él ama más que su propia vida. Cuán injusto sería entonces, de parte de sus hermanos, al descubrir sus errores, hundir más y más la espina en su corazón, producirle dolor más intenso cuando, con cada golpe que le asestan, están debilitando su fe y valor y su confianza en sí mismo para trabajar con éxito en la edificación de la causa de Dios.

Con frecuencia la verdad y los hechos deben ser presentados claramente a los que yerran para hacerles ver y sentir su error a fin de que se reformen. Pero esto debe hacerse siempre con ternura compasiva, no con dureza o severidad, sino considerando uno mismo sus propias debilidades, no sea que él también resulte tentado. Cuando el que cometió la falta vea y reconozca su error, en vez de agraviarle y tratar de hacérsela sentir más hondamente, debe consolársele. Cristo dijo en su sermón del monte: “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir.” Nuestro Salvador reprendió los juicios precipitados. “¿Por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano,” “y he aquí la viga en tu ojo?” Sucede con frecuencia que mientras uno está presto para discernir los errores de sus hermanos, puede hallarse en mayores faltas él mismo y, sin embargo, no verlo.

[124]

Todos los que seguimos a Cristo debemos tratarnos unos a otros exactamente como deseamos que el Señor nos trate en nuestros errores y debilidades, porque todos erramos y necesitamos su compasión y perdón. Jesús consintió en revestirse de la naturaleza humana, para que pudiese saber cómo compadecerse de los mortales pecaminosos y errantes y cómo interceder ante su Padre en favor de ellos. Se ofreció para ser el abogado del hombre, y se humilló para familiarizarse con las tentaciones que asedian al hombre, a fin de que pudiese socorrer a los que son tentados, y ser un tierno y fiel sumo sacerdote.

Con frecuencia es necesario reprender claramente el pecado y el mal. Pero los ministros que trabajan por la salvación de sus semejantes no deben ser implacables con los errores de unos y otros, ni hacer prominentes los defectos en sus organizaciones. No deben exponer o reprender sus debilidades. Deben averiguar si una conducta tal, seguida por otro hacia ellos mismos, produciría el efecto deseado; ¿aumentaría su amor por el que diese prominencia a sus errores o acrecentaría su confianza en él? Especialmente los errores de los ministros dedicados a la obra de Dios deben ser mantenidos en un círculo tan pequeño como sea posible, porque son muchos los débiles que se aprovecharían del saber que los que ministran en palabra y doctrina tienen debilidades como los otros hombres. Y es algo muy cruel que las faltas de un ministro sean expuestas a los incrédulos si ese ministro es tenido por digno de trabajar en lo futuro por la salvación de las almas. Ningún bien puede provenir de esta exposición, sino solamente daño. Al Señor le desagrada esta conducta, porque socava la confianza del pueblo en aquellos a quienes él acepta para llevar a cabo su obra. El carácter de todo colaborador debe ser guardado celosamente por sus hermanos en el ministerio. Dios dice: “No toquéis ... a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas.” Debe cultivarse el amor y la confianza. La falta de este amor y confianza de un ministro hacia otro, no aumenta la felicidad del que es así deficiente, sino que al mismo tiempo que hace a su hermano desdichado, él mismo es desdichado. Hay en el amor mayor poder que en la censura. El amor se abrirá paso a través de las vallas, mientras que la censura cerrará toda avenida de acceso al alma.

[125]

Me parece que el Señor está dirigiendo a los que yerran, a los débiles y temblorosos, y aun a aquellos que han apostatado de la verdad, un llamado especial a venir de lleno al redil. Pero son tan sólo pocos, en nuestras iglesias, los que piensan que tal es el caso. Y son aun menos los que se hallan en situación de ayudar a los tales. Son más los que estorban directamente a estas pobres almas. Muchísimos tienen un espíritu exigente. Requieren que cumplan con tales y cuales condiciones antes de extenderles la mano de ayuda. Los mantienen a la distancia de su brazo. No han aprendido que tienen un deber especial de ir y buscar a esas ovejas perdidas. No deben esperar hasta que ellas vengan a ellos. Leed la conmovedora parábola de la oveja perdida.—*Testimonies for the Church 2:20, 21.* [126]

Capítulo 26—Las ovejas perdidas

Se me llamó la atención a la parábola de la oveja perdida. Las noventa y nueve ovejas fueron dejadas en el desierto, y se emprendió la búsqueda de aquella que se había perdido. Cuando la halla, el pastor se la pone al hombro y vuelve con regocijo. No regresa murmurando y censurando a la pobre oveja perdida por haberle causado tanta dificultad, sino que vuelve cargado con la oveja, pero regocijándose.

Pero es necesaria una demostración de gozo aún mayor. Llama a sus amigos y vecinos para que se regocijen con él, “porque he hallado mi oveja que se había perdido.” El hallazgo es tema de regocijo; no se da realce al descarrío de la oveja; porque el gozo de haberla hallado supera la tristeza de la pérdida, la congoja, la perplejidad y el peligro arrostrados al buscar a la oveja perdida y devolverle la seguridad. “Os digo, que así habrá más gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentirse.”

La dracma perdida

La moneda perdida está destinada a representar al pecador errante y descarriado. El cuidado de la mujer para encontrar la moneda de plata perdida, debe enseñar a los que siguen a Cristo una lección en cuanto a su deber para con los que yerran y están extraviados de la senda recta. La mujer encendió el candil para obtener más luz, y luego barrió la casa y buscó diligentemente hasta hallar la moneda.

En este relato se define claramente el deber de los cristianos hacia los que necesitan ayuda por haberse apartado de Dios. Los que yerran no han de ser abandonados en las tinieblas y el error; sino que deben emplearse todos los medios posibles para volverlos a traer a la luz. Se enciende el candil; y con ferviente oración por la luz del cielo para atender los casos de aquellos que están rodeados de tinieblas e incredulidad, los cristianos han de escudriñar la Palabra

de Dios en busca de claros argumentos de la verdad, a fin de estar fortalecidos con tales argumentos y con los reproches, amenazas y estímulos de la Palabra de Dios, para poder alcanzar a los que yerran. La indiferencia y negligencia desagradan a Dios. [127]

Cuando la mujer halló la moneda, llamó a sus amigas y vecinas diciendo: “Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.” Si los ángeles de Dios se regocijan cuando los que yerran ven y confiesan sus pecados, y vuelven a la comunión de sus hermanos, cuánto más los seguidores de Cristo, que están ellos mismos errando, y que cada día necesitan del perdón de Dios y de sus hermanos, deberían regocijarse por el regreso de un hermano o una hermana que habían sido engañados por los sofismas de Satanás, y habían seguido un camino equivocado y sufrieron por causa de ello.

En vez de mantener a los que erraron a distancia, los hermanos deben ir a su encuentro donde están. En vez de censurarlos porque están en la obscuridad, deben encender su propia lámpara obteniendo más gracia divina y un conocimiento más claro de las Escrituras, a fin de poder despejar las tinieblas de aquellos que están en el error mediante la luz que les puedan llevar. Y cuando tienen éxito en ello; y los que yerran sienten su error y aceptan seguir la luz, se les debe recibir gozosamente y no con un espíritu de murmuración o un esfuerzo por hacerles sentir su excesiva pecaminosidad que requirió esfuerzos, ansiedad y penosa labor. Si los ángeles puros de Dios saludan el evento con gozo, cuánto más deben regocijarse sus hermanos, que necesitan ellos mismos simpatía, amor y ayuda, cuando ellos mismos han errado y en sus tinieblas no sabían cómo socorrerse a sí mismos.

El hijo pródigo

Mi atención fué atraída a la parábola del hijo pródigo. El pidió que su padre le diese su porción de la herencia. Deseaba separar sus intereses de los de su padre, y manejar su parte según sus propias inclinaciones. Su padre cumplió con el pedido, y el hijo se retiró egoístamente de su lado a fin de no ser molestado con sus consejos o reproches. [128]

El hijo pensaba que podía ser feliz cuando pudiese usar su parte según su propio placer, sin ser molestado por consejos o restricciones. No deseaba ser estorbado por una obligación mutua. Si él compartía la propiedad de su padre, su padre tenía derecho sobre él como hijo. Pero él no sentía ninguna obligación hacia su padre generoso, y robusteció su espíritu egoísta y rebelde con el pensamiento de que una parte de la propiedad de su padre le pertenecía. Exigió esa parte, cuando legítimamente no podía exigir nada, ni debiera haber recibido nada.

Después que el egoísta hubo recibido el tesoro que tan poco merecía, se fué lejos, a fin de olvidar hasta el hecho de que tenía un padre. Despreciaba las restricciones y estaba plenamente resuelto a obtener placer de cualquier manera que quisiera. Después que, por su vida pecaminosa, hubo gastado todo lo que su padre le había dado, el país donde estaba fué azotado por el hambre, y sintió gran necesidad. Empezó entonces a lamentar su pecaminosa conducta de placeres dispendiosos; porque se hallaba en la indigencia y necesitaba los recursos que había despilfarrado. Se vió obligado a descender de la vida de complacencia pecaminosa al humilde quehacer de apacentar cerdos.

[129] Después de haber caído tan bajo como le era posible, se acordó de la bondad y del amor de su padre. Sintió entonces la necesidad de un padre. Había atraído sobre sí la situación de soledad y menester en que se hallaba. Su propia desobediencia y pecado habían resultado en su separación de su padre. Recordó los privilegios y beneficios que gozaban los asalariados en la casa de su padre, mientras que él, que se había alejado de aquella casa, estaba pereciendo de hambre. Humillado por la adversidad, decidió volver a su padre y hacerle una humilde confesión. Era un mendigo, que no tenía siquiera ropa decente, y mucho menos abrigada. Sus privaciones le habían reducido a la miseria y el hambre le había demacrado.

Mientras estaba aún lejos de su casa, su padre vió al vagabundo y su primer pensamiento fué para recordar a aquel hijo rebelde que le había abandonado años antes, entregándose sin restricciones al pecado. Los sentimientos paternos se conmovieron. A pesar de todas las señales de degradación, el padre discernió su propia imagen. No esperó que su hijo recorriese toda la distancia que le separaba de él, sino que se apresuró a ir a su encuentro. No le hizo reproches,

sino que, con la más tierna compasión y piedad por el hecho de que a causa de su propia conducta pecaminosa se había atraído tantos sufrimientos, se apresuró a darle pruebas de su amor y de su perdón.

Aunque su hijo estaba demacrado y su semblante revelaba claramente la vida disoluta que había llevado, aunque iba vestido con los andrajos del mendigo y sus pies descalzos estaban sucios del polvo del viaje, la más tierna compasión del padre le embargó cuando su hijo cayó postrado en humildad delante de él. No hizo hincapié en su dignidad, ni fué exigente. No echó en cara a su hijo su mala conducta pasada, para hacerle sentir cuán bajo había descendido. Le alzó y besó. Tomó al hijo rebelde sobre su pecho y envolvió su propio lujoso manto en derredor de su cuerpo casi desnudo. Le recibió en su corazón con tanto calor y manifestó tanta compasión que, si el hijo había dudado alguna vez de la bondad y del amor de su padre, no podía ya continuar haciéndolo. Si había tenido el sentimiento de su pecado cuando decidió volver a la casa de su padre, al ser así recibido tuvo un sentimiento mucho más profundo aún de su conducta desagradecida. Su corazón, ya subyugado, quedó ahora quebrantado por haber agraviado el amor paterno.

El hijo penitente y tembloroso, que tanto había temido que no se le reconociera, no estaba preparado para una recepción tal. Sabía que no la merecía, y así reconoció el pecado que cometiera al abandonar a su padre: “He pecado contra el cielo, y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Rogó que se le tuviese tan sólo como siervo. Pero el padre ordenó a sus siervos que le diesen pruebas especiales de respeto y que le vistiesen como si hubiese sido siempre su propio hijo obediente.

[130]

El padre hizo del regreso de su hijo una ocasión de regocijo especial. El hijo mayor, que estaba en el campo, no sabía que su hermano había regresado, pero oyó las demostraciones generales de gozo y preguntó a los siervos lo que significaba todo ello. Se le explicó que su hermano, a quien pensaban muerto, había vuelto, y que su padre había matado el becerro grueso en su honor, porque le había recibido como resucitado de entre los muertos.

El hermano se airó entonces, y no quiso ver ni recibir a su hermano. Sintió indignación porque su hermano infiel, que había abandonado a su padre y echado sobre él la penosa responsabilidad de cumplir los deberes que debían haber sido compartidos por ambos,

fuese recibido ahora con tantos honores. Este hermano había llevado una vida de perversa disolución, malgastando los recursos que su padre le había dado, hasta que se había visto reducido a la miseria, mientras que su hermano que quedara en casa había cumplido fielmente los deberes filiales; y ahora este disoluto venía a la casa de su padre y era recibido con respeto y honra superiores a cuantas él mismo hubiese recibido jamás.

[131] El padre rogó a su hijo mayor que fuese y recibiese a su hermano con alegría, porque había estado perdido y ahora era hallado; estaba muerto en el pecado y la iniquidad, pero ahora había vuelto a vivir; había vuelto en sí moralmente, y aborrecía su conducta pecaminosa. Pero el hijo mayor replicó: “He aquí tantos años te sirvo, no habiendo traspasado jamás tu mandamiento, y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos: mas cuando vino éste tu hijo, que ha consumido tu hacienda con ramerías, has matado para él el becerro grueso.”

El padre aseguró a su hijo que estaba siempre con él, que todo lo que tenía era suyo, pero que era propio hacer esta demostración de gozo porque “tu hermano muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado.” Para el padre, el hecho de que el perdido era hallado, el muerto había revivido, sobrepuja todas las demás consideraciones.

Esta parábola fué dada por Cristo para representar la manera en la cual nuestro Padre celestial recibe a los errantes y arrepentidos. El padre es aquel contra el cual se ha pecado; sin embargo, en la compasión de su alma, llena de piedad y perdón, recibe al pródigo y manifiesta gran gozo de que su hijo, a quien creía muerto para toda afección filial, ha llegado a sentir su gran pecado y negligencia, y ha regresado a su padre, apreciando su amor y reconociendo sus derechos. El sabe que el hijo siguió una vida de pecado, y ahora arrepentido, necesita su compasión y amor. Este hijo ha sufrido, ha sentido su necesidad, y ha venido a su padre como al único que pueda suplir esta gran necesidad.

El regreso del hijo pródigo era ocasión del gozo más profundo. Las quejas del hermano mayor eran naturales, pero inoportunas. Sin embargo, tal es con frecuencia la actitud que un hermano asume hacia otro. Se hacen demasiados esfuerzos para hacer sentir a los que están en error que ellos procedieron mal, y para hacerles recordar sus faltas. Los que erraron necesitan compasión, ayuda y simpatía.

Ellos sufren en sus sentimientos, y con frecuencia están abatidos y desanimados. Sobre todo lo demás, necesitan un perdón liberal.

[132]

Capítulo 27—La guerra contra el yo

La guerra contra el yo es la mayor guerra que se haya peleado alguna vez. La entrega del yo, la rendición de toda la voluntad a Dios, y el ser revestido de humildad, la posesión de ese amor que es puro, benigno, lleno de amabilidad y buenos frutos, no es de fácil obtención. Y sin embargo, es nuestro privilegio y deber ser perfectos vencedores aquí. El alma debe someterse a Dios antes que pueda ser renovada en conocimiento y verdadera santidad. La vida santa y el carácter de Cristo constituyen un ejemplo fiel. Su confianza en su Padre celestial era ilimitada. Su obediencia y su sumisión eran sin reservas y perfectas. El no vino para ser servido, sino para servir. No vino para cumplir su propia voluntad, sino la de Aquel que le había enviado. En todas las cosas se sometió al que juzga rectamente. De los labios del Salvador del mundo se oyeron estas palabras: “No puedo yo de mí mismo hacer nada.”

El se hizo pobre y de ninguna reputación. Sintió hambre, con frecuencia sed, y muchas veces cansancio en sus labores; pero no tenía dónde reclinar la cabeza. Cuando las frías y húmedas sombras de la noche le rodeaban, con frecuencia la tierra era su cama. Sin embargo, bendijo a los que le aborrecían. ¡Qué vida! ¡Qué experiencia! ¿Podemos nosotros, los que profesamos seguir a Cristo, soportar alegremente las privaciones y sufrimientos como nuestro Señor, sin murmurar? ¿Podemos beber de la copa, y ser bautizados de su bautismo? En caso afirmativo, podemos compartir con él su gloria en su reino celestial. De lo contrario, no tendremos parte con él.

[133]

Capítulo 28—La complacencia del apetito

El 10 de diciembre de 1871 me fué mostrado que la reforma pro salud es un ramo de la gran obra que ha de preparar a un pueblo para la venida del Señor. Está tan íntimamente relacionada con el mensaje del tercer ángel como la mano lo está con el cuerpo. La ley de los diez mandamientos ha sido considerada livianamente por los hombres, pero el Señor no quiso venir a castigar a los transgresores de dicha ley sin mandarles primero un mensaje de amonestación. El tercer ángel proclama ese mensaje. Si los hombres hubiesen sido siempre obedientes al Decálogo, llevando a cabo en su vida los principios de esos preceptos, la maldición de la enfermedad que ahora inunda el mundo no existiría.

Los hombres y mujeres no pueden violar la ley natural, complaciendo un apetito depravado y pasiones concupiscentes, sin violar la ley de Dios. Por lo tanto ha permitido que sobre nosotros resplandezca la luz de la reforma pro salud, para que veamos nuestro pecado al violar las leyes que él estableció en nuestro ser. Todos nuestros goces o sufrimientos pueden atribuirse a la obediencia o transgresión de la ley natural. Nuestro misericordioso Padre celestial ve la condición deplorable de los hombres, que, algunos a sabiendas, pero muchos por ignorancia, están viviendo en una violación de las leyes que él estableció. Y en amor y compasión por la especie humana, él hace resplandecer la luz de la reforma pro salud.

Jesús, sentado sobre el monte de las Olivas, dió a sus discípulos instrucciones concernientes a las señales que precederían a su venida. Dice: “Mas como los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento. Hasta el día que Noé entró en el arca, y no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre.”

[134]

Existen en nuestra época los mismos pecados que trajeron la ira de Dios sobre el mundo en los días de Noé. Los hombres y las mujeres hoy comen y beben hasta la glotonería y borrachera. Este pecado

prevaleciente, esta complacencia del apetito pervertido, inflamaba las pasiones de los hombres en los días de Noé, y condujo a la corrupción general, a tal punto que la violencia y los crímenes llegaron hasta el cielo y Dios hubo de lavar la tierra de su contaminación moral mediante un diluvio.

Los mismos pecados de la glotonería y embriaguez, entorpecieron las sensibilidades morales de los habitantes de Sodoma, de manera que los hombres y mujeres que habitaban esa perversa ciudad parecían deleitarse en los crímenes. Cristo amonesta así al mundo: “Asimismo también como fué en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y destruyó a todos: como esto será el día en que el Hijo del hombre se manifestará.”

Cristo nos ha dejado aquí una lección muy importante. En su enseñanza él no estimula la indolencia. Su ejemplo fué todo lo opuesto. Cristo trabajaba con ardor. Su vida estaba impregnada de abnegación, diligencia, perseverancia, laboriosidad y economía. El quiere presentarnos el peligro de hacer de la comida y la bebida el asunto supremo. El revela el resultado que se obtiene al entregarse a la complacencia del apetito. Las facultades morales quedan debilitadas, de manera que el pecado no parezca pecaminoso. Se manifiesta indulgencia para con los delitos, y las pasiones bajas dominan la mente hasta que la corrupción general desarraiga los buenos principios e impulsos, y se blasfema de Dios. Todo esto es el resultado de comer y beber con exceso. Tal es el estado de cosas que él declara habría de existir en el tiempo de su segunda venida.

[135] ¿Quieren los hombres y las mujeres recibir la amonestación? ¿Querrán apreciar la luz, o permanecerán siendo esclavos del apetito y de las pasiones bajas? Cristo nos pide que luchemos por algo superior a lo que hemos de comer, beber o vestirnos. La comida, la bebida y el vestido son llevados a tales excesos que vienen a ser crímenes y se cuentan entre los pecados que señalan los postreros días y constituyen una señal de la pronta venida de Cristo. El tiempo, el dinero y la fuerza que pertenecen al Señor, pero que él nos ha confiado, son malgastados en superfluidades en materia de vestimenta y en lujos para halagar el apetito pervertido, cosas que disminuyen la vitalidad y reportan sufrimiento y decadencia. Es imposible presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo a Dios cuando están llenos

de corrupción y enfermedad por haber satisfecho nuestros apetitos pecaminosos.

Debemos obtener conocimientos acerca de cómo debemos comer, beber y vestirnos para conservar la salud. La enfermedad es causada por la violación de las leyes de la salud; es el resultado de la violación de las leyes de la naturaleza. Nuestro primer deber, hacia Dios, hacia nosotros mismos y hacia nuestros semejantes, consiste en acatar las leyes de Dios, que incluyen las leyes de la salud. Si estamos enfermos, imponemos una pesada carga a nuestros deudos, y nos inhabilitamos para desempeñar nuestros deberes hacia nuestras familias y nuestros prójimos. Y cuando la muerte prematura es el resultado de nuestra violación de la ley de la naturaleza, imponemos tristeza y sufrimiento a otros, y privamos a nuestro prójimo de la ayuda que debiéramos prestarle en vida; despojamos a nuestra familia del consuelo y ayuda que podríamos darle y privamos a Dios del servicio que él exige le rindamos para fomentar su gloria. ¿No somos, pues, en el peor sentido de la palabra transgresores de la ley de Dios?

Pero Dios es todo compasión, misericordia y ternura, y cuando llega la luz a los que perjudicaban su salud satisfaciendo sus apetitos pecaminosos, y quedan convencidos de pecado, se arrepienten y piden perdón, él acepta la defectuosa ofrenda que se le hace, y los recibe. ¡Oh, cuán tierna misericordia la suya, que no rehusa el residuo de la vida tan mal empleada por el doliente y arrepentido pecador! En su gracia misericordiosa salva a estas almas como por fuego. ¡Pero cuán inferior y lastimero es, en el mejor de los casos, tal sacrificio para ofrecerlo a un Dios puro y santo! Las facultades nobles han quedado paralizadas por malos hábitos de complacencia pecaminosa. Las aspiraciones están pervertidas, y el alma y el cuerpo desfigurados.

[136]

* * * * *

La naturaleza soporta el abuso mientras puede, sin resistir; luego se subleva y hace un gran esfuerzo para librarse de los estorbos y maltratos que ha sufrido. Entonces vienen los dolores de cabeza, escalofríos, fiebre, nerviosidad, parálisis y otros males demasiado numerosos para mencionarlos. Un régimen erróneo en cuanto a la

comida y a la bebida destruye la salud, y con ella la dulzura de la vida. ... Miles han complacido sus apetitos pervertidos, han ingerido lo que llamaban una buena comida, y como resultado, han contraído una fiebre, o alguna otra enfermedad aguda y la muerte cierta. ... Y estos suicidas han sido alabados por sus amigos y el ministro, quienes declararon que habían ido directamente al cielo al morir. ¡Qué pensamiento! ¡Glotonos en el cielo! No, no; los tales no entrarán nunca por las puertas de perlas de la ciudad de Dios. Los tales no serán nunca exaltados a la diestra de Jesús el precioso Salvador, el doliente del Calvario, cuya vida fué de constante abnegación y sacrificio.—*Testimonies for the Church 2:69, 70.*

[137]

Capítulo 29—Peligro de los aplausos

Algunos ministros capaces que están ahora predicando la verdad presente, aman la aprobación. El aplauso los estimula como el vaso de vino al bebedor. Colocad a estos ministros donde tengan una congregación pequeña que no prometa excitación especial, ni provoque oposición definida, y perderán su interés y celo y parecerán tan lánguidos en la obra como el bebedor cuando está privado de su trago. Estos hombres no llegarán a ser obreros verdaderos y prácticos hasta que hayan aprendido a trabajar sin la excitación del aplauso.

[138]

Capítulo 30—El trabajo por los que yerran

Cristo se identificó con las necesidades de la gente. Sus necesidades y sus sufrimientos eran los suyos. El dice: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fuí huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.” Los siervos de Dios deben tener en su corazón tierno afecto y sincero amor por los discípulos de Cristo. Deben manifestar aquel profundo interés que Cristo hace resaltar en el cuidado del pastor por la oveja perdida: deben seguir el ejemplo dado por Cristo y manifestar la misma compasión y amabilidad y el mismo amor tierno y compasivo que él ejerció hacia nosotros.

Las grandes potencias morales del alma son la fe, la esperanza y el amor. Si éstas son inactivas, el predicador puede tener todo el celo y fervor que quiera, pero su labor no será aceptada por Dios y no podrá producir beneficios para la iglesia. El ministro de Cristo, que lleva el mensaje solemne de Dios a la gente, debe proceder siempre con justicia, amar la misericordia y andar humildemente delante de Dios. El espíritu de Cristo en el corazón, inclinará toda facultad del alma a nutrir y proteger las ovejas de su dehesa, como fiel y verdadero pastor. El amor es la cadena de oro que liga mutuamente los corazones en vínculos voluntarios de amistad, ternura y fiel constancia, y que liga el alma a Dios. Entre los hermanos hay una decidida falta de amor, compasión y piadosa ternura. Los ministros de Cristo son demasiado fríos e inexorables. Sus corazones no arden de tierna compasión y ferviente amor. La devoción más pura y más elevada a Dios es la que se manifiesta en los deseos y esfuerzos más fervientes por ganar almas para Cristo. La razón por la cual los ministros que predicán la verdad presente no tienen más éxito, consiste en que son deficientes, muy deficientes, en fe, esperanza y amor. Todos nosotros tenemos que afrontar y soportar trabajos y conflictos, actos de abnegación y pruebas secretas del corazón. Sentiremos pesar y verteremos lágrimas por nuestros pecados; sostendremos constantes

[139]

luchas y vigiliass, mezcladas con remordimientos y vergüenza, por causa de nuestras deficiencias.

No olviden los ministros de la cruz de nuestro Salvador su experiencia en estas cosas, mas tengan siempre presente que son tan sólo hombres sujetos a error, y poseedores de pasiones como sus hermanos; y que para ayudar a sus hermanos, deben ser perseverantes en sus esfuerzos para beneficiarlos, teniendo el corazón lleno de compasión y amor. Deben acercarse al corazón de sus hermanos, y ayudarles en aquello en que son débiles y necesitan más ayuda. Los que trabajan en palabra y doctrina deben quebrantar su propio corazón duro, orgulloso e incrédulo, si quieren notar la misma obra en sus hermanos. Cristo lo ha hecho todo para nosotros, porque éramos impotentes; estábamos ligados en cadenas de tinieblas, pecado y desesperación, y no podíamos hacer nada por nosotros mismos. Es mediante el ejercicio de la fe, la esperanza y el amor cómo nos acercamos más y más a la norma de la perfecta santidad. Nuestros hermanos sienten la misma lastimera necesidad de ayuda que hemos sentido nosotros. No debemos recargarlos con censuras innecesarias, sino que debemos permitir que el amor de Cristo nos constriña a ser muy compasivos y tiernos, para que podamos llorar por los que yerran y los que han apostatado de Dios. El alma tiene un valor infinito, que no puede estimarse sino por el precio pagado para su rescate. ¡El Calvario! ¡El Calvario! ¡El Calvario! explicará el verdadero valor del alma.

* * * * *

Debemos recordar siempre que somos todos mortales, sujetos a error, y que Cristo ejerce mucha compasión con nuestras debilidades, que nos ama aunque erremos. Si Dios nos tratase como a menudo nos tratamos unos a otros, seríamos consumidos. Mientras que los ministros predicán la verdad clara y penetrante, deben dejar que sea la verdad la que corte, y no hacerlo ellos mismos. Deben poner el hacha, las verdades de la Palabra de Dios, a la raíz del árbol, y algo será hecho. Dad el testimonio tan directamente como se encuentra en la Palabra de Dios, con corazón lleno de la cándida y vivificadora influencia de su Espíritu, todo con ternura y anhelo por las almas; y la obra será eficaz entre los hijos de Dios. La razón por la cual

[140]

se manifiesta tan poco del Espíritu de Dios es que los ministros aprenden a obrar sin él. Carecen de la gracia de Dios, de la tolerancia y paciencia, de un espíritu de consagración y sacrificio; y ésta es la única razón por la cual algunos están dudando de las evidencias de la Palabra de Dios. La dificultad no estriba en la Palabra de Dios, sino en ellos. Carecen de la gracia de Dios, de devoción, piedad personal y santidad. Esto los induce a ser inestables, y los arroja a menudo sobre el campo de batalla de Satanás. Vi que por mucha energía con que los hombres hayan defendido la verdad; por piadosos que parezcan ser: cuando empiezan a hablar con incredulidad respecto de algunos pasajes, sosteniendo que les hacen dudar de la inspiración de la Biblia, debemos temerlos, porque Dios está a gran distancia de ellos.”—*Testimonies for the Church*, 383, 384.

[141]

Capítulo 31—El amor y el deber

El amor tiene un hermano gemelo que es el deber. El amor y el deber se encuentran lado a lado. El amor puesto en ejercicio mientras se descuida el deber, hará a los hijos testarudos, voluntariosos, perversos, egoístas y desobedientes. Si se deja solo al severo deber sin que el amor lo suavice y gane, tendrá un resultado similar. El deber y el amor deben fusionarse a fin de que los niños sean debidamente disciplinados.

Antiguamente, fueron dadas instrucciones a los sacerdotes: “Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que de él se aparte, y él no se apartare de su camino, por su pecado morirá él, y tú librate tu vida.”

En estos pasajes se presenta claramente el deber de los siervos de Dios. Ellos no pueden eximirse del fiel cumplimiento de su deber en cuanto a reprender pecados y males entre el pueblo de Dios, aunque sea una tarea desagradable, y no sea recibida por el que yerra. Pero en la mayor parte de los casos el que es reprendido aceptaría la amonestación y oiría el reproche si no fuese que otros están en el camino. Estos se acercan como simpatizantes y compadecen al que ha sido reprendido, y creen que deben defenderle. No ven que al Señor le desagrade el que hace mal, porque la causa del Señor ha sido herida y su nombre cubierto de oprobio. Hay almas que han sido apartadas de la verdad y su fe ha naufragado, como resultado de la conducta errónea seguida por el que faltó. Pero el siervo de Dios, cuyo discernimiento está entorpecido y cuyo juicio es torcido por malas influencias, se siente tan inclinado a ponerse del lado del ofensor cuya influencia ha hecho mucho daño, como con el que reprende lo malo y el pecado, y al hacer así dice virtualmente al pecador: “No se aflija, no se abata; al fin de cuentas Vd. tiene casi razón.” Estos dicen al pecador: “Todo te irá bien.”

[142]

Dios requiere de sus siervos que anden en la luz y no se cubran los ojos para no discernir las obras de Satanás. Deben estar preparados para amonestar y reprender a los que están en peligro por sus sutilezas. Satanás está trabajando a diestra y siniestra para obtener ventajas. El no descansa. Es perseverante. Es vigilante y astuto para aprovecharse de toda circunstancia y utilizarla en su guerra contra la verdad y los intereses del reino de Dios. Es un hecho lamentable el que los siervos de Dios, ante las trampas de Satanás, no ejercen ni la mitad del cuidado que debieran ejercer. En vez de resistir al diablo para que huya de ellos, muchos están inclinados a transigir con las potencias de las tinieblas.

* * * * *

Debe leerse la Biblia cada día. Una vida de religión, de devoción a Dios, es el mejor escudo para los jóvenes expuestos a la tentación en su trato con otros mientras se educan. La Palabra de Dios dará la correcta norma de lo bueno y lo malo, y de los principios morales. El fijo principio de la verdad es la única salvaguardia para la juventud. Los propósitos firmes y una voluntad resuelta cerrarán muchas puertas abiertas a la tentación y a las influencias desfavorables para conservar el carácter cristiano. Un carácter débil e irresoluto, alimentado en la niñez y la juventud, dará una vida de constante afán y lucha, por falta de decisión y firmes principios. ... La primera consideración debe ser de honrar a Dios, y la segunda, ser fiel a la humanidad, cumpliendo los deberes que trae cada día, haciendo frente a sus pruebas y llevando sus cargas con firmeza y corazón resuelto. El esfuerzo ardoroso e incansable, unido al propósito firme y la completa confianza en Dios, ayudarán en toda emergencia, nos calificarán para una vida útil en este mundo, y nos harán idóneos para la vida inmortal.—*Testimonies for the Church*, 194, 195.

[143]

Capítulo 32—La iglesia de Laodicea

El mensaje a la iglesia de Laodicea es una denuncia sorprendente, y se aplica al pueblo de Dios actual.

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo.”

El Señor nos muestra aquí que el mensaje que ha de ser dado a su pueblo por los ministros que él ha llamado para que amonesten a la gente, no es un mensaje de paz y seguridad. No es meramente teórico, sino práctico en todo detalle. En el mensaje a los laodiceos, los hijos de Dios son presentados en una posición de seguridad carnal. Están tranquilos, creyéndose en una exaltada condición de progreso espiritual. “Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo.”

¡Qué mayor engaño puede penetrar en las mentes humanas que la confianza de que en ellos todo está bien cuando todo anda mal! El mensaje del Testigo Fiel encuentra al pueblo de Dios sumido en un triste engaño, aunque sincero en esa creencia. No sabe que su condición es deplorable a la vista de Dios. Aunque aquellos a quienes se dirige se están lisonjeando de que se encuentran en una exaltada condición espiritual, el mensaje del Testigo Fiel quebranta su seguridad con la sorprendente denuncia de su verdadera condición de ceguera, pobreza y miseria espirituales. El testimonio, tan penetrante y severo, no puede ser un error, porque es el Testigo Fiel el que habla y su testimonio debe ser correcto.

[144]

A los que se sienten seguros en sus progresos, los que se creen ricos en conocimiento espiritual, les es difícil recibir el mensaje que declara que están engañados y necesitados de toda gracia espiritual.

El corazón que no ha sido santificado es engañoso “más que todas las cosas, y perverso.” Me fué demostrado que muchos se están lisonjeando de que son buenos cristianos, aunque no tienen un solo rayo de la luz de Jesús. No tienen una viva experiencia personal en la vida divina. Necesitan humillarse profunda y cabalmente delante de Dios antes de sentir su verdadera necesidad de esfuerzos fervientes y perseverantes para obtener los preciosos dones del Espíritu.

Dios conduce a su pueblo paso a paso. La vida cristiana es una constante batalla y una marcha. No hay descanso de la lucha. Es por esfuerzos constantes e incesantes cómo mantenemos la victoria sobre las tentaciones de Satanás. Como pueblo, estamos triunfando en la claridad y fuerza de la verdad. Somos plenamente sostenidos en nuestra posición por una abrumadora cantidad de testimonios bíblicos claros. Pero somos muy deficientes en humildad, paciencia, fe, amor, abnegación, vigilancia y espíritu de sacrificio según la Biblia. Necesitamos cultivar la santidad bíblica. El pecado prevalece entre el pueblo de Dios. El claro mensaje de reprensión enviado a los laodiceos no es recibido. Muchos se aferran a sus dudas y pecados predilectos, a la par que están tan engañados que hablan y sienten como si no necesitasen nada. Piensan que es innecesario el testimonio de reproche del Espíritu de Dios, o que no se refiere a ellos. Los tales se hallan en la mayor necesidad de la gracia de Dios y de discernimiento espiritual para poder descubrir su deficiencia en el conocimiento espiritual. Les falta casi toda calificación necesaria para perfeccionar un carácter cristiano. No tienen un conocimiento práctico de la verdad bíblica, lo cual conduce a la humildad en la vida y a una conformidad de la voluntad a la de Cristo. No viven obedeciendo todos los requisitos de Dios.

[145]

No es suficiente el simple hecho de profesar creer la verdad. Todos los soldados de la cruz de Cristo se obligan virtualmente a entrar en la cruzada contra el adversario de las almas, a condenar lo malo y sostener la justicia. Pero el mensaje del Testigo Fiel revela el hecho de que embarga a nuestro pueblo un terrible engaño que obliga a presentarle amonestaciones para que quebrante su sueño espiritual, y se despierte a cumplir una acción decidida.

En mi última visión me fué mostrado que este mensaje decidido del Testigo Fiel no ha cumplido aún el designio de Dios. La gente duerme en sus pecados. Continúa declarándose rica, y sin necesidad

de nada. Muchos preguntan: ¿Por qué se dan todos estos reproches? ¿Por qué los Testimonios nos acusan continuamente de apostasía y graves pecados? Amamos la verdad; estamos prosperando; no necesitamos esos testimonios de amonestación y reproche. Pero miren sus corazones estos murmuradores y comparen su vida con las enseñanzas prácticas de la Biblia, humillen sus almas delante de Dios, ilumine la gracia de Dios las tinieblas, y caerán las escamas de sus ojos y se percatarán de su verdadera pobreza y miseria espirituales. Sentirán la necesidad de comprar oro, que es la fe y el amor puro; ropa blanca, que es el carácter inmaculado, purificado en la sangre de su amado Redentor; y colirio, que es la gracia de Dios, y que les dará un claro discernimiento de las cosas espirituales para descubrir el pecado. Estas cosas son más preciosas que el oro de Ofir.

Me ha sido mostrado que la mayor razón por la cual los hijos de Dios se encuentran ahora en este estado de ceguera espiritual, es que no quieren recibir la corrección. Muchos han despreciado los reproches y amonestaciones a ellos dados. El Testigo Fiel condena el estado tibio de los hijos de Dios, que da a Satanás gran poder sobre ellos en este tiempo de espera y vigilancia. Los egoístas, los orgullosos y los amantes del pecado no son nunca asaltados por dudas. Satanás sabe sugerir dudas e idear objeciones al testimonio directo que Dios envía, y muchos piensan que es una virtud, un indicio de inteligencia en ellos ser incrédulos, dudar y argüir. Los que desean dudar tendrán bastante oportunidad de hacerlo. Dios no se propone suprimir toda ocasión para la incredulidad. El da pruebas, que deben ser investigadas cuidadosamente con una mente humilde y un espíritu susceptible de enseñanza, y todos deben decidir por el peso de las evidencias.

[146]

La vida eterna es de valor infinito y nos costará todo lo que tenemos. Me fué mostrado que no estimamos debidamente las cosas eternas. Todo lo que es digno de posesión, aun en este mundo, debe obtenerse mediante esfuerzo y a veces por el sacrificio más penoso. Y ello es tan sólo para obtener un tesoro perecedero. ¿Estaremos menos dispuestos a soportar conflictos y trabajos, y a hacer esfuerzos fervientes y grandes sacrificios, para obtener un tesoro que es de valor infinito y una vida que se mide con la del Infinito? ¿Puede el cielo costarnos demasiado?

La fe y el amor son tesoros áureos, elementos que faltan en gran manera entre el pueblo de Dios. Me ha sido mostrado que la incredulidad en los testimonios de amonestación, estímulo y reproche, está apartando la luz del pueblo de Dios. La incredulidad está cerrando sus ojos para que ignoren su verdadera condición. El Testigo Fiel describe así su ceguera: “Y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo.”

[147] La fe en la pronta venida de Cristo se está desvaneciendo. “Mi señor se tarda en venir,” es no sólo lo que se dice en el corazón, sino que se expresa en palabras y muy definidamente en las obras. En este tiempo de vigilia, el estupor está obscureciendo los sentidos del pueblo de Dios en cuanto a las señales de los tiempos. La terrible iniquidad que abunda requiere la mayor diligencia y el testimonio vivo para impedir que el pecado penetre en la iglesia. La fe ha estado disminuyendo en un grado temible, y es únicamente por el ejercicio cómo puede aumentar.

Cuando nació el mensaje del tercer ángel, los que se dedicaban a la obra de Dios tenían algo que arriesgar; tenían que hacer sacrificios. Empezaron esta obra en la pobreza, y sufrieron las mayores privaciones y oprobios. Afrontaban una oposición resuelta que los impulsaba hacia Dios en su necesidad y mantenía viva su fe. Nuestro actual plan de la benevolencia sistemática [los diezmos y las ofrendas] sostiene ampliamente a nuestros predicadores y no hay necesidad de que ellos ejerzan fe en que serán sostenidos. Los que ahora emprenden la predicación de la verdad, no tienen nada que arriesgar. No corren peligros, ni tienen que hacer sacrificios especiales. El sistema de la verdad está listo y a la mano, y se les provee de publicaciones que defienden las verdades que ellos promulgan.

Algunos jóvenes empiezan sin tener un sentimiento real del exaltado carácter de la obra. No tienen que soportar privaciones, penurias ni severo conflicto que requerirían el ejercicio de la fe. No cultivan la abnegación práctica, ni albergan un espíritu de sacrificio. Algunos se están poniendo orgullosos y engreídos, y no tienen ninguna verdadera preocupación por la obra. El Testigo Fiel dice a estos ministros: “Sé pues celoso, y arrepiéntete.” Algunos de ellos están tan engreídos en su orgullo que son realmente un estorbo y una maldición para la preciosa causa de Dios. No ejercen una influencia salvadora sobre los demás. Estos hombres necesitan convertirse cabalmente a Dios

ellos mismos, y ser santificados por las verdades que presentan a otros.

Testimonios directos en la iglesia

Muchos se sienten impacientes y celosos porque son frecuentemente molestados por amonestaciones y reproches que les hacen acordar de sus pecados. Dice el Testigo Fiel: “Yo conozco tus obras.” Los motivos, los propósitos, la incredulidad, las sospechas y los celos, pueden ser ocultos de los hombres, pero no de Cristo. El Testigo Fiel viene como consejero: “Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo: sé pues celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.” [148]

Los que son reprendidos por el Espíritu de Dios no deben levantarse contra el humilde instrumento. Es Dios, y no un mortal sujeto a error, quien ha hablado para salvarlos de la ruina. Los que desprecian la amonestación serán dejados en las tinieblas y se engañarán a sí mismos. Pero los que la escuchan, y atienden celosamente a la obra de apartar sus pecados de sí a fin de tener las gracias necesarias, estarán abriendo la puerta de su corazón para que el amado Salvador pueda entrar y morar con ellos. Esta clase de personas se encontrará siempre en perfecta armonía con el testimonio del Espíritu de Dios.

Los ministros que están predicando la verdad presente no deben descuidar el solemne mensaje dirigido a los laodiceos. El testimonio del Testigo Fiel no es un mensaje suave. El Señor no les dice: Estáis más o menos bien; habéis soportado castigos y reproches que nunca merecisteis; habéis sido innecesariamente desalentados por la severidad; no sois culpables de los males y pecados por los cuales se os reprendió.

El Testigo Fiel declara que cuando uno supone que está en buena condición de prosperidad, lo necesita todo. No es suficiente que los ministros presenten temas teóricos; deben también presentar

[149] los temas prácticos. Necesitan estudiar las lecciones prácticas que Cristo dió a sus discípulos, y hacer una detenida aplicación de las mismas a sus propias almas y a las de la gente. Porque Cristo da este testimonio de reprensión, ¿supondremos que le faltan sentimientos de tierno amor hacia su pueblo? ¡Oh, no! El que murió para redimir al hombre de la muerte, ama con amor divino, y a aquellos a quienes ama los reprende. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo.” Pero muchos no quieren recibir el mensaje que el cielo les manda en su misericordia. No pueden soportar que se les hable de su negligencia en el cumplimiento del deber, y de sus malas acciones, de su egoísmo, de su orgullo y amor al mundo.

Me fué mostrado que Cristo nos impuso, a mi esposo y a mí, una obra especial, para dar un testimonio claro a su pueblo, y para clamar sin escatimar esfuerzos, para demostrar al pueblo sus transgresiones y a la casa de Israel sus pecados. Pero hay quienes no quieren recibir el mensaje de reprensión, y levantan las manos para proteger a aquellos a quienes Dios quiere reprender y corregir. Siempre se encuentran simpatizando con aquellos a quienes Dios quiere hacer sentir su verdadera pobreza.

La palabra del Señor, hablada por sus siervos, es recibida por muchos con dudas y temores. Y muchos postergan su obediencia a la amonestación y a los reproches dados, esperando hasta que haya desaparecido de su mente toda sombra de incertidumbre. La incredulidad que exige perfecto conocimiento no quiere ceder a la evidencia que Dios se complace en dar. El requiere de su pueblo una fe que descansa en el peso de la evidencia, no sobre el conocimiento perfecto. Los que siguen a Cristo, que aceptan la luz que Dios les manda, deben obedecer la voz de Dios que les habla cuando hay muchas otras voces que claman contra ella. Requiere discernimiento el distinguir la voz de Dios.

[150] Los que no quieran obrar cuando el Señor los invite a ello, sino que esperan evidencias más seguras y oportunidades más favorables, andarán en tinieblas, porque la luz será retraída de ellos. La evidencia dada un día, si se rechaza, puede no ser nunca repetida.

Muchos están tentados con respecto a nuestra obra, y la están poniendo en tela de juicio. Algunos, en su condición tentada, atribuyen las dificultades y perplejidades del pueblo de Dios a los testimonios de reproche que le han sido dirigidos. Piensan que la dificultad estri-

ba en aquellos que dan el mensaje de amonestación, que señalan los pecados de la gente y corrigen sus errores. Muchos son engañados por el adversario de las almas. Piensan que las labores de los Hnos. White serían aceptables si no estuviesen continuamente condenando lo malo y reprendiendo el pecado. Me fué mostrado que Dios nos ha impuesto esta obra, y cuando se nos impide reunirnos con los hermanos y dar nuestro testimonio, y nos vemos contrarrestados por las sospechas y los celos de los que no son consagrados, entonces Satanás impulsa enérgicamente sus tentaciones. Los que han estado siempre de parte de los que dudan, se sienten libres para sugerir sus dudas e insinuar su incredulidad. Algunos tienen dudas puntillosas y aparentemente concienzudas y muy piadosas, que dejan caer con cautela; pero tienen diez veces más poder para fortalecer a los que están en el error y para disminuir nuestra influencia y debilitar la confianza del pueblo de Dios en nuestra obra, que si se nos opusiesen más francamente. Vi que estas pobres almas están engañadas por Satanás. Se lisonjean de que se encuentran bien, de que gozan del favor de Dios y son ricas en discernimiento espiritual, cuando son pobres, ciegas y miserables. Están haciendo la obra de Satanás, pero creen tener celo por Dios.

Algunos no quieren recibir el testimonio que Dios nos ha encargado dar, lisonjeándose de que podemos estar engañados y ellos tener razón. Creen que los hijos de Dios no necesitan que se les trate con franqueza y reprensión, sino que Dios está con ellos. Estas almas tentadas, que están siempre guerreando contra la fiel reprensión del pecado, quieren clamar: Habladnos cosas suaves. ¿Cómo se les aplica el mensaje del Testigo Fiel a los laodiceos? No puede haber engaño en ello. Este mensaje debe ser dado por los siervos de Dios a una iglesia tibia. Debe despertar a su pueblo de su seguridad y engaño peligrosos respecto de su verdadera situación delante de Dios. Este testimonio, si es recibido, lo incitará a obrar y a humillarse y confesar sus pecados. El Testigo Fiel dice: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente.” Y además: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo: sé pues celoso, y arrepíentete.” Luego viene la promesa: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” “Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.”

[151]

El pueblo de Dios debe reconocer sus errores y despertarse para arrepentirse celosamente y apartar de sí los pecados que produjeron una condición tan deplorable de pobreza, ceguera, miseria y terrible engaño. Me fué mostrado que el testimonio directo debe vivir en la iglesia. Únicamente esto responderá al mensaje a los laodiceos. Los males deben ser reprendidos, el pecado debe ser llamado pecado y la iniquidad debe ser afrontada presta y decididamente, y apartada de nosotros como pueblo.

La lucha contra el espíritu de Dios

[152] Acerca de los que manifiestan un espíritu de oposición a la obra que durante veintiséis años hemos sido inducidos a hacer por el Espíritu de Dios, y que quisieran quebrantar nuestro testimonio, vi que no estaban luchando contra nosotros sino contra Dios, quien nos impuso la carga de una obra que no había dado a otros. Los que dudan y arguyen, y piensan que es una virtud dudar y quisieran desalentar; los que han sido los medios de hacer difícil nuestra obra y debilitar nuestra fe, esperanza y valor, han sido los que han sospechado el mal, insinuado acusaciones suspicaces y buscado celosamente ocasión contra nosotros. Ellos dan por sentado que el que tengamos debilidades humanas es una evidencia positiva de que erramos y que ellos tienen razón. Si pueden hallar una sombra de cualquier cosa que puedan usar para perjudicarnos, lo hacen con un espíritu de triunfo y están listos para denunciar nuestra obra de reprender lo malo y condenar el pecado como si fuese un espíritu duro y despótico.

Pero, aunque no aceptamos la versión de ellos en cuanto a nuestro caso como la razón de nuestras aflicciones, aunque sostenemos que Dios nos ha señalado para una obra más penosa que la de otros, reconocemos con humildad de alma y arrepentimiento que nuestra fe y valor han sido probados severamente, y que a veces no hemos confiado plenamente en Aquel que nos señaló nuestra obra. Cuando recobramos valor después de duros chascos y pruebas, lamentamos profundamente haber desconfiado alguna vez de Dios, haber cedido a las debilidades humanas y permitido que el desaliento anublase nuestra fe y disminuyese nuestra confianza en Dios. Me ha sido mostrado que los antiguos siervos de Dios sufrieron desilusiones y

desalientos tanto como nosotros, pobres mortales. Estamos en buena compañía; sin embargo, esto no nos disculpa.

Mientras mi esposo ha estado a mi lado para sostenerme en mi obra, y ha dado un claro testimonio al unísono con la obra del Espíritu de Dios, muchos han creído que él era quien los perjudicaba personalmente, cuando era el Señor quien le imponía la carga, y era quien, mediante su siervo, los estaba reprendiendo y tratando de traerlos al arrepentimiento de sus errores y obtener el favor de Dios.

Aquellos a quienes Dios eligió para una obra importante fueron siempre recibidos con desconfianza y sospecha. Antiguamente, cuando Elías fué enviado con un mensaje de Dios a la gente, ésta no escuchó la amonestación. Pensó que él era innecesariamente severo. [153] Aun creyó que había perdido su juicio, porque los denunciaba a ellos, el pueblo favorecido de Dios, como pecadores, y sus crímenes como si fuesen tan graves que los juicios de Dios se iban a manifestar contra ellos. Satanás y su hueste han estado siempre desplegando su actividad contra los que dan el mensaje de amonestación y reprenden los pecados. Los que no están consagrados también se unirán con el adversario de las almas para hacer tan difícil como sea posible la obra de los siervos fieles de Dios.

Si mi esposo ha estado apremiado más allá de sus fuerzas y se ha desalentado y descorazonado; si a veces no hemos visto nada deseable en la vida, no es nada extraño ni nuevo. Elías, uno de los grandes y poderosos profetas de Dios, mientras huía de la ira de la enfurecida Jezabel para salvar su vida, y se hallaba fugitivo, cansado y agotado, deseaba la muerte más bien que la vida. Su amarga desilusión respecto a la fidelidad de Israel había abatido su espíritu, y le parecía que no podía ya confiar en los hombres. En el día de su aflicción y tinieblas, Job pronunció estas palabras: “Perezca el día en que yo nací.”

Los que no están acostumbrados a sentir profundamente, y que no han estado bajo las cargas como un carro debajo de las gavillas, y que nunca han identificado tan íntimamente su interés con la causa y la obra de Dios que les parezca una parte de su propio ser, y más cara que la vida, no pueden apreciar los sentimientos de mi esposo, como Israel no podía apreciar los sentimientos de Elías. Lamentamos profundamente habernos descorazonado, cualesquiera que fuesen las circunstancias. [154]

Capítulo 33—¿Negaremos a Cristo?

En Nuestro trato con la sociedad, en la familia, o en cualesquiera relaciones de la vida en que estemos situados, sean ellas limitadas o extensas, hay muchas maneras por las cuales podemos reconocer a nuestro Señor, y muchas maneras por las cuales le podemos negar. Podemos negarle en nuestras palabras, por hablar mal de otros, por conversaciones insensatas, bromas y burlas, por palabras ociosas o desprovistas de bondad, o prevaricando al hablar contrariamente a la verdad. Con nuestras palabras podemos confesar que Cristo no está en nosotros. Con nuestro carácter podemos negarle, amando nuestra comodidad, rehuendo los deberes y las cargas de la vida que alguien debe llevar si nosotros no lo hacemos y amando los placeres pecaminosos. También podemos negar a Cristo por el orgullo de los vestidos y la conformidad al mundo, o por una conducta falta de cortesía. Podemos negarle amando nuestras propias opiniones, y tratando de ensalzar y justificar el yo. Podemos también negarle permitiendo a la mente que se espacie en un sentimentalismo de amor enfermizo y meditando sobre nuestra supuesta mala suerte y pruebas.

Nadie puede confesar verdaderamente a Cristo delante del mundo, a menos que viva en él la mente y el espíritu de Cristo. Es imposible comunicar lo que no poseemos. La conversación y la conducta deben ser una verdadera y visible expresión de la gracia y verdad interiores. Si el corazón está santificado, será sumiso y humilde, los frutos se verán exteriormente, y ello será una muy eficaz confesión de Cristo.

[155]

Capítulo 34—Vivamos día a día

La verdad de Dios recibida en el corazón, puede haceros sabios para salvación. Al creerla y obedecerla, recibiréis gracia suficiente para los deberes y las pruebas de hoy. No necesitáis la gracia para mañana. Debéis comprender que habéis de tratar tan sólo con el día de hoy. Venced hoy; negaos a vosotros mismos hoy; velad y orad hoy. Obtened victorias en Dios hoy. Nuestras circunstancias y el ambiente que nos rodea, los cambios que se realizan diariamente alrededor nuestro y la Palabra escrita de Dios que discierne y prueba todas las cosas, éstas son cosas suficientes para enseñarnos nuestro deber, y precisamente lo que debemos hacer día por día. En vez de permitir que nuestra mente se espacie en pensamientos de los cuales no deriva beneficio alguno para nosotros, debemos escudriñar las Escrituras diariamente y cumplir en la vida diaria aquellos deberes que tal vez ahora nos sean penosos, pero que deben ser hechos por alguna persona.

Las bellezas de la naturaleza tienen una lengua que habla incessantemente a nuestros sentidos. El corazón abierto puede ser impresionado por el amor y la gloria de Dios, según se notan en las obras de sus manos. El oído atento puede oír y comprender las comunicaciones de Dios mediante las obras de la naturaleza. Hay una lección en el rayo de sol, y en los diversos objetos de la naturaleza que Dios presenta a nuestra vista. Los campos verdes, los altos árboles, los pimpollos y las flores, la nube pasajera, la lluvia que cae, el arroyo que murmura, el sol, la luna y las estrellas del firmamento, todas estas cosas atraen nuestra atención y meditación y nos convidan a conocer al Dios que lo hizo todo. Las lecciones que pueden aprenderse de los diversos objetos del mundo natural son las siguientes: Ellos son obedientes a la voluntad de su Creador, nunca niegan a Dios, ni se rehusan a obedecer cualquier indicación de su voluntad. Los seres caídos son los únicos que se niegan a rendir plena obediencia a su Hacedor. Sus palabras están en discrepancia con Dios y se oponen a los principios de su gobierno.

[156]

* * * * *

Vuestras palabras declararán, vuestros actos mostrarán, dónde está vuestro tesoro. Si está en este mundo, en la mísera ganancia de la tierra, vuestras ansiedades se manifestarán en esa dirección. Si estáis luchando por la herencia inmortal con fervor, energía y celo proporcionados a su valor, entonces seréis buenos candidatos a la vida eterna, herederos de gloria. Necesitáis una nueva conversión cada día. Morid cada día al yo, refrenad vuestra lengua como con rienda, dominad vuestras palabras, haced cesar vuestras murmuraciones y quejas, no dejéis escapar de vuestros labios una sola palabra de censura. Si esto requiere gran esfuerzo, hacedlo; seréis recompensados en ello si lo hacéis.—*Testimonies for the Church 1:699.*

[157]

Capítulo 35—Despreciadores de los reproches

El apóstol Pablo afirma claramente que lo experimentado por los israelitas en sus viajes fué registrado para beneficio de los que viven en esta época, aquellos en quienes los fines del mundo han parado. No consideramos que nuestros peligros sean menores que aquellos que corrieron los hebreos, sino mayores. Seremos tentados a manifestar celos y a murmurar, y habrá rebelión abierta, según se registra acerca del antiguo Israel. Habrá siempre un espíritu tendiente a levantarse contra la reprensión de pecados y males. Pero, ¿deberá callarse la voz de reprensión por causa de esto? En tal caso, no estaremos en mejor situación que las diversas denominaciones del país que temen tocar los errores y pecados predominantes en el pueblo.

Aquellos a quienes Dios apartó como ministros de la justicia tienen solemnes responsabilidades en cuanto a reprender los pecados del pueblo. Pablo ordenó a Tito: “Esto habla y exhorta, y reprende con toda autoridad. Nadie te desprecie.” Siempre habrá quienes desprecien al que se atreva a reprender el pecado; pero hay ocasiones en que el reproche debe ser dado. Pablo incitó a Tito a que reprendiese ciertas clases de personas severamente, para que fuesen sanas en la fe. Los hombres y las mujeres que, con sus diferentes organizaciones, son reunidos como iglesias, tienen peculiaridades y defectos. A medida que éstos se desarrollen, requerirán reprensión. Si los que se hallan en posiciones importantes no los reprendiesen nunca ni exhortasen, pronto habría una condición de desmoralización que deshonraría grandemente a Dios. Pero, ¿cómo será dada la reprensión? Dejemos contestar al apóstol: “Con toda paciencia y doctrina.” Los buenos principios deben ser puestos en juego para con la persona que necesite reprensión, pero nunca deben pasarse por alto, con indiferencia, los males que haya entre el pueblo de Dios.

Habrá hombres y mujeres que desprecien la reprensión y cuyos sentimientos se despertarán siempre contra ella. No es agradable [158]

que se nos presenten las cosas malas que hagamos. En casi cualquier caso donde sea necesaria la reprensión, habrá quienes pasen completamente por alto el hecho de que el Espíritu del Señor ha sido contristado y su causa cubierta de oprobio. Estos se compadecerán de aquellos que merecían reprensión, porque sus sentimientos personales fueron heridos. Toda esta simpatía no santificada hace a los simpatizantes participantes de la culpa del que fué reprendido. En nueve casos entre diez, si se hubiese dejado a la persona reprendida bajo el sentimiento de su mala conducta, ello le habría ayudado a reconocerla y por lo tanto se habría reformado. Pero los simpatizantes entrometidos y no santificados atribuyen falsos motivos al que reprende y a la naturaleza del reproche, y, simpatizando con la persona reprendida, la inducen a pensar que realmente se la insultó y sus sentimientos se levantan en rebelión contra el que no ha hecho sino cumplir con su deber. Los que cumplen fielmente sus deberes desagradables, bajo el sentimiento de su responsabilidad ante Dios, recibirán su bendición. Dios requiere de sus siervos que estén siempre dispuestos a hacer su voluntad con fervor. En el encargo que hace el apóstol a Timoteo, le exhorta así: “Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.”

Los hebreos no estaban dispuestos a someterse a las instrucciones y restricciones del Señor. Querían simplemente hacer su voluntad, seguir los impulsos de su propia mente, y ser dominados por su propio juicio. Si se les hubiese concedido esta libertad, no habrían hecho ninguna queja contra Moisés, pero se agitaron bajo la restricción.

[159] Dios quiere que su pueblo sea disciplinado y que obre con armonía, a fin de que lo vea todo unánimemente y tenga un mismo sentir y criterio. A fin de producir este estado de cosas, hay mucho que hacer. El corazón carnal debe ser subyugado y transformado. Dios quiere que haya siempre un testimonio vivo en la iglesia. Será necesario reprender y exhortar, y a algunos habrá que hacerles severos reproches, según lo exija el caso. Oímos el argumento: “¡Oh, yo soy tan sensible que no puedo soportar el menor reproche!” Si estas personas presentasen su caso correctamente, dirían: “Soy tan voluntarioso, tan pagado de mí mismo, tan orgulloso, que no tolero que se me den órdenes; no quiero que se me reprenda. Abogo por

los derechos del juicio individual; tengo derecho a creer y hablar según me plazca.” El Señor no desea que renunciemos a nuestra individualidad. Pero, ¿qué hombre es juez adecuado para saber hasta dónde debe llevarse este asunto de la independencia individual?

Pedro recomienda a sus hermanos: “Igualmente, mancebos, sed sujetos a los ancianos; y todos sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.” El apóstol Pablo también exhorta a sus hermanos filipenses a tener unidad y humildad: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo; si algún refrigerio de amor; si alguna comunión del Espíritu; si algunas entrañas de misericordias, cumplid mi gozo; que sintáis lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros: No mirando cada uno a lo suyo propio, sino cada cual también a lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.” Y Pablo vuelve a exhortar así a sus hermanos: “El amor sea sin fingimiento: aborreciendo lo malo, llegándoos a lo bueno; amándoos los unos a los otros con caridad fraternal; previniéndoos con honra los unos a los otros.” Y al escribir a los efesios, dice: “Sujetaos los unos a los otros en el temor de Dios.”

La historia de los israelitas nos presenta el grave peligro del engaño. Muchos no se dan cuenta del carácter pecaminoso de su propia naturaleza, ni de la gracia del perdón. Están en las tinieblas de la naturaleza, sujetos a tentaciones y gran engaño. Están lejos de Dios; y sin embargo, tienen gran satisfacción en su vida, cuando su conducta es aborrecida de Dios. Esta clase de personas guerreará siempre con la dirección del Espíritu de Dios, especialmente con la repreensión. No quiere ser perturbada. Ocasionalmente siente temores egoístas y buenos propósitos, y a veces pensamientos de ansiedad y convicción; pero no tiene experiencia profunda porque no está ligada con la Roca eterna. Esta clase de personas no ve nunca la necesidad del testimonio claro. El pecado no le parece excesivamente pecaminoso, por la razón de que no anda en la luz como Cristo es la luz.

[160]

Hay aún otra clase de personas que tiene gran luz y convicción especial, y una verdadera experiencia en la obra del Espíritu de Dios. Pero la han vencido las múltiples tentaciones de Satanás. No aprecia

la luz que Dios le ha dado. No escucha las amonestaciones y reprensiones del Espíritu de Dios. Está bajo condenación. Dichas personas estarán siempre en disidencia con el testimonio recto, porque las condena.

Dios quiere que su pueblo sea una unidad; que sus hijos tengan un mismo parecer, un mismo ánimo y un mismo criterio. Esto no puede lograrse sin un testimonio claro, recto y vivo en la iglesia. La oración de Cristo era que los discípulos fuesen uno como él era uno con su Padre. “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo, la gloria que me diste les he dado; para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa; y que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también a mí me has amado.”

[161]

Capítulo 36—Los diezmos y ofrendas

La misión de la iglesia de Cristo es la de salvar a los pecadores que perecen. Consiste en darles a conocer el amor de Dios hacia los hombres, y ganarlos para Cristo por la eficacia de ese amor. La verdad para este tiempo debe ser proclamada hasta en los rincones oscuros de la tierra, y esta obra puede empezar en nuestro propio país. Los que siguen a Cristo no deben vivir egoístamente; sino que, imbuídos con el Espíritu de Cristo, deben obrar en armonía con él.

La actual frialdad e incredulidad tienen sus causas. El amor del mundo y los cuidados de la vida separan el alma de Dios. El agua de la vida debe estar en nosotros, fluir de nosotros, brotar para vida eterna. Debemos manifestar externamente lo que Dios obra en nosotros. Si el cristiano quiere disfrutar de la luz de la vida, debe aumentar sus esfuerzos para traer a otros al conocimiento de la verdad. Su vida debe caracterizarse por el ejercicio y los sacrificios para hacer bien a otros; y entonces no habrá ya quejas de que falte el gozo.

Los ángeles están siempre empeñados en trabajar para la felicidad de otros. Este es su gozo. Lo que los corazones egoístas considerarían como un servicio humillante, o sea el servir a los miserables y de carácter y posición en todo inferior, es la obra de los ángeles puros y sin pecado de los atrios reales del cielo. El espíritu abnegado del amor de Cristo es el espíritu que predomina en el cielo, y es la misma esencia de su felicidad.

Los que no sienten placer especial en tratar de beneficiar a los demás, en trabajar, aun con sacrificio, para hacer lo bueno, no pueden tener el espíritu de Cristo o del cielo, porque no tienen unión con la obra de los ángeles celestiales, y no pueden participar en la felicidad que les imparte elevado gozo. Cristo ha dicho: “Habrá más gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentimiento.” Si el gozo de los ángeles consiste en ver a los pecadores arrepentirse, ¿no consistirá el gozo de los pecadores salvados por la sangre de Cristo, en ver a otros

[162]

arrepentirse y volverse a Cristo por su intermedio? Al obrar en armonía con Cristo y los santos ángeles, experimentaremos un gozo que no puede sentirse fuera de esta obra.

El principio de la cruz de Cristo impone a todos los que creen la pesada obligación de negarse a sí mismos, de impartir la luz a otros y de dar de sus recursos para extender la luz. Si están en relación con el cielo, se dedicarán a la obra en armonía con los ángeles.

El principio de los mundanos consiste en obtener cuanto puedan de las cosas percederas de esta vida. El egoísta amor a la ganancia es el principio que rige su vida. Pero el gozo más puro no se encuentra en las riquezas, ni donde la avaricia está siempre anhelando más, sino donde reina el contentamiento, y donde el amor abnegado es el principio dirigente. Son millares los que están pasando su vida en la sensualidad, y cuyos corazones están llenos de quejas. Son víctimas del egoísmo y del descontento mientras en vano se esfuerzan por satisfacer sus mentes con la sensualidad. Pero la desdicha está estampada en sus mismos rostros y detrás de ellos hay un desierto, porque su conducta no es fructífera en buenas obras.

En la medida en que el amor de Cristo llene nuestros corazones y domine nuestra vida, quedarán vencidas la codicia, el egoísmo y el amor a la comodidad, y tendremos placer en hacer la voluntad de Cristo, cuyos siervos aseveramos ser. Nuestra felicidad estará entonces en proporción con nuestras obras abnegadas, impulsadas por el amor de Cristo.

[163] La sabiduría divina ha indicado, en el plan de salvación, la ley de acción y reacción, la cual hace doblemente bendecida la obra de beneficencia en todas sus modalidades. El que da a los menesterosos beneficia a los demás, y es beneficiado él mismo en un grado aún mayor. Dios podría haber alcanzado su objeto en la salvación de los pecadores sin la ayuda del hombre, pero él sabía que el hombre no podría ser feliz sin desempeñar en la gran obra una parte en la cual estuviera cultivando la abnegación y benevolencia.

Para que el hombre no perdiese los bienaventurados resultados de la benevolencia, nuestro Redentor trazó el plan de alistarle como su colaborador. Por un encadenamiento de circunstancias que exigiría sus manifestaciones de caridad, concede al hombre el mejor medio de cultivar la benevolencia, y le mantiene dando habitualmente para ayudar a los pobres y adelantar su causa. Envía a sus pobres

como representantes suyos. Por las necesidades de éstos últimos, un mundo arruinado está sacando de nosotros talentos de recursos y de influencia, destinados a presentar a los hombres la verdad por cuya falta perecen. En la medida en que nosotros atendemos a estos llamados mediante nuestro trabajo y actos de benevolencia, nos vamos asemejando a la imagen de Aquel que por nosotros se hizo pobre. Al impartir, bendecimos a otros y así acumulamos verdaderas riquezas.

Ha habido en la iglesia una gran falta de benevolencia cristiana. Los que estaban en la mejor posición para obrar en pro del adelantamiento de la causa de Dios, han hecho poco. Dios ha traído misericordiosamente a una clase al conocimiento de la verdad para que apreciase el inestimable valor de ésta en comparación con los tesoros terrenales. Jesús les ha dicho: “Seguidme.” Los está probando con una invitación a la cena que él ha preparado. Está mirando para ver qué carácter adquirirán, y si considerarán sus propios intereses como de mayor valor que las riquezas eternas. Muchos de estos amados hermanos están ahora, por sus actos, formulando las excusas mencionadas en la siguiente parábola:

“El entonces le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya está todo aparejado. Y comenzaron todos a una a excusarse. El primero le dijo: He comprado una hacienda, y necesito salir y verla; te ruego que me des por excusado. Y el otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; ruégote que me des por excusado. Y el otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. Y vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de la familia, dijo a su siervo: Ve presto por las plazas y por las calles de la ciudad, y mete acá los pobres, los mancos, y cojos, y ciegos.”

[164]

Esta parábola representa correctamente la condición de muchos de los que profesan creer la verdad presente. El Señor les ha enviado una invitación a venir a la cena que él ha preparado para ellos con gran costo para sí; pero los intereses mundanales les parecen de mayor importancia que el tesoro celestial. Están invitados a tomar parte en cosas de valor eterno; pero sus fincas, sus ganados y los intereses de su hogar les parecen de importancia tanto mayor que la obediencia a la invitación celestial, que predominan sobre toda atracción divina, y estas cosas terrenales son una excusa para des-

obedecer al mandato celestial: “Venid, que ya está todo aparejado.” Estos hermanos están siguiendo ciegamente el ejemplo de los que son representados en la parábola. Miran a sus posesiones mundanales y dicen: No, Señor, no puedo seguirte; “te ruego que me des por excusado.”

Las mismas bendiciones que Dios ha dado a estos hombres, para probarlos, para ver si darán “lo que es de Dios, a Dios,” las usan como excusa por no poder obedecer los requerimientos de la verdad. Han asido sus tesoros terrenales en los brazos, y dicen: “Debo cuidar de estas cosas; no debo descuidar las cosas de esta vida; estas cosas son mías.” Así el corazón de estos hombres ha llegado a ser tan duro como el camino trillado. Cierran la puerta de su corazón al mensajero celestial que les dice: “Venid, que ya está todo aparejado,” pero la abren para dejar entrar las cargas del mundo y las congojas comerciales, y Jesús llama en vano.

Su corazón está tan cubierto de espinas y de los cuidados de esta vida que las cosas celestiales no pueden hallar cabida en él. Jesús invita a los cansados y cargados, y les promete descanso si quieren acudir a él. Les invita a cambiar el amargo yugo del egoísmo y la codicia, que los hace esclavos de Mammón, por su yugo que, según él declara, es suave y su carga ligera. El dice: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.” El quisiera que ellos pusieran a un lado las pesadas cargas de las congojas y las perplejidades mundanales y tomasen su yugo de abnegación y sacrificio por los demás. Esta carga les resultará fácil. Los que se niegan a aceptar el alivio que Cristo les ofrece, y continúen llevando el amargo yugo del egoísmo, imponiendo a sus almas tareas sumamente pesadas en los planes que hacen para acumular dinero para la complacencia egoísta, no han experimentado la paz y el descanso que se hallan en llevar el yugo de Cristo, y las cargas de la abnegación y la benevolencia desinteresada que Cristo llevó en su favor.

Cuando el amor del mundo se posesiona del corazón, y llega a constituir una pasión dominante, no queda lugar para la adoración a Dios, porque las facultades superiores de la mente se someten a la esclavitud de Mammón, y no pueden retener pensamientos de Dios y del cielo. La mente pierde su recuerdo de Dios, y se estrecha y atrofia en su afición por acumular dinero.

Por causa del egoísmo y amor al mundo, estos hombres han estado perdiendo gradualmente su comprensión de la magnitud de la obra para estos postreros días. No han educado su mente para dedicarse a servir a Dios. No tienen experiencia en ese sentido. Sus propiedades han absorbido sus afectos y eclipsado la magnitud del plan de salvación. Mientras que están mejorando y ampliando sus planes mundanales, no ven la necesidad de ampliar y extender la obra de Dios. Invierten sus recursos en cosas temporales, pero no en las eternas. Su corazón ambiciona más recursos. Dios los ha hecho depositarios de su ley, para que dejaran resplandecer para otros la luz que les ha sido dada tan misericordiosamente. Pero han aumentado de tal manera sus congojas y ansiedades que no tienen tiempo para beneficiar a otros con su influencia, para conversar con sus vecinos, para orar con y por ellos, y para tratar de comunicarles el conocimiento de la verdad.

[166]

Estos hombres son responsables por el bien que podrían hacer, pero que se excusan de hacer por causa de las congojas y cargas mundanales que embargan su mente y absorben sus afectos. Hay almas por las cuales Cristo murió, que podrían ser salvas por sus esfuerzos personales y ejemplo piadoso. Hay almas preciosas que están pereciendo por falta de la luz que Dios ha dado a los hombres para que la reflejasen sobre la senda de los demás. Pero la luz preciosa queda oculta bajo el almud, y no alumbrá a aquellos que están en la casa.

Cada uno es mayordomo de Dios. A cada uno el Maestro ha confiado sus recursos; pero el hombre pretende que estos recursos son suyos. Cristo dice: “Negociad entre tanto que vengo.” Está acercándose el tiempo en que Cristo requerirá lo suyo con interés. El dirá a cada uno de sus mayordomos: “Da cuenta de tu mayordomía.” Los que han ocultado el dinero de su señor en un pañuelo, enterrándolo en la tierra, en vez de confiarlo a los banqueros, y los que han despilfarrado el dinero de su Señor gastándolo en cosas innecesarias en vez de ponerlo a interés invirtiéndolo en su causa, no recibirán la aprobación del Maestro, sino una condenación decidida. El siervo inútil de la parábola trajo el talento a Dios y dijo: “Te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; y tuve miedo, y fuí, y escondí tu talento en la tierra: he aquí tienes lo que es tuyo.” Su Señor recoge sus palabras y declara:

[167] “Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí; por tanto te convenía dar mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido lo que es mío con usura.”

Este siervo inútil no ignoraba los planes de Dios, pero se propuso firmemente estorbar el propósito de Dios, y luego le acusó de injusticia al exigir el rédito de los talentos a él confiados. Esta misma queja y murmuración es hecha por una clase numerosa de hombres pudientes que profesan creer la verdad. Como el siervo infiel, temen que el aumento del talento que Dios les prestó les sea exigido para adelantar la difusión de la verdad; por lo tanto, lo inmovilizan invirtiéndolo en tesoros terrenales y sepultándolo en el mundo, y lo comprometen de tal manera que no tienen nada o casi nada para invertir en la causa de Dios. Lo han enterrado, temiendo que Dios exigiese parte del capital o del interés. Cuando, al exigírselo su Señor, traen la cantidad que les fué dada, vienen con ingratas excusas por no haberla confiado a los banqueros, invirtiendo en su causa, para ejecutar su obra, los recursos que Dios les había prestado.

El que comete un desfalco con los bienes de su Señor no sólo pierde el talento que Dios le prestó, sino también la vida eterna. De él se dice: “Al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera.” El siervo fiel, que invierte su dinero en la causa de Dios para salvar almas, emplea sus recursos para gloria de Dios y recibirá el elogio del Maestro: “Bien, buen siervo y fiel: sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor.” ¿Cuál será el gozo de nuestro Señor? Será el gozo de ver almas salvadas en el reino de gloria. “El cual, habiéndole sido propuesto gozo, sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza, y sentóse a la diestra del trono de Dios.”

[168] La idea de la mayordomía o administración debe tener una influencia práctica sobre todo el pueblo de Dios. La parábola de los talentos, debidamente comprendida, desterrará la avaricia, a la que Dios llama idolatría. La benevolencia práctica dará vida espiritual a millares de los que nominalmente profesan la verdad, pero que actualmente se lamentan sobre sus tinieblas. Los transformará de egoístas y codiciosos adoradores de Mammón en fervientes y fieles colaboradores de Cristo en la salvación de los pecadores.

El fundamento del plan de salvación fué puesto con *sacrificio*. Jesús abandonó las cortes reales y se hizo pobre para que por su

pobreza nosotros fuésemos hechos ricos. Todos los que participan de esta salvación, comprada para ellos a tan infinito precio por el Hijo de Dios, seguirán el ejemplo del verdadero Modelo. Cristo fué la principal piedra del ángulo y debemos edificar sobre este cimiento. Cada uno debe tener un espíritu de abnegación y sacrificio. La vida de Cristo en la tierra fué una vida de desinterés: se distinguió por la humillación y el sacrificio. ¿Y podrán los hombres, participantes de la gran salvación que Cristo vino a traerles del cielo, negarse a seguir a su Señor y compartir su abnegación y sacrificio? Dice Cristo: “Yo soy la vid. vosotros los pámpanos.” “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto.” El mismo principio vital, la savia que fluye por la vid. nutre los pámpanos para que florezcan y lleven fruto. ¿Es el siervo mayor que su señor? ¿Practicará el Redentor del mundo la abnegación y el sacrificio por nosotros, y los miembros del cuerpo de Cristo practicarán la complacencia propia? La abnegación es una condición esencial del discipulado.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí. niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.’ Yo voy adelante en la senda de la abnegación. Nada requiero de vosotros, mis seguidores, sino aquello de lo cual yo, vuestro Señor, os he dado ejemplo en mi propia vida.

El Salvador del mundo venció a Satanás en el desierto de la tentación. Venció para mostrar al hombre cómo puede vencer. El anunció en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor es sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres: me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; para pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; para poner en libertad a los quebrantados: para predicar el año agradable del Señor.”

[169]

La gran obra que Jesús anunció que había venido a hacer, fué confiada a los que le siguen en la tierra. Cristo, como nuestra cabeza, nos guía en la gran obra de salvación, y nos invita a seguir su ejemplo. Nos ha dado un mensaje mundial. Esta verdad debe extenderse a todas las naciones, lenguas y pueblos. El poder de Satanás había de ser disputado y había de quedar vencido por Cristo y también por sus discípulos. Una gran guerra había de reñirse contra las potestades de las tinieblas. Y a fin de que esta obra se lleve a cabo con éxito, se requieren recursos. Dios no se propone mandarnos

recursos directamente del cielo, sino que confía en las manos de sus seguidores, talentos de recursos para que los usen con el fin de sostener esta guerra.

El ha dado a su pueblo un plan para recoger sumas suficientes para que la empresa se sostenga. El plan de Dios en el sistema del diezmo es hermoso en su sencillez e igualdad. Todos pueden practicarlo con fe y valor porque es de origen divino. En él se combinan la sencillez y la utilidad, y no requiere profundidad de conocimiento para comprenderlo y ejecutarlo. Todos pueden creer que son capaces de hacer una parte en llevar a cabo la preciosa obra de salvación. Cada hombre, mujer y joven puede llegar a ser un tesorero del Señor, un agente para satisfacer las demandas de la tesorería. Dice el apóstol: “Cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere.”

[170] Por este sistema se alcanzan grandes objetos. Si todos lo aceptasen, cada uno sería un vigilante y fiel tesorero de Dios, y no faltarían recursos para llevar a cabo la gran obra de proclamar el último mensaje de amonestación al mundo. La tesorería estará llena si todos adoptan este sistema, y los contribuyentes no serán más pobres por ello. Mediante cada inversión hecha, llegarán a estar más vinculados a la causa de la verdad presente. Estarán atesorando para sí buen fundamento para lo por venir,” a fin de “que echen mano a la vida eterna.”

Al ver los que trabajan con perseverancia y sistemáticamente que sus esfuerzos benevolentes tienden a alimentar el amor hacia Dios y sus semejantes, y que sus esfuerzos personales están extendiendo su esfera de utilidad, comprenderán que hay una gran bendición en colaborar con Cristo. La iglesia cristiana, por lo general, no reconoce los derechos de Dios sobre ella en cuanto a dar ofrendas de las cosas que posee, para sostener la guerra contra las tinieblas morales que están inundando al mundo. Nunca podrá la causa de Dios adelantar como debiera hacerlo hasta que los seguidores de Cristo trabajen activa y celosamente.

Cada miembro individual de la iglesia debe sentir que la verdad que él profesa es una realidad, y todos deben trabajar desinteresadamente. Algunos ricos se sienten inclinados a murmurar porque la obra de Dios se está extendiendo, y se necesita dinero. Dicen que no acaban nunca los pedidos de recursos. Un objeto tras otro se

está presentando en demanda de ayuda. A los tales queremos decir que esperamos que la causa de Dios se extenderá de tal manera que habrá mayores ocasiones y pedidos más frecuentes y urgentes de que la tesorería supla lo necesario para proseguir la obra.

Si el plan de la benevolencia sistemática fuese adoptado por cada persona y llevado plenamente a cabo, habría una constante provisión en la tesorería. Los ingresos afluirían como una corriente constantemente alimentada por rebosantes fuentes de benevolencia. El dar ofrendas es una parte de la religión evangélica. ¿Acaso la consideración del precio infinito pagado por nuestra redención no nos impone solemnes obligaciones pecuniarias, así como el deber de consagrar todas nuestras facultades a la obra del Maestro?

[171]

Tendremos una deuda que arreglar con el Maestro antes de mucho cuando él diga: “Da cuenta de tu mayordomía.” Si los hombres prefieren poner a un lado los derechos de Dios y retener egoístamente todo lo que él les da, él callará por el momento y continuará probándoles frecuentemente aumentando sus mercedes, dejando que sus bendiciones continúen fluyendo; y estos hombres seguirán tal vez recibiendo honores de los hombres sin que la iglesia los censure; pero antes de mucho Dios les dirá: “Da cuenta de tu mayordomía.” Dice Cristo: “Por cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis.” “No sois vuestros. Porque comprados sois por precio,” y estáis bajo la obligación de glorificar a Dios con vuestros recursos, así como en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son suyos. “Comprados sois por precio,” “no con cosas corruptibles, como oro o plata; sino con la sangre preciosa de Cristo.” El pide, en recompensa de los dones que nos ha confiado, que ayudemos en la salvación de las almas. El dió su sangre y nos pide nuestro dinero. Mediante su pobreza somos hechos ricos, y ¿nos negaremos a devolverle sus propios dones?

Dios no depende del hombre para sostener su causa. Podría haber mandado recursos directamente del cielo para suplir su tesorería, si su providencia lo hubiese considerado mejor para el hombre. El podría haber ideado medios por los cuales los ángeles hubiesen sido enviados a publicar la verdad al mundo sin intervención de los hombres. Podría haber escrito las verdades en el firmamento y haber dejado que éste declarase al mundo sus requisitos en caracteres vivos. Dios no depende del oro o la plata de ningún hombre. El dice:

[172] “Mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados.” “Si yo tuviere hambre, no te lo diría a ti: porque mío es el mundo y su plenitud.” Cualquiera que sea la necesidad que exista de que intervengamos en el adelantamiento de la causa de Dios, lo ha ordenado a propósito para nuestro bien. El nos ha honrado haciéndonos colaboradores suyos. Ha ordenado que fuese necesaria la cooperación de los hombres, a fin de que pudiesen ejercitar su benevolencia.

En su sabia providencia, Dios ha dejado que los pobres estuviesen siempre con nosotros, para que al par que presenciásemos las diversas formas de necesidad y sufrimiento en el mundo, fuésemos probados y puestos en situación de desarrollar un carácter cristiano. Ha puesto a los pobres entre nosotros para arrancar de nosotros la simpatía y el amor cristianos.

Los pecadores, que están pereciendo por falta de conocimiento, serán dejados en la ignorancia y las tinieblas a menos que los hombres les lleven la luz de la verdad. Dios no enviará a los ángeles del cielo para hacer la obra que ha dejado al hombre. El ha dado a todos una obra que hacer por esta misma razón, a saber, para que los pudiese probar y para que ellos revelasen su verdadero carácter. Cristo pone a los pobres entre nosotros como representantes suyos. “Tuve hambre—dice,—y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber.” Cristo se identifica con la humanidad doliente en la persona de los hijos de los hombres que sufren. Hace suyas sus necesidades y acoge sus desgracias en su seno.

Las tinieblas morales de un mundo arruinado suplican a los hombres y mujeres cristianos que realicen esfuerzos individuales, que den de sus recursos y de su influencia, para asimilarse la imagen de Aquel que, aunque poseía riquezas infinitas, por nuestra causa se hizo pobre. El Espíritu de Dios no puede morar con aquellos a quienes mandó el mensaje de su verdad, pero que necesitan que se les ruegue antes que sientan su deber de colaborar con Cristo. El apóstol pone de relieve el deber de dar por motivos superiores a la mera simpatía humana, porque los sentimientos son conmovidos. Da realce al principio de que debemos trabajar abnegadamente y con sinceridad para gloria de Dios.

[173] Las Escrituras requieren de los cristianos que participen de un plan de benevolencia activa que les haga manifestar constantemente

interés en la salvación de sus semejantes. La ley moral ordenaba la observancia del sábado, que no era una carga excepto cuando esa ley era transgredida y los hombres se veían sujetos a las penalidades que entrañaba su violación. Igualmente, el sistema del diezmo no era una carga para aquellos que no se apartaban del plan. El sistema ordenado a los hebreos no ha sido abrogado ni reducido su vigor por Aquel que lo originó. En vez de carecer de fuerza ahora, tiene que ser llevado a cabo más plena y extensamente, puesto que la salvación por Cristo solo, debe ser proclamada con mayor plenitud en la era cristiana.

Jesús hizo saber al joven príncipe que la condición a él impuesta para tener la vida eterna consistía en poner por obra en su vida los requisitos especiales de la ley, que consistían en que amase a Dios de todo su corazón, de toda su alma, de toda su mente y con todas sus fuerzas, y a su prójimo como a sí mismo. Mientras los sacrificios típicos cesaron a la muerte de Cristo, la ley original, grabada en tablas de piedra, permaneció inmutable, imponiendo sus exigencias al hombre de todos los tiempos. Y en la era cristiana, el deber del hombre no fué limitado, sino definido más especialmente y expresado más sencillamente.

El evangelio, para extenderse y ampliarse, requería mayores provisiones para sostener la guerra después de la muerte de Cristo, y esto hizo que la ley de dar ofrendas fuese una necesidad más urgente que bajo el gobierno hebreo. Dios no requiere menos ahora, sino mayores dones que en cualquier otro período del mundo. El principio trazado por Cristo es que los dones y ofrendas deben ser proporcionales a la luz y bendiciones disfrutados. El dijo: “Porque a cualquiera que fué dado mucho, mucho será vuelto a demandar de él.”

Los primeros discípulos respondían a las bendiciones de la era cristiana mediante obras de caridad y benevolencia. El derramamiento del Espíritu de Dios, después de que Cristo dejó a sus discípulos y ascendió al cielo, los condujo a la abnegación y al sacrificio propio para salvar a otros. Cuando los santos pobres de Jerusalén se hallaban en angustia, Pablo escribió a los cristianos gentiles acerca de las obras de benevolencia y dijo: “Por tanto, como en todo abundáis, en fe, y en palabra, y en ciencia, y en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, que también abundéis en esta gracia.”

Aquí la benevolencia es puesta al lado de la fe, del amor y de la diligencia cristiana. Los que piensan que pueden ser buenos cristianos y cerrar sus oídos y corazones a los llamados que Dios dirige a su generosidad, están terriblemente engañados. Hay quienes profesan tener gran amor por la verdad, y, por lo menos de palabra, tienen interés en ver adelantar la verdad, pero no hacen nada para ello. La fe de los tales es muerta, no siendo hecha perfecta por las obras. El Señor no cometió nunca un error como el de convertir a un alma y dejarla bajo el poder de la avaricia.

El sistema del diezmo se remonta hasta más allá del tiempo de Moisés. Aun ya en tiempos tan remotos como los días de Adán, se requería de los hombres que ofreciesen a Dios donativos religiosos, es decir, antes que el sistema definido fuese dado a Moisés. Al cumplir con los requisitos de Dios, habían de manifestar en sus ofrendas el aprecio de las misericordias y bendiciones de Dios para con ellos. Esto continuó durante las generaciones sucesivas y fué llevado a cabo por Abrahán, quien dió diezmos a Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo. El mismo principio existía en los días de Job. Mientras Jacob estaba en Betel, peregrino, desterrado y sin dinero, se acostó una noche, solitario y abandonado, teniendo una piedra por almohada, y allí prometió al Señor: “De todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti.” Dios no obliga a los hombres a dar. Todo lo que ellos dan debe ser voluntario. El no quiere que su tesorería esté llena de ofrendas dadas de mala gana.

[175]

El Señor quiso poner al hombre en íntima relación consigo, y en simpatía y amor con sus semejantes, imponiéndole la responsabilidad de realizar acciones que contrarrestasen el egoísmo y fortaleciesen su amor por Dios y el hombre. El plan de que hubiese sistema en la benevolencia fué ideado por Dios para beneficio del hombre, quien se inclina a ser egoísta y a cerrar su corazón a las acciones generosas. El Señor requiere que se hagan donativos en tiempos determinados, quedando así establecido que las ofrendas lleguen a constituir un hábito y la benevolencia sea considerada como un deber cristiano. El corazón, abierto por un donativo, no debe tener tiempo de enfriarse egoístamente y cerrarse antes que se otorgue el próximo. La corriente ha de fluir continuamente, manteniendo así abierto el conducto por medio de actos de benevolencia.

En cuanto a la cantidad requerida, Dios ha especificado que sea la décima parte de los ingresos. Esto queda a cargo de la conciencia y la benevolencia de los hombres, cuyo juicio debe ejercerse libremente en este sistema del diezmo. Y aunque ha quedado librado a la conciencia, se ha trazado un plan bastante definido para todos. No se requiere compulsión alguna.

En la dispensación mosaica, Dios pedía de los hombres que diesen la décima parte de todas sus entradas. Les confiaba las cosas de esta vida, como talentos que debían ser perfeccionados y devueltos a él. El ha requerido la décima parte, y la exige como lo mínimo que le debemos devolver. Dice: Os doy las nueve décimas, mientras requiero una décima; es mía. Cuando los hombres retienen el diezmo, roban a Dios. Las ofrendas por el pecado, las ofrendas pacíficas y de agradecimiento a Dios, eran también exigidas en adición al diezmo de las entradas.

Todo lo que se retiene de lo que Dios pide, el diezmo de las entradas, está registrado en los libros del cielo como un robo hecho a él. Los que lo cometen defraudan a su Creador, y cuando este pecado de negligencia les es presentado, no es suficiente que cambien su conducta y empiecen desde entonces a obrar según el debido principio. Esto no corregirá las cifras escritas en los registros celestiales por su desfallo de la propiedad a ellos confiada para que la devuelvan al Prestamista. Deben arrepentirse de su trato infiel con Dios y de su baja ingratitud.

[176]

“¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? Los diezmos y las primicias. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.” Aquí se hace una promesa de que si todos los diezmos son traídos al alfolí, Dios derramará su bendición sobre los obedientes.

“Increparé también por vosotros al devorador, y no os corromperá el fruto de la tierra; ni vuestra vid en el campo abortará, dice Jehová de los ejércitos. Y todas las gentes os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos.” Si todos los que profesan la verdad cumplen con los requisitos de Dios en cuanto a

dar el diezmo, que Dios llama suyo, la tesorería estará ampliamente provista para llevar a cabo la gran obra de salvar a los hombres.

Dios da al hombre los nueve décimos, mientras que reclama un décimo para fines sagrados, así como dió al hombre seis días para su trabajo, y se reservó y puso aparte el séptimo día para sí. Porque, como el sábado, el diezmo de las entradas es sagrado. Dios se lo reservó para sí. El llevará a cabo su obra en la tierra con el aumento de los recursos que confió al hombre.

[177] Dios requería de su antiguo pueblo tres congregaciones anuales. “Tres veces cada un año parecerá todo varón tuyo delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiere: en la solemnidad de los ázimos, y en la solemnidad de las semanas, y en la solemnidad de las cabañas. Y no parecerá vacío delante de Jehová: Cada uno con el don de su mano, conforme a la bendición de Jehová tu Dios, que te hubiere dado.” Nada menos que una tercera parte de sus entradas se consagraba a los fines sagrados y religiosos.

Cuando quiera que los hijos de Dios, en cualquier época de la historia del mundo ejecutaron alegre y voluntariamente su plan en la benevolencia sistemática y en dones y ofrendas, han visto cumplirse la permanente promesa de que la prosperidad acompañaría todas sus labores en la misma proporción en que obedeciesen sus requisitos. Siempre que reconocieron los derechos de Dios y cumplieron con sus requerimientos, honrándole con su substancia, sus alfolíes reboaban; pero cuando robaron a Dios en los diezmos y las ofrendas, tuvieron que darse cuenta de que no sólo le estaban robando a él, sino a sí mismos; porque él limitaba las bendiciones que les concedía en la proporción en que ellos limitaban las ofrendas que le hacían a él.

Algunos declararán que ésta es una de las leyes rigurosas que pesaban sobre los hebreos. Pero ésta no era una carga para el corazón voluntario que amaba a Dios. Únicamente cuando la naturaleza egoísta se fortalecía por la retención de aquellos recursos, el hombre perdía de vista las consideraciones eternas, y estimaba los tesoros terrenales más que las almas. El Israel de Dios de estos últimos tiempos, tiene necesidades aún más urgentes que el Israel de antaño. Debe ser llevada a cabo una obra grande e importante en un tiempo muy corto. Nunca quiso Dios que la ley del sistema del diezmo no

rigiese entre su pueblo; antes quiso que el espíritu de sacrificio se ampliase y profundizase para la obra final.

La benevolencia sistemática no debe ser hecha una compulsión sistemática. Lo que Dios considera aceptable son las ofrendas voluntarias. La verdadera benevolencia cristiana brota del principio del amor agradecido. El amor a Cristo no puede existir sin un amor correspondiente hacia aquellos a quienes él vino a redimir. El amor a Cristo debe ser el principio dominante del ser, que rijan todas las emociones y todas las energías. El amor redentor debe despertar todo el tierno afecto y la devoción abnegada que pueda existir en el corazón del hombre. Cuando tal es el caso, no se necesitarán llamados conmovedores para quebrantar su egoísmo y despertar sus simpatías dormidas, para arrancar ofrendas en favor de la preciosa causa de la verdad.

[178]

Jesús nos compró a un precio infinito. Toda nuestra capacidad y nuestra influencia pertenecen en verdad a nuestro Salvador y deben ser dedicadas a su servicio. Haciéndolo así, manifestamos nuestra gratitud por haber sido redimidos de la esclavitud del pecado por la preciosa sangre de Cristo. Nuestro Salvador está siempre obrando por nosotros. Ascendió al cielo e intercede en favor de los rescatados por su sangre. Intercede delante de su Padre y presenta las agonías de la crucifixión. Alza sus heridas manos e intercede por su iglesia para que sea guardada de caer en la tentación.

Si nuestra percepción fuese avivada hasta poder comprender esta maravillosa obra de nuestro Salvador en pro de nuestra salvación, ardería en nuestro corazón un amor profundo y ardiente. Entonces nuestra apatía y fría indiferencia nos alarmarían. Una completa devoción y benevolencia, impulsadas por un amor agradecido, impartirán a la más pequeña ofrenda, al sacrificio voluntario, una fragancia divina que harán inestimable el don. Pero después de haber entregado voluntariamente a nuestro Redentor todo lo que podemos darle, por valioso que sea para nosotros, si consideramos nuestra deuda de gratitud a Dios tal cual es en realidad, todo lo que podamos haber ofrecido nos parecerá muy insignificante y pobre. Pero los ángeles toman estas ofrendas que a nosotros nos parecen deficientes, y las presentan como una fragante ofrenda delante del trono y son aceptadas.

[179] Como discípulos de Cristo no nos damos cuenta de nuestra verdadera situación. No tenemos opiniones correctas respecto de nuestra responsabilidad como siervos de Cristo. El nos ha adelantado el salario en su vida de sufrimiento y sangre derramada, para ligarnos así en servidumbre voluntaria. Todas las buenas cosas que tenemos son un préstamo de nuestro Salvador. Nos ha hecho mayordomos. Nuestras ofrendas más íntimas, nuestros servicios más humildes, presentados en fe y amor, pueden ser dones consagrados para salvar almas en el servicio del Maestro y para promover su gloria. El interés y la prosperidad del reino de Cristo deben superar a toda otra consideración. Los que hacen de sus placeres e intereses egoístas los objetos principales de su vida, no son mayordomos fieles.

Los que se nieguen a sí mismos para hacer bien a otros y se consagren a sí mismos y todo lo que tienen al servicio de Cristo, experimentarán la felicidad que el egoísta busca en vano. Dice nuestro Salvador: “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.” La caridad “no busca lo suyo.” Es el fruto de aquel amor desinteresado y de aquella benevolencia que caracterizaron la vida de Cristo. La ley de Dios en nuestro corazón, subordinará nuestros propios intereses a las consideraciones elevadas y eternas. Cristo nos ordena que busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia. Tal es nuestro primero y más alto deber. Nuestro Maestro amonestó expresamente a sus siervos a que no se hicieran tesoros en la tierra; porque al hacerlo su corazón se fijaría en las cosas terrenales más bien que en las celestiales. En esto es donde muchas pobres almas han dejado naufragar su fe. Han contrariado directamente las órdenes expresas de nuestro Señor y han permitido que el amor al dinero llegase a ser la pasión dominante de su vida. Son intemperantes en sus esfuerzos para adquirir recursos. Están tan embriagados con su insano deseo de riquezas como el borracho por la bebida.

[180] Los cristianos se olvidan de que son siervos del Maestro; de que ellos mismos, su tiempo y todo lo que tienen, le pertenecen. Muchos son tentados y los más son vencidos por las engañosas incitaciones que Satanás les presenta a invertir su dinero donde les reportará el mayor provecho en pesos y centavos. Son tan sólo pocos los que consideran las obligaciones que Dios les ha impuesto de hacer que su principal ocupación sea la satisfacción de las necesidades de su

causa, dejando que sus propios deseos sean atendidos en último término. Son pocos los que invierten dinero en la causa de Dios en proporción a sus recursos. Muchos han inmovilizado su dinero en propiedades que deben vender, antes de poder invertirlo en la causa de Dios y darle así un uso práctico. Hacen de ello una excusa para hacer tan sólo poco en la causa de su Redentor. Han enterrado su dinero tan efectivamente como el hombre de la parábola. Roban a Dios el diezmo, que él reclama como suyo, y al robarle a él se despojan del tesoro celestial.

El plan de la benevolencia sistemática no oprime penosamente a ningún hombre. “Cuanto a la colecta para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere; para que cuando yo llegare, no se hagan entonces colectas.” Los pobres no quedan excluidos del privilegio de dar. Ellos, tanto como los pudientes, pueden tener una parte en esta obra. La lección que Cristo dió con respecto a las dos blancas de la viuda, nos demuestra que la ofrenda voluntaria más ínfima de los pobres, si es dada con un corazón lleno de amor, es tan aceptable como los mayores donativos de los ricos.

En las balanzas del santuario, los donativos de los pobres, hechos por amor a Cristo, no son estimados según la cantidad dada, sino según el amor que motiva el sacrificio. Las promesas de Jesús llegarán a ser tan seguramente una realidad para el pobre generoso, que tiene tan sólo poco que ofrecer, pero lo da con liberalidad, como para el pudiente que da de su abundancia. El pobre hace un sacrificio de lo poco que posee y lo siente en realidad. Se niega a sí mismo algunas de las cosas que necesita para su propia comodidad, mientras que el rico da de su abundancia y no siente ninguna necesidad, no se niega nada de lo que realmente le hace falta. Por lo tanto, hay en la ofrenda del pobre un elemento sagrado que no se encuentra en la ofrenda del rico, porque los ricos dan de su abundancia. La providencia de Dios arregló todo el plan de la benevolencia sistemática para beneficio del hombre. Su providencia nunca se paraliza. Si los siervos de Dios siguen las puertas que abre su providencia, todos trabajarán activamente.

Los que retienen lo que pertenece a la tesorería de Dios, y acumulan sus recursos para sus hijos, ponen en peligro el interés espiritual

de sus hijos. Ponen su propiedad, que es una piedra de tropiezo para ellos, en el camino de sus hijos para que también tropiecen con ella para perdición suya. Muchos están cometiendo una gran equivocación respecto de las cosas de esta vida. Economizan, privándose a sí mismos y a otros del bien que podrían recibir por el uso correcto de los medios que Dios les ha prestado, y se vuelven egoístas y avarientos. Descuidan sus intereses espirituales, y se atrofian en su desarrollo religioso; todo por el afán de acumular riquezas que no pueden usar. Dejan su propiedad a sus hijos, y en nueve casos de cada diez es para sus herederos una maldición aun mayor de lo que ha sido para ellos. Los hijos, confiados en las propiedades de sus padres, con frecuencia no alcanzan a tener éxito en esta vida, y generalmente fracasan completamente en cuanto a obtener la vida venidera. El mejor legado que los padres pueden dejar a sus hijos es un conocimiento del trabajo útil y el ejemplo de una vida caracterizada por la benevolencia desinteresada. Por una vida tal demuestran el verdadero valor del dinero, que debe ser apreciado únicamente por el bien que realizará en el alivio de las necesidades propias y ajenas y en el adelantamiento de la causa de Dios.

[182]

Algunos están dispuestos a dar de acuerdo con lo que tienen, y piensan que Dios no tiene más derecho sobre ellos porque no tienen grandes recursos. No tienen entradas de las cuales puedan ahorrar después de pagar las cosas necesarias para su familia. Pero son muchos los miembros de esta clase que podrían preguntarse: ¿Estoy yo dando de acuerdo a lo que podría haber tenido? Dios quiso que las facultades de su cuerpo y de su mente fuesen puestas a contribución. Algunos no han perfeccionado hasta lo sumo la habilidad que Dios les ha dado. El trabajo ha sido encargado al hombre. Fué relacionado con la maldición, porque así lo hizo necesario el pecado. El bienestar físico, mental y moral del hombre hacen necesaria una vida de trabajo útil. “No perezosos en los quehaceres,” es la recomendación del inspirado apóstol Pablo.

Nadie, sea rico o pobre, puede glorificar a Dios por una vida de indolencia. Todo el capital que tienen muchos pobres son su tiempo y su fuerza física, y con frecuencia los malgastan en el amor a la comodidad y a la indolencia negligente, de manera que no tienen nada que traer a su Señor en diezmos y ofrendas. Si los cristianos carecen de sabiduría para hacer que su trabajo rinda la

mayor utilidad, y para hacer una aplicación juiciosa de sus facultades físicas y mentales, deben tener mansedumbre y humildad para recibir el consejo de sus hermanos, a fin de que el mejor juicio de ellos supla sus deficiencias. Muchos pobres que están ahora conformes con no hacer nada para beneficio de sus semejantes y para el adelantamiento de la causa de Dios, podrían hacer mucho si quisieran. Ellos son responsables delante de Dios por su capital de fuerza física, tanto como el rico lo es por su capital de dinero.

Algunos que debieran hacer ingresar recursos en la tesorería de Dios, quieren recibir de ella. Hay quienes son pobres ahora y podrían mejorar su condición por un empleo juicioso de su tiempo, evitando las especulaciones, como la explotación de patentes de invención, y refrenando su inclinación a confiar en tales especulaciones para obtener recursos de una manera más fácil que por el trabajo paciente y perseverante. Si los que no han tenido éxito en la vida estuviesen dispuestos a recibir instrucción, podrían adquirir hábitos de abnegación y economía estricta y tener la satisfacción de ser dispensadores de caridad en vez de receptores de ella. Hay muchos siervos perezosos. Si hiciesen cuanto esté a su alcance, experimentarían una bendición tan grande al ayudar a otros que en realidad se darían cuenta que “más bienaventurada cosa es dar que recibir.”

[183]

Debidamente dirigida, la benevolencia ejercita las energías mentales y morales de los hombres y los incita a una muy saludable acción para beneficiar a los necesitados y fomentar la causa de Dios. Si los que tienen recursos se dieran cuenta de que son responsables delante de Dios por cada peso que gastan, sus supuestas necesidades serían mucho menores. Si la conciencia estuviese despierta, testificaría de inútiles gastos para satisfacer el apetito, el orgullo, la vanidad, el amor a las diversiones, y reprocharía el despilfarro del dinero del Señor, que debiera haber sido dedicado a su causa. Los que malgastan los bienes de su Señor, tendrán que dar pronto cuenta de su conducta al Maestro.

Si los que profesan ser cristianos usasen menos de su fortuna para adornar su cuerpo y hermohear sus propias casas, y consumiesen menos de los lujos extravagantes y destructores de la salud en sus mesas, podrían colocar sumas mucho mayores en la tesorería del Señor. Imitarían así a su Redentor, que dejó el cielo, sus riquezas y su gloria, y por amor de nosotros se hizo pobre, a fin de que pudiésemos

[184]

tener las riquezas eternas. Si somos demasiado pobres para devolver fielmente a Dios los diezmos que él requiere, somos ciertamente demasiado pobres para vestarnos costosamente y comer lujosamente; porque malgastamos así el dinero de nuestro Señor en cosas perjudiciales para agradarnos y glorificarnos a nosotros mismos. Debemos inquirir diligentemente: ¿Qué tesoro hemos asegurado en el reino de los cielos? ¿Somos ricos para con Dios?

Jesús dió a sus discípulos una lección respecto de la avaricia. “Y refirióles una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había llevado mucho; y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde juntar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis alfolíes, y los edificaré mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años; repósate, come, bebe, huélgate. Y díjole Dios: Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma; y lo que has prevenido, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico en Dios.”

La duración y felicidad de la vida no consiste en la cantidad de nuestras posesiones terrenales. Este rico insensato, en su egoísmo supremo, se había amontonado tesoros que no podía emplear. Había vivido solamente para sí. Se había extralimitado en los negocios, había hecho ganancias ilícitas y no había ejercitado la misericordia o el amor de Dios. Había robado a los huérfanos y a las viudas, o defraudado a sus semejantes para aumentar su creciente reserva de posesiones mundanales. Podía haberse hecho tesoro en los cielos en bolsas que no envejecen, pero por su avaricia perdió ambos mundos. Los que humildemente usan para gloria de Dios los recursos que él les confió, recibirán antes de mucho su tesoro de la mano del Maestro con la bendición: “Bien, buen siervo y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor.”

[185]

Cuando consideramos el sacrificio hecho para la salvación de los hombres, nos arroba el asombro. Cuando el egoísmo clama por la victoria en el corazón de los hombres, y ellos se sienten tentados a retener la proporción que deben dedicar a cualquiera buena obra, deben fortalecer sus principios de lo recto por el pensamiento de que el que era rico en el tesoro inestimable del cielo, se apartó de todo ello y se hizo pobre. No tuvo dónde reclinar su cabeza. Y todo

este sacrificio fué hecho en nuestro favor, para que tuviésemos las riquezas eternas.

Cristo asentó sus propios pies en la senda de la abnegación y el sacrificio, senda que todos sus discípulos deben recorrer si quieren ser finalmente exaltados con él. Acogió en su propio corazón las tristezas que el hombre debe sufrir. Con frecuencia la mente de los mundanos se embota. Pueden ver tan sólo las cosas terrenales, que eclipsan la gloria y el valor de las cosas celestiales. Hay hombres que rodearán la tierra y el mar para obtener ganancias terrenales, y sufrirán privaciones y sufrimientos para alcanzar su objeto, y, sin embargo, se apartan de los atractivos del cielo, y no consideran las riquezas eternas. Los que se hallan comparativamente en la pobreza, son los que hacen más para sostener la causa de Dios. Son generosos con lo poco que poseen. Han fortalecido sus impulsos generales por la generosidad continua. Cuando sus gastos apremiaban sus entradas, su pasión por las riquezas terrenales no tuvo cabida u oportunidad de fortalecerse.

Pero muchos, cuando empiezan a juntar riquezas materiales, empiezan a calcular cuánto tardarán antes de hallarse en posesión de cierta suma. En su ansiedad por amontonar riquezas, dejan de enriquecerse para con Dios. Su benevolencia no se mantiene a la par con su acumulación. A medida que su pasión por las riquezas aumenta, sus afectos se vinculan con su tesoro. El aumento de su propiedad fortalece el intenso deseo de tener más, hasta que algunos consideran que el dar al Señor un diezmo es una contribución severa e injusta. La inspiración ha declarado: “Cuando se aumenten las riquezas, no pongáis en ellas vuestro corazón.” Muchos han dicho: “Si yo fuese tan rico como Fulano, multiplicaría mis dones a la tesorería de Dios. No haría otra cosa con mi riqueza sino emplearla para el adelantamiento de la causa de Dios.” Dios ha probado a algunos de éstos dándoles riquezas; pero con las riquezas vinieron las tentaciones más intensas, y su benevolencia fué mucho menor que en los días de su pobreza. Un ambicioso deseo de mayores riquezas absorbió su mente y corazón y cometieron idolatría.

El que regala a los hombres riquezas infinitas y una vida eterna de bienaventuranza en su reino como recompensa de la obediencia fiel, no aceptará un corazón dividido. Estamos viviendo en medio de los peligros de los últimos días, cuando se manifiesta todo lo que

puede apartar de Dios la mente y los afectos. Podremos discernir y apreciar nuestro deber únicamente cuando lo consideremos a la luz que irradia de la vida de Cristo. Así como el sol sale por el oriente y baja por el occidente, llenando el mundo de luz. así el que sigue verdaderamente a Cristo será una luz para el mundo. Saldrá al mundo como una luz brillante y resplandeciente, para que aquellos que están en tinieblas sean iluminados y calentados por los rayos que despida. Cristo dice de los que le siguen: “Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.”

Nuestro gran Ejemplo era abnegado, y ¿debe la conducta de los que profesan seguirle hallarse en tan marcado contraste con la suya? El Salvador lo dió todo por un mundo que perecía, sin retenerse a sí mismo siquiera. La iglesia de Dios está dormida. Sus miembros están debilitados por la inacción. De todas partes del mundo nos llegan voces que nos dicen: “Pasad y ayudadnos,” pero no hay movimiento en respuesta. De vez en cuando se realiza un débil esfuerzo; algunos manifiestan que quisieran ser colaboradores del Maestro; pero con frecuencia se deja a los tales trabajar casi solos.

[187]

La verdad es poderosa, pero no es puesta en práctica. No es suficiente poner solamente dinero sobre el altar. Dios llama a hombres voluntarios para que proclamen la verdad a otras naciones, lenguas y pueblos. No es nuestro número ni nuestras riquezas lo que nos dará una victoria señalada; sino la devoción al trabajo, el valor moral, el ardiente amor por las almas y un celo incansable e invariable.

Son muchos los que han considerado a la nación judía como un pueblo digno de lástima, porque se le hacía contribuir constantemente para el sostén de su religión. Pero Dios, quien creó al hombre y le proveyó todas las bendiciones de que goza, sabía lo que era mejor para él. Y por su bendición hacía que las nueve décimas fueran para los judíos de más valor que la cantidad entera sin su bendición. Si algunos, por egoísmo, robaban a Dios o le traían una ofrenda que no fuese perfecta, lo seguro era que seguía a ello el desastre y la pérdida. Dios lee los motivos del corazón. Conoce los propósitos de los hombres, y les recompensará a su debido tiempo según lo hayan merecido.

El sistema especial del diezmo se fundaba en un principio que es tan duradero como la ley de Dios. Este sistema del diezmo era una bendición para los judíos, de lo contrario Dios no se lo habría

dado. Así también será una bendición para los que lo lleven a cabo hasta el fin del tiempo. Nuestro Padre celestial no creó el plan de la benevolencia sistemática para enriquecerse, sino para que fuese una gran bendición para el hombre. Vió que este sistema de beneficencia era precisamente lo que el hombre necesitaba.

Aquellas iglesias que son más sistemáticas y generosas en sostener la causa de Dios, son las más prósperas espiritualmente. La verdadera generosidad, en el que sigue a Cristo, identifica su interés con el Maestro. En el trato de Dios con los judíos y su pueblo hasta el fin del tiempo, él requiere una benevolencia sistemática en proporción a sus entradas. El plan de salvación fué basado en el infinito sacrificio del Hijo de Dios. La luz del evangelio que irradia de la cruz de Cristo, reprende el egoísmo y estimula la generosidad y la benevolencia. No es de lamentar que aumenten los pedidos de recursos. En su providencia, Dios está llamando a su pueblo a que salga de su limitada esfera de acción para emprender mayores cosas. En este tiempo, en que las tinieblas morales están cubriendo el mundo, se necesitan esfuerzos ilimitados. La mundanalidad y la avaricia están royendo las vísceras de los hijos de Dios. Ellos deben comprender que su misericordia es la que multiplica las demandas de recursos. El ángel de Dios coloca los actos benevolentes al lado de la oración. El dijo a Cornelio: “Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria a la presencia de Dios.”

[188]

En sus enseñanzas, Cristo dijo: “Pues si en las malas riquezas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” La salud y la prosperidad espiritual de la iglesia dependen en extenso grado de su benevolencia sistemática. Es como la corriente sanguínea que debe fluír por todo el ser, vivificando todo miembro del cuerpo. Aumenta el amor por las almas de nuestros semejantes, porque por la abnegación y el sacrificio propio somos puestos en más íntima relación con Cristo, quien por nosotros se hizo pobre. Cuanto más invirtamos en la causa de Dios para ayudar en la salvación de las almas, tanto más cerca a nuestro corazón será traída. Si nuestro número fuese reducido a la mitad de lo que es, pero todos trabajasen con devoción, tendríamos un poder que haría temblar al mundo. A los que trabajan activamente, Cristo ha dirigido estas palabras: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

[189] Encontraremos oposición proveniente de motivos egoístas, del fanatismo y del prejuicio; sin embargo, con valor indómito y fe viva, debiéramos sembrar junto a todas las aguas. Los agentes de Satanás son formidables; debemos hacerles frente y combatirlos. Nuestras labores no han de limitarse a nuestro propio país. El campo es el mundo; la mies está madura. La orden dada por Cristo a los discípulos antes de ascender fué: “Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura.”

Nos sentimos profundamente apenados al ver a algunos de nuestros predicadores cobijando a las iglesias, haciendo aparentemente algunos esfuerzos, pero no obteniendo casi ningún resultado por sus labores. El campo es el mundo. Salgan a un mundo incrédulo, y trabajen para convertir las almas a la verdad. Indicamos a nuestros hermanos y hermanas el ejemplo de Abrahán, quien subió al monte Moria para ofrecer a su único hijo, a la orden de Dios. Esto era obediencia y sacrificio. Moisés se encontraba en las cortes reales, y tenía delante de sí la perspectiva de una corona. Pero se apartó de este soborno tentador, y “rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón; escogiendo antes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de comodidades temporales de pecado. Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios.”

Los apóstoles no contaron su vida por preciosa, regocijándose de haber sido tenidos por dignos de sufrir oprobio por el nombre de Cristo. Pablo y Silas sufrieron la pérdida de todo. Sufrieron los azotes, y fueron arrojados brutalmente al frío piso de una mazmorra, en una posición muy dolorosa, con los pies elevados y sujetos en el cepo. ¿Llegaron protestas y quejas a los oídos del carcelero? ¡Oh, no! Desde la cárcel interior, se elevaron voces que rompían el silencio de la noche con cantos de gozo y alabanza a Dios. Estos discípulos estaban animados por un profundo y ferviente amor por la causa de su Redentor, por la cual ellos sufrían.

[190] En la medida en que la verdad de Dios llene nuestro corazón, absorba nuestros afectos, y rijan nuestra vida, tendremos por gozo el sufrir por la verdad. Ni las paredes de la cárcel, ni la hoguera del martirio, podrán entonces dominarnos ni impedirnos en la gran obra. “Ven, oh alma mía, al Calvario.”

Observa la humilde vida del Hijo de Dios. El fué “varón de dolores, experimentado en quebranto.” Contempla su ignominia, su agonía en

el Getsemaní, y aprende lo que es abnegación. ¿Estamos sufriendo necesidad? También la sufrió Cristo, la Majestad del cielo. Pero su pobreza era por causa nuestra. ¿Nos contamos entre los ricos? Así se contaba él también. Pero consintió por causa nuestra en hacerse pobre, para que por su pobreza pudiésemos ser hechos ricos. En Cristo tenemos la abnegación ejemplificada. Su sacrificio consistió no meramente en abandonar los atrios reales del cielo, en ser juzgado por hombres perversos como un criminal y pronunciado culpable, en ser entregado a la muerte como malhechor, sino en llevar el peso de los pecados del mundo. La vida de Cristo reprende nuestra indiferencia y frialdad. Estamos acercándonos al tiempo del fin, cuando Satanás ha bajado, con grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo. Está trabajando con todo engaño de injusticia en aquellos que perecen. Nuestro gran Jefe ha dejado la guerra en nuestras manos para que la prosigamos con vigor. No estamos haciendo una vigésima parte de lo que podríamos hacer si estuviésemos despiertos. La obra es demorada por el amor a la comodidad y una falta del espíritu abnegado del cual Cristo nos dió un ejemplo en su vida.

Se necesitan colaboradores de Cristo, hombres que sientan la necesidad de extender los esfuerzos. La obra de nuestras prensas no debe disminuir sino duplicarse. Las escuelas deben establecerse en diferentes lugares, para educar a nuestra juventud y prepararla para trabajar en el adelantamiento de la verdad.

Ya se ha malgastado muchísimo tiempo, y los ángeles llevan al cielo el registro de nuestra negligencia. Nuestra condición dormida y nuestra falta de consagración nos ha hecho perder preciosas oportunidades que Dios nos envió en las personas de aquellos que [191] estaban calificados para ayudarnos en nuestra actual necesidad.

Sentimos angustia de espíritu porque hemos perdido algunos de los dones que podríamos tener ahora si hubiésemos estado despiertos. Se ha impedido a los obreros que penetrasen en la ya blanca mies. Incumbe a los hijos de Dios humillar su corazón delante de él, y en la más profunda humillación orar al Señor que perdone nuestra apatía y complacencia egoísta, y borre el vergonzoso registro de deberes descuidados y privilegios dejados sin aprovechar. En la contemplación de la cruz del Calvario, el verdadero cristiano abandonará la idea de restringir sus ofrendas a lo que no le cuesta nada, y oirá en sonidos como de trompeta:

“Ve, trabaja en mi viña;
Pronto podrás descansar.”

Cuando Jesús estaba por ascender al cielo, señaló los campos de la mies y dijo a sus seguidores: “Id por todo el mundo; predicad el evangelio.” “De gracia recibisteis, dad de gracia.” ¿Nos negaremos a nosotros mismos para que se pueda recoger la mies que se pierde?

Dios pide talentos de influencia y de recursos. ¿Nos negaremos a obedecer? Nuestro Padre celestial concede dones y solicita que le sea devuelta una porción para probarnos si somos dignos de tener el don de la vida eterna.

[192]

Capítulo 37—El estado del mundo

Me fué mostrado el estado del mundo, que está llenando rápidamente su copa de iniquidad. Violencias y crímenes de toda descripción están llenando nuestro mundo, y Satanás está usando todos los medios para hacer populares los crímenes y los vicios degradantes. La juventud que recorre las calles está rodeada de avisos y noticias de crímenes y pecado, presentados en alguna novela o en algún teatro. Su mente se educa en la familiaridad con el pecado. La conducta seguida por los bajos y viles es mantenida delante de ella en los periódicos del día, y todo lo que puede excitar la curiosidad y despertar las pasiones animales es presentado en historias emocionantes y excitantes.

La literatura de intelectos corrompidos envenena la mente de millares de habitantes de nuestro mundo. El pecado no parece excesivamente pecaminoso. Ellos oyen y leen tanto con referencia a los crímenes y vilezas degradantes que la conciencia que una vez era tierna y se hubiese horrorizado, se embota de tal manera que se espacia ávidamente en los dichos y hechos de hombres viles y bajos.

“Como fué en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre.” Dios tendrá un pueblo celoso para las buenas obras, firme en medio de las contaminaciones de esta época de degeneración. Habrá un pueblo cuyos miembros se aferrarán de tal manera a la fuerza divina que podrán resistir a toda tentación. Las malas comunicaciones en llameantes carteles pueden tratar de hablar a sus sentidos y corromper su mente, pero estarán de tal manera unidos con Dios y los ángeles que serán como quienes no ven ni oyen. Tienen que hacer una obra que nadie puede hacer por ellos, la cual consiste en pelear la buena batalla de la fe y echar mano de la vida eterna. No tendrán confianza en sí mismos, ni suficiencia propia. Conociendo su debilidad, unirán su ignorancia a la sabiduría de Cristo, su debilidad a su fuerza.

[193]

Los jóvenes pueden tener principios tan firmes que las más poderosas tentaciones de Satanás no los apartarán de su fidelidad.

Samuel era un niño rodeado de las influencias más corruptoras. Veía y oía cosas que affligían su alma. Los hijos de Elí, que ministraban en cargos sagrados, eran dominados por Satanás. Esos hombres contaminaban la misma atmósfera que los rodeaba. Muchos hombres y mujeres eran diariamente fascinados por el pecado y el mal; sin embargo, Samuel andaba sin mácula. Las vestiduras de su carácter eran inmaculadas. No tenía participación, ni el menor deleite, en los pecados que llenaban todo Israel de terribles informes. Samuel amaba a Dios; mantenía su alma en tan íntima relación con el cielo, que fué enviado un ángel a hablar con él acerca de los pecados de los hijos de Elí que estaban corrompiendo a Israel.

El apetito y la pasión están avasallando a millares de los que profesan seguir a Cristo. Sus sentidos se embotan de tal manera por la familiaridad con el pecado que no lo aborrecen, sino que lo consideran como atrayente. El fin de todas las cosas está cerca. Dios no tolerará mucho más tiempo los crímenes y la degradante iniquidad de los hijos de los hombres. Sus crímenes han llegado a la verdad a los mismos cielos, y pronto recibirán la respuesta de las temibles plagas de Dios sobre la tierra. Beberán la copa de la ira de Dios, sin mezcla de misericordia.

He visto que hay peligro de que aun los que profesan ser hijos de Dios se corrompan. La disolución está cautivando a los hombres y las mujeres. Parecen estar infatuados e incapaces de resistir y vencer en lo referente al apetito y la pasión. En Dios hay poder; en él hay fuerza. Si tan sólo quieren pedirlo, el poder vivificante de Jesús estimulará a cada uno que ha asumido el nombre de Cristo. Nos rodean peligros y riesgos, y estamos seguros únicamente cuando sentimos nuestra debilidad y nos asimos por la mano de la fe a nuestro poderoso Libertador. El tiempo en que vivimos es un tiempo terrible. No podemos dejar de velar y orar por un solo instante. Nuestras almas impotentes deben confiar en Jesús, nuestro compasivo Redentor.

[194]

Me fué mostrada la grandeza e importancia de la obra que está delante de nosotros. Pero son pocos los que se dan cuenta del verdadero estado de cosas. Todos los que están dormidos y que no pueden comprender la necesidad de la vigilancia y la alarma serán vencidos. Los jóvenes se están levantando para entrar en la obra de Dios; algunos de ellos tienen apenas un sentido del carácter sagrado y la responsabilidad de la obra. Tienen poca experiencia en el

ejercicio de la fe y en el anhelo y hambre del Espíritu de Dios, que siempre producen resultados. Algunos hombres de capacidad, que podrían desempeñar puestos importantes, no saben de qué espíritu son animados. Una conducta jovial les es tan natural como lo es para el agua correr hacia abajo. Hablan de insensateces y bromean con niñas, mientras casi diariamente oyen las verdades más solemnes y conmovedoras. Estos hombres tienen una religión de la cabeza, pero su corazón no está santificado por las verdades que oyen. Los tales no pueden conducir a otros a la Fuente de las aguas vivas antes de haber bebido de sus raudales ellos mismos.

No es ahora tiempo de liviandad, vanidad o trivialidades. Las escenas de la historia de esta tierra están por terminarse. Las mentes a las cuales se les ha permitido alimentar pensamientos relajados, necesitan cambiarse. Dice el apóstol Pedro: “Teniendo los lomos de vuestro entendimiento ceñidos, con templanza, esperad perfectamente en la gracia que os es presentada cuando Jesu Cristo os es manifestado: como hijos obedientes, no conformándoos con los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino como aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda conversación; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.”

Los pensamientos dispersos deben ser concentrados en Dios. Los mismos pensamientos deben sujetarse en obediencia a la voluntad de Dios. No se deben tributar ni esperar alabanzas, porque esto tendería a fomentar en los hombres la confianza en sí mismos más bien que a aumentar su humildad; a corromperlos más bien que a purificarlos. Los que están realmente preparados, y sienten que deben desempeñar una parte en relación con la obra de Dios, se sentirán oprimidos por el sentimiento del carácter sagrado de la obra, como un carro bajo las gavillas.

[195]

* * * * *

¡Cuántos hombres en esta época del mundo, dejan de ir bastante hondo. Examinan las cosas tan sólo superficialmente. No quieren pensar con bastante detenimiento para ver las dificultades y contender con ellas, y no quieren dedicar a cada tema importante que se les presenta estudio meditado y acompañado de oración, y con

suficiente cautela e interés para ver de qué se trata realmente. Hablan de asuntos que no han pesado plenamente ni con cuidado. Con frecuencia personas inteligentes y sinceras tienen opiniones propias, a las cuales debe resistirse firmemente, o los que tienen menos vigor mental estarán en peligro de ser inducidos a error. Por la predisposición mental se forman hábitos, costumbres, sentimientos y deseos que ejercen mayor o menor influencia. A veces se sigue cada día cierta conducta y se persiste en ella por costumbre y no porque el buen juicio lo apruebe. En estos casos, rigen los sentimientos más bien que el deber.

Si pudiésemos comprender nuestras propias debilidades, y ver nuestros pronunciados rasgos de carácter que necesitan ser reprimidos, veríamos que hay tanto que hacer por nosotros mismos que humillaríamos nuestro corazón bajo la poderosa mano de Dios. Confiando nuestras manos impotentes a Cristo, suplementaríamos nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra debilidad con su fuerza, nuestra fragilidad con su potencia duradera, y, unidos a Dios, seríamos a la verdad luces en el mundo.—*Testimonies for the Church*

[196] 4:361, 362.

Capítulo 38—El estado de la iglesia

Hay gran necesidad de una reforma entre el pueblo de Dios. El estado actual de la iglesia nos induce a preguntar: ¿Es ésta una representación correcta de Aquel que dió su vida por nosotros? ¿Son éstos quienes siguen a Cristo, los hermanos de aquellos que no tuvieron por cara su vida? Los que lleguen a la norma bíblica, a la descripción bíblica de los discípulos de Cristo, serán a la verdad escasos. Habiendo abandonado a Dios, la Fuente de las aguas vivas, se han cavado cisternas, “cisternas rotas que no detienen aguas.” Dijo el ángel: “La falta de amor y fe son los grandes pecados de los cuales son ahora culpables los hijos de Dios.” La falta de fe conduce a la negligencia y al amor del yo y del mundo. Los que se separan de Dios y caen bajo la tentación, se entregan a vicios groseros, porque el corazón carnal conduce a gran perversidad. Y este estado de cosas se encuentra entre muchos de los que profesan ser hijos de Dios. Mientras profesan servir a Dios, están, en todos sus intentos y propósitos, corrompiendo sus caminos delante de él. Muchos se entregan al apetito y la pasión, a pesar de que la clara luz de la verdad señala el peligro y eleva su voz amonestadora: Cuidaos, refrenaos, negaos. “La paga del pecado es muerte.” Aunque el ejemplo de los que naufragaron en la fe se destaca como un fanal para advertir a otros que no sigan el mismo curso, muchos se precipitan, sin embargo, alocadamente. Satanás domina sus mentes, y parece tener poder sobre sus cuerpos.

¡Oh, cuántos se lisonjean de que tienen bondad y justicia, cuando la verdadera luz de Dios revela que durante toda su vida han vivido solamente para agradarse a sí mismos! Toda su conducta es aborrecida de Dios. ¡Cuántos viven sin la ley! En sus densas tinieblas, se consideran con complacencia; pero sea la ley de Dios revelada a sus conciencias, como lo fué a la de Pablo, y verán que están vendidos al pecado, y deben morir al ánimo carnal. El yo debe morir.

[197]

¡Cuán tristes y temibles son los errores que muchos están cometiendo! Están edificando sobre la arena, pero se lisonjean de estar

asentados sobre la roca eterna. Muchos que profesan piedad están precipitándose temerariamente y son tan insensibles de su peligro como si no hubiese juicio futuro. Les aguarda una terrible retribución, y, sin embargo, son dominados por los impulsos y las pasiones bajas; están llenando un sombrío registro de su vida para el juicio. Alzo mi voz de amonestación a todos los que llevan el nombre de Cristo, para que se aparten de toda iniquidad. Purificad vuestras almas obedeciendo a la verdad. Limpiaos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios. Vosotros a quienes esto se aplica, sabéis lo que quiero decir. Aun a vosotros que habéis corrompido vuestros caminos delante del Señor, participado de la iniquidad que abunda, y ennegrecido vuestras almas con el pecado, Cristo os invita a apartaros de vuestra conducta, a asiros de su fortaleza, y a hallar en él aquella paz, aquel poder y aquella gracia que os harán más que vencedores en su nombre.

Las corrupciones de esta era degenerada han manchado muchas almas que han estado profesando servir a Dios. Pero aun ahora no es demasiado tarde para corregir los males ni para obtener expiación por la sangre de un Salvador crucificado y resucitado, si os arrepentís y sentís necesidad de perdón. Necesitamos velar y orar ahora como nunca antes, no sea que caigamos bajo el poder de la tentación y dejemos el ejemplo de una vida que resultará en un miserable naufragio. No debemos, como pueblo, llegar a ser negligentes y considerar el pecado con indiferencia. El campamento necesita purificación. Todos los que llevan el nombre de Cristo necesitan velar y orar, y guardar las avenidas del alma; porque Satanás está obrando para corromper y destruir, si se le concede la menor ventaja.

[198] Hermanos míos, Dios os llama, como seguidores suyos, a andar en la luz. Necesitáis alarmaros. El pecado está entre nosotros, y no se reconoce su carácter excesivamente pecaminoso. Los sentidos de muchos están embotados por la complacencia del apetito y por la familiaridad con el pecado. Necesitamos acercarnos más al Cielo. Podemos crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. El andar en la luz, corriendo en el camino de los mandamientos de Dios, no da la idea de que podemos permanecer quietos sin hacer nada. Debemos avanzar.

En el amor al yo, la exaltación propia y el orgullo, hay gran debilidad; pero en la humildad hay gran fuerza. Nuestra verdadera

dignidad no se mantiene cuando pensamos más en nosotros mismos, sino cuando Dios está en todos nuestros pensamientos, y en nuestro corazón arde el amor hacia nuestro Redentor y hacia nuestros semejantes. La sencillez de carácter y la humildad de corazón darán felicidad, mientras que el engreimiento traerá descontento, murmuraciones y continua desilusión. Lo que nos traerá fuerza divina será el aprender a pensar menos en nosotros mismos y más en hacer felices a los demás.

En nuestra separación de Dios, en nuestro orgullo y tinieblas, estamos tratando constantemente de elevarnos a nosotros mismos, y nos olvidamos de que el ánimo humilde es poder. La fuerza de nuestro Salvador no residía en un gran despliegue de palabras agudas que podían penetrar hasta el alma; era su amabilidad, y sus modales sencillos y sin afectación lo que le conquistaban los corazones. El orgullo y la importancia propia, cuando se comparan con la humildad y la sencillez, son en verdad una debilidad. Se nos invita a aprender de Aquel que era manso y humilde de corazón; entonces experimentaremos aquel descanso y paz tan deseables.

[199]

Capítulo 39—El amor del mundo

La tentación que fué presentada por Satanás a nuestro Salvador sobre el alto monte, es una de las principales tentaciones a las cuales la humanidad debe hacer frente. Los reinos del mundo, con su gloria, fueron ofrecidos a Cristo por Satanás como regalo, a condición de que Cristo le tributase la honra debida a un superior. Nuestro Salvador sintió la fuerza de esa tentación; pero le hizo frente en nuestro favor, y venció. El no habría sido probado en ese punto, si el hombre no hubiese de ser probado por la misma tentación. En su resistencia, nos dió un ejemplo de la conducta que debemos seguir cuando Satanás se acerca a nosotros individualmente, para apartarnos de nuestra integridad.

Nadie puede seguir a Cristo, y colocar sus afectos en las cosas de este mundo. Juan, en su primera epístola escribe: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.” Nuestro Redentor, que hizo frente a esta tentación de Satanás en todo su poder, sabe cuánto peligro hay de que el hombre ceda a la tentación de amar al mundo.

Cristo se identificó con la humanidad, soportando la prueba en este punto y venciendo en favor del hombre. El protegió con advertencias aquellos mismos puntos en los cuales Satanás podría tener más éxito en sus tentaciones para el hombre. Sabía que Satanás obtendría la victoria sobre el hombre, a menos que éste estuviese especialmente guardado respecto del apetito y del amor a las riquezas y honores mundanales. El dice: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan: porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.” “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mammón.”

[200]

Aquí Cristo nos presenta dos maestros, Dios y el mundo, y nos revela claramente el hecho de que es simplemente imposible para

nosotros servir a ambos. Si predominan nuestro interés y amor por este mundo, no apreciaremos las cosas que, sobre todas las demás, son dignas de nuestra atención. El amor al mundo excluirá el amor a Dios, y subordinará nuestros intereses más elevados a las consideraciones mundanales. Dios no ocupará así en nuestros afectos y devociones un lugar tan exaltado como las cosas efímeras del mundo.

Nuestras obras revelarán la medida exacta en la cual los tesoros terrenales poseen nuestros afectos. El mayor cuidado, ansiedad y trabajo se dedicarán a los intereses mundanales, mientras que las consideraciones eternas serán secundarias. En esto Satanás recibe del hombre el homenaje que exigió de Cristo, pero que no alcanzó a obtener. Es el amor egoísta del mundo lo que corrompe la fe de los que profesan seguir a Cristo y los hace débiles en fuerza moral. Cuanto más aman las riquezas terrenales, más se apartan de Dios, y menos participan de su naturaleza divina, la cual les haría sentir las influencias corruptoras del mundo y los peligros a los cuales están expuestos.

En sus tentaciones, Satanás se propone hacer al mundo muy atrayente. Por medio del amor a las riquezas y de los honores mundanales, tiene un poder de encantamiento para conquistar los afectos aun de aquellos que profesan ser cristianos. Una numerosa clase de hombres que profesan ser cristianos hará cualquier sacrificio para obtener riquezas; y cuanto más éxito tengan en su objeto, menos amor tendrán por la verdad preciosa y menos interés por sus progresos. Pierden su amor por Dios, y obran como locos. Cuanto más prosperan en obtener riquezas, tanto más pobres se sienten por no tener más. y menos quieren invertir en la causa de Dios.

[201]

Las obras de aquellos hombres que tienen un insano amor por las riquezas, demuestran que no les es posible servir a dos señores, a Dios y a Mammón. El dinero es su dios. Tributan homenaje a su poder. En todos sus intentos y propósitos, sirven al mundo. Su honor, que es su herencia, lo sacrifican por las ganancias mundanales. Este poder dominante rige su mente, y ellos violarán la ley de Dios para servir sus intereses personales, para aumentar su tesoro terrenal.

Son muchos los que tal vez profesen la religión de Cristo, pero no aman ni prestan atención a la letra o los principios de las enseñanzas de Cristo. Dedicán lo mejor de su fuerza a empresas mundanales,

y se inclinan ante Mammón. Es alarmante que sean tantos los engañados por Satanás, y que tengan su imaginación excitada por las brillantes perspectivas de la ganancia mundanal. Se infatúan con la perspectiva de la felicidad perfecta si pueden obtener su objeto de adquirir honores y riquezas en este mundo. Satanás los tienta con su cohecho seductor: “Todo esto te daré,” todo este poder, toda esta riqueza, con lo cual puedes hacer mucho bien. Pero cuando obtienen el objeto por el cual trabajaron, no están ya relacionados con el abnegado Redentor que los haría participantes de la naturaleza divina. Retienen sus tesoros terrenales, y desprecian la abnegación y sacrificios requeridos por Cristo. No tienen deseos de separarse de los caros tesoros terrenales a los cuales sus corazones se han aficionado. Han cambiado de señores; han aceptado a Mammón en lugar de Cristo. Mammón es su dios, y a Mammón sirven.

Por el amor a las riquezas, Satanás conquistó la adoración de estas almas engañadas. El cambio se ha hecho tan imperceptiblemente, y el poder de Satanás es tan seductor, tan astuto, que se han conformado al mundo, y no perciben que se han separado de Cristo, y no son ya sus siervos sino de nombre.

[202] Satanás obra con los hombres con más cuidado que con Cristo en el desierto de la tentación, porque sabe que allí perdió la batalla. Es un enemigo vencido. No se presenta al hombre directamente, para exigirle el homenaje de un culto exterior. Pide simplemente a los hombres que pongan sus afectos en las buenas cosas de este mundo. Si logra ocupar la mente y los afectos, los atractivos celestiales se eclipsan. Todo lo que quiere del hombre es que caiga bajo el poder seductor de sus tentaciones, que ame el mundo, la ostentación y los altos puestos, que ame el dinero, y ponga sus afectos en los tesoros terrenales. Si lo logra, obtiene todo lo que pidió de Cristo.

El ejemplo de Cristo nos muestra que nuestra única esperanza de victoria reside en resistir continuamente a los ataques de Satanás. El que triunfó sobre el adversario de las almas en el conflicto de la tentación, comprende el poder de Satanás sobre la especie humana, y le venció en nuestro favor. Como vencedor, nos ha dado la ventaja de su victoria, para que en nuestros esfuerzos para resistir las tentaciones de Satanás podamos unir nuestra debilidad a su fuerza, nuestra indignidad a sus méritos. Y en las fuertes tentaciones, sostenidos por

su fuerza permanente, podemos resistir en su nombre todopoderoso y vencer como él venció.

Es por medio de sufrimientos indecibles cómo nuestro Redentor puso la redención a nuestro alcance. En este mundo no fué honrado ni reconocido, para que por medio de su maravillosa condescendencia y humillación, pudiese ensalzar al hombre hasta recibir honores celestiales y goces inmortales en sus cortes reales. ¿Murmurará el hombre caído porque el cielo puede obtenerse únicamente mediante luchas, humillación, trabajo y esfuerzos?

Más de un corazón orgulloso pregunta: ¿Por qué necesito andar en humillación y penitencia antes de poder tener la seguridad de ser aceptado por Dios y alcanzar la recompensa inmortal? ¿Por qué no es la senda del cielo más fácil, placentera y atrayente? Referimos a todos los que dudan y murmuran a nuestro gran Ejemplo, mientras sufría bajo las cargas de la culpabilidad humana, y soportaba las más agudas torturas del hambre. El era sin pecado, y aun más que esto, era Príncipe del Cielo; pero en favor del hombre se hizo pecado por toda la especie humana. “Herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados.”

[203]

Cristo lo sacrificó todo por el hombre, a fin de permitirle ganar el cielo. Ahora le incumbe al hombre caído demostrar que está dispuesto a sacrificarse por su cuenta por amor de Cristo, a fin de obtener la gloria inmortal. Los que tienen un sentido justo de la magnitud de la salvación y de su costo, no murmurarán nunca de que deban sembrar con lágrimas y de que los conflictos y la abnegación sean la suerte del cristiano en esta vida. Las condiciones de la salvación del hombre han sido ordenadas por Dios. La humillación y el llevar la cruz son provistos para que el pecador arrepentido halle consuelo y paz. El pensamiento de que Cristo se sometió a una humillación y a un sacrificio que el hombre nunca será llamado a soportar, debiera acallar toda voz murmuradora. El hombre obtiene el gozo más dulce por su sincero arrepentimiento para con Dios por la transgresión de su ley, y por la fe en Cristo como Redentor y Abogado del pecador.

Los hombres trabajan a gran costo para obtener los tesoros de esta vida. Sufren trabajos, penurias y privaciones para obtener alguna ventaja mundanal. ¿Por qué debiera estar menos dispuesto el pecador

[204]

a sufrir y sacrificarse a fin de obtener un tesoro imperecedero, una vida que se compara con la de Dios, una corona inmarcesible de gloria inmortal? Los infinitos tesoros del cielo, la herencia cuyo valor sobrepaja todo cálculo, la cual es un eterno peso de gloria, deben ser obtenidos por nosotros a cualquier costo. No debemos murmurar contra la abnegación, porque el Señor de vida y gloria la sufrió antes que nosotros. No debemos evitar los sufrimientos y las privaciones; porque la Majestad del cielo los aceptó en favor de los pecadores. El sacrificio de las comodidades y conveniencias no debe ocasionarnos un pensamiento de protesta, porque el Redentor del cielo lo aceptó todo en nuestro favor. Aun sumando en su mayor valor todas nuestras abnegaciones, privaciones y sacrificios, nos cuesta mucho menos, en todo respecto, de lo que le costó al Príncipe de la vida. Cualquier sacrificio que hagamos, parece insignificante cuando lo comparamos con el que hizo Cristo en favor nuestro.

* * * * *

“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.” Los maestros religiosos descriptos aquí profesan ser cristianos en la forma de la piedad, y parecen trabajar para el bien de las almas, mientras que en su corazón son avarientos, egoístas, amadores de sus comodidades, y siguen los impulsos de su corazón sin consagración.

[205]

El predicador que lleva la sagrada verdad para estos postreros días, debe ser lo opuesto de todo esto, y, por su vida de piedad práctica, señalar claramente la distinción entre el falso pastor y el verdadero. El buen pastor vino para buscar y salvar lo que se había perdido. Manifestó en sus obras su amor por sus ovejas. Todos los pastores que trabajan bajo el pastor principal, poseerán sus características. Serán mansos y humildes de corazón. La fe como la de un niño infunde descanso al alma, y también obra por amor, y está siempre interesada por los demás. Si el Espíritu de Cristo mora en ellos, serán semejantes a Cristo y harán las obras de Cristo.—*Testimonies for the Church* 4:376, 377.

Capítulo 40—La presunción

Hay quienes tienen un espíritu temerario, que ellos llaman valor y bravura. Se colocan innecesariamente en escenas de peligro y riesgo, exponiéndose a ciertas tentaciones que requerirán, para salir de ellas sin perjuicio ni mancha, un milagro de Dios. La tentación que Satanás sugirió al Salvador del mundo para que se arrojase de las almenas del templo, fué resistida firmemente. Satanás citó una promesa de Dios como seguridad de que Cristo podía hacerlo sin peligro, basado en la promesa. Cristo arrostró esa tentación con el texto que dice: “Escrito está además: No tentarás al Señor tu Dios.” La única conducta segura para los cristianos, consiste en repeler al enemigo con la Palabra de Dios. Satanás insta a los hombres a colocarse en lugares adonde Dios no les requiere que vayan, y presenta pasajes de la Escritura para justificar sus sugerencias.

Las preciosas promesas de Dios no son dadas para fortalecer al hombre en una conducta presuntuosa, ni para que confíe en ellas cuando se precipita innecesariamente al peligro. El Señor nos pide que obremos dependiendo humildemente de su providencia. “Ni del hombre que camina es ordenar sus pasos.” Nuestra prosperidad y nuestra vida están en Dios. Nada podemos hacer prósperamente sin el permiso y la bendición de Dios. El puede poner su mano para prosperar y bendecir o puede volver su mano contra nosotros. “Encomienda a Jehová tu camino, y espera en él; y él hará.” Se nos pide, como hijos de Dios, que conservemos un carácter cristiano consecuente. Debemos ejercer prudencia, precaución y humildad, y andar con circunspección para con aquellos que nos rodean. Sin embargo, no hemos de renunciar en ningún caso a nuestros principios.

Nuestra única seguridad consiste en no dar cabida al diablo; porque sus sugerencias y propósitos consisten siempre en perjudicarnos e impedirnos que confiemos en Dios. El se transforma en ángel de pureza para poder, por sus especiosas tentaciones, introducir sus planes de manera que no discernamos sus astucias. Cuanto más cedamos, más poder ejercerán sus engaños sobre nosotros. No

[206]

hay seguridad en entrar en controversia o parlamento con él. Por cada ventaja que concedamos al enemigo, pedirá más. Nuestra única seguridad consiste en rechazar firmemente el primer paso hacia la presunción. Dios nos ha dado, por los méritos de Cristo, suficiente gracia para resistir a Satanás y ser más que vencedores. La resistencia es éxito. “Resistid al diablo, y de vosotros huirá.” La resistencia debe ser firme y constante. Perderemos todo lo ganado, si resistimos hoy para ceder mañana.

El pecado de esta era consiste en despreciar los mandamientos expresos de Dios. El poder de la influencia en una mala dirección es muy grande. Eva tenía todo lo que necesitaba. No le faltaba nada para ser feliz; pero el apetito intemperante deseó el fruto del único árbol que Dios le había prohibido. Ella no necesitaba el fruto del árbol del conocimiento, pero permitió que su apetito y curiosidad dominasen su razón. Ella estaba perfectamente feliz en su hogar en el Edén, al lado de su esposo, mas, como las inquietas Evas modernas, se lisonjeó de que había una esfera superior a la que Dios le había asignado. Pero al intentar subir más alto que su posición original, cayó mucho más abajo. Este será, por cierto, el resultado que las Evas de la generación presente obtendrán si descuidan el atender alegremente a sus deberes diarios de acuerdo con el plan de Dios.

[207] Hay para las mujeres un trabajo que es aún más importante y elevador que los deberes del rey en su trono. Ellas pueden amoldar la mente de sus hijos y formar su carácter, de manera que sean útiles en este mundo y puedan llegar a ser hijos e hijas de Dios. Su tiempo debe ser considerado demasiado valioso para pasarlo en la sala de bailes o en trabajos inútiles. Hay bastante trabajo necesario e importante en este mundo de necesidad y sufrimiento, sin malgastar momentos preciosos para los adornos o la ostentación. Las hijas del Rey celestial, miembros de la familia real, sentirán una carga de responsabilidad para alcanzar una vida superior, para llegar a estar en íntima comunión con el cielo y trabajar al unísono con el Redentor del mundo. Las que se dedican a este trabajo no estarán satisfechas con las modas e insensateces que absorben la mente y los afectos de las mujeres en estos postreros días. Si son a la verdad hijas de Dios, serán participantes de la naturaleza divina. Estarán conmovidas por la más profunda piedad, como lo fué su Redentor divino, al ver las influencias corruptoras de la sociedad.

Estarán en simpatía con Cristo, y en su esfera, según su capacidad y oportunidad, trabajarán para salvar a las almas que perecen, como Cristo trabajó en su exaltada esfera en beneficio del hombre.

Si la mujer descuida el seguir el plan que Dios tenía al crearla, y se esfuerza por alcanzar puestos importantes para los cuales él no la calificó, dejará vacante la posición que ella podría ocupar aceptablemente. Al salir de su esfera, ella pierde la verdadera dignidad y nobleza femeninas. Cuando Dios creó a Eva, quiso que no fuese ni inferior ni superior al hombre, sino que en todo fuese su igual. La santa pareja no debía tener intereses independientes; sin embargo, cada uno poseía individualidad en su pensar y obrar. Pero después del pecado de Eva, como ella fué la primera en la transgresión, el Señor le dijo que Adán dominaría sobre ella. Había de estar en sujeción a su esposo, y esto era parte de la maldición. En muchos casos, la maldición ha hecho muy penosa la suerte de la mujer y su vida una carga. Ejerciendo un poder arbitrario, el hombre ha abusado en muchos respectos de la superioridad que Dios le dió. La sabiduría infinita ideó el plan de redención que sometió a la especie humana a una segunda prueba, dándole una nueva oportunidad.

Satanás emplea a los hombres como agentes suyos para inducir a la presunción a los que aman a Dios. Ello es especialmente cierto en el caso de los que son seducidos por el espiritismo. Los espiritistas en general no aceptan a Cristo como Hijo de Dios, y por su incredulidad conducen a muchas almas a pecados de presunción. Hasta aseveran ser superiores a Cristo, como lo hizo Satanás al contender con el Príncipe de la vida. Hay espiritistas cuyas almas están contaminadas por pecados de un carácter repugnante, y cuya conciencia está cauterizada, que se atreven a tomar el nombre del immaculado Hijo de Dios en sus labios contaminados, y con blasfemia unen su nombre exaltadísimo con la vileza que señala su propia naturaleza mancillada. [208]

Los hombres que presentan estas condenables herejías desafían a los que enseñan la Palabra de Dios a que entren en controversia con ellos, y algunos de los que enseñan la verdad no han tenido el valor de rechazar un desafío de esta clase de personas cuyo carácter está señalado en la Palabra de Dios. Algunos de nuestros ministros no han tenido el valor moral de decir a estos hombres: Dios nos ha amonestado en su Palabra respecto de vosotros. Nos ha dado una

fiel descripción de vuestro carácter y de las herejías que sostenéis. Algunos de nuestros ministros, antes que dar a esta clase de hombres ocasión de triunfar o antes de acusarlos de cobardía, les han hecho frente en discusión abierta. Pero al discutir con los espiritistas, no hacen frente al hombre solamente, sino a Satanás y sus ángeles. Se ponen en comunicación con las potestades de las tinieblas, y estimulan a los malos ángeles que están en su derredor.

Los espiritistas desean dar publicidad a sus herejías, y los ministros que defienden la verdad bíblica les ayudan en ello cuando consienten en entrar en discusión con ellos. Aprovechan sus oportunidades para presentar sus herejías al pueblo, y en toda discusión que se sostenga con ellos algunos serán engañados. La mejor conducta que podamos seguir consiste en evitarlos.

[209]

Capítulo 41—El poder del apetito

Una de las más fuertes tentaciones que el hombre tenga que arrostrar, es la referente al apetito. Entre la mente y el cuerpo hay una relación misteriosa y maravillosa. El uno reacciona sobre el otro, y viceversa. El mantener el cuerpo en una condición sana para que desarrolle su fuerza, para que cada parte de la maquinaria viviente pueda obrar armoniosamente, debe ser el primer estudio de nuestra vida. El descuidar el cuerpo es descuidar la mente. No puede ser para gloria de Dios que sus hijos tengan cuerpos enfermizos y mentes atrofiadas. El complacer al gusto a expensas de la salud, es un perverso abuso de los sentidos. Los que participan en cualquier especie de intemperancia, sea en comer o beber, malgastan sus energías físicas y debilitan su poder moral. Sentirán la retribución que sigue a la transgresión de la ley física.

El Redentor del mundo sabía que la complacencia del apetito produciría debilidad física y embotaría de tal manera los órganos de la percepción, que las cosas sagradas y eternas no serían discernidas. Cristo sabía que el mundo estaba entregado a la glotonería y que esta sensualidad pervertiría las facultades morales. Si la complacencia del apetito era tan fuerte sobre la especie que, a fin de romper su poder, el divino Hijo de Dios hubo de ayunar casi seis semanas, en favor del hombre, ¡qué obra confronta al cristiano a fin de poder vencer como Cristo venció! La fuerza de la tentación a complacer el apetito pervertido puede medirse únicamente por la angustia indecible de Cristo en aquel largo ayuno en el desierto.

Cristo sabía que a fin de llevar a cabo con éxito el plan de la salvación, debía comenzar la obra de redimir al hombre donde la ruina había empezado. Adán cayó por satisfacer el apetito. A fin de grabar en el hombre sus obligaciones a obedecer a la ley de Dios, Cristo empezó su obra de redención reformando los hábitos físicos del hombre. La decadencia de la virtud y la degeneración de la especie, se deben principalmente a la complacencia del apetito pervertido.

[210]

A todos, especialmente a los predicadores que enseñan la verdad, incumbe una solemne responsabilidad de vencer en lo tocante al apetito. Su utilidad sería mucho mayor si dominasen sus apetitos y pasiones; y sus facultades mentales y morales serían más vigorosas si combinasen el trabajo físico con el ejercicio mental. Combinando los hábitos de estricta temperancia con el trabajo mental y físico, lograrían hacer mucho más trabajo, y conservarían la claridad mental. Si siguiesen una conducta tal, sus pensamientos y palabras fluirían más libremente, sus ejercicios religiosos serían más enérgicos, y las impresiones hechas en sus oyentes serían más notables.

La intemperancia en el comer, aunque se trate de alimentos de la debida calidad, tendrá una influencia agotadora sobre el organismo, y embotará las emociones más sensibles y santas. La temperancia estricta en el comer y beber es altamente esencial para la sana conservación y el ejercicio vigoroso de todas las funciones del cuerpo. Los hábitos estrictamente temperantes, combinados con el ejercicio de los músculos tanto como de la mente, conservarán el vigor mental y físico, y darán fuerza de resistencia a los que se dedican al ministerio, a los redactores y a todos los demás cuyos hábitos sean sedentarios. Como pueblo, con toda nuestra profesión de la reforma pro salud, comemos demasiado. La complacencia del apetito es la más importante causa de la debilidad física y mental y es el cimiento de la debilidad que se nota por doquiera.

[211] La intemperancia comienza en nuestras mesas, en el consumo de alimentos malsanos. Después de un tiempo, por la complacencia continua del apetito, los órganos digestivos se debilitan, y el alimento ingerido no satisface el apetito. Se establecen condiciones malsanas, y hay un anhelo de alimentos más estimulantes. El te, el café y la carne producen un efecto inmediato. Bajo la influencia de estos venenos, el sistema nervioso queda excitado y, en algunos casos, por el momento, el intelecto parece vigorizado y la imaginación más vívida. Por el hecho de que estos estimulantes producen pasajeraamente resultados tan agradables, muchos concluyen que los necesitan realmente y continúan su consumo. Pero hay siempre una reacción. El sistema nervioso, habiendo sido excitado indebidamente, sacó para su empleo inmediato fuerzas de las reservas futuras. Toda esta vigorización pasajera del organismo, va seguida de una depresión. En la misma proporción en que estos estimulantes vi-

gorizan temporariamente el organismo, será la pérdida de fuerzas de los órganos excitados después que el estímulo haya pasado. El apetito se acostumbra a desear algo más fuerte, lo cual tenderá a aumentar la excitación agradable, hasta que su complacencia viene a ser un hábito y hay un continuo deseo de estimulantes más fuertes, como el tabaco, los vinos y los licores. Cuanto más se complace el apetito, tanto más frecuentes serán sus demandas, y más difíciles serán de dominar. Cuanto más se debilite el organismo, y menos pueda pasarlo sin los estimulantes contrarios a la naturaleza, tanto más aumentará la pasión por esas cosas, hasta que la voluntad quede avasallada y no haya ya fuerza para negarse la satisfacción del antinatural deseo de aquellas cosas.

La única conducta segura consiste en no tocar, no probar, ni manejar el te, café, vino, tabaco, opio y bebidas alcohólicas. Lo que necesitan los hombres de esta generación es invocar en su ayuda el poder de la voluntad, fortalecida por la gracia de Dios, a fin de resistir a las tentaciones de Satanás, y la menor complacencia del apetito pervertido; y aquella necesidad es dos veces mayor hoy que hace algunas generaciones. Pero la generación actual tiene menos poder de dominio propio que aquellos que vivían entonces. Los que han complacido su apetito por estos estimulantes han transmitido sus depravados apetitos y pasiones a sus hijos, y se requiere mayor poder moral para resistir a la intemperancia en todas sus formas. La única conducta perfectamente segura consiste en colocarse firmemente de parte de la temperancia y no aventurarse en la senda del peligro.

[212]

El gran fin por el cual Cristo soportó aquel largo ayuno en el desierto, consistía en enseñarnos la necesidad de la abnegación y temperancia. Esta obra debe comenzar en nuestra mesa, y debe llevarse estrictamente a cabo en todas las preocupaciones de la vida. El Redentor del mundo vino del cielo para ayudar al hombre en su debilidad, para que, en el poder que Jesús vino a traerle, pudiese llegar a ser fuerte para vencer el apetito y la pasión, y pudiese ser vencedor en todo punto.

Muchos padres educan los gustos de sus hijos, y forman su apetito. Les permiten comer carne, y beber te y café. Los alimentos a base de carne altamente sazonados, y el te y café cuyo consumo algunas madres estimulan en sus hijos, los preparan para desear estimulantes más fuertes, como el tabaco. El uso de tabaco estimula el deseo de

bebida; y el consumo de tabaco y bebidas reduce invariablemente la fuerza nerviosa.

[213] Si las sensibilidades morales de los cristianos fuesen aguzadas en el tema de la temperancia en todas las cosas, ellos podrían, por su ejemplo, y principiando en sus mesas, ayudar a los que son débiles en el dominio propio, a los que son casi impotentes para resistir a los anhelos del apetito. Si pudiésemos comprender que los hábitos que adquirimos en esta vida afectarán nuestros intereses eternos, que nuestro destino eterno depende de hábitos estrictamente temperantes, trabajaríamos para alcanzar una estricta temperancia en la comida y bebida. Por nuestro ejemplo y esfuerzo personales, podemos ser los medios de salvar a muchas almas de la degradación de la intemperancia, el crimen y la muerte. Nuestras hermanas pueden hacer mucho en la obra de la salvación de los demás, al poner sobre sus mesas únicamente alimentos sanos y nutritivos. Ellas pueden dedicar su precioso tiempo a educar los gustos y apetitos de sus hijos, a hacerles adquirir hábitos de temperancia en todas las cosas, y a estimular la abnegación y la benevolencia para beneficio de los demás.

No obstante el ejemplo que Cristo nos dió en el desierto de la tentación al negarse al apetito y vencer su poder, son muchas las madres cristianas que, por su ejemplo y por la educación que dan a sus hijos, los están preparando para llegar a ser glotones y bebedores. Con frecuencia se permite a los niños que coman lo que prefieren y cuando quieren, sin tener en cuenta su salud. Son muchos los niños a quienes se educa desde su infancia para que lleguen a ser glotones. Por la complacencia del apetito, son hechos dispépticos en edad temprana. La sensualidad y la intemperancia en el comer se van desarrollando juntamente con su crecimiento y fortaleciendo con su fuerza. El vigor mental y físico queda sacrificado por la indulgencia de los padres. Adquieren gusto por ciertos manjares de los cuales no reciben beneficio, sino perjuicio, y como el organismo queda recargado, la constitución se debilita.

Los predicadores, maestros y alumnos no se enteran como deberían de la necesidad del ejercicio al aire libre. Descuidan este deber, que es de lo más esencial para la conservación de la salud. Se aplican detenidamente al estudio de los libros, e ingieren la alimentación de un trabajador manual. Con tales hábitos, algunos adquieren cor-

pluencia porque el organismo está obstruído. Otros se enflaquecen y debilitan, porque sus fuerzas vitales se agotan en el trabajo de desechar el exceso de alimentos; el hígado se recarga y le es imposible eliminar las impurezas de la sangre; y la enfermedad es el resultado. Si el ejercicio físico se combinase con el mental, la sangre sería apresurada en su circulación, la acción del corazón sería más perfecta, las impurezas serían eliminadas, y en todo el cuerpo se experimentaría nueva vida y vigor.

Cuando el cerebro de los ministros, los maestros y los estudiantes está continuamente excitado por el estudio, y se deja al cuerpo inactivo, los nervios de la emoción quedan recargados, mientras que los nervios del movimiento son inactivos. Por ser impuesto el desgaste a todos los órganos mentales, éstos se ven agobiados de trabajo y debilitados, mientras que los músculos pierden su vigor por falta de empleo. No hay inclinación a ejercitar los músculos dedicándose a trabajos físicos, porque el ejercicio parece penoso.

[214]

Los ministros de Cristo que profesan ser sus representantes, deben seguir su ejemplo, y ante todo lo demás, adquirir hábitos de la más estricta temperancia. Deben mantener la vida y el ejemplo de Cristo delante de la gente por su propia vida de abnegación, sacrificio propio y benevolencia activa. Cristo venció al apetito en favor del hombre; y en su lugar ellos deben presentar a otros un ejemplo digno de imitación. Los que no sienten la necesidad de dedicarse a la obra de vencer en lo referente al apetito, dejarán de obtener preciosas victorias que podrían ganar, y llegarán a ser esclavos del apetito y la concupiscencia, que están llenando la copa de iniquidad de los que moran en la tierra.

Los hombres que se dedican a dar el último mensaje de amonestación al mundo, un mensaje que ha de decidir el destino de las almas, deben hacer en su propia vida una aplicación práctica de las verdades que predicán a los demás. Deben ser para la gente ejemplos en su comida, en su bebida y en su casta conversación y comportamiento. En todas partes del mundo, la glotonería, la complacencia de las pasiones viles y los pecados graves, son ocultados bajo el manto de santidad por muchos que profesan representar a Cristo. Hay hombres de excelente capacidad natural, cuya labor no alcanza a la mitad de lo que podría ser si ellos fuesen templados en todas las cosas. La complacencia del apetito y de la pasión embota

[215] la mente, disminuye la fuerza física y debilita el poder moral. Sus pensamientos no son claros. Sus palabras no son pronunciadas con poder, no son vivificadas por el Espíritu de Dios para alcanzar los corazones de los oyentes.

Así como nuestros primeros padres perdieron el Edén por la complacencia del apetito, nuestra única esperanza de reconquistar el Edén consiste en la firme negación del apetito y la pasión. La abstinencia en el régimen alimenticio y el dominio de todas las pasiones conservarán el intelecto y darán vigor mental y moral que habiliten a los hombres a poner todas sus propensiones bajo el dominio de las facultades superiores, para discernir entre lo bueno y lo malo, lo sagrado y lo profano. Todos los que tienen un verdadero sentido del sacrificio hecho por Cristo al abandonar su hogar del Cielo para venir a este mundo a fin de mostrar al hombre, por su propia vida, cómo resistir la tentación, se negarán alegremente a sí mismos y elegirán participar de los sufrimientos de Cristo.

El temor de Jehová es el principio de la sabiduría. Los que venzan como Cristo venció, necesitarán guardarse constantemente contra las tentaciones de Satanás. El apetito y las pasiones deben ser restringidos bajo el dominio de la conciencia iluminada, para que el intelecto no sufra perjuicio, y las facultades de percepción se mantengan claras a fin de que las obras y trampas de Satanás no sean interpretadas como providencia de Dios. Muchos desean la recompensa y la victoria finales que han de ser concedidas a los vencedores, pero no están dispuestos a soportar los trabajos, las privaciones y la abnegación como lo hizo su Redentor. Únicamente por la obediencia y el esfuerzo continuo seremos vencedores como Cristo lo fué.

[216] El poder dominante del apetito resultará en la ruina de millares, cuando, si hubiesen vencido en ese punto, habrían tenido fuerza moral para obtener la victoria sobre todas las demás tentaciones de Satanás. Pero los que son esclavos del apetito no alcanzarán a perfeccionar el carácter cristiano. La continua transgresión del hombre durante seis mil años ha producido la enfermedad, el dolor y la muerte. Y a medida que nos acerquemos al fin, la tentación de complacer al apetito será más poderosa y más difícil de vencer.

Capítulo 42—La unidad de la iglesia

Amados hermanos: Así como todos los diferentes miembros del organismo humano se unen para formar el cuerpo entero, y cada uno cumple su parte obedeciendo a la inteligencia que gobierna el todo, así también los miembros de la iglesia de Cristo deben estar unidos en un cuerpo simétrico, sujeto a la inteligencia santificada del conjunto.

El progreso de la iglesia es retardado por la conducta errónea de sus miembros. El unirse con la iglesia, aunque es un acto importante y necesario, no le hace a uno cristiano ni le asegura la salvación. No podemos asegurarnos el derecho al cielo por hacer registrar nuestro nombre en el libro de la iglesia mientras nuestro corazón quede enajenado de Cristo. Debemos ser sus fieles representantes en la tierra, y trabajar al unísono con él. “Amados, ahora somos hijos de Dios.” Debemos tener presente esta santa relación, y no hacer nada que deshonre la causa de nuestro Padre.

Lo que profesamos es muy exaltado. Como adventistas que observan el sábado, profesamos obedecer todos los mandamientos de Dios, y esperar la venida de nuestro Redentor. Un solemnísimo mensaje de amonestación ha sido confiado a los pocos fieles de Dios. Debemos demostrar por nuestras palabras y obras que reconocemos la gran responsabilidad a nosotros impuesta. Nuestra luz debe resplandecer tan claramente que los demás puedan ver que glorificamos al Padre en nuestra vida diaria; que estamos en relación con el cielo, y somos coherederos con Cristo Jesús, para que cuando él aparezca en poder y grande gloria, seamos como él.

Todos debemos sentir nuestra responsabilidad individual como miembros de la iglesia visible y trabajadores en la viña del Señor. No debemos aguardar para que nuestros hermanos, que son tan frágiles como nosotros, nos ayuden; porque nuestro precioso Salvador nos ha invitado a unirnos a él, y a unir nuestra debilidad con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con su mérito. Ninguno de nosotros puede ocupar una posición neutral;

[217]

nuestra influencia se ejercerá en pro o en contra de Jesús. Somos agentes activos de Cristo, o del enemigo. O recogemos con Jesús, o derramamos. La verdadera conversión es un cambio radical. La misma tendencia de la mente y la inclinación del corazón serán desviados, y la vida llegará a ser nueva en Cristo.

Dios está conduciendo a un pueblo para que se coloque en perfecta unidad sobre la plataforma de la verdad eterna. Cristo se dió a sí mismo al mundo para que pudiese “limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” Este proceso de refinamiento, está destinado a purificar a la iglesia de toda injusticia y del espíritu de discordia y contención, para que sus miembros edifiquen en vez de derribar y concentren sus energías en la gran obra que está delante de ellos. Dios quiere que sus hijos lleguen todos a la unidad de la fe. La oración de Cristo, precisamente antes de su crucifixión, fué de que sus discípulos fuesen uno, como él era uno con el Padre, para que el mundo creyese que el Padre le había enviado. Esta, la más conmovedora y admirable oración, alcanza, a través de los siglos, hasta nuestros días, porque sus palabras son: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.”

[218] ¡Cuán fervorosamente deben tratar los que profesan seguir a Cristo de contestar esta oración en su vida! Muchos no se dan cuenta del carácter sagrado de la relación con la iglesia, y les cuesta someterse a la restricción y disciplina. Su conducta demuestra que exaltan su propio juicio por encima del de la iglesia unida, y no evitan cuidadosamente el estimular un espíritu de oposición a su voz. Los que ocupan posiciones de responsabilidad en la iglesia, pueden tener faltas como los demás, y pueden errar en sus decisiones; pero, no obstante eso, la iglesia de Cristo en la tierra les ha dado una autoridad que no puede ser considerada con ligereza. Cristo, después de su resurrección, delegó el poder a su iglesia diciendo: “A los que remitiereis los pecados, les son remitidos: a quienes los retuviereis, serán retenidos.”

La relación con la iglesia no ha de ser cancelada con ligereza; sin embargo, cuando la senda de algunos que profesan seguir a Cristo resulta contrariada, o cuando su voz no tiene la influencia dominante que les parece merecer, amenazan con abandonar la iglesia. Es cierto que al abandonar la iglesia ellos serán los que más sufrirán, porque

al retirarse de su esfera de influencia se someten plenamente a las tentaciones del mundo.

Todo creyente debe ser sincero en su unión con la iglesia. La prosperidad de ella debe ser su primer interés, y a menos que se sienta bajo la obligación sagrada de hacer que su relación con la iglesia sea un beneficio para ella en preferencia a sí mismo, la iglesia lo pasará mucho mejor sin él. Está al alcance de todos hacer algo para la causa de Dios. Hay quienes gastan grandes sumas para lujos innecesarios. Complacen sus apetitos, pero creen que es una carga pesada el contribuir con recursos para sostener la iglesia. Están dispuestos a recibir todo el beneficio de sus privilegios, pero prefieren dejar a otros pagar las cuentas. Los que realmente sienten un profundo interés por el adelanto de la causa, no vacilarán en invertir dinero en la empresa, cuando y dondequiera que sea necesario. También deben considerar como deber solemne ejemplificar en su carácter las enseñanzas de Cristo, estando en paz uno con otro y actuando en perfecta armonía, como un todo indiviso. Deben deferir su criterio individual al juicio del cuerpo de la iglesia. Muchos viven solamente para sí. Consideran su vida con gran complacencia, lisonjeándose de que son sin culpa, cuando de hecho no hacen nada para Dios y viven en directa oposición a su Palabra expresa. La observancia de las formas externas no habrá de satisfacer nunca la gran necesidad del alma humana. El profesar creer en Cristo no es suficiente para habilitarle a uno para resistir la prueba del día del juicio. Debe haber una perfecta confianza en Dios, una infantil dependencia de sus promesas y una completa consagración a su voluntad. [219]

Dios probó siempre a su pueblo en el horno de la aflicción, a fin de hacerle firme y fiel, y limpiarle de toda iniquidad. Después que Abrahán y su hijo hubieron soportado la prueba más severa que se les podía imponer, Dios habló así a Abrahán por medio de su ángel: “Ya conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único.” Este gran acto de fe hace resplandecer el carácter de Abrahán con notable esplendor. Ilustra enérgicamente su perfecta confianza en el Señor, del cual no retuvo nada, ni aun el hijo que obtuviera por la promesa.

Nada tenemos que sea demasiado precioso para darlo a Jesús. Si le devolvemos los talentos de recursos que él ha confiado a nuestra custodia, él entregará aún más en nuestras manos. Cada esfuerzo

que hagamos por Cristo será remunerado por él, y todo deber que cumplamos en su nombre contribuirá a nuestra propia felicidad. Dios entregó a su muy amado Hijo a la agonía de la crucifixión, para que todos los que creyesen en él pudiesen llegar a ser uno en el nombre de Jesús. Si Cristo hizo un sacrificio tan grande para salvar a los hombres y ponerlos en unidad unos con otros, así como él estuvo unido con el Padre, ¿qué sacrificio hecho por quienes le siguen será demasiado grande para conservar esa unidad?

[220] Si el mundo ve que existe perfecta armonía en la iglesia de Dios, ello será para él una poderosa evidencia en favor de la religión cristiana. Las disensiones, las malhadadas divergencias y las pequeñas pruebas de la iglesia deshonran a nuestro Redentor. Todas estas cosas pueden ser evitadas si el yo se entrega a Dios, y los que siguen a Jesús obedecen la voz de la iglesia. La incredulidad sugiere que la independencia individual aumenta nuestra importancia, que es señal de debilidad renunciar a nuestras ideas de lo que es correcto y propio para acatar el veredicto de la iglesia; pero el seguir tales sentimientos y opiniones, es peligroso y nos llevará a la anarquía y confusión. Cristo vió que la unidad y la comunión cristianas eran necesarias para la causa de Dios y, por lo tanto, las ordenó a sus discípulos. Y la historia del cristianismo desde aquel tiempo hasta ahora demuestra en forma concluyente que tan sólo en la unión hay fuerza. Sométase el juicio individual a la autoridad de la iglesia.

Los apóstoles sentían la necesidad de la unidad estricta, y trabajaban con fervor para alcanzarla. Pablo exhortó a sus hermanos con estas palabras: “Os ruego pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros disensiones, antes seáis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.”

También escribió a sus hermanos filipenses: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo; si algún refrigerio de amor; si alguna comunión del Espíritu; si algunas entrañas y misericordias, cumplid mi gozo; que sintáis lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria: antes bien en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros: no mirando cada uno a lo suyo propio, sino cada cual también a lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.”

A los romanos escribió: “Mas el Dios de la paciencia y de la consolación os dé que entre vosotros seáis unánimes según Cristo Jesús; para que concordes, a una boca glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, sobrellevaos los unos a los otros, como también Cristo nos sobrellevó para gloria de Dios.” “Unánimes entre vosotros: no altivos, mas acomodándoos a los humildes. No seáis sabios en vuestra opinión.”

Pedro escribió así a las iglesias dispersas: “Finalmente, sed todos de un mismo corazón, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino antes por el contrario, bendiciendo; sabiendo que vosotros sois llamados para que poseáis bendición en herencia.”

[221]

Y Pablo en su epístola a los Corintios, dice: “Resta, hermanos, que tengáis gozo, seáis perfectos, tengáis consolación, sintáis una misma cosa, tengáis paz; y el Dios de paz y de caridad será con vosotros.”

* * * * *

Es la ausencia de religión lo que hace tan obscura la senda de muchos que profesan tener religión. Hay quienes pueden pasar por cristianos, pero son indignos de ese nombre. No tienen carácter cristiano. Cuando su cristianismo es sometido a la prueba, su falsedad es demasiado evidente. La verdadera religión se ve en el comportamiento diario. La vida del cristiano se caracteriza por un trabajo ferviente y abnegado para hacer bien a otros y glorificar a Dios. Su senda no es oscura ni lóbrega. Un escritor inspirado ha dicho: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto. El camino de los impíos es como la oscuridad: no saben en qué tropiezan.” ...

Ahora es el tiempo de trabajar. Si somos hijos de Dios, mientras vivamos en el mundo, nos dará nuestro trabajo. Nunca podremos decir que no tenemos nada que hacer mientras quede un trabajo por hacer. Desearía que todos los jóvenes pudiesen ver, como yo la he visto, la obra que pueden hacer, y de cuya negligencia Dios los tiene por responsables. La mayor obra que haya sido realizada en el mundo fué hecha por Aquel que era varón de dolores y experimentado

[222] en quebranto. Una persona de ánimo frívolo no hará nunca bien alguno.—*Testimonies for the Church 3:377, 378.*

Capítulo 43—Avancemos

Las ingentes huestes de Israel salieron en gozoso triunfo de Egipto, escenario de su larga y cruel servidumbre. Los egipcios no quisieron consentir en dejarlos libres hasta que fueron señaladamente advertidos por los juicios de Dios. El ángel vengador había visitado cada casa de los egipcios, y había herido de muerte al primogénito de cada familia. Ninguno había escapado, desde el heredero de Faraón, hasta el primogénito del cautivo en la mazmorra. Igualmente los primogénitos del ganado habían perecido, de acuerdo con el mandato del Señor. Pero el ángel de la muerte pasó por alto los hogares de los hijos de Israel y no entró en ellos.

Faraón, horrorizado por las plagas que habían caído sobre su pueblo, llamó a Moisés y a Aarón delante de sí, de noche, y les pidió que saliesen de Egipto. Ansiaba que se fuesen sin dilación, porque él y su pueblo temían que a menos que la maldición de Dios se apartase de ellos, la tierra quedaría transformada en un vasto cementerio.

Los hijos de Israel recibieron gozosos las nuevas de su libertad, y se apresuraron a abandonar el escenario de su esclavitud. Pero el camino era penoso, y por fin les faltó el valor. Su viaje los conducía por colinas áridas y llanuras desoladas. A la tercera noche, se encontraron cercados por un lado por montañas, mientras que el mar Rojo se extendía ante ellos. Se hallaban en perplejidad, y deploraban profundamente su condición. Culparon a Moisés por haberlos conducido a ese lugar, porque creían que se habían equivocado de camino. “Este, seguramente—dijeron,—no es el camino al desierto de Sinaí, ni a la tierra de Canaán prometida a nuestros padres. No podemos seguir adelante; o hemos de avanzar hacia el mar Rojo o volvernos a Egipto.”

Luego, para completar su tragedia, he aquí que el ejército egipcio los seguía. El imponente ejército era conducido por Faraón mismo, quien se había arrepentido de haber libertado a los hebreos, y temía que llegaran a ser una gran nación que le fuese hostil. ¡Qué noche de perplejidad y angustia fué ésa para los israelitas! ¡Qué contraste

[223]

frente a aquella gloriosa mañana en que abandonaron la esclavitud de Egipto y con grato regocijo emprendieron la marcha hacia el desierto! ¡Cuán impotentes se sentían frente a aquel poderoso enemigo! Los lamentos de las mujeres y los niños aterrorizados, mezclados con los mugidos y balidos del ganado asustado, aumentaban la espantosa confusión de la situación.

Pero, había perdido Dios todo interés por su pueblo para abandonarlo a la destrucción? ¿No le advertiría de su peligro y le libraría de sus enemigos? Dios no se deleitaba en la angustia de su pueblo. Era él mismo quien había indicado a Moisés que acampara a orillas del mar Rojo, y le había informado además: “Faraón dirá de los hijos de Israel: Encerrados están en la tierra, el desierto los ha encerrado. Y yo endureceré el corazón de Faraón para que los siga; y seré glorificado en Faraón y en todo su ejército; y sabrán los egipcios que yo soy Jehová.”

Jesús estaba a la cabeza de aquella inmensa hueste. La columna de nube, de día, y la columna de fuego, de noche, representaban a su Conductor divino. Pero los hebreos no soportaron con paciencia la prueba del Señor. Elevaron la voz en reproches y denuncias contra Moisés, su jefe visible, por haberlos llevado a ese grave peligro. No confiaron en el poder protector de Dios, ni reconocieron su mano que detenía los males que los rodeaban. En su frenético terror, se habían olvidado de la vara con que Moisés había transformado las aguas del Nilo en sangre, y las calamidades que Dios había hecho caer sobre los egipcios por la persecución de su pueblo escogido. Se habían olvidado de todas las intervenciones milagrosas de Dios en su favor.

[224] “¡Ah!—clamaron,—¡ cuánto mejor nos hubiera sido permanecer en el cautiverio! Es mejor vivir como esclavos que morir de hambre y fatigas en el desierto, o caer en la guerra con nuestros enemigos.” Se volvieron contra Moisés censurándole amargamente porque no los había dejado donde estaban en vez de sacarlos a perecer en el desierto.

Moisés estaba grandemente afligido porque a su pueblo le faltaba tanto la fe, especialmente después de haber presenciado repetidas veces las manifestaciones del poder de Dios en su favor. Se sentía agraviado de que le culpasen de los peligros y dificultades de su situación, cuando él había seguido sencillamente los expresos

mandamientos de Dios. Pero creía firmemente que el Señor los conduciría en salvo; e hizo frente a los reproches y temores de su pueblo y los calmó, aun antes que él mismo pudiese discernir el plan de su libramiento.

Es cierto que se encontraban en un lugar del cual no había posibilidad de salida a menos que Dios mismo interviniese para salvarlos. Pero habían sido puestos en esta estrechez por obedecer a los mandatos divinos, y Moisés no sentía temor por las consecuencias. “Y Moisés dijo al pueblo: No temáis: estáos quedos, y ved la salud de Jehová, que él hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis quedos.”

No era cosa fácil mantener a los hijos de Israel en actitud de espera delante del Señor. Estaban llenos de excitación y de terror. Carecían de disciplina y dominio propio. Impresionados por el horror de su situación, se volvieron violentos e irrazonables. Esperaban caer pronto en las manos de sus opresores, y sus gemidos y recriminaciones eran fuertes e intensos. La maravillosa columna de nube los había acompañado en sus peregrinaciones, y servía para protegerlos de los ardientes rayos del sol. Todo el día había ido avanzando majestuosamente delante de ellos dicha nube, sin que la afectase el sol ni la tormenta, y a la noche se tornaba en una columna de fuego que los alumbraba en su camino. La habían seguido como señal divina de que debían avanzar. Pero ahora se preguntaban si no sería la sombra de una terrible calamidad que estuviese por acaecerles. ¿Por qué los había conducido al lado de la montaña a un paso insalvable? Así el ángel de Dios era para sus mentes alucinadas como un precursor de desastre.

[225]

Pero ahora, al acercarse el ejército egipcio a los israelitas, esperando hacer de ellos una presa fácil, la columna de nube se elevó majestuosamente hacia los cielos, pasó por encima de los israelitas y descendió entre ellos y los ejércitos egipcios. Una muralla de obscuridad se interpuso entre los perseguidos y sus perseguidores. Los egipcios no pudieron discernir ya el campo de los hebreos, y se vieron obligados a detenerse. A medida que la obscuridad de la noche se intensificaba, la muralla de nube se transformaba en una gran luz para los hebreos, que iluminaba todo el campamento con la claridad del día.

Entonces penetró en el corazón de Israel la esperanza de que hubiese de ser libertado, y Moisés elevó su voz al Señor. “Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? di a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre la mar, y divídela; y entren los hijos de Israel por la mar en seco.”

Entonces Moisés, obedeciendo a la orden divina, extendió su vara, y las aguas se separaron, amontonándose a cada lado en forma de muralla y dejando un ancho camino a través del lecho del mar para que pasaran los hijos de Israel. La luz de la columna de fuego resplandecía sobre las olas cubiertas de espuma, y alumbraba el camino cortado como un extenso surco a través de las aguas del mar Rojo hasta que se perdía en la oscuridad de la orilla.

[226] Durante toda la noche se oyeron los pasos de los ejércitos de Israel que cruzaban el Mar Rojo; pero la nube los ocultaba de los ojos de sus enemigos. Los egipcios, cansados por su marcha apresurada, habían acampado en la ribera para pasar la noche. Habían visto que los hebreos estaban a corta distancia de ellos, y como no parecía haber posibilidades de que escaparan, decidieron darse una noche de descanso y capturarlos fácilmente por la mañana. La noche era intensamente oscura, las nubes parecían rodearlos como una substancia tangible. Cayó un profundo sueño sobre el campamento; aun los centinelas se durmieron en sus puestos.

¡Por fin, un sonido retumbante despierta al ejército! ¡La nube avanza! ¡Los hebreos se mueven! De la dirección del mar llegan las voces y el ruido de la marcha. Reina todavía tanta oscuridad que los egipcios no pueden discernir al pueblo que escapa, pero se da la orden de prepararse para perseguirlo. Se oye el fragor de las armas, el rodar de los carros, las órdenes de los capitanes y el relincho de los corceles. Por fin queda formada la línea de marcha, y los egipcios se ponen en movimiento a través de la oscuridad, en dirección a la multitud que escapa.

En las tinieblas y la confusión, se apresuran en su persecución, sin saber que han entrado en el lecho del mar, y que a ambos lados están cercados por suspensas murallas de agua. Anhelan que se disipen las tinieblas y la neblina, y les dejen ver a los hebreos y su propio paradero. Las ruedas de los carros se hunden en la arena blanda, y los caballos se enredan y espantan. Prevalece la confusión, pero el ejército sigue adelante, seguro de la victoria.

Por fin, la nube misteriosa se transforma ante sus ojos asombrados en una columna de fuego. Retumban los truenos y fulguran los rayos. Las olas ruedan en derredor de ellos y el temor se posesiona de sus corazones. En medio de la confusión y del terror, la fantástica luz revela a los atónitos egipcios las terribles aguas amontonadas a diestra y siniestra. Ven el ancho camino que el Señor ha hecho para su pueblo a través de las resplandecientes arenas del mar, y contemplan al triunfante Israel sano y salvo en la lejana orilla. [227]

La confusión y el desaliento se apoderan de ellos. En medio de la ira de los elementos, en los cuales discernen la voz de un Dios airado, se esfuerzan por desandar el camino y huir a la ribera que abandonaron. Pero Moisés extiende su vara, y las aguas amontonadas, silbando y rugiendo, ávidas por su presa, se precipitan sobre los ejércitos de Egipto. El orgulloso Faraón y sus legiones, los carros dorados y las armaduras relucientes, los caballos y sus jinetes, quedan sepultados bajo un mar tormentoso. El poderoso Dios de Israel ha librado a su pueblo, y éste eleva al cielo sus cantos de agradecimiento porque Dios ha obrado tan maravillosamente en su favor.

La historia de los hijos de Israel ha sido escrita para instrucción y admonición de todos los cristianos. Cuando los israelitas fueron sobrecogidos por peligros y dificultades, y el camino les parecía cerrado, su fe les abandonó, y murmuraron contra el caudillo que Dios les había designado. Le culpaban de haberlos puesto en peligro, cuando él había obedecido tan sólo a la voz de Dios.

La orden divina era: “Que marchen.” No habían de esperar hasta que el camino les pareciese despejado, y pudiesen comprender todo el plan de su libramiento. La causa de Dios ha de avanzar y él abrirá una senda delante de su pueblo. El vacilar y murmurar es manifestar desconfianza en el Santo de Israel. En su providencia Dios llevó a los hebreos a las fortalezas de las montañas, con el mar Rojo por delante, para que pudiese realizar su libramiento y salvarlos para siempre de sus enemigos. Podría haberlos salvado de cualquier otra manera, pero eligió este método a fin de probar su fe y fortalecer su confianza en él.

No podemos acusar a Moisés de falta alguna porque el pueblo murmuraba contra su conducta. Era su propio corazón rebelde e insumiso el que los indujo a censurar al hombre a quien Dios había

[228] delegado para que condujese a su pueblo. Mientras Moisés obraba en el temor del Señor, y según su dirección, teniendo plena fe en sus promesas, los que debieran haberle sostenido se desalentaron, y no pudieron ver delante de sí otra cosa que desastre, derrota y muerte.

El Señor está tratando ahora con su pueblo que cree en la verdad presente. Quiere producir resultados portentosos, y mientras que en su providencia está obrando con ese fin, dice a sus hijos: “¡Marchad!” Es cierto que el camino no está todavía abierto, pero cuando ellos avancen con la fuerza de la fe y el valor, Dios despejará el camino delante de sus ojos. Siempre hay quienes se quejan, como el antiguo Israel, y atribuyen las dificultades de su situación a aquellos a quienes Dios suscitó con el propósito especial de hacer progresar su causa. No alcanzan a ver que Dios los está probando mediante las estrecheces, de las cuales sólo su mano puede librarlos.

Hay ocasiones en que la vida cristiana parece rodeada de peligros, y el deber parece difícil de cumplir. La imaginación se representa una ruina inminente al frente, y detrás la esclavitud y la muerte. Sin embargo, la voz de Dios habla claramente por sobre todos los desalientos y dice: “¡Marchad!” Debemos obedecer a esta orden, fuere cual fuere el resultado, aun cuando nuestros ojos no puedan penetrar las tinieblas, y sintamos las frías olas a nuestros pies.

Los hebreos estaban cansados y aterrorizados; sin embargo, si se hubiesen echado atrás cuando Moisés les ordenó que avanzaran, y se hubiesen negado a acercarse más al mar Rojo, nunca habría abierto Dios el camino para ellos. Al descender al agua, mostraron que tenían fe en la palabra de Dios, según la expresara Moisés. Hicieron cuanto estaba en su poder, y luego el Poderoso de Israel cumplió su parte y dividió las aguas a fin de abrir una senda para sus pies.

[229] Las nubes que se acumulan en derredor de nuestro camino, no desaparecerán nunca ante un espíritu vacilante y dudoso. La incredulidad dice: “Nunca podremos superar estos obstáculos; esperemos hasta que hayan sido suprimidos, o que podamos ver claramente nuestro camino.” Pero la fe nos insta valientemente a avanzar, esperándolo todo y creyéndolo todo. La obediencia a Dios traerá seguramente la victoria. Es únicamente por medio de la fe cómo podemos llegar al cielo.

Hay gran similitud entre nuestra historia y la de los hijos de Israel. Dios condujo a su pueblo de Egipto al desierto, donde podía

guardar su ley y obedecer su voz. Los egipcios, que no respetaban a Jehová, acamparon cerca de Israel; sin embargo, lo que para los israelitas era un gran raudal de luz, que iluminaba todo el campamento y resplandecía sobre la senda que estaba delante de ellos, fué para las huestes de Faraón una muralla de nube que hacía más negras las tinieblas de la noche.

Así también, en este tiempo, hay un pueblo a quien Dios ha hecho depositario de su ley. Para los que los acatan, los mandamientos de Dios son como una columna de fuego que los ilumina y los conduce por el camino de la salvación eterna. Pero para aquellos que los desprecian, son como las nubes de la noche. “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová.” Mejor que todo otro conocimiento es la comprensión de la Palabra de Dios. En la observancia de los mandamientos hay gran recompensa, y ninguna ventaja terrenal debe inducir al cristiano a vacilar por un momento en su fidelidad. Las riquezas, los honores y las pompas mundanales no son sino como escoria que perecerá ante el fuego de la ira de Dios.

La voz del Señor que ordena a sus fieles que marchen, prueba con frecuencia su fe hasta lo sumo. Pero si ellos hubiesen de postergar la obediencia hasta que haya desaparecido de su entendimiento toda sombra de incertidumbre y no quedase ningún riesgo de fracaso o derrota, nunca avanzarían. Los que creen que les es imposible ceder a la voluntad de Dios y tener fe en sus promesas hasta que todo esté despejado y llano delante de ellos, no cederán nunca. La fe no es la certidumbre del conocimiento, es “la substancia de las cosas que se [230] esperan, la demostración de las cosas que no se ven.” El obedecer a los mandamientos de Dios es la única manera de obtener su favor. “Marchad” debe ser el santo y seña del cristiano.

* * * * *

Los hijos de Dios no deben ser transformados por las varias influencias a las cuales deben necesariamente estar expuestos; sino que deben estar firmes por Jesús, y por la ayuda de su Espíritu ejercer un poder transformador sobre las mentes deformadas por las malas costumbres y contaminadas por el pecado.

Cristo no ha de ser ocultado en el corazón, y encerrado como un tesoro codiciado, sagrado y dulce, del cual ha de disfrutar solamente

el poseedor. Hemos de tener a Cristo en nuestro corazón como un pozo de agua, que surge para vida eterna, refrigerando a todos los que vengan en contacto con nosotros. Debemos confesar a Cristo abierta y valientemente, exponiendo en nuestro carácter su mansedumbre, humildad y amor hasta que los hombres estén encantados con la hermosura de la santidad. La mejor manera no consiste en preservar nuestra religión como encerramos los perfumes en frascos, no sea que su fragancia escape.

Los mismos conflictos y rechazos que encontramos han de hacernos más fuertes y dar estabilidad a nuestra fe. No hemos de ser agitados como un junco por el viento por toda influencia pasajera. Nuestras almas, calentadas y vigorizadas por las verdades del evangelio, y refrigeradas por la gracia divina han de abrir y expandirse, y derramar su fragancia sobre otros. Revestidos de toda la armadura de justicia, podemos hacer frente a cualquier influencia y conservar nuestra pureza inmaculada.

Todos deben considerar que los derechos de Dios sobre ellos superan a todos los demás. Dios ha dado a cada persona capacidad, habilidades que mejorar, a fin de poder reflejar la gloria del Dador. Cada día debe hacerse algún progreso.—*Testimonies for the Church*

[231] 4:555, 556.

Capítulo 44—Colaboradores de Cristo

El tiempo transcurrido durante el congreso de 1874 y después del mismo, fué un tiempo importante para X... Si hubiese habido allí una casa de culto cómoda y placentera, se habrían decidido por la verdad dos veces más personas de las que fueron realmente ganadas. Dios trabaja con nuestros esfuerzos. Podemos cerrar el camino de los pecadores mediante nuestra negligencia y egoísmo. Debiera haberse manifestado gran diligencia en tratar de salvar a aquellos que están todavía en el error, aunque interesados en la verdad. En el servicio de Cristo se necesita un comando tan sabio como el que se requiere para los batallones de un ejército que protege la vida y la libertad del pueblo. No todos pueden trabajar juiciosamente para la salvación de las almas. Es necesario pensar detenidamente. No debemos entrar al azar en la obra del Señor y esperar éxito. El Señor necesita hombres de intelecto, hombres de reflexión. Jesús pide colaboradores, no personas que siempre cometan errores. Dios necesita hombres inteligentes y que piensen correctamente, a fin de hacer la gran obra necesaria para la salvación de las almas.

Los mecánicos, los abogados, los negociantes, los hombres de todos los oficios y profesiones, se educan a fin de llegar a dominar su ramo. ¿Deben los que siguen a Cristo ser menos inteligentes, y mientras profesan dedicarse a su servicio, ignorar los medios y recursos que han de emplearse? La empresa de ganar la vida eterna es superior a toda consideración terrenal. A fin de conducir a las almas a Cristo, debe conocerse la naturaleza humana y estudiarse la mente humana. Se requiere mucha reflexión cuidadosa y ferviente oración para saber cómo acercarse a los hombres y las mujeres a fin de presentarles el gran tema de la verdad.

Algunas personas impulsivas, aunque sinceras, después que se ha dado un discurso categórico, suelen abordar a los que no creen como nosotros de una manera muy abrupta, y les hacen repelente la verdad que deseamos verles recibir. “Los hijos de este siglo son en su generación más sagaces que los hijos de luz.” Los negociantes y los

[232]

políticos estudian la cortesía. Es su costumbre hacerse tan atractivos como les sea posible. Procuran que sus discursos y modales ejerzan la mayor influencia sobre la mente de cuantos los rodeen. Emplean su conocimiento y capacidad tan hábilmente como les sea posible a fin de alcanzar su objeto.

Los que profesan creer en Cristo sacan a relucir gran cantidad de desechos, que obstruyen el camino de la cruz. No obstante todo esto, hay personas que están tan profundamente convencidas, que pasarán por todo desaliento y salvarán cualquier obstáculo a fin de alcanzar la verdad. Pero si los que profesan creer en la verdad hubiesen purificado sus mentes obedeciéndola, si hubiesen sentido la importancia del conocimiento y del refinamiento de los modales en la obra de Cristo, donde se ha salvado un alma podrían haberse salvado veinte.

Además, después que las personas se han convertido a la verdad, es necesario cuidarlas. El celo de muchos ministros parece cesar tan pronto como cierta medida de éxito acompaña sus esfuerzos. No se dan cuenta de que muchos recién convertidos necesitan cuidados, atención vigilante, ayuda y estímulo. No deben ser dejados solos, a la merced de las más poderosas tentaciones de Satanás; necesitan ser educados con respecto a sus deberes, hay que tratarlos bondadosamente, conducirlos, visitarlos y orar con ellos. Estas almas necesitan el alimento asignado a cada uno a su debido tiempo.

No es extraño que algunos se desanimen, se demoren en el camino, y sean devorados por los lobos. Satanás persigue a todos. Envía a sus agentes para reintegrar a sus filas a las almas que perdió. Debe haber más padres y madres que reciban en su corazón a estos niños en la verdad, y los estimulen y oren por ellos, para que su fe no se confunda.

[233]

La predicación es una pequeña parte de la obra que ha de ser hecha por la salvación de las almas. El Espíritu de Dios convence a los pecadores de la verdad, y los pone en los brazos de la iglesia. Los predicadores pueden hacer su parte, pero no pueden nunca realizar la obra que la iglesia debe hacer. Dios requiere que su iglesia cuide de aquellos que son jóvenes en la fe y experiencia, que vaya a ellos, no con el propósito de chismear con ellos, sino para orar, para hablarles palabras que sean “como manzanas de oro en canastillos de plata.”

Todos necesitamos estudiar el carácter y los modales para saber tratar juiciosamente con los diferentes intelectos, para poder emplear nuestros mejores esfuerzos en ayudarles a comprender correctamente la Palabra de Dios, y a vivir una verdadera vida cristiana. Debemos leer la Biblia con ellos, y desviar su mente de las cosas temporales a sus intereses eternos. Es el deber de los hijos de Dios ser sus misioneros, llegar a relacionarse con aquellos que necesitan ayuda. Si uno está tambaleando bajo la tentación, su caso debe ser considerado cuidadosamente y tratado sabiamente; porque su interés eterno está en juego, y las palabras y los hechos de aquellos que trabajan por él pueden ser un sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

A veces se presenta algún caso que debe ser estudiado con oración. Debe mostrarse a la persona su verdadero carácter, debe comprender sus propias peculiaridades de disposición y temperamento, y ver sus flaquezas. Debe tratársela con juicio. Si se la puede alcanzar, si se puede conmover su corazón por este trabajo prudente y paciente, esta persona podrá ser ligada con fuertes vínculos a Cristo e inducida a confiar en Dios. ¡Oh, cuando se hace una obra como ésta, todo el cielo la mira y se regocija en ella; porque un alma preciosa ha sido rescatada de las trampas de Satanás, salvada de la muerte! ¡Oh! ¿No valdrá la pena trabajar inteligentemente por la salvación de las almas? Cristo pagó el precio de su propia vida por ellas, y [234] ¿preguntarán los que le siguen: “¿Soy yo guarda de mi hermano?” ¿No trabajarán al unísono con el Maestro? ¿No apreciaremos el valor de las almas por las cuales nuestro Salvador murió?

Se han hecho algunos esfuerzos para interesar a los niños en la causa; pero no han sido suficientes. Nuestras escuelas sabáticas debieran hacerse más interesantes. Las escuelas fiscales han mejorado mucho sus métodos de enseñanza en los últimos años. Se emplean lecciones objetivas, cuadros y pizarrones, para que las lecciones difíciles sean claras para las mentes juveniles. Así también puede simplificarse la verdad presente y hacerse intensamente interesante para los intelectos activos de los niños.

Ciertos padres, a quienes no se puede alcanzar de otra manera, quedan con frecuencia alcanzados por medio de sus hijos. Los maestros de la escuela sabática pueden instruir a los niños en la verdad, y ellos, a su vez, la llevarán al círculo de la familia. Pero

pocos maestros parecen comprender la importancia de este ramo de la obra. Los métodos de enseñanza que se han adoptado con tanto éxito en las escuelas fiscales pueden ser empleados con resultados similares en las escuelas sabáticas, y ser el medio de atraer a los niños a Jesús y de educarlos en la verdad bíblica. Esto hará mucho más bien que la excitación religiosa de un carácter emotivo que se desvanece tan rápidamente como se produce.

Debe albergarse el amor de Cristo. Se necesita más fe en la obra que creemos ha de ser hecha antes de la venida de Cristo. Debe haber más labor de abnegación y sacrificio en la debida dirección. Debe estudiarse con más reflexión y oración para saber cómo trabajar más ventajosamente. Deben madurarse planes cuidadosos. Hay entre nosotros intelectos que pueden inventar y ejecutar planes si tan sólo se los pone a contribución. Y los esfuerzos bien dirigidos e [235] inteligentes serán seguidos por grandes resultados.

Las reuniones de oración deben ser los cultos más interesantes que se tengan; pero con frecuencia son mal dirigidas. Muchos asisten a la predicación, pero descuidan la reunión de oración. También en este punto se requiere instrucción. Debe pedirse sabiduría a Dios, y deben hacerse planes para dirigir las reuniones de manera que sean interesantes y atrayentes. La gente tiene hambre del pan de vida. Si lo encuentra en la reunión de oración, irá para recibirlo.

Las oraciones y los discursos largos y prosaicos no cuadran en ningún lugar, pero mucho menos en la reunión de testimonios. Se deja a los más osados y a los que están siempre listos para hablar, que impidan a los tímidos y retraídos que den su testimonio. Los que son más superficiales son generalmente los que tienen más que decir. Sus oraciones son largas y mecánicas. Cansan a los ángeles y a la gente que los escucha. Las oraciones deben ser cortas y directas. Déjense las largas y cansadoras peticiones para la cámara secreta, si alguno las tiene que ofrecer. Dejemos al Espíritu de Dios entrar en nuestro corazón, y él apartará toda árida formalidad.

La música puede ser un gran poder para el bien; y sin embargo no sacamos el mejor partido posible de este ramo del culto. Se canta generalmente por impulso o para hacer frente a casos especiales, y en otras ocasiones a los que cantan se les deja cometer errores y equivocaciones, y la música pierde el efecto que debe tener sobre la mente de los creyentes. La música debe tener belleza, majestad y

poder. Elévense las voces en cantos de alabanza y devoción. Si es posible, acudamos a la ayuda de una música instrumental, y ascienda a Dios la gloriosa armonía como ofrenda aceptable.

Pero es a veces más difícil disciplinar a los cantores y mantenerlos en orden, que mejorar las costumbres de la gente en cuanto a orar y exhortar. Muchos quieren hacer las cosas según su propio estilo; se oponen a las consultas, se impacientan bajo la dirección. En el servicio de Dios se necesitan planes bien madurados. El sentido común es algo excelente en el culto del Señor. Las facultades del pensar deben ser consagradas a Cristo y deben idearse medios y recursos para servirle mejor. La iglesia de Dios que procura hacer bien, viviendo la verdad y tratando de salvar almas, puede ser un poder en el mundo si quiere ser disciplinada por el Espíritu del Señor. Sus miembros no deben pensar que pueden trabajar para la eternidad con negligencia.

[236]

Como pueblo, perdemos mucho por falta de simpatía y sociabilidad unos con otros. El que habla de independencia y se encierra en sí mismo no está ocupando el puesto que Dios le destinó. Somos hijos de Dios, y dependemos mutuamente unos de otros para nuestra felicidad. Sobre nosotros pesan los derechos de Dios y de la humanidad. Debemos desempeñar todos nuestra parte en esta vida. El debido cultivo de los elementos sociales de nuestra naturaleza es lo que nos pone en simpatía con nuestros hermanos y nos proporciona felicidad en nuestros esfuerzos por beneficiar a otros. La felicidad del cielo consistirá en la comunión pura de los seres santos, la armoniosa vida social con los ángeles bienaventurados y con los redimidos que hayan lavado y emblanquecido sus vestiduras en la sangre del Cordero. No podemos ser felices mientras estamos engolfados en nuestros propios intereses. Debemos vivir en este mundo para ganar almas para el Salvador. Si perjudicamos a otros, nos perjudicamos a nosotros también. Si beneficiamos a otros nos beneficiamos a nosotros mismos; porque la influencia de toda buena acción se refleja en nuestro corazón.

Tenemos el deber de ayudarnos unos a otros. No siempre llegamos a relacionarnos con cristianos sociables, amables y humildes. Muchos no han recibido la debida educación; su carácter está deformado, rudo y nudoso; parece retorcido en todo sentido. Mientras les ayudamos a ver y corregir sus defectos, debemos cuidar de no

[237]

impacientarnos e irritarnos por las faltas de nuestros prójimos. Hay seres desagradables que profesan a Cristo; pero la belleza de la gracia cristiana los transformará si se ponen diligentemente a obtener la mansedumbre y gentileza de Aquel a quien siguen, recordando que “nadie vive para sí.” ¡Colaboradores de Cristo! ¡Qué posición exaltada! ¿Dónde se han de encontrar los abnegados misioneros en estas grandes ciudades? El Señor necesita obreros en su viña. Debemos temer robarle el tiempo que exige de nosotros; debemos temer gastarlo en la ociosidad y en el atavío del cuerpo, dedicando a insensatos propósitos las horas preciosas que Dios nos ha dado para que las dediquemos a la oración, a familiarizarnos con nuestra Biblia, y a trabajar para beneficio de nuestros semejantes, haciéndonos así a nosotros mismos y a ellos idóneos para la gran obra que nos incumbe.

Hay madres que dedican trabajo innecesario a vestidos destinados a hermopear su propia persona y la de sus hijos. Es nuestro deber vestirnos a nosotros y a nuestros hijos sencillamente y con aseo, sin inútiles adornos, bordados o atavíos, cuidando de no fomentar en ellos un amor a la indumentaria que resultaría en su ruina, sino tratando más bien de cultivar las gracias cristianas. Ninguno de nosotros puede ser excusado de sus responsabilidades, y en ningún caso podremos comparecer sin culpa delante del trono de Dios a menos que hagamos la obra que el Señor ha dejado a nosotros encargada.

[238]

Se necesitan misioneros de Dios, hombres y mujeres fieles que no rehuyan la responsabilidad. Un trabajo juicioso logrará buenos resultados. Hay verdadero trabajo que hacer. La verdad debe ser presentada a la gente de una manera cuidadosa por personas que unan la mansedumbre a la sabiduría. No debemos mantenernos apartados de nuestros semejantes, sino acercarnos a ellos; porque sus almas son tan preciosas como las nuestras. Podemos llevar la luz a sus hogares, y con espíritu enternecido y subyugado, interceder con ellos para que vivan a la altura del exaltado privilegio que se les ofrece; podemos orar con ellos cuando parezca apropiado, y mostrarles que pueden alcanzar cosas superiores, y luego hablarles con prudencia de las verdades sagradas para estos postreros días.

Entre nuestro pueblo hay más reuniones dedicadas al canto que a la oración. Pero aun estas reuniones pueden ser dirigidas de una manera tan reverente aunque alegre, que ejerzan buena influencia.

Sin embargo, hay demasiadas bromas, ociosa conversación y chismes para que estos momentos resulten beneficiosos para elevar los pensamientos y refinar los modales.

Los reavivamientos sensacionales

Ha habido demasiado interés dividido en X... Cuando se manifiesta una nueva excitación, hay algunos que echan su influencia del lado erróneo. Cada hombre y mujer debe estar en guardia cuando existen engaños calculados para apartar a la gente de la verdad. Hay algunos que están siempre listos para ver y oír alguna cosa nueva y extraña; y el enemigo de las almas tiene en estas ciudades grandes muchos medios de inflamar la curiosidad y mantener la mente distraída de las grandes y santificadoras verdades para estos últimos días.

Si cada fluctuante excitación religiosa induce a algunos a descuidar el deber de sostener plenamente, por su presencia e influencia, la minoría que cree la impopular verdad, habrá mucha debilidad en la iglesia donde debiera haber fuerza. Satanás emplea diversos medios por los cuales espera lograr sus propósitos; y si, bajo el disfraz de la religión popular, puede descarriar de la senda de la verdad a los vacilantes e incautos, ha logrado mucho en cuanto a dividir la fuerza del pueblo de Dios. Este entusiasmo fluctuante de los reavivamientos, que viene y se va como la marea, tiene un exterior engañoso que induce a muchas personas honradas a creer que se trata del verdadero Espíritu del Señor. Multiplica los conversos. Los que son de temperamento excitable, los débiles y flojos, acuden a su estandarte, pero cuando la ola retrocede, quedan varados en la playa. No seais engañados por los falsos maestros ni seducidos por vanas palabras. El enemigo de las almas tendrá seguramente bastantes platos de fábulas placenteras para halagar el apetito de todos. [239]

Siempre se levantarán fulgurantes meteoros; pero la estela de luz que dejan se apaga inmediatamente en las tinieblas, que parecen más densas que nunca antes. Estas excitaciones religiosas sensacionales, creadas por el relato de anécdotas y la manifestación de excentricidades y rarezas, son obra superficial; y los de nuestra fe que son encantados e infatuados por estos destellos de luz, no fortalecerán nunca la causa de Dios. Están listos para retirar su influencia a la

menor ocasión y para inducir a otros a asistir a aquellas reuniones donde oyen aquello que debilita el alma y trae confusión a la mente. Es este retraimiento del interés de la obra lo que hace languidecer la causa de Dios. Debemos ser firmes en la fe; no debemos ser movedizos. Tenemos nuestra obra delante de nosotros, la cual consiste en hacer brillar la luz de la verdad, tal cual es revelada en la ley de Dios, sobre otras mentes y conducir las fuera de las tinieblas. Esta obra requiere, para tener éxito, energía resuelta y perseverante, y un propósito fijo.

Hay en la iglesia algunos que necesitan aferrarse a las columnas de nuestra fe, asentarse y hallar roca firme para su base, en vez de irse a la deriva sobre la superficie de la excitación y moverse por los impulsos. Hay en la iglesia dispépticos espirituales. Se han hecho a sí mismos inválidos, y su debilidad espiritual es el resultado de su propio curso vacilante. Son agitados de aquí para allá por los variables vientos de doctrina, y con frecuencia quedan confundidos y arrojados en la incertidumbre porque se dejan llevar enteramente por su sentimiento. Son cristianos sensacionales, que siempre tienen hambre de algo nuevo y diverso. Las doctrinas extrañas confunden su fe, y ellos son inútiles para la causa de la verdad.

[240] Dios llama a hombres y mujeres de estabilidad, de propósito firme, en quienes se pueda fiar en momentos de peligro y de prueba, que estén tan firmemente arraigados y fundados en la verdad como las rocas eternas, que no puedan ser agitados a diestra o siniestra, sino que avancen constantemente y estén siempre del buen lado. Hay quienes, en tiempo de peligro religioso, pueden buscarse casi siempre en las filas del enemigo; si ejercen influencia alguna es del lado malo. No se sienten bajo la obligación moral de dar toda su fuerza a la verdad que profesan. Los tales serán recompensados según sus obras.

Los que hacen poco para el Salvador en la salvación de las almas, y en cuanto a conservarse en integridad delante de Dios, obtendrán tan sólo poca fibra espiritual. Necesitamos emplear continuamente la fuerza que tenemos para que se desarrolle y aumente. Como la enfermedad es el resultado de la violación de las leyes naturales, la decadencia espiritual es el resultado de una continua transgresión de la ley de Dios. Sin embargo, los mismos transgresores pueden profesar que guardan todos los mandamientos de Dios.

Debemos acercarnos más a Dios, ponernos en más íntima relación con el cielo, y llevar a cabo los principios de la ley en las acciones más diminutas de nuestra vida diaria a fin de ser espiritualmente sanos. Dios ha dado a sus siervos capacidad, talentos que han de ser empleados para su gloria, no para que los dejen ociosos o los malgasten. Les ha dado la luz y el conocimiento de su voluntad, para que los comuniquen a otros; y al impartirlos a otros, venimos a ser conductos de luz. Si no ejercitamos nuestra fuerza espiritual, nos debilitamos, como los miembros del cuerpo se vuelven impotentes cuando el inválido está obligado a permanecer mucho tiempo inactivo. Es el uso lo que da poder.

Nada dará mayor fuerza espiritual y mayor aumento de fervor y profundidad de sentimientos, que el visitar y ministrar a los enfermos y abatidos, ayudándoles a ver la luz y a aferrarse de Jesús por la fe. Hay deberes desagradables que alguien debe hacer, o habrá almas que perecerán. Los cristianos hallarán bendición en hacer estos deberes por desagradables que sean. Cristo asumió la desagradable tarea de bajar de la mansión de pureza y gloria insuperable, para venir a morar como hombre entre los hombres, en un mundo mancillado y ennegrecido por el crimen, la violencia y la iniquidad. Lo hizo para salvar almas; y ¿podrán disculpar sus vidas de comodidad egoísta los que fueron objeto de un amor tan asombroso y una condescendencia sin parangón? ¿Preferirán seguir sus propios placeres e inclinaciones, y dejarán a las almas perecer en las tinieblas porque encuentran chascos y reproches si trabajan para salvarlas? Cristo pagó un precio infinito por la redención del hombre, y ¿dirá éste: “Señor mío, no quiero trabajar en tu viña; ruégote que me des por excusado”?

[241]

El Señor invita a aquellos que viven cómodamente en Sión a que se levanten y trabajen. ¿No escucharán la voz del Maestro? El quiere obreros de oración y fieles, que siembren junto a todas las aguas. Los que trabajen así se sorprenderán al ver cómo las pruebas, resueltamente soportadas, en el nombre y la fuerza de Jesús, darán firmeza a la fe y renovarán el valor. En la senda de la humilde obediencia hay seguridad y poder, consuelo y esperanza; pero los que no hagan nada para Jesús perderán finalmente su recompensa. Sus manos débiles no podrán aferrarse del Poderoso, sus rodillas flojas no podrán soportarlos en el día de la adversidad. Los que den

estudios bíblicos y trabajen para Cristo recibirán el premio glorioso, y oirán el “Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor.”

La retención de los recursos

[242] La bendición de Dios descansará sobre aquellos de X .. que aprecian la causa de Cristo. Las ofrendas voluntarias de nuestros hermanos y hermanas, hechas con fe y amor hacia el Redentor crucificado, les reportarán bendiciones; porque Dios toma nota de todo acto de generosidad de parte de sus santos, y lo recuerda. Al preparar una casa de culto, debe ejercerse grandemente la fe y confianza en Dios. En los negocios, los que no aventuran nada adelantan poco; ¿por qué no tener también fe en una empresa para Dios, e invertir recursos en su causa?

Algunos, cuando están en pobreza, son generosos con lo poco que tienen; pero a medida que adquieren propiedades, se vuelven avarientos. Tienen tan poca fe, porque no siguen adelantando a medida que prosperan, y no dan a la causa de Dios aun hasta el sacrificio.

En el sistema judaico se requería que la beneficencia se manifestase primero hacia el Señor. En la cosecha y la vendimia, las primicias del campo—el grano, el vino y el aceite,—habían de ser consagradas como ofrenda a Jehová. Las espigas caídas y los rincones de los campos eran reservados para los pobres. Nuestro misericordioso Padre celestial no descuidó las necesidades de los pobres. Las primicias de la lana cuando se esquilaban las ovejas, del grano cuando se trillaba el trigo, habían de ser ofrecidas a Jehová; y él ordenaba que los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros fuesen invitados a los festines. Al final de cada año se requería de todos que jurasen solemnemente si habían obrado o no de acuerdo con el mandato de Dios.

Este arreglo era ordenado por el Señor para convencer a los israelitas de que en todo asunto él venía en primer lugar. Por este sistema de benevolencia habían de tener presente que su misericordioso Maestro era el verdadero propietario de sus campos y rebaños; que el Dios del cielo les mandaba el sol y la lluvia para la siembra y la cosecha, y que todo lo que poseían era creado por él. Todo era del Señor, y él los había hecho administradores de sus bienes.

La generosidad de los judíos en la construcción del tabernáculo y del templo, ilustra un espíritu de benevolencia que no ha sido igualado por los cristianos de ninguna fecha posterior. Acababan de ser libertados de su larga esclavitud en Egipto y erraban por el desierto; sin embargo, apenas librados de los ejércitos de los egipcios que los perseguían en su apresurado viaje, llegó la palabra del Señor a Moisés diciendo: “Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda: de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda.” [243]

El pueblo tenía pocas riquezas, y ninguna halagüeña perspectiva de aumentarlas; pero tenía delante de sí un objeto: construir un tabernáculo para Dios. El Señor había hablado, y sus hijos debían obedecer su voz. No retuvieron nada. Todo lo dieron con mano voluntaria, no cierta cantidad de sus ingresos, sino gran parte de lo que poseían. La consagraron gozosa y cordialmente al Señor, y le agradaron al hacerlo. ¿No le pertenecía acaso todo? ¿No les había dado él todo lo que poseían? Si él lo pedía, ¿no era su deber devolver al Prestamista lo suyo?

No hubo necesidad de rogarles. El pueblo trajo aún más de lo requerido, y se le dijo que cesara de traer sus ofrendas porque había ya más de lo que se podía usar. Igualmente, al construirse el templo, el pedido de recursos recibió cordial respuesta. La gente no dió de mala gana. Se regocijaba con la perspectiva de que fuese construido un edificio para el culto de Dios, y dió más de lo suficiente para ese fin. David bendijo al Señor delante de toda la congregación y dijo: “Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? porque todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos.” Además, en su oración, David dió gracias en estas palabras: “Oh Jehová, Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos aprestado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo.”

David comprendía perfectamente de quién provenían todas sus bendiciones. ¡Ojalá que aquellos que en este tiempo se regocijan en el amor del Salvador se dieran cuenta de que su plata y oro son del Señor y deben ser empleados para fomentar su gloria y no retenerse ávidamente para enriquecimiento y complacencia propia! El tiene indisputable derecho a todo lo que ha prestado a sus criaturas. Todo lo que ellas poseen le pertenece. [244]

Hay objetos elevados y santos que requieren recursos, y el dinero así invertido proporcionará al dador más gozo abundante y permanente de lo que le concedería si lo gastase en la complacencia personal o lo acumulase egoístamente por la codicia de ganancia. Cuando Dios nos pide nuestro tesoro, cualquiera que sea la cantidad, la respuesta voluntaria hace del don una ofrenda consagrada a él, y acumula para el dador un tesoro en el cielo donde la polilla no puede corromper, donde el fuego no puede consumir, ni los ladrones hurtar. La inversión queda segura. El dinero es puesto en sacos sin agujeros; está seguro.

¿Pueden los cristianos, que se precian de tener mayor luz que los hebreos, dar menos de lo que daban ellos? ¿Pueden los cristianos, que viven cerca del tiempo del fin, quedar satisfechos con sus ofrendas que no alcanzan ni a la mitad de lo que eran las de los judíos? Su generosidad tendía a beneficiar a su propia nación; en estos postreros días la obra se extiende al mundo entero. El mensaje de verdad ha de ir a todas las naciones, lenguas y pueblos; sus publicaciones, impresas en muchas lenguas diferentes, han de ser esparcidas como las hojas en el otoño.

Escrito está: “Pues que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también estad armados del mismo pensamiento.” Y además: “El que dice que está en él, debe andar como él anduvo.” Preguntémonos: ¿Qué habría hecho nuestro Salvador en nuestras circunstancias? ¿Cuáles habrían sido sus esfuerzos para la salvación de las almas? Esta pregunta queda contestada por el ejemplo de Cristo. Dejó su realeza, puso a un lado su gloria, sacrificó sus riquezas y revistió su divinidad de humanidad, a fin de alcanzar a los hombres donde estaban. Su ejemplo demuestra que depuso la vida por los pecadores.

[245]

Satanás dijo a Eva que podía alcanzarse un alto estado de felicidad por medio de la complacencia del apetito irrefrenado; pero la promesa de Dios al hombre se realiza por medio de la abnegación. Cuando, sobre la ignominiosa cruz, Cristo sufría en agonía por la redención del hombre, la naturaleza humana fué exaltada. Únicamente por la cruz puede la familia humana ser elevada a relacionarse con el Cielo. La abnegación y las cruces se nos presentan a cada paso en nuestro viaje hacia el cielo.

El espíritu de generosidad es el espíritu del Cielo; el espíritu de egoísmo es el espíritu de Satanás. El amor abnegado de Cristo se revela en la cruz. El dió todo lo que tenía, y luego se dió a sí mismo para que el hombre fuese salvo. La cruz de Cristo apela a la benevolencia de todo aquel que sigue al bienaventurado Salvador. El principio en ella ilustrado es el de dar, dar. Este, realizado mediante la benevolencia real y las buenas obras, es el verdadero fruto de la vida cristiana. El principio de los mundanos es de conseguir, conseguir, y así esperan obtener felicidad; pero llevado a cabo con todas sus consecuencias, su fruto es el sufrimiento y la muerte.

Llevar la verdad a los habitantes de la tierra, rescatarlos de su culpa e indiferencia, es la misión de los que siguen a Cristo. Los hombres deben tener la verdad a fin de ser santificados por ella, y nosotros somos los conductos de la luz de Dios. Nuestros talentos, nuestros recursos, nuestro conocimiento, no están destinados meramente a beneficiarnos a nosotros mismos; han de ser usados para la salvación de las almas, para elevar al hombre de su vida de pecado y traerle, por medio de Cristo, al Dios infinito.

Debemos trabajar celosamente en esta causa, tratando de conducir a los pecadores, arrepentidos y creyentes, a un Redentor divino, y de impresionarles con un sentimiento exaltado del amor de Dios hacia el hombre. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.” ¡Qué amor incomparable es éste! Es tema para la más profunda meditación. ¡El asombroso amor de Dios por un mundo que no le amaba! El pensar en él ejerce un poder subyugador sobre el alma, y pone a la mente cautiva de la voluntad de Dios. Los hombres que están locos por la ganancia, y se sienten desilusionados y desgraciados en su búsqueda del mundo, necesitan el conocimiento de esta verdad para satisfacer la inquieta hambre y sed de sus almas.

[246]

En vuestra gran ciudad se necesitan misioneros para Dios, que lleven la luz a los que están morando en sombras de muerte. Se necesitan manos expertas para que, en la mansedumbre de la sabiduría y la fuerza de la fe, eleven a las almas cansadas al seno de un Redentor compasivo. ¡Qué maldición es el egoísmo! Nos impide dedicarnos al servicio de Dios. Nos impide percibir las exigencias del deber, que debieran hacer arder nuestros corazones en celo ferviente. Todas

nuestras energías debieran ser dedicadas a la obediencia de Cristo. El dividir nuestro interés con los caudillos del error, es ayudar al bando del mal y conceder ventajas a nuestros enemigos. La verdad de Dios no conoce compromiso con el pecado, ni relación con el artificio, ni unión con la transgresión. Se necesitan soldados que siempre contesten al llamado y estén listos para entrar en acción inmediatamente, no aquellos que, cuando se necesitan, se encuentran ayudando al enemigo.

[247] La nuestra es una gran obra. Sin embargo, son muchos los que profesan creer estas verdades sagradas, pero están paralizados por los sofismas de Satanás y no hacen nada por la causa de Dios, sino que más bien la estorban. ¿Cuándo obrarán como quienes esperan al Señor? ¿Cuándo manifestarán un celo de acuerdo con su fe? Muchos retienen egoístamente sus recursos y tranquilizan su conciencia con la idea de hacer algo grande para la causa de Dios después de su muerte. Hacen un testamento por el cual legan una gran suma a la iglesia y sus diversos intereses, y luego se acomodan, con el sentimiento de que han hecho todo lo que se requería de ellos. ¿En qué se han negado a sí mismos por este acto? Por el contrario, han manifestado la misma esencia del egoísmo. Cuando ya no puedan usar el dinero, se proponen darlo a Dios. Pero lo retendrán durante tanto tiempo como puedan, hasta que estén obligados a abandonarlo por un mensajero que no puede ser despedido.

Un testamento tal es con frecuencia una evidencia de verdadera avaricia. Dios nos ha hecho a todos administradores suyos, y en ningún caso nos ha autorizado a descuidar nuestro deber o a dejarlo para que otros lo hagan. El pedido de recursos para fomentar la causa de la verdad no será nunca más urgente que ahora. Nuestro dinero no hará nunca mayor cantidad de bien que actualmente. Cada día de demora en invertirlo debidamente, está limitando el período en el cual resultará benéfico en la salvación de las almas. Si dejamos que otros efectúen aquello que Dios nos ha asignado a nosotros, nos perjudicamos a nosotros mismos y a Aquel que nos dió todo lo que tenemos. ¿Cómo pueden los demás hacer *nuestra* obra de benevolencia mejor que nosotros? Dios quiere que cada uno sea durante su vida, el ejecutor de su propio testamento en este asunto. La adversidad, los accidentes o la intriga, pueden suprimir para siempre los propuestos actos de benevolencia, cuando el que acumuló una

fortuna ya no está más para custodiarla. Es triste que tantos estén descuidando la actual áurea oportunidad de hacer bien, y aguarden hasta ser arrojados de su mayordomía antes de devolver al Señor los recursos que les prestó para que los empleasen para su gloria.

Una notable característica de las enseñanzas de Cristo, es la frecuencia y el fervor con los cuales reprendía el pecado de la avaricia, y señalaba el peligro de las adquisiciones mundanales y el amor desordenado de la ganancia. En las mansiones de los ricos, en el templo y en las calles, amonestaba a aquellos que indagaban por la salvación: “Mirad, y guardaos de toda avaricia.” “No podéis servir a Dios y a las riquezas.”

[248]

Es esta creciente devoción a ganar dinero, el egoísmo que engendra el deseo de ganancias, lo que priva a la iglesia del favor de Dios y embota la espiritualidad. Cuando la cabeza y las manos están constantemente ocupadas en hacer planes y trabajar para acumular riquezas, quedan olvidadas las exigencias de Dios y la humanidad. Si Dios nos ha bendecido con prosperidad, no es para que nuestro tiempo y nuestra atención sean apartados de él y dedicados a aquello que él nos prestó. El Dador es mayor que el don. No somos nuestros; hemos sido comprados con precio. ¿Hemos olvidado ese infinito precio pagado por nuestra redención? ¿Ha muerto la gratitud en nuestro corazón? ¿Acaso la cruz de Cristo no cubre de vergüenza una vida manchada de egoísta comodidad y complacencia propia?

¿Qué habría sucedido si Cristo, cansándose de la ingratitud y los ultrajes que por todas partes recibía, hubiese abandonado su obra? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese llegado al momento en que dijo: “Consumado es”? ¿Qué habría sucedido si hubiese regresado al cielo, desalentado por la recepción que se le diera? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese pasado, en el huerto de Getsemaní, por aquella agonía de alma que hizo brotar grandes gotas de sangre de sus poros?

En su trabajo por la redención de la especie humana, Cristo sentía la influencia de un amor sin parangón y de una devoción a la voluntad del Padre. Trabajó para beneficio del hombre hasta en la misma hora de su humillación. Pasó su vida en la pobreza y la abnegación por el degradado pecador. En un mundo que le pertenecía, no tuvo dónde reclinar la cabeza. Estamos recogiendo los frutos de su infinito sacrificio; y sin embargo, cuando se ha de

[249] trabajar, cuando se necesita nuestro dinero para ayudar en la obra del Redentor, en la salvación de las almas, rehuímos el deber y rogamos que se nos excuse. Una innoble pereza, una negligente indiferencia y un perverso egoísmo cierran nuestros sentidos a las exigencias de Dios.

¡Oh! ¿debió Cristo, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, llevar la pesada cruz, y la corona de espinas, y beber la amarga copa, mientras nosotros nos reclinamos cómodamente, glorificándonos a nosotros mismos y olvidando las almas por cuya redención murió derramando su preciosa sangre? No; demos mientras está en nuestro poder hacerlo. Obremos mientras tenemos fuerza. Trabajemos mientras es de día. Dedicemos nuestro tiempo y nuestros recursos al servicio de Dios, para obtener su aprobación y recibir su recompensa.

* * * * *

El más elocuente sermón que pueda predicarse acerca de la ley de los diez mandamientos, consiste en *ponerlos en práctica*. La obediencia debe ser hecha un deber personal. La negligencia de este deber, es un pecado sagrado. No sólo nos impone Dios la obligación de obtener el cielo nosotros mismos, sino de sentir nuestro deber en cuanto a mostrar el camino a otros, y, por medio de nuestro cuidado y amor desinteresado, conducir a Cristo a aquellos que estén dentro de la esfera de nuestra influencia. La singular ausencia de principios que caracteriza la vida de muchos de los que profesan ser cristianos, es alarmante. Su desprecio por la ley de Dios descorazona a aquellos que reconocen sus sagrados derechos y tiende a apartar de la verdad a aquellos que de otra manera la aceptarían. ... Si queremos descollar en excelencia moral y espiritual, debemos vivir para ello. Tenemos para con la sociedad la obligación personal de hacer esto, a fin de ejercer continuamente influencia en favor de la ley de Dios.—

[250] *Testimonies for the Church 4:58, 59.*

Capítulo 45—La prueba

Nuestros casos se hallan pendientes en el tribunal del cielo. Día tras día estamos rindiendo allí nuestras cuentas. Cada uno será recompensado según sus obras. Los holocaustos y sacrificios no eran aceptables para Dios en los tiempos antiguos, a menos que fuese correcto el espíritu con que se ofrecía el don. Samuel dijo: “¿Tiene Jehová tanto contentamiento con los holocaustos y víctimas, como en obedecer a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios; y el prestar atención que el sebo de los carneros.” Todo el dinero de la tierra no puede comprar la bendición de Dios, ni asegurarnos una sola victoria.

Muchos harían cualquier sacrificio menos el que *deben* hacer, que consiste en entregarse a sí mismos, en someter su voluntad a la voluntad de Dios. Cristo dijo a sus discípulos: “Si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.” Esta es una lección de humildad. Debemos todos llegar a ser humildes como niños a fin de heredar el reino de Dios.

Nuestro Padre celestial ve el corazón de los hombres, y conoce su carácter mejor que ellos mismos. Ve que algunos tienen susceptibilidades y facultades que, debidamente encauzadas, podrían ser empleadas para su gloria, para ayudar en el adelantamiento de su obra. El pone estas personas a prueba, y en su sabia providencia las coloca en diferentes posiciones y bajo diversas circunstancias, probándolas para que revelen lo que está en su corazón y los puntos débiles de su carácter, que para ellos mismos han estado ocultos. Les da oportunidad de corregir estas debilidades, de pulir las toscas esquinas de su naturaleza, y de prepararse para su servicio, a fin de que cuando él las llame a obrar estén listas y los ángeles del cielo puedan unir sus labores con el esfuerzo humano en la obra que debe ser hecha en la tierra. A los hombres a quienes Dios destina para ocupar puestos de responsabilidad, él en su misericordia les revela sus defectos ocultos a fin de que puedan mirar su interior y examinar con ojo crítico las complicadas emociones y manifestaciones de su

[251]

propio corazón, y notar lo que es malo; a fin de que puedan modificar su disposición y refinar sus modales. En su providencia, el Señor pone a los hombres donde él pueda probar sus facultades morales y revelar sus motivos de acción, a fin de que puedan mejorar lo que es bueno en ellos y apartar lo que es malo. Dios quiere que sus siervos se familiaricen con la maquinaria moral de su propio corazón. A fin de producir esto, con frecuencia permite que el fuego de la aflicción los asalte para que sean purificados. “¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar cuando él se mostrara? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata: porque limpiará los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata; y ofrecerán a Jehová ofrenda con justicia.”

La purificación del pueblo de Dios no puede lograrse sin que dicho pueblo soporte sufrimientos. Dios permite que los fuegos de la aflicción consuman la escoria, separen lo inútil de lo valioso, a fin de que el metal puro resplandezca. Nos hace pasar de un fuego a otro, probando nuestro verdadero valor. Si no podemos soportar estas pruebas, ¿qué haremos en el tiempo de angustia? Si la prosperidad o la adversidad descubren falsedad, orgullo o egoísmo en nosotros, ¿qué haremos cuando Dios pruebe la obra de cada uno como por fuego y revele los secretos de todo corazón?

La verdadera gracia está dispuesta a ser probada; y si estamos poco dispuestos a ser escudriñados por el Señor, nuestra condición es a la verdad grave. Dios es el refinador y purificador de las almas; en el calor del horno, la escoria queda para siempre separada del verdadero oro y plata del carácter cristiano. Jesús vigila la prueba. El sabe lo que es necesario para purificar el metal precioso a fin de que refleje el esplendor de su amor divino.

[252]

Dios trae a los suyos cerca de sí mediante pruebas difíciles, mostrándoles su propia debilidad e incapacidad, y enseñándoles a confiar en él como su única ayuda y salvaguardia. Así logra su objeto. Así quedan preparados para ser empleados en toda emergencia, para desempeñar importantes puestos de confianza, y para lograr los grandes propósitos para los cuales les fueron dadas sus facultades. Dios pone a los hombres a prueba; los prueba a la derecha y a la izquierda, y así son educados, preparados y disciplinados. Jesús, nuestro Redentor, representante y cabeza del hombre, soportó este

proceso de prueba. El sufrió más de lo que podemos ser llamados nosotros a sufrir. El llevó nuestras enfermedades y fué tentado en todo como nosotros. No lo sufrió por su propia culpa, sino por causa de nuestros pecados; y ahora, fiando en los méritos de nuestro Vencedor, podemos llegar a ser vencedores en su nombre.

La obra de refinamiento y purificación que Dios ejecuta, debe proseguir hasta que sus siervos estén tan humillados, tan muertos al yo que, cuando sean llamados al servicio activo, sean sinceros en buscar la gloria de Dios. Entonces él aceptará sus esfuerzos; no obrarán impetuosamente, por impulso; no se apresurarán y pondrán en peligro la causa del Señor, siendo esclavos de tentaciones y pasiones, ni seguirán sus propios intelectos carnales encendidos por Satanás. ¡Oh cuán terriblemente mancillada queda la causa de Dios por la perversa voluntad del hombre y su genio insumiso! ¡Cuánto sufrimiento trae él sobre sí al seguir sus propias y temerarias pasiones! Dios arroja vez tras vez a los hombres al suelo, aumentando la presión hasta que la perfecta humildad y una transformación de carácter los pongan en armonía con Cristo y el espíritu del cielo y sean vencedores sobre sí mismos.

Dios ha llamado a hombres de diferentes estados y los ha ido probando para ver qué carácter desarrollarían, para ver si se les podía confiar la guardia del fuerte en X..., y para ver si suplirían o no las deficiencias de los hombres que ya estaban allí, y si, viendo los fracasos que han hecho estos hombres, rehuirían el ejemplo de los que no son aptos para dedicarse a la sacratísima obra de Dios. El ha seguido a los hombres de X.. con continuas amonestaciones, reproches y consejos. Ha derramado gran luz sobre los que ofician en su causa allí, para que el camino les fuese claro. Pero si ellos prefieren seguir su propia sabiduría, despreciando la luz, como la despreció Saúl, se extraviarán seguramente y causarán mucha perplejidad a la causa. Delante de ellos han sido puestas la luz y las tinieblas, pero con demasiada frecuencia han elegido las tinieblas.

El mensaje de Laodicea se aplica al pueblo de Dios que profesa creer en la verdad presente. La mayor parte está constituida por tibios profesos, que tienen un nombre pero ningún celo. Dios indicó que quería, en el gran corazón de la obra, hombres que corrigiesen el estado de cosas que existía allí, y permaneciesen como fieles centinelas en su puesto del deber. Les ha dado luz en todo punto, para

[253]

instruirlos, estimularlos y confirmarlos, según lo requería su caso. Pero no obstante todo esto, los que debieran ser fieles y veraces, fervientes en el celo cristiano, de espíritu misericordioso, conociendo y amando fervientemente a Jesús, se encuentran ayudando al enemigo para debilitar y desalentar a aquellos a quienes Dios está empleando para fortalecer la obra. El término “tibio” se aplica a esta clase de personas. Profesan amar la verdad, pero son deficientes en la devoción y el fervor cristianos. No se atreven a abandonar del todo la verdad y correr el riesgo de los incrédulos; pero no están dispuestos a morir al yo y seguir de cerca los principios de su fe.

[254] Para los laodiceos la única esperanza consiste en una clara visión de su situación delante de Dios, en un conocimiento de la naturaleza de su enfermedad. No son ni fríos ni calientes; ocupan una posición neutral, y al mismo tiempo se lisonjean de que no les falta nada. El Testigo Fiel aborrece esta tibieza. Abomina la indiferencia de esta clase de personas. Dice él: “¡Ojalá fueses frío, o caliente!” Como el agua tibia, le causan náuseas. No son ni despreocupados ni egoístamente tercos. No se empeñan cabal y cordialmente en la obra de Dios, identificándose con sus intereses; sino que se mantienen apartados, y están listos para abandonar su puesto cuando lo exigen sus intereses personales mundanos. Falta en su corazón la obra interna de la gracia; de los tales se dice: “Tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo.”

La fe y el amor son las verdaderas riquezas, el oro puro que el Testigo Fiel les aconseja a los tibios que compren. Por ricos que seamos en los tesoros terrenales, toda nuestra riqueza no nos habilita para comprar los preciosos remedios que curan la enfermedad del alma que se llama tibieza. El intelecto y las riquezas terrenales son impotentes para suprimir los defectos de la iglesia de Laodicea, o para remediar su deplorable condición. Sus miembros eran ciegos, y sin embargo creían que nada les faltaba. El Espíritu de Dios no iluminaba sus mentes, y ellos no percibían su estado pecaminoso; por lo tanto, no sentían la necesidad de ayuda.

El no poseer las gracias del Espíritu es triste en verdad; pero es una condición aún más terrible el hallarse así destituido de la espiritualidad y de Cristo, y, sin embargo, tratar de justificarnos diciendo a aquellos que están alarmados por nosotros que no necesitamos sus

temores y compasión. ¡Terrible es el poder del engaño en la mente humana! ¡Qué ceguera la que pone la luz en lugar de las tinieblas y las tinieblas en lugar de la luz! El Testigo Fiel nos aconseja que compremos de él oro afinado en el fuego, vestiduras blancas y colirio. El oro recomendado aquí que ha sido probado en el fuego, es la fe y el amor. Enriquece el corazón, porque ha sido refinado hasta quedar puro, y cuanto más probado es, tanto más resplandece. La [255] vestidura blanca es la pureza de carácter, la justicia de Cristo impartida al pecador. Es a la verdad una vestidura de tejido celestial, que puede comprarse únicamente de Cristo, por una vida de obediencia voluntaria. El colirio es aquella sabiduría y gracia que nos habilitan para discernir entre lo malo y lo bueno, y para reconocer el pecado bajo cualquier disfraz. Dios ha dado a su iglesia ojos que él quiere sean ungidos con sabiduría para que vean claramente; pero muchos sacarían los ojos de la iglesia si pudiesen, porque no quieren que sus obras salgan a luz, no sea que resulten reprendidos. El colirio divino impartirá claridad al entendimiento. Cristo es el depositario de todas las gracias. El dice: “Yo te amonesto que de mí compres.”

Tal vez algunos digan que el esperar el favor de Dios por nuestras buenas obras es exaltar nuestros propios méritos. A la verdad, no podemos comprar una sola victoria con nuestras buenas obras; sin embargo, no podemos ser vencedores sin ellas. La compra que Cristo nos recomienda consiste tan sólo en cumplir con las condiciones que él nos ha dado. La verdadera gracia, que es de valor inestimable, y que soportará la prueba y la adversidad, se obtiene únicamente por la fe y por una obediencia humilde acompañada de oración. Las gracias que soportan las pruebas de la aflicción y la persecución, y la evidencia de su pureza y sinceridad, son el oro que es probado en el fuego y hallado puro. Cristo ofrece vender al hombre este precioso tesoro: “Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego.” El cumplimiento muerto y frío del deber no nos hace cristianos. Debemos salir de la condición tibia y experimentar una verdadera conversión, o no llegaremos al cielo.

Se me llamó la atención a la providencia de Dios entre su pueblo, y se me mostró que cada prueba del proceso de refinamiento y purificación impuesto a los que profesaban ser cristianos demostraba si algunos eran escoria. El oro fino no aparece siempre. En [256] toda crisis religiosa, algunos caen bajo la tentación. El zarandeo de

Dios aventa multitudes como hojas secas. La prosperidad multiplica una masa de personas que profesan la religión. La adversidad las elimina de la iglesia. El espíritu de esta clase no es firme en Dios. Se separan de nosotros porque no son de los nuestros; porque cuando la tribulación o la persecución surgen por causa de la palabra, muchos se escandalizan.

Recuerden los tales cuando, unos meses antes, estaban juzgando los casos de otros que se hallaban en condición similar a la que ahora ocupan. Recuerden cuidadosamente a qué dedicaron su atención respecto a aquellos que eran tentados. Si alguno les hubiese dicho que a pesar de su celo y trabajo para corregir a los otros se encontrarían a la larga en una posición similar de tinieblas, habrían dicho, como dijo Hazael al profeta: “¿Es tu siervo perro, que hará esta gran cosa?”

Se han engañado a sí mismos. Durante la calma, ¡qué firmeza manifiestan! Pero cuando se presentan las furiosas tempestades de las pruebas y las tentaciones, he aquí que sus almas naufragan. Puede que haya hombres que tengan excelentes dones, mucha capacidad, espléndidas cualidades; pero un defecto, un solo pecado albergado, resultará para el carácter en lo que resulta para el barco una tabla carcomida: en desastre y ruina completa.

[257]

Capítulo 46—El poder del amor

Desde el punto de vista mundanal, el dinero es poder, pero, desde el punto de vista del cristiano, el amor es poder. Hay fuerza intelectual y espiritual involucrada en este principio. El amor puro tiene eficacia especial para hacer bien, y no puede hacer sino bien. Impide la discordia y el sufrimiento, y produce la más genuina felicidad. La riqueza ejerce con frecuencia una influencia para corromper y destruir; la fuerza es poderosa para causar daño, pero la verdad y la bondad son propiedades del amor puro.

Sean la vigilancia y la oración vuestra salvaguardia diaria. Entonces los ángeles de Dios estarán en derredor vuestro para derramar clara y preciosa luz sobre vuestro intelecto y para sosteneros con su influencia celestial. Vuestra influencia sobre vuestros hijos y vuestra conducta para con ellos serán tales, que atraerán a aquellos santos visitantes a vuestra morada, a fin de asistirlos en vuestros esfuerzos para hacer que vuestra familia y vuestro hogar sean lo que Dios quiere que sean. Cuando intentáis abrirlos camino independientemente, los ángeles celestiales son rechazados y se retraen de vuestra presencia con pesar, dejándoos luchar solos.

[258]

Capítulo 47—La obediencia voluntaria

Abrahán era anciano cuando recibió de Dios la sorprendente orden de ofrecer a su hijo Isaac en holocausto. Abrahán era considerado anciano aún en su generación. El ardor de su juventud se había desvanecido. Ya no era para él fácil soportar las penurias y afrontar peligros. En el vigor de la juventud, el hombre puede hacer frente a la tormenta con orgullosa conciencia de su fuerza, y elevarse por encima de los desalientos que harían desfallecer su corazón más tarde en la vida, cuando sus pasos se dirigen vacilantes hacia la tumba.

Pero en su providencia. Dios reservó su última y más penosa prueba para Abrahán hasta que la carga de los años le oprimía y él anhelaba descansar de la ansiedad y los afanes. El Señor le habló diciendo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, ... y ofrécelo. ... en holocausto.” El corazón del anciano se paralizó de horror. La pérdida de ese hijo por enfermedad habría partido el corazón del amante padre, habría doblegado su encanecida cabeza con pesar; pero ahora se le ordenaba que derramase la sangre preciosa de aquel hijo por su propia mano. Ello le parecía una terrible imposibilidad.

Sin embargo, Dios había hablado, y él debía obedecer a su palabra. Abrahán estaba cargado de años, pero esto no le disculpaba de cumplir su deber. Tomó el bordón de la fe, y con muda agonía tomó de la mano a su hijo, hermoso y rosado, lleno de salud y juventud, y salió para obedecer a la palabra de Dios. El anciano y gran patriarca era humano; sus pasiones y afectos eran como los nuestros, y amaba a su hijo, que era el solaz de su vejez y a quien había sido dada la promesa del Señor.

[259] Pero Abrahán no se detuvo a preguntar cómo se cumplirían las promesas de Dios si se daba muerte a Isaac. No se detuvo a razonar con su corazón dolido, sino que ejecutó la orden divina al pie de la letra, hasta que, precisamente cuando estaba por hundir su cuchillo en las palpitantes carnes del niño, llegó la orden: “No extiendas tu

mano sobre el muchacho, ... que ya conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único.”

Este gran acto de fe está registrado en las páginas de la historia sagrada para que resplandezca sobre el mundo como ilustre ejemplo hasta el fin del tiempo. Abrahán no alegó que su vejez le disculpaba de obedecer a Dios. No dijo: “Mi cabello ha encanecido, ha desaparecido el vigor de mi virilidad; ¿quién consolará mi desfalleciente vida cuando Isaac no exista más? ¿Cómo puede un anciano padre derramar la sangre de su hijo unigénito?” No; Dios había hablado, y el hombre debía obedecer sin preguntas, murmuraciones ni desmayos en el camino.

Necesitamos la fe de Abrahán en nuestras iglesias hoy, para iluminar las tinieblas que se acumulan en derredor de ellas, oscureciendo la suave luz del amor de Dios y atrofiando el sentimiento espiritual. La edad no nos excusará nunca de obedecer a Dios. Nuestra fe debe ser prolífica en buenas obras, porque la fe sin las obras es muerta. Cada deber cumplido, cada sacrificio hecho en el nombre de Jesús, produce una excelsa recompensa. En el mismo acto del deber, Dios habla, y da su bendición. Pero requiere de nosotros que le entreguemos completamente nuestras facultades. La mente y el corazón, el ser entero, deben serle dados, o no llegaremos a ser verdaderos cristianos.

Dios no ha privado al hombre de nada que pueda asegurarle riquezas eternas. Ha revestido la tierra de belleza, y la ha ordenado para su uso y comodidad durante su vida temporal. Dió a su Hijo para que muriese por la redención de un mundo que había caído por el pecado y la insensatez. Un amor tan incomparable, y un sacrificio tan infinito, exigen nuestra obediencia más estricta, nuestro amor más santo, nuestra fe ilimitada. Sin embargo, todas estas virtudes, ejercidas en toda su mayor extensión, no pueden compararse nunca con el gran sacrificio que fué ofrecido por nosotros. [260]

Dios requiere pronta e implícita obediencia a su ley; pero los hombres están dormidos o paralizados por los engaños de Satanás, quien les sugiere excusas y subterfugios, y vence sus escrúpulos, diciendo, como dijo a Eva en el huerto: “No moriréis.” La desobediencia no sólo endurece el corazón y la conciencia del culpable, sino que tiende a corromper la fe de los demás. Lo que les parecía muy malo al principio, pierde gradualmente esta apariencia al estar

constantemente delante de ellos, hasta que finalmente dudan de que sea realmente un pecado, e inconscientemente caen en el mismo error.

Por Samuel, Dios ordenó a Saúl que fuera e hiriese a los amalecitas y destruyese completamente todas sus posesiones. Pero Saúl obedeció tan sólo parcialmente la orden; destruyó el ganado inferior, pero se reservó el mejor y perdonó la vida al perverso rey. Al día siguiente recibió al profeta Samuel lisonjeándose y congratulándose. “Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido la palabra de Jehová.” Pero el profeta contestó inmediatamente: “¿Pues qué balido de ganados y bramido de bueyes es éste que yo oigo con mis oídos?”

Saúl quedó confuso, y trató de rehuir la responsabilidad contestando: “De Amalec *los* han traído; porque *el pueblo* perdonó a lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios; pero lo demás lo destruimos.” Samuel entonces reprendió al rey, recordándole la orden explícita que Dios le diera de destruir todas las cosas pertenecientes a Amalec. Señaló su transgresión, y declaró que había desobedecido al Señor. Pero Saúl se negó a reconocer que había hecho mal; volvió a disculpar su pecado, alegando que se había reservado el mejor ganado para sacrificarlo a Jehová.

[261]

El corazón de Samuel fué agraviado por la persistencia con que el rey se negaba a ver y confesar su pecado. Preguntó con tristeza: “¿Tiene Jehová tanto contentamiento con los holocaustos y víctimas, como en obedecer a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios; y el prestar atención que el sebo de los carneros: porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría el infringir. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey.”

No debiéramos mirar de frente al deber y demorar el cumplimiento de sus demandas. Una demora tal da tiempo a la duda; la incredulidad se desliza en el corazón, el juicio queda pervertido, y el entendimiento obscurecido. Al fin, las reprensiones del Espíritu de Dios no llegan al corazón de la persona seducida, quien ha quedado tan ciega que piensa que dichas reprensiones no pueden serle destinadas ni aplicarse a su caso.

El precioso tiempo de gracia está pasando y pocos se dan cuenta de que les es dado con el propósito de que se preparen para la eternidad. Malgastan las áureas horas en búsquedas mundanales, en

placeres, en absoluto pecado. Desprecian y olvidan la ley de Dios; sin embargo, cada estatuto no deja por ello de estar en vigor. Cada transgresión recibirá su castigo. El amor a la ganancia mundanal conduce a la profanación del sábado; sin embargo, las exigencias de ese santo día no están abrogadas ni disminuidas. La orden de Dios es clara e implícita en este punto; nos ha prohibido perentoriamente que trabajemos en el séptimo día. Lo ha puesto aparte como día santificado para él.

Muchos son los obstáculos que hay en la senda de los que quieren andar en obediencia a los mandamientos de Dios. Hay fuertes y sutiles influencias que los vinculan con los caminos del mundo. Pero el poder del Señor puede romper esas cadenas. El suprimirá todo obstáculo delante de los pies de sus fieles, o les dará fuerza y valor para vencer toda dificultad, si buscan fervientemente su ayuda. Todas las obstrucciones se desvanecerán delante de un ferviente deseo y un esfuerzo persistente para hacer la voluntad de Dios a cualquier costo para uno mismo, aun cuando se hubiese de sacrificar la vida misma. La luz del Cielo iluminará las tinieblas de aquellos que, en las pruebas y perplejidades, vayan adelante mirando a Jesús como el autor y consumidor de su fe.

[262]

En los tiempos antiguos, Dios habló a los hombres por boca de los profetas y apóstoles. En estos días les habla por los testimonios de su Espíritu. Nunca hubo un tiempo en el que Dios instruyera a los suyos con más fervor que ahora en lo que respecta a su voluntad y la conducta que quiere verles seguir. Pero, ¿aprovecharán de sus enseñanzas? ¿Recibirán sus reprensiones y oirán sus amonestaciones? Dios no aceptará ninguna obediencia parcial; no sancionará ninguna transigencia con el yo.

[263]

Capítulo 48—La necesidad de la armonía

El espíritu de Dios no habitará donde haya desunión y contención entre los creyentes en la verdad. Aun cuando no se expresen estos sentimientos, se poseionan del corazón y ahuyentan la paz y el amor que deben caracterizar a la iglesia cristiana. Son el resultado del egoísmo en su sentido más pleno. Este mal puede asumir la forma de una desordenada estima propia, o de un indebido anhelo de la aprobación ajena, aun cuando esta aprobación no sea merecida. Los que profesan amar a Dios y guardar sus mandamientos, deben renunciar a la exaltación propia, o no pueden esperar ser bendecidos por su favor divino.

La influencia moral y religiosa del Instituto Sanitario debe ser elevada para recibir la aprobación del Cielo. La complacencia del egoísmo hará ciertamente que el Espíritu de Dios se retire agraviado del lugar. Los médicos, el superintendente y sus ayudantes deben trabajar armoniosamente en el espíritu de Cristo, estimando cada uno a los demás como mejores que sí mismo.

El apóstol Judas dice: “Recibid a los unos en piedad, discerniendo.” Este discernimiento no debe ejercerse en espíritu de favoritismo. No debe apoyarse al espíritu que implica: “Si Vd. me favorece, le favoreceré también.” Esta es una política mundana y profana que desagrada a Dios. Induce a hacer favores y rendir admiración por causa de la ganancia. Manifiesta parcialidad hacia algunos, con la expectativa de obtener ventajas por su medio. Nos induce a tratar de obtener su buena voluntad por la indulgencia, a fin de que seamos tenidos en mayor estima que otros tan dignos como nosotros. Es difícil para uno mismo ver sus propios errores; pero cada uno debe darse cuenta de cuán cruel es el espíritu de envidia y rivalidad, desconfianza, censura y disensión.

[264]

Llamamos a Dios nuestro Padre; aseveramos ser hijos de una misma familia; y cuando manifestamos la disposición a disminuir el respeto e influencia de otros para elevarnos a nosotros mismos, agradamos al enemigo y agraviamos a Aquel a quien profesamos

seguir. La ternura y la misericordia que Cristo ha revelado en su propia vida preciosa, deben ser para nosotros ejemplo de la manera en que debemos tratar a nuestros semejantes y especialmente a los que son nuestros hermanos en Cristo.

Dios nos está beneficiando continuamente, pero somos demasiado indiferentes a sus favores. Hemos sido amados con ternura infinita, y sin embargo, muchos de los nuestros tienen poco amor unos hacia otros. Somos demasiado severos para con aquellos a quienes suponemos están en error, y somos muy sensibles a la menor censura o duda expresada respecto de nuestra propia conducta.

Se hacen inferencias y se lanzan críticas de unos a otros; pero al mismo tiempo los que expresan estas inferencias y críticas son ciegos respecto de sus propios fracasos. Otros pueden ver sus errores, pero ellos no los pueden ver. Estamos recibiendo diariamente las bondades del cielo, y debe brotar de nuestro corazón una amante gratitud hacia Dios, que nos haga simpatizar con nuestros vecinos y hacer nuestros sus intereses. El pensar y meditar en la bondad de Dios hacia nosotros cerraría las puertas del alma a las sugerencias de Satanás.

Diariamente queda comprobado el amor de Dios hacia nosotros; y sin embargo, no pensamos en sus favores y somos indiferentes a sus súplicas. Él trata de impresionarnos con su espíritu de ternura, su amor y tolerancia; pero apenas si reconocemos los indicios de su bondad y poco nos percatamos de la lección de amor que él desea que aprendamos. Algunos, como Amán, olvidan todos los favores de Dios, porque Mardoqueo está delante de ellos y no es castigado; porque sus corazones están llenos de enemistad y odio, más bien que de amor, el espíritu de nuestro amado Redentor, que dió su preciosa vida por sus enemigos. Profesamos tener el mismo Padre, estar dirigiéndonos a la misma patria inmortal, disfrutar de la misma solemne fe y creer el mismo mensaje de prueba, y sin embargo, muchos están en disensión unos con otros como niños rencillosos. Algunos que están trabajando en el mismo ramo de la obra tienen divergencias con otros; y, por lo tanto, están en divergencia con el Espíritu de Cristo.

El amor a la alabanza ha corrompido muchos corazones. Los que han estado relacionados con el Instituto Sanitario han manifestado a veces un espíritu de censura para con los planes trazados; y Satanás

les ha hecho ejercer influencia sobre otras mentes, que los aceptaron a ellos como sin culpa, mientras que acusaban a quienes eran inocentes de haber errado. Es un espíritu perverso el que se deleita en la vanidad de las obras propias, el que se jacta de sus excelentes cualidades, que trata de hacer aparecer a los otros como inferiores, a fin de exaltarse a sí mismo, pretendiendo más gloria que lo que el frío corazón está dispuesto a dar a Dios. Los discípulos de Cristo oirán las instrucciones del Maestro. El nos ha ordenado que nos amemos unos a otros como él nos amó. La religión está fundada en el amor a Dios, el cual también nos induce a amarnos unos a otros. Está llena de gratitud, humildad, longanimidad. Es abnegada, tolerante, misericordiosa y perdonadora. Santifica toda la vida, y extiende su influencia sobre los demás.

[266] Los que aman a Dios no pueden abrigar odio o envidia. Mientras que el principio celestial del amor eterno llena el corazón, fluirá a los demás, no simplemente porque se reciban favores de ellos, sino porque el amor es el principio de acción, y modifica el carácter, gobierna los impulsos, domina las pasiones, subyuga la enemistad y eleva y ennoblece los afectos. Este amor no se reduce a incluir solamente “a mí y a los míos,” sino que es tan amplio como el mundo y tan alto como el cielo, y está en armonía con el de los activos ángeles. Este amor, albergado en el alma, suaviza la vida entera, y hace sentir su influencia en todo su alrededor. Poseyéndolo, no podemos sino ser felices, sea que la fortuna nos favorezca o nos sea contraria. Si amamos a Dios de todo nuestro corazón, debemos amar también a sus hijos. Este amor es el Espíritu de Dios. Es el adorno celestial que da verdadera nobleza y dignidad al alma y asemeja nuestra vida a la del Maestro. Cualesquiera que sean las buenas cualidades que tengamos, por honorables y refinados que nos consideremos, si el alma no está bautizada con la gracia celestial del amor hacia Dios y hacia nuestros semejantes, nos falta verdadera bondad, y no estamos listos para el cielo, donde todo es amor y unidad.

Algunos que antes amaban a Dios y vivían gozándose diariamente en sus favores, están ahora en continua agitación. Vagan en las tinieblas y una lóbreguez desesperante, porque están nutriendo al yo. Se están esforzando tanto por favorecerse a sí mismos que todas las demás consideraciones quedan anonadadas en este esfuerzo. Dios,

en su providencia, quiso que ninguno pudiera obtener felicidad viviendo sólo para sí. El gozo de nuestro Señor consistía en soportar trabajos y oprobios por los demás, a fin de que pudiese por ello beneficiarlos. Podemos ser felices al seguir su ejemplo, y vivir para beneficiar a nuestros semejantes.

Nuestro Señor nos invita a tomar su yugo y llevar su carga. Al hacerlo, podemos ser felices. Al llevar el yugo que nos imponamos nosotros mismos y nuestras propias cargas, no hallamos descanso; pero al llevar el yugo de Cristo, encontramos descanso para el alma. Los que quieran hacer una gran obra para el Maestro, pueden encontrarla precisamente donde están, haciendo bien y olvidándose de sí mismos, siendo abnegados, recordando a los demás y llevando alegría dondequiera que vayan.

Es muy necesario que la compasiva ternura de Cristo sea manifestada en todas las ocasiones y todos los lugares; no me refiero a aquella ciega simpatía que transigiría con el pecado y permitiría que el mal obrar acarrease oprobio a la causa de Dios, sino a aquel amor que es el principio dominante de la vida, que fluye naturalmente hacia los otros en buenas obras, recordando que Cristo dijo: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis.” [267]

Los que están en el Instituto Sanitario están empeñados en una gran obra. Durante la vida de Cristo, los enfermos y afligidos eran objeto de su cuidado especial. Cuando él envió a sus discípulos les ordenó sanar a los enfermos, como también predicar el evangelio. Cuando mandó los setenta, les ordenó que sanasen a los enfermos, y luego les predicasen que el reino de Dios se había acercado. La salud física era lo primero que se había de cuidar, a fin de que ello preparase las mentes para ser alcanzadas por aquellas verdades que los apóstoles habían de predicar.

El Salvador del mundo dedicó más tiempo y trabajos a sanar a los afligidos por enfermedades que a predicar. Su última orden a sus apóstoles, representantes suyos en la tierra, era que impusieran las manos a los enfermos para que sanasen. Cuando venga el Maestro, elogiará a aquellos que hayan visitado a los enfermos y aliviado las necesidades de los afligidos.

Somos tardos en aprender la poderosa influencia de las cosas pequeñas, y su relación con la salvación de las almas. En el Instituto

Sanitario, los que desean ser misioneros, tienen un gran campo en el cual trabajar. Dios no quiere que algunos de nosotros constituyan una minoría privilegiada, que sean considerados con gran deferencia, mientras se descuida a los demás. Jesús era la Majestad del cielo; sin embargo se rebajó a ministrarse a los más humildes, sin consideración de personas ni posición.

[268] Los que tienen todo su corazón en el trabajo, hallarán en el Instituto Sanitario bastante que hacer para el Maestro en el alivio de aquellos que sufren y se hallan bajo su cuidado. Nuestro Señor, después de realizar el trabajo más humillante por sus discípulos, les recomendó que siguiesen su ejemplo. Esto había de recordarles constantemente que no debían sentirse superiores al más humilde santo.

Los que profesan nuestra exaltada fe, que guardan los mandamientos de Dios y esperan la pronta venida de nuestro Señor, deben ser distintos y separados del mundo que los rodea, deben ser un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Entre las peculiaridades que deben distinguir al pueblo de Dios del mundo, en estos postreros días, se cuenta su humildad y mansedumbre. “Aprended de mí—dice Cristo,—que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.” Tal es el reposo que tantos anhelan y para cuya obtención gastan vanamente tiempo y dinero. En vez de albergar la ambición de ser iguales a otros en honra y posición, o tal vez superiores, debemos tratar de ser humildes y fieles siervos de Cristo. El espíritu de engrandecimiento propio creó contención entre los apóstoles aun mientras Cristo estaba con ellos. Disputaban acerca de quién era el mayor entre ellos. Jesús se sentó, y llamando a los doce, les dijo: “Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos.”

Cuando la madre de dos hijos presentó una petición para que sus hijos fueran favorecidos en manera especial, sentándose el uno a su derecha y el otro a su izquierda en su reino. Jesús les hizo comprender que la honra y gloria de su reino iban a ser el reverso de la gloria y honra de este mundo. Cualquiera que desee ser grande, debe ser un humilde siervo de los demás; y todo aquel que desee ser el principal debe ser el siervo, así como el Hijo de Dios era ministro y siervo de los hijos de los hombres.

Además, nuestro Salvador enseñó a sus discípulos a no desear posiciones y nombres. “No queráis ser llamados Rabbí; ... ni seáis llamados maestros. ... El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se ensalzare, será humillado.” Jesús citó al doctor de la ley el sagrado código dado en el Sinaí: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mismo.” Le dijo que si hacía esto, entraría en la vida. [269]

“A tu prójimo como a ti mismo.” Surge la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” Su respuesta es la parábola del buen samaritano, la cual nos enseña que cualquier ser humano que necesita nuestra simpatía y nuestros buenos servicios, es nuestro prójimo. Los dolientes e indigentes de todas clases son nuestros prójimos; y cuando llegamos a conocer sus necesidades, es nuestro deber aliviarlas en cuanto sea posible. En esta parábola se saca a luz un principio que todos los que siguen a Cristo debieran adoptar. Suplid primero las necesidades temporales de los menesterosos, aliviad sus menesteres y sufrimientos físicos, y luego hallaréis abierta la puerta del corazón, donde podréis implantar las buenas semillas de virtud y religión.

A fin de ser felices, debemos luchar por alcanzar aquel carácter que Cristo manifestó. Una notable peculiaridad de Cristo era su abnegación y benevolencia. El no vino a buscar lo suyo. Anduvo haciendo bien, y esto era su comida y bebida. Siguiendo el ejemplo del Salvador, podemos estar en santa comunión con él; y tratando diariamente de imitar su carácter y seguir su ejemplo, seremos una bendición para el mundo, y obtendremos para nosotros contentamiento aquí y recompensa eterna en la otra vida. [270]

Capítulo 49—El carácter sagrado de los mandamientos de Dios.

Muy respetable Hno. K: En enero de 1875 me fué mostrado que hay impedimentos en el camino de la prosperidad espiritual de la iglesia. El Espíritu de Dios está agraviado porque muchos no son como debieran ser en su corazón y en su vida. La fe que profesan no está en armonía con sus obras. No observan como debieran el sagrado día de reposo del Señor. Cada semana roban a Dios cometiendo alguna usurpación de los extremos de su santo tiempo; y dedican a empleos mundanales las horas que debieran dedicar a la oración y meditación.

Dios nos ha dado sus mandamientos, no sólo para que creamos en ellos, sino para que los acatemos. El gran Jehová, cuando hubo echado los cimientos de la tierra, y hubo adornado al mundo entero con su manto de belleza y lo hubo llenado de cosas útiles al hombre; cuando hubo creado todas las maravillas de la tierra y del mar, instituyó el sábado y lo santificó. Dios bendijo y santificó el séptimo día porque había descansado en él de toda su maravillosa obra de la creación. El sábado fué hecho para el hombre, y Dios quiere que él aparte de sí su trabajo en este día, así como él descansó después de trabajar seis días en la creación.

Los que reverencian los mandamientos de Jehová, cuando les haya sido dada la luz con referencia al cuarto precepto del Decálogo, lo obedecerán sin averiguar la posibilidad o conveniencia de una obediencia tal. Dios hizo al hombre a su imagen, y luego le dió un ejemplo observando el séptimo día que había santificado. Ordenó que en aquel día el hombre le adorase y no se entregase a ninguna ocupación mundana. Nadie que desprecie el cuarto mandamiento, después de haber recibido luz acerca de las exigencias del sábado, puede ser tenido por inocente a la vista de Dios.

[271] Hno. K. Vd. reconoce lo requerido por Dios en cuanto a guardar el sábado, pero sus obras no están en armonía con lo que declara ser su fe. Vd. presta su influencia al bando incrédulo, por cuanto

Vd. transgrede la ley de Dios. Cuando sus circunstancias temporales parecen requerir atención, Vd. viola el cuarto mandamiento sin compunción. Hace de la observancia de la ley de Dios asunto de conveniencia, obedeciendo o desobedeciendo según lo exijan sus negocios o su inclinación. Esto no es honrar el sábado como institución sagrada. Vd. agravia al Espíritu de Dios y deshonra a su Redentor al seguir esta conducta temeraria.

Una observancia parcial de la ley del sábado no es aceptada por el Señor, y ejerce peor efecto sobre la mente de los pecadores que si no profesara ser observador del sábado. Ellos perciben que su vida contradice su creencia, y pierden la fe en el cristianismo. El Señor quiere decir lo que expresa, y el hombre no puede poner impunemente a un lado sus mandamientos. El ejemplo de Adán y Eva en el huerto, nos amonesta suficientemente contra cualquier desobediencia de la ley divina. El pecado de nuestros primeros padres al escuchar las especiosas tentaciones del enemigo, trajo la culpa y el pesar sobre el mundo, y obligó al Hijo de Dios a abandonar las cortes reales del cielo y asumir un humilde lugar en la tierra. Fué sometido a los insultos, a los rechazos y a la crucifixión, por aquellos mismos a quienes venía a bendecir. ¡Qué costo infinito acompañó a aquella desobediencia en el huerto de Edén! La Majestad del cielo fué sacrificada para salvar al hombre de la penalidad de su crimen.

Dios no pasará por alto ninguna transgresión de su ley, ni la considerará con más ligereza ahora que en el día en que pronunció el juicio contra Adán. El Salvador del mundo alza su voz y protesta contra aquellos que consideran los mandamientos divinos con descuido e indiferencia. El dice: “Cualquiera que infringiere uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos: mas cualquiera que hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos.” La enseñanza de nuestra vida es completamente en favor de la verdad o contra ella. Si nuestras obras parecen justificar al transgresor en su pecado, si nuestra influencia resta importancia a la violación de los mandamientos de Dios, entonces no sólo somos culpables nosotros mismos, sino que hasta cierto punto somos responsables de los consiguientes errores ajenos.

En el mismo principio del cuarto precepto. Dios dijo: “Acordarte has,” sabiendo que el hombre, en la multitud de sus cuidados y

perplejidades, se vería tentado a excusarse de satisfacer los plenos requisitos de la ley, o, en el apremio de los negocios mundanales, se olvidaría de su importancia sagrada. “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra,” es decir, los quehaceres usuales de la vida, para las ganancias mundanales o el placer. Estas palabras son muy explícitas; no puede haber error. Hermano K. ¿cómo se atreve Vd. a transgredir un mandamiento tan solemne e importante? ¿Ha hecho el Señor una excepción por la cual Vd. queda absuelto de la ley que él ha dado al mundo? ¿Son sus transgresiones omitidas del libro de registro? ¿Ha convenido él en excusar su desobediencia cuando las naciones se presenten delante de él para el juicio? No se engañe Vd. por un momento con el pensamiento de que su pecado no traerá su merecido castigo. Sus transgresiones serán castigadas con la vara, porque Vd. tuvo la luz, y sin embargo anduvo directamente de un modo contrario a ella. “Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor, y no se apercibió, ni hizo conforme a su voluntad, será azotado mucho.”

Dios dió al hombre seis días en los cuales hacer su trabajo, y llevar a cabo los quehaceres comunes de la vida; pero él pide un día, que él puso aparte y santificó. Lo da al hombre como día en el cual pueda descansar de su trabajo y dedicarse al culto y al mejoramiento de su condición espiritual. ¡Qué flagrante ultraje es de parte del hombre robar el día santificado de Jehová, y apropiárselo para sus propósitos egoístas!

[273]

Es de parte del hombre mortal la más grosera presunción aventurarse en un compromiso con el Todopoderoso a fin de asegurar sus propios intereses temporales mezquinos. El emplear ocasionalmente el sábado para los negocios seculares, es una violación tan flagrante de la ley como el rechazarlo enteramente: porque es hacer de los mandamientos del Señor un asunto de conveniencia. “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso,” es lo que repercute con voz de trueno desde el Sinaí. Ninguna obediencia parcial, ningún interés dividido, es aceptado por Aquel que declara que las debilidades de los padres serán castigadas en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen, y que manifestará misericordia en millares de generaciones a aquellos que le aman y guardan sus mandamientos. No es asunto pequeño robar a un vecino, y grande es el estigma impuesto a aquel que es hallado culpable de semejante acto; sin em-

bargo, el que despreciaría el defraudar a sus semejantes, robará sin vergüenza alguna a su Padre celestial del tiempo que ha bendecido y apartado con un propósito especial.

Estimado hermano, sus obras difieren de la fe que profesa, y su única excusa es la miserable excusa de la conveniencia. En los tiempos pasados, los siervos de Dios fueron llamados a deponer la vida para vindicar su fe. Su conducta armoniza mal con la de los mártires cristianos, que sufrieron hambre y sed, tortura y muerte, antes que renunciar a su religión, o a los principios de la verdad.

Escrito está: “¿Qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” Cada vez que Vd. dedica sus manos a trabajar en sábado, niega virtualmente su fe. Las Sagradas Escrituras nos enseñan que la fe sin obras es muerta, y que el testimonio de la vida de uno proclama al mundo si uno es fiel o no a la fe que profesa. Su conducta rebaja la ley de Dios en la estima de sus amigos mundanos. Por ella Vd. les dice: “Vosotros podéis obedecer a los mandamientos o no obedecerlos. Yo creo que la ley de Dios es, en cierto modo, obligatoria para los hombres; pero al fin y al cabo, el Señor no es tan escrupuloso que exija una observancia estricta de sus preceptos, y una transgresión ocasional no es castigada con severidad de su parte.” [274]

Muchos se excusan por violar el sábado, refiriéndose al ejemplo suyo. Arguyen que si un hombre tan bueno, que cree que el séptimo día es el día de reposo, puede dedicarse a empleos mundanales en ese día cuando las circunstancias parecen requerirlo, seguramente ellos pueden hacer lo mismo sin ser condenados. Muchas almas se encararán con Vd. en el día del juicio, presentando su influencia como excusa por su desobediencia a la ley de Dios. Aunque esto no disculpará su pecado, será una terrible cuenta contra Vd.

Dios ha hablado, y él quiere que el hombre obedezca. No pregunta si le es conveniente hacerlo. El Señor de la vida y de la gloria no consultó su conveniencia o placer cuando dejó su posición de alta jerarquía para venir a ser varón de dolores y experimentado en quebranto, aceptando la ignominia y la muerte a fin de librar al hombre de las consecuencias de su desobediencia. Jesús murió, no para salvar al hombre *en* sus pecados, sino *de* sus pecados. El hombre ha de abandonar el error de sus caminos, seguir el ejemplo de Cristo,

tomar su cruz y seguirle, negándose a sí mismo y obedeciendo a Dios a todo costo.

[275] Dijo Jesús: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mammón.” Si somos verdaderos siervos de Dios, no habrá en nuestra mente duda alguna acerca de si vamos a obedecer sus mandamientos o consultar nuestros propios intereses temporales. Si los que creen en la verdad no son sostenidos por su fe en estos días comparativamente apacibles, ¿qué los sostendrá cuando venga la gran prueba y sea promulgado el decreto contra aquellos que no quieren adorar la imagen de la bestia y recibir su marca en su frente o en sus manos? Este tiempo solemne no está lejos. En vez de volverse débiles e irresolutos, los hijos de Dios deben cobrar fuerzas y valor para el tiempo de tribulación.

Jesús, nuestro gran Ejemplo, en su vida y muerte, enseñó la más estricta obediencia. Murió, el justo por los injustos, el inocente por los culpables, a fin de que fuese preservado el honor de la ley de Dios, y no obstante, no pereciese completamente el hombre. El pecado es la transgresión de la ley. Si el pecado de Adán produjo tan indecible sufrimiento y requirió el sacrificio del amado Hijo de Dios, ¿cuál será el castigo de los que viendo la luz de la verdad, anulan el cuarto mandamiento del Señor?

Las circunstancias no justificarán a nadie por trabajar el sábado por amor a la ganancia mundanal. Si Dios excusa a un hombre, puede excusarlos a todos. ¿Por qué no habría de trabajar en sábado para ganarse la vida el Hno. L., que es pobre, cuando al hacerlo podría sostener mejor su familia? ¿Por qué no podrían los otros hermanos, o todos nosotros, guardar el sábado únicamente cuando es conveniente hacerlo? La voz del Sinaí responde: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios.”

Las malas acciones perpetradas por los que creen en la verdad, imponen gran debilidad a la iglesia. Son piedras de tropiezo en el camino de los pecadores, y les impiden venir a la luz. Hermano, Dios le llama a ponerse completamente de su lado, y a dejar que sus obras muestren que Vd. respeta sus preceptos y tiene por inviolable al sábado. El le invita a despertar y reconocer su deber, y a ser fiel a las responsabilidades que le incumben. Estas solemnes palabras le son dirigidas: “Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad

en mi día santo, y al sábado llamares delicias, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras: entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre: porque la boca de Jehová lo ha hablado.”

[276]

Como muchos de nuestros hermanos, Vd. se está enredando con los transgresores de la ley de Dios, mirando los asuntos desde su punto de vista y cayendo en sus errores. Dios visitará con sus juicios a aquellos que profesan servirle, y en realidad sirven a Mammón. Los que desprecian la expresa orden del Señor para obtener ventajas personales, están acumulando desgracias futuras sobre sí mismos. La iglesia de * * * debe inquirir detenidamente para ver si no ha hecho del templo de Dios, como los judíos, un lugar de comercio. Cristo dijo: “Mi casa, casa de oración será llamada, mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho.”

¿No están muchos de los nuestros cayendo en el pecado de sacrificar su religión a la ganancia mundanal, conservando una forma de piedad, y sin embargo, dedicando toda su mente a las ocupaciones temporales. La ley de Dios debe ser considerada ante todo y obedecida en el espíritu y en la letra. Si la palabra de Dios, hablada en pavorosa solemnidad desde el santo monte, es considerada livianamente, ¿cómo serán recibidos los testimonios de su Espíritu? Las mentes que están tan entenebrecidas que no reconocen la autoridad de los mandamientos del Señor, dados directamente al hombre, pueden recibir poco beneficio del débil instrumento elegido por él para instruir a su pueblo.

Su edad no le disculpa a Vd. por no obedecer a los mandatos divinos. Abrahán fué probado estrictamente en su vejez. Al anciano afligido parecían terribles e inoportunas las palabras del Señor; mas nunca puso en duda su justicia ni vaciló en su obediencia. Podría haber alegado que era anciano y débil, y que no podía sacrificar al hijo que era el gozo de su vida. Podría haber recordado al Señor que esta orden contrariaba las promesas que le había hecho respecto de su hijo. Pero Abrahán obedeció sin una queja ni un reproche. Su confianza en Dios fué implícita.

[277]

La fe de Abrahán debe ser nuestro ejemplo; sin embargo, cuán pocos soportarán pacientemente una simple prueba de reprensión por los pecados que hacen peligrar su bienestar eterno. Cuán pocos

reciben la corrección con humildad, y aprovechan de ella. La exigencia de Dios respecto de nuestra fe, nuestros servicios, nuestros afectos, debe recibir una respuesta alegre. Tenemos una deuda infinita para con el Señor, y debemos cumplir sin vacilación el menor de sus requisitos. A fin de violar los mandamientos, no es necesario que pisoteemos todo el código moral. Si despreciamos un precepto, somos transgresores de la ley sagrada. Pero si queremos ser fieles observadores de los mandamientos, debemos observar estrictamente todo requisito que Dios nos ha impuesto.

Dios permitió que su propio Hijo sufriese la muerte a fin de satisfacer la penalidad de la transgresión de la ley; por tanto, ¿cómo tratará a aquellos que, frente a toda esta evidencia, se aventuran en la senda de la desobediencia después de haber recibido la luz de la verdad? El hombre no tiene derecho a presentar su conveniencia o sus necesidades en este asunto. Dios proveerá; el que alimentó a Elías a orillas del arroyo, haciendo de un cuervo su mensajero, no dejará a sus fieles sufrir por falta de alimento.

[278] El Salvador preguntó a sus discípulos, que estaban apremiados por la pobreza, por qué sentían ansiedad y perturbación acerca de lo que debían comer y cómo habían de vestirse. Les dijo: “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?” Les señaló las hermosas flores, formadas y matizadas por una mano divina, diciendo: “Y por el vestido ¿por qué os congojáis? Reparad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria fué vestido así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?”

¿Dónde está la fe del pueblo de Dios? ¿Por qué sienten sus miembros tanta duda y desconfianza respecto de Aquel que provee a sus necesidades y los sostiene por su fuerza? El Señor probará la fe de su pueblo; mandará reprensiones, que serán seguidas por aflicciones, si estas advertencias no son escuchadas. Quebrantará el fatal letargo del pecado a cualquier precio en aquellos que se han apartado de su fidelidad a él, y los despertará para que sientan su deber.

Hermano mío, su alma debe ser vivificada y ampliada su fe. Vd. se ha disculpado durante tanto tiempo en su desobediencia por un motivo u otro, que su conciencia ha sido arrullada en el descanso y ha cesado de recordarle sus errores. Vd. ha seguido durante tanto tiempo su propia conveniencia respecto de la observancia del sábado, que su mente ha quedado encallecida y ya no es susceptible de ser impresionada respecto de su conducta desobediente; sin embargo, Vd. no es menos responsable, porque Vd. se ha puesto a sí mismo en esta condición. Empiece en seguida a obedecer los mandamientos divinos y a confiar en Dios. No provoque su ira, no sea que le visite con terrible castigo. Vuelva a él antes de que sea demasiado tarde, y halle perdón de sus transgresiones. El es rico y abundante en misericordia; le dará su paz y aprobación si Vd. se allega a él con humilde fe.

[279]

Capítulo 50—Experiencias y trabajos.

Los motivos que me impulsan a mandar otro testimonio a mis amados hermanos y hermanas en esta ocasión consisten en que el Señor se ha manifestado misericordiosamente a mí, y me ha vuelto a revelar asuntos de mucha importancia para aquellos que profesan observar los mandamientos de Dios y esperar la venida del Hijo del hombre. Transcurrieron más de tres años entre la visión que me fué dada el 3 de enero de 1875 y la reciente manifestación del amor y poder de Dios. Pero antes de entrar en las visiones que me fueron mostradas recientemente, quiero hacer una breve reseña de algunas incidencias de mi vida durante un año o dos.

El 11 de mayo de 1877, salimos de Oakland, estado de California, para Battle Creek, estado de Míchigan. Se había enviado un telegrama a mi esposo, solicitando su presencia en Battle Creek, a fin de dedicar atención a importantes asuntos relacionados con la causa, pero más especialmente para vigilar la construcción del gran edificio del sanatorio. En respuesta a esta invitación, él fué y se dedicó con fervor a la predicación, a escribir, y a celebrar reuniones de la junta directiva en la oficina de la Review, el Colegio y el Sanatorio, trabajando casi siempre hasta tarde de noche. Esto le cansó terriblemente. Sentía la importancia de estas instituciones, pero especialmente del edificio del Sanatorio, en el cual se estaban invirtiendo más de 50.000 dólares. Su constante ansiedad mental estaba preparando el quebrantamiento repentino de su salud. Ambos sentíamos nuestro peligro, y decidimos ir al estado de Colorado para descansar y vivir en el retraimiento. Mientras hacíamos planes para el viaje, una voz pareció decirme: “Cíñete la armadura; tengo trabajo que debes hacer en Battle Creek.” La voz me parecía tan clara, que involuntariamente me di vuelta para ver quién hablaba. No vi a nadie; y bajo el sentimiento de la presencia de Dios, mi corazón se quebrantó de ternura delante de él. Cuando mi esposo entró en la pieza, le hablé de lo que preocupaba mi mente. Lloramos y oramos

[280]

juntos. Habíamos hecho nuestros arreglos para salir a los tres días, pero ahora cambiamos nuestros planes.

El 30 de mayo, los pacientes y la junta directiva del Sanatorio se habían propuesto pasar el día a unos tres kilómetros de Battle Creek, en un hermoso bosquecillo a orillas del lago Goguac, y se me rogó que estuviese presente y hablase a los pacientes. Si yo hubiese consultado mis sentimientos, no hubiese ido; pero pensé que tal vez esto sería una parte de la obra que debía hacer en Battle Creek. A la hora acostumbrada, se pusieron sobre las mesas alimentos higiénicos que se consumieron con gusto. A las tres, empezaron los ejercicios con oración y canto. Tuve gran libertad al hablar a la gente. Todos escuchaban con profundo interés.

La terminación del año escolar del Colegio de Battle Creek se acercaba. Había sentido mucha ansiedad por los alumnos, muchos de los cuales eran inconversos o se habían apartado de Dios. Había deseado hablarles, y hacer un esfuerzo por su salvación antes que se dispersasen a sus hogares, pero había estado demasiado débil para trabajar en su favor. Después de lo que he relatado, tuve toda la evidencia deseable de que Dios me sostendría en mi trabajo por la salvación de los alumnos.

Fueron convocadas reuniones en nuestra casa de culto, para beneficio de los alumnos. Pasé una semana trabajando por ellos, teniendo reuniones cada noche y el sábado, como también el primer día de la semana. Mi corazón se conmovió al ver la casa de culto casi llena con los estudiantes de nuestra escuela. Traté de grabar en su corazón que una vida de pureza y oración no les sería un impedimento para obtener un conocimiento cabal de las ciencias, sino que por el contrario, suprimiría muchas de las cosas tendientes a estorbar su progreso en el conocimiento. Relacionándose con el Salvador, son puestos en la escuela de Cristo; y si son alumnos aplicados en esta escuela, el vicio y la inmoralidad son expulsados de su medio. Arrojadadas estas cosas, el resultado será un aumento del conocimiento. Todos los que aprenden en la escuela de Cristo, se destacan, tanto en la calidad como en la extensión de su educación. Les presenté a Cristo como el gran Maestro, la fuente de toda sabiduría, el mayor educador que el mundo haya conocido alguna vez.

El Señor fortaleció y bendijo nuestros esfuerzos. Gran número de personas se adelantaron para pedir que se orase por ellas. Algunas

de ellas, por falta de vigilancia y oración habían perdido su fe y la evidencia de su relación con Dios. Muchos testificaron que al dar este paso recibían la bendición de Dios. Como resultado de las reuniones, unas cuantas personas se presentaron para el bautismo.

Reuniones de temperancia

Se nos solicitó insistentemente que tomásemos parte en una gran reunión de temperancia, esfuerzo muy digno de alabanza, que se estaba realizando entre los mejores ciudadanos de Battle Creek.

Fué en ocasión de la visita del gran circo Barnum a esa ciudad, el 28 de junio, cuando las señoras de la Unión Cristiana de Mujeres Temperantes asestaron un importante golpe en favor de la temperancia y de la reforma al organizar un inmenso restaurant temperante para acomodar a las muchedumbres provenientes del campo que se congregaban para visitar el circo, impidiéndoles así visitar las tabernas y cantinas, donde habrían estado expuestas a la tentación. La gigantesca tienda que usaba la Asociación de Míchigan para sus congresos, en la que cabían 5.000 personas, fué levantada para la ocasión. Bajo este inmenso tabernáculo de lona, se pusieron quince o veinte mesas para acomodar a los huéspedes.

[282] Al ser invitado, el Sanatorio puso una gran mesa en el centro del gran pabellón, abundantemente provista de deliciosas frutas, cereales y legumbres. Esta mesa constituía la atracción principal, y era más favorecida que cualquier otra. Aunque tenía unos diez metros de largo, estaba tan atestada que fué necesario añadir otra de unos seis metros, la que también se vió muy concurrida.

Por invitación de la Comisión de Arreglos, formada por el alcalde Austin, W. H. Skinner, cajero del banco First National y C. C. Peavey, hablé en la enorme tienda el domingo 1 de julio por la noche, acerca de la temperancia cristiana. Dios me ayudó aquella noche, y aunque hablé 90 minutos, la muchedumbre de más de 5.000 personas escuchó en un silencio absoluto.

Visita al estado de Indiana

Del 9 al 14 de agosto, asistí al Congreso de Indiana, acompañada por mi hija. María K. White. Para mi esposo fué imposible abandonar

Battle Creek. En esta reunión, el Señor me fortaleció para trabajar con intensidad. Me dió claridad y poder para apelar a la gente. Como cincuenta personas se adelantaron para pedir que se orase por ellas. Se manifestó el más profundo interés. Quince personas fueron sepultadas con Cristo en el bautismo como resultado de la reunión.

Nos habíamos propuesto asistir a los congresos de Ohío y del este; pero como nuestros amigos pensaban que en mi estado de salud sería atrevido hacerlo, decidimos permanecer en Battle Creek. Sentía intensos dolores en la garganta y los pulmones, y mi corazón estaba también afectado. Como sufría mucho la mayor parte del tiempo, me puse bajo tratamiento en el Sanatorio.

Efectos del recargo de trabajo

Mi esposo trabajaba incesantemente para fomentar los intereses de la causa de Dios en los diversos departamentos de la obra, concentrados en Battle Creek. Sus amigos se asombraban por la cantidad de trabajos que hacía. El sábado de mañana, 18 de agosto, habló en nuestra casa de culto. Por la tarde, estuvo concentrando intensamente su mente durante cuatro horas consecutivas, mientras escuchaba la lectura del manuscrito para el tomo 3 del “Espíritu de Profecía.” El asunto era intensamente interesante, y calculado para conmover el alma hasta sus más recónditas profundidades, pues era un relato del juicio, la crucifixión, resurrección y ascensión de Cristo. Antes de que nos percatáramos de ello, él estaba muy cansado. Empezó a trabajar el domingo a las cinco de la mañana, y continuó trabajando hasta las doce de la noche.

[283]

A la mañana siguiente, a eso de las seis y media, fué atacado de vértigos y amenazado de parálisis. Temíamos mucho esta terrible enfermedad, pero el Señor fué misericordioso, y nos libró de la aflicción. Sin embargo, este ataque fué seguido de gran postración física y mental, y entonces nos parecía a la verdad imposible asistir a los congresos del este, o que yo fuese a ellos, dejando a mi esposo deprimido en su ánimo y con poca salud.

Nuestros amigos nos rogaron que descansásemos, y parecía inconsecuente e irrazonable de nuestra parte intentar semejante viaje, e incurrir en el cansancio y la exposición a las inclemencias del tiempo que puede entrañar el vivir en un campamento. Nosotros

mismos tratábamos de pensar que la obra de Dios progresaría igual aunque nos mantuviésemos a un lado y no tomásemos parte en ella. Dios suscitaría a otros para hacer su obra.

[284] Sin embargo, no podía encontrar descanso y libertad al pensar que permanecíamos ausentes del campo de labor. Me parecía que Satanás estaba tratando de cercar mi camino para impedirme que diese mi testimonio, e hiciese la obra que Dios me había dado. Casi había decidido ir sola y hacer mi parte, confiando en que Dios me daría la fuerza necesaria, cuando recibimos una carta del Hno. Haskell, en la cual expresaba su gratitud a Dios porque los esposos White asistirían al congreso de la Nueva Inglaterra.

Decía en su carta que se habían hecho todos los preparativos para tener una gran reunión en Groveland, y él había decidido tener la reunión, con la ayuda de Dios, aun cuando debiera llevar la carga solo.

Volvimos a presentar el asunto al Señor en oración. Sabíamos que el poderoso Médico podía devolvernos la salud tanto a mí como a mi esposo, si era para su gloria. Parecía difícil salir, cansados, enfermos y desalentados; pero a veces me parecía que Dios haría que el viaje fuese una bendición para ambos si íbamos confiando en él.

Mientras esperábamos el coche que habría de llevarnos a la estación, volvimos a orar al Señor, y suplicarle que nos sostuviese durante nuestro viaje. Ambos decidimos andar por fe y aventurarlo todo confiados en las promesas de Dios. Este paso de nuestra parte requería una fe considerable, pero al tomar asiento en el tren sentimos que estábamos en la senda del deber. Descansamos durante el viaje y dormimos bien a la noche.

Congresos

Más o menos a las ocho, el viernes de noche, llegamos a Boston. A la mañana siguiente, tomamos el primer tren para Groveland. Cuando llegamos al campamento, estaba lloviendo a torrentes. El pastor Haskell había trabajado constantemente hasta entonces, y se nos daban informes de excelentes reuniones. Había cuarenta y siete tiendas en el terreno, además de tres pabellones grandes, uno de los cuales, el destinado a la congregación, tenía 24 x 42 mts.

Las reuniones del sábado fueron de sumo interés. La iglesia fué despertada y fortalecida, pues los pecadores y apóstatas llegaron a percatarse de su peligro.

El domingo de mañana el tiempo seguía nublado, pero antes que fuese hora de reunirse la gente, brilló el sol. Barcos y trenes volcaban sobre el terreno su cargamento humano de a millares de personas. El pastor Smith habló por la mañana acerca de la cuestión de Oriente. El tema era de interés especial y la gente escuchó con ferviente atención. Por la tarde, me fué difícil atravesar la muchedumbre de pie, para llegar hasta el púlpito. Al llegar allí, me encontré frente a un mar de cabezas. La enorme tienda estaba llena, y millares estaban de pie afuera, formando una muralla viviente de varios pies de espesor. Me dolían mucho los pulmones y la garganta; sin embargo creía que Dios me ayudaría en esta ocasión importante. Mientras hablaba, olvidé mi cansancio y dolor, dándome cuenta de que estaba hablando a personas que no consideraban mis palabras como cuentos ociosos. El discurso ocupó más de una hora, pero durante todo el tiempo se me concedió la mejor atención. [285]

El lunes de mañana tuvimos unos momentos de oración en nuestra tienda en favor de mi esposo. Presentamos su caso al gran Médico. Fueron momentos preciosos; la paz del cielo descansó sobre nosotros, y las siguientes palabras me fueron recordadas con fuerza: “Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.” Todos sentimos que la bendición de Dios reposaba sobre nosotros. Nos congregamos entonces en la tienda grande. Mi esposo estaba con nosotros, y habló durante corto tiempo, pronunciando preciosas palabras que provenían de un corazón enternecido y lleno de un profundo sentimiento de la misericordia y bondad de Dios. Trató de hacer sentir a los creyentes en la verdad que es su privilegio recibir la seguridad de la gracia de Dios en sus corazones, y que las grandes verdades que creemos deben santificar la vida, ennoblecer el carácter y tener una influencia salvadora sobre el mundo. Los ojos llenos de lágrimas de la gente demostraban que los corazones eran conmovidos y enternecidos por estas observaciones.

Luego reasumimos la obra donde la habíamos dejado el sábado, y la mañana se dedicó a trabajos especiales en favor de los pecadores y apóstatas, de los cuales doscientos se adelantaron para pedir que se orase especialmente por ellos. Sus edades respectivas oscilaban [286]

desde el niño de diez años hasta hombres y mujeres encanecidos. Más de veinte de estas personas asentaban por primera vez sus pies en el camino de la vida. Por la tarde treinta y ocho personas fueron bautizadas; y unas cuantas postergaron su bautismo hasta volver a sus hogares.

El lunes de noche, en compañía del pastor Canright y varios otros, tomé el tren para Danvers. Mi esposo no podía acompañarme. Cuando quedé libre de la presión inmediata del congreso, me di cuenta de que estaba enferma y tenía poca fuerza; pero los coches nos llevaban rápidamente a la cita que tenía en Danvers. Allí debía presentarme delante de personas completamente extrañas para mí, en cuyas mentes habían sido sembrados prejuicios por falsos informes y perversas calumnias. Pensé que si podía tener fuerza en los pulmones, claridad de voz, y exención del dolor cardíaco, me sentiría muy agradecida a Dios. Estos pensamientos y sentimientos me los guardaba para mí, y en gran angustia invocaba silenciosamente a Dios. Estaba demasiado cansada para ordenar mis pensamientos en palabras coordinadas, pero sentía que debía recibir ayuda y la pedía de todo corazón. Debía obtener fuerza física y mental, si había de hablar esa noche. En mi oración silenciosa decía repetidas veces: “Sobre ti echo mi alma impotente, oh Dios, mi libertador, no me abandones en esta hora de necesidad.”

[287] A medida que se acercaba la hora de la reunión, mi espíritu luchaba en una agonía de oración, suplicando fuerza y poder de Dios. Mientras se estaba cantando el último himno, me dirigí a la plataforma. Me puse de pie con gran debilidad, sabiendo que si algún éxito había de acompañar mis labores, esto sería por la fuerza del Todopoderoso. El Espíritu del Señor descansó sobre mí al intentar hablar. Lo sentí sobre mi corazón como un choque de electricidad y todo dolor me fué quitado instantáneamente. Había sufrido gran dolor nervioso que se concentraba en el cerebro, y esto también me fué quitado completamente. Mi garganta irritada y mis pulmones adoloridos fueron aliviados. Mi brazo y mano derecha, habían quedado casi inútiles como consecuencia del dolor cardíaco; pero ahora me fué devuelta la sensación natural. Mi mente era clara y mi alma estaba llena de la luz del amor de Dios. Los ángeles de Dios parecían estar a cada lado como una muralla de fuego.

La tienda estaba repleta, y como doscientas personas estaban afuera sin poder hallar cabida en el interior. Hablé basada en las palabras que dirigiera Cristo en contestación a la pregunta hecha por el sabio escriba acerca de cuál era el mandamiento grande de la ley: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente.” **Mateo 22:37**. La bendición de Dios descansó sobre mí, y mi dolor y debilidad me abandonaron. Delante de mí había personas a quienes tal vez no volvería a ver hasta el día del juicio, y el deseo de que se salvaran me inducía a hablar con fervor y con el temor de Dios, para quedar libre de su sangre. Gran libertad acompañó mi esfuerzo, que ocupó una hora y diez minutos. Jesús fué mi ayudador, y su nombre tendrá toda la gloria. El auditorio fué muy atento.

Volvimos a Groveland el martes, y encontramos que el campamento se estaba disgregando. Estaban desarmando las tiendas, nuestros hermanos se decían adiós unos a otros, y estaban listos para subir al tren y volver a sus hogares. Este fué uno de los mejores congresos a los cuales asistí.

Decidimos viajar en carruaje parte del camino hasta el congreso de Vermont, pensando que ello sería benéfico para mi esposo. A las doce, nos detuvimos a orillas del camino, encendimos un fuego, preparamos nuestro almuerzo y luego tuvimos unos momentos de oración. Estas preciosas horas pasadas en compañía de los Hnos. Haskell, de las Hnas. Ings y Huntley, no serán nunca olvidadas. Nuestras oraciones subieron a Dios todo el camino desde South Lancaster hasta Vermont. Después de viajar tres días tomamos el tren, y así completamos nuestro viaje. [288]

Esta reunión fué de beneficio especial para la causa en Vermont. El Señor me dió fuerza para hablar a la gente hasta dos veces por día.

Fuimos directamente de Vermont hasta el congreso de Nueva York. El Señor me dió gran libertad para hablar a la gente. Pero algunos no estaban preparados para ser beneficiados por la reunión. No comprendían su condición, y no buscaban fervientemente al Señor, no confesaban sus apostasías, ni se apartaban de sus pecados. Uno de los grandes objetos que tenemos al realizar congresos es para que nuestros hermanos sientan su peligro de estar recargados

con los cuidados de esta vida. Ellos experimentan una gran pérdida cuando no aprovechan estos privilegios.

Volvimos a Míchigan, y después de algunos días fuimos a Lansing para asistir al congreso reunido allí y que continuó dos semanas. Allí trabajé con mucho fervor y fuí sostenida por el Espíritu del Señor. Fuí grandemente bendecida al hablar a los alumnos, y al trabajar por su salvación. Esta fué una reunión notable. El Espíritu de Dios estuvo presente desde el principio hasta el fin. Como resultado de la reunión, ciento treinta personas fueron bautizadas. Gran parte de éstas eran estudiantes de nuestro Colegio. Nos regocijamos al ver la salvación de Dios en esta reunión. Después de pasar algunas semanas en Battle Creek, decidimos cruzar las llanuras hasta California.

El invierno nos fué más bien penoso; y como la salud de mi esposo había mejorado, y el tiempo se había vuelto más benigno en Míchigan, él volvió para ser tratado en el Sanatorio. Allí recibió gran ayuda, y reanudó su trabajo de escribir para nuestros periódicos con su claridad y fuerza habituales.

[289] Salí de Healdsburg para Oakland el 7 de junio, y asistí a la reunión de las iglesias de Oakland y de San Francisco bajo la gran tienda de San Francisco, donde el Hno. Healey había estado trabajando. Yo sentía la preocupación de dar testimonio, y la gran necesidad de esfuerzos perseverantes de parte de aquellas iglesias para atraer a otros al conocimiento de la verdad. Me había sido mostrado que San Francisco y Oakland eran campos misioneros, y siempre lo serían. El aumento de sus miembros sería lento, pero si todos los miembros de estas iglesias eran miembros vivos y hacían lo que podían para presentar la verdad a otros, muchos más serían atraídos a las filas y obedecerían la verdad. Los que entonces eran creyentes en la verdad no se interesaban como debían en la salvación de los demás. La inactividad e indolencia en la causa de Dios resultaría en que se apartarían de Dios ellos mismos, y por su ejemplo impedirían a otros que fuesen adelante. Los esfuerzos abnegados, perseverantes y activos producirían óptimos resultados. Traté de grabar en sus mentes lo que el Señor me había presentado, a saber, que él quería que la verdad fuese presentada a otros por personas que trabajasen con fervor y activamente, y no sólo por quienes tan sólo profesaban creerla. No debían presentar la verdad simplemente en palabras, sino

mediante una vida circunspecta, siendo representantes vivos de la verdad.

Me fué mostrado que los que componen estas iglesias deben estudiar la Biblia y la voluntad de Dios con mucho fervor a fin de aprender a trabajar en la causa de Dios. Deben sembrar la semilla de verdad dondequiera que estén, en casa, en el taller, en el mercado, como también en el lugar de reunión. A fin de familiarizarse con la Biblia, deben leerla con cuidado y oración. A fin de echarse a sí mismos y sus cargas sobre Cristo, deben empezar en seguida a estudiar para comprender el valor de la cruz de Cristo y aprender a llevarla. Si quieren vivir vidas santas, deben tener ahora el temor de Dios.

Son las pruebas las que nos inducen a ver lo que somos. Son los momentos de tentación los que nos dan una vislumbre de nuestro verdadero carácter, y nos muestran la necesidad de cultivar los buenos rasgos. Confiando en la bendición de Dios, el cristiano está seguro dondequiera. En la ciudad no será corrompido. En la contaduría, se hará notar por sus hábitos de integridad estricta. En el taller, cada porción de su trabajo será hecha con fidelidad, con el sincero deseo de glorificar a Dios. Cuando esta conducta sea seguida por los miembros individuales, la iglesia tendrá éxito. La prosperidad no acompañará nunca a las iglesias hasta que sus miembros individuales estén íntimamente relacionados con Dios, y manifiesten interés abnegado por la salvación de sus semejantes. Los ministros pueden predicar discursos agradables y convincentes, y dedicar mucho trabajo a edificar y hacer prosperar las iglesias, pero a menos que sus miembros individuales desempeñen su parte como siervos de Jesucristo, la iglesia estará siempre en tinieblas y sin fuerzas. Por duro y tenebroso que sea el mundo, la influencia de un ejemplo verdaderamente consecuente será una potencia para el bien.

Una persona puede con tanta razón esperar una mies donde no ha sembrado, o conocimiento sin haberlo buscado, como esperar ser salva en la indolencia. Un ocioso y perezoso no tendrá nunca éxito para derribar el orgullo y vencer el poder de la tentación que representan las complacencias pecaminosas que le separan de su Salvador. La luz de la verdad, santificando la vida, descubrirá a quien la reciba las pasiones pecaminosas de su corazón, que están conteniendo para dominarle, haciendo necesario que él esfuerce

todo nervio y ejercite todas sus facultades para resistir a Satanás, a fin de vencer por los méritos de Cristo. Cuando está rodeado de influencias calculadas para apartarle de Dios, sus peticiones deben ser incansables para suplicar ayuda y fuerza de Jesús a fin de vencer los designios de Satanás.

Visita a Oregon

[291] En compañía de una amiga y del pastor J. N. Loughborough, salí de San Francisco en la tarde del 10 de junio, en el vapor "Oregon." El capitán Conner, que mandaba este magnífico vapor, era muy atento con sus pasajeros. Al pasar por la Puerta de Oro [la entrada al puerto de San Francisco] y llegar al anchuroso océano, el mar estaba muy agitado. El viento nos era contrario y el vapor era sacudido en forma terrible, puesto que el océano era azotado furiosamente por el viento. Yo miraba el cielo nublado y las olas que se lanzaban contra nosotros saltando y pareciendo tan altas como montañas, y la espuma que reflejaba los colores del arco iris. La escena era pavorosamente grandiosa y me sentía llena de reverencia al contemplar los misterios del mar profundo. Es terrible en su ira. Había una terrible belleza en el alzamiento de sus orgullosas ondas que subían rugiendo y luego caían en lúgubres sollozos. Podía ver la manifestación del poder de Dios en el movimiento de las inquietas aguas que gemían bajo la acción de los despiadados vientos, que levantaban las olas como si fuese en convulsiones de agonía.

Durante aquel viaje de cuatro días, uno y otro de los pasajeros se aventuraban ocasionalmente a salir de sus camarotes, pálidos, débiles y tambaleantes, y se llegaban hasta el puente. La agonía estaba escrita en todo rostro. La vida misma no parecía deseable. Todos ansiábamos el descanso que no podíamos hallar, y anhelábamos ver algo que permaneciese quieto. La importancia personal no se tenía mucho en cuenta entonces. Podemos aprender de ello una lección respecto de la pequeñez del hombre.

Nuestro viaje continuó muy agitado hasta que hubimos pasado el promontorio y penetrado en el río Columbia, que era tan plácido como un espejo. Se me ayudó a ir al puente. Era una hermosa mañana, y los pasajeros llegaron al puente como un enjambre de abejas. Al principio formaban una compañía de triste aspecto; pero

el aire vigorizante y el alegre sol, después del viento y la tormenta, no tardaron en despertar alegría y placer.

[292]

La última noche que pasamos a bordo me sentí muy agradecida a mi Padre celestial. Aprendí allí una lección que nunca olvidaré. Dios había hablado a mi corazón en la tormenta, y en las ondas, como también en la calma siguiente. Y, ¿no le adoraremos? ¿Opondrá el hombre su voluntad a la de Dios? ¿Seremos desobedientes a las órdenes de un gobernante tan poderoso? ¿Contenderemos con el Altísimo que es la fuente de todo poder y de cuyo corazón fluye amor infinito y bendición para las criaturas de su cuidado?

El martes de noche, 18 de junio, asistí a una reunión donde había un buen número de observadores del sábado de aquel estado. Mi corazón fué enternecido por el Espíritu de Dios. Di mi testimonio por Jesús y expresé mi gratitud por el dulce privilegio que podemos tener de confiar en su amor, y de aferrarnos a su poder para que éste se una con nuestros esfuerzos por salvar a los pecadores de la perdición. Si queremos ver prosperar la obra de Dios, debemos tener a Cristo morando en nosotros; en fin, debemos obrar las obras de Cristo. Dondequiera que miremos, se ve blanquear la mies, pero los obreros son pocos. Sentí mi corazón lleno de la paz de Dios, y atraído por amor a estas amadas almas con las cuales estaba adorando por primera vez.

El domingo 23 de junio, hablé en la iglesia metodista de Salem acerca de la temperancia. La asistencia era extraordinariamente buena, y tuve libertad para tratar éste mi tema favorito. Se me pidió que volviese a hablar en ese mismo lugar el domingo siguiente al congreso. Pero no pude hacerlo por la ronquera. El martes siguiente a la noche, volví, sin embargo, a hablar en esta iglesia. Recibí muchas invitaciones a hablar respecto de la temperancia en diversas ciudades y pueblos de Oregón, pero el estado de mi salud me impidió cumplir con estas peticiones. El hablar constantemente y el cambio de clima, me habían producido una ronquera pasajera, pero muy severa.

[293]

Empezamos el congreso con sentimientos del más profundo interés. El Señor me dió fuerza y gracia mientras estaba delante de la gente. Mientras miraba al inteligente auditorio, mi corazón se quebrantaba delante de Dios. Este era el primer congreso realizado por nuestro pueblo en este estado. Trataba de hablar, pero mis palabras se entrecortaban por el llanto. Había sentido mucha ansiedad

respecto de mi esposo, a causa de su mala salud. Mientras hablaba, se presentó vívidamente ante mis ojos una reunión celebrada en la iglesia de Battle Creek. Mi esposo estaba en el medio, y sobre y alrededor de él descansaba la suave luz del Señor. Su rostro ostentaba los indicios de la salud y él se sentía aparentemente muy feliz.

Traté de presentar a los hermanos la gratitud que debemos sentir por la tierna compasión y el gran amor de Dios. Su bondad y gloria impresionaban mi mente de una manera notable. Quedé abrumada por un sentimiento de su misericordia sin parangón y de la obra que él estaba haciendo, no sólo en Oregón, en California y Míchigan, donde se hallaban nuestras instituciones importantes, sino también en los países extranjeros. Nunca puedo describir a otros el cuadro que impresionó vívidamente mi intelecto en esta ocasión. Por un momento la extensión de la obra surgió delante de mí, y perdí de vista cuanto me rodeaba. La ocasión y la gente a la cual me dirigía quedaron olvidadas. La luz, la preciosa luz del cielo, resplandecía con gran brillo sobre esas instituciones empeñadas en la solemne y elevada obra de reflejar los rayos de luz que el cielo ha dejado brillar sobre ellas.

[294] Durante todo este congreso, el Señor me pareció estar muy cerca. Cuando terminó, estaba muy cansada, pero libre en el Señor. Fueron momentos de labor provechosa y fortalecieron la iglesia para proseguir en su lucha por la verdad. Precisamente antes de comenzar el congreso, durante la noche me fueron presentadas muchas cosas en visión; pero me fué ordenado guardar silencio y no mencionar el asunto a nadie en esa ocasión. Después de terminada la reunión, tuve, también de noche, otra notable manifestación del poder de Dios.

El domingo que siguió al congreso, hablé por la tarde en la plaza pública. El amor de Dios estaba en mi corazón, y me espacié en la sencillez de la religión evangélica. Mi propio corazón estaba enternecido, y rebosaba del amor de Jesús, y anhelaba presentarlo de manera que todos pudiesen quedar encantados por la hermosura de su carácter.

Durante mi estada en Oregón visité la cárcel de Salem, en compañía de los Hnos. Carter y de la Hna. Jordán. Cuando llegó la hora del servicio, fuimos conducidos a la capilla, que había sido alegrada por abundancia de luz y aire puro y fresco. A una señal de la campa-

na, dos hombres abrieron las grandes puertas de hierro y acudieron los presos. Las puertas fueron cerradas y aseguradas detrás de ellos, y por primera vez en mi vida me vi encerrada entre las paredes de una cárcel.

Había esperado ver un número de hombres de aspecto repugnante, pero quedé sorprendida porque muchos de ellos parecían inteligentes y algunos, hombres capaces. Vestían el basto pero aseado uniforme de la cárcel, sus cabellos estaban bien peinados y su calzado había sido cepillado. Mientras miraba las diversas fisonomías que estaban delante de mí, pensaba: “A cada uno de estos hombres han sido confiados dones peculiares o talentos, para ser empleados para gloria de Dios y beneficio del mundo; pero ellos han despreciado estos dones del cielo, han abusado de ellos y les han dado mala aplicación.” Al mirar jóvenes de dieciocho, veinte y treinta años de edad, pensaba en las desdichadas madres y en el pesar y remordimiento que era su amarga suerte. El corazón de muchas de estas madres había sido quebrantado por la conducta impía seguida por sus hijos; pero. ¿habían hecho ellas su deber para con estos hijos? ¿No habrían sido demasiado indulgentes dejándoles seguir su propia voluntad y camino y descuidando de enseñarles los estatutos de Dios y su derecho sobre ellos?

[295]

Cuando todo el grupo estuvo congregado, el Hno. Carter leyó un himno. Todos tenían himnarios y participaron cordialmente en el canto. Uno de ellos que era un músico experto, tocaba el armonio. Luego empecé la reunión con oración, y todos volvieron a participar en el canto. Hablé basándome en las palabras de Juan: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce a él. Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es.”

Ensalcé delante de ellos el infinito sacrificio hecho por el Padre al dar a su Hijo amado por los hombres caídos, a fin de que por la obediencia fuesen transformados y llegasen a ser reconocidos hijos de Dios. La iglesia y el mundo son llamados a contemplar y admirar un amor que así expresado supera la comprensión humana, y asombra hasta a los ángeles del cielo. Este amor es tan profundo, tan amplio y tan elevado, que el apóstol inspirado, no pudiendo

hallar palabras con que describirlo, invita a la iglesia y al mundo a contemplarlo, a hacerlo un tema de meditación y admiración.

[296] Nuestro viaje de regreso de Oregón fué también agitado; pero no estuve tan enferma como en el viaje de ida. Nuestro vapor, el "Idaho," no cabeceaba, pero había mucho balanceo lateral. Eramos tratados con mucha bondad en el vapor. Trabamos relaciones agradables y distribuimos nuestras publicaciones a diferentes personas, lo cual nos dió ocasión para entablar provechosas conversaciones. Cuando llegamos a Oakland, encontramos que la tienda había sido levantada allí, y que buen número de personas habían aceptado la verdad por los trabajos del Hno. Healey. Hablamos varias veces en la tienda. El sábado y el primer día, las iglesias de San Francisco y de Oakland se reunieron, y tuvimos reuniones interesantes y provechosas.

Tenía mucho deseo de asistir al congreso de California, pero tenía urgentes llamados a asistir a los congresos de la parte este de los Estados Unidos. Como me había sido presentado el estado de cosas en el este, sabía que tenía que dar un testimonio especialmente a nuestros hermanos de Nueva Inglaterra, y no me sentía libre para permanecer más tiempo en California.

Viaje hacia el este

Mientras pasábamos por el gran desierto americano, en medio del calor y del polvo alcalino, nos cansamos mucho del árido panorama, aunque estábamos provistos de todo lo conveniente, y nos deslizábamos rápida y suavemente por los rieles arrastrados por nuestro caballo de hierro. Yo recordaba a los antiguos hebreos, que viajaron a través de rocas y áridos desiertos durante cuarenta años. El calor, el polvo y lo escabroso del camino les arrancaban quejas y suspiros de cansancio a muchos de los que pisaban aquella penosa senda. Pensé que si estuviésemos obligados a viajar a pie a través de un desierto árido, sufriendo con frecuencia de sed, calor y cansancio, muchos de nosotros murmuraríamos mucho más que los israelitas.

En el viaje de Denver a Walling's Mills, el retiro montanés donde mi esposo estaba pasando los meses de verano, nos detuvimos en Boulder City, y contemplamos con gozo nuestro pabellón de lona donde el pastor Cornell estaba dirigiendo una serie de reuniones.

El lunes 8 de agosto, me reuní con mi esposo, y lo encontré con salud muy mejorada, alegre y activo, por lo cual me sentía agradecida a Dios. El pastor Canright, que había estado algún tiempo con mi esposo en las montañas, había sido llamado a regresar a casa al lado de su esposa atribulada; y el domingo, mi esposo y yo le acompañamos a la ciudad de Boulder para tomar el tren. Por la noche, [297] hablé en la tienda y a la mañana siguiente volvimos a nuestro hogar provisorio de Walling's Mills. El sábado siguiente volví a hablar a los que estaban reunidos en la tienda. Después de mis observaciones, tuvimos una reunión de la asociación. Se dieron algunos excelentes testimonios. Varios estaban observando su primer sábado. Hablé a la gente la noche después del sábado y también el domingo de noche.

Toda nuestra familia se hallaba en las montañas, menos nuestro hijo Edson. Mi esposo y mis hijos pensaban que yo estaba muy cansada por haber trabajado casi constantemente desde el congreso de Oregón, y que debía descansar; pero mi ánimo estaba impresionado con la idea de que debía asistir a los congresos del este, especialmente el de Massachusetts. Yo oraba que si era la voluntad de Dios que asistiese a estas reuniones, mi esposo consintiese en dejarme ir.

Cuando volvimos de la ciudad de Boulder, encontré una carta del Hno. Haskell, en la cual nos rogaba a ambos que asistiésemos al congreso; pero que si mi esposo no podía ir, deseaba que por lo menos yo fuera, si era posible. Leí la carta a mi esposo, y aguardé para ver lo que diría. Después de unos momentos de silencio, él dijo: "Elena, tendrás que asistir al congreso de la Nueva Inglaterra." Al día siguiente habíamos arreglado nuestros baúles. A las dos de la mañana, favorecidos por la luna, salimos a tomar el tren, y a las seis y media subimos a él. El viaje fué todo lo que se quiera imaginar menos placentero, porque el calor era intenso y yo estaba muy cansada.

Reuniones en el este

Al llegar a Battle Creek supimos que se había arreglado que yo hablase el domingo de noche en la tienda gigantesca levantada sobre el terreno del Colegio. La tienda estaba llena hasta rebosar, y mi corazón se sentía movido a dirigir fervientes llamados a la gente. [298]

Estuve en casa breves momentos, y luego, acompañada por la Hna. María Smith Abbey y el Hno. Farnsworth, volví a emprender viaje hacia el este. Cuando llegamos a Boston, estaba agotada. Los Hnos. Wood y Haskell nos recibieron en la estación, y nos acompañaron a Ballard Vale, el lugar de reunión. Nuestros viejos amigos nos dieron una bienvenida tan cordial, que ello por el momento pareció proporcionarme descanso. El tiempo era excesivamente caluroso, y el cambio del clima vigorizador de Colorado al calor opresivo de Massachusetts me hacía sentir más insoportable este último. Traté de hablar a la gente a pesar de mi gran cansancio, y fuí fortalecida para dar mi testimonio. Las palabras parecían penetrar directamente en el corazón. Hubo que hacer mucho trabajo en esta reunión. Nuevas iglesias habían sido levantadas desde nuestro último congreso. Almas preciosas habían aceptado la verdad, y era necesario llevarlas a un conocimiento más profundo y cabal de la piedad práctica. El Señor me dió libertad para dar mi testimonio.

En una ocasión durante esta reunión, hice algunas observaciones acerca de la necesidad de practicar la economía en los vestidos y en el gasto de los recursos. Hay peligro de llegar a ser descuidados y temerarios en el uso del dinero del Señor. Los jóvenes que se dedican a trabajar en tiendas, deben ser cuidadosos para no incurrir en gastos innecesarios. A medida que las tiendas penetran en nuevos campos, y la obra misionera se amplía, las necesidades de la causa son muchas y, sin caer en la avaricia, debe practicarse la más rígida economía. Es más fácil contraer una deuda que pagarla. Hay muchas cosas que serían convenientes y muy cómodas sin ser indispensables, y de las cuales podemos privarnos sin sufrir realmente. Es muy fácil multiplicar las cuentas de hotel y viajes, gastos que podrían evitarse o disminuirse grandemente. Hemos hecho el viaje de ida y vuelta de California y no hemos gastado un sólo dólar por comidas en los restaurants o en el coche comedor. Comemos lo que llevamos en nuestra canasta. Después de tres días de viaje, la comida se pone bastante seca, pero un poco de leche o de sopa caliente suple nuestra necesidad.

[299]

En otra ocasión hablé con referencia a la verdadera santificación, la cual no es nada menos que el morir diariamente al yo y conformarse diariamente a la voluntad de Dios. Mientras estaba en Oregón me fué mostrado que algunas de las nuevas iglesias de la Asociación

de Nueva Inglaterra estaban en peligro por la influencia agostadora de lo que se llama santificación. Algunos serían engañados por esta doctrina, mientras que otros, conociendo su influencia seductora, comprenderían su peligro y se apartarían de ella. La santificación de Pablo era un conflicto constante con el yo. Dijo él: “Cada día muero.” Su voluntad y sus deseos estaban cada día en conflicto con la voluntad de Dios. En vez de seguir sus inclinaciones, él hacía la voluntad de Dios, por desagradable y penosa cruz que fuese para su naturaleza.

Invitamos a los que deseaban ser bautizados y a los que guardaban el sábado por primera vez, que viniesen adelante. Veinticinco personas respondieron. Dieron excelente testimonio, y antes que terminase el congreso, veintidós recibieron el bautismo.

Salimos de Ballard Vale, el martes 3 de septiembre por la mañana, para asistir al congreso de Maine. Tuvimos un tranquilo descanso en la casa del joven Hno. Morton, cerca de Portland. El y su buena esposa hicieron muy agradable nuestra estada con ellos. Estuvimos en el campamento del congreso de Maine antes del sábado, muy felices de encontrar allí a los probados amigos de la causa. Hay algunos que están siempre en su puesto del deber, ora brille el sol o haya tormenta. Hay también una clase de cristianos que lo son mientras brilla el sol; cuando todo va bien y agrada a sus sentimientos, son fervientes y celosos; pero cuando hay nubes y hay cosas desagradables no tienen nada que decir ni hacer. La bendición de Dios descansó sobre los obreros activos, mientras que aquellos que no hacían nada no fueron beneficiados por la reunión como podrían haberlo sido. El Señor estuvo con sus ministros, quienes trabajaron fielmente en presentar temas tanto doctrinarios como prácticos. Deseábamos grandemente ver que esta reunión había beneficiado a muchos que no daban evidencia de haber sido bendecidos por Dios. Anhele ver a estas amadas personas ponerse a la altura de sus exaltados privilegios.

[300]

El martes tomamos el tren para Battle Creek, y al día siguiente llegamos a casa, donde me fué grato descansar una vez más y tomar tratamientos en el Sanatorio. Comprendía que estaba de veras favorecida al tener las ventajas de esa institución. Sus empleados eran bondadosos y atentos, y listos en cualquier momento del día o de

la noche para hacer cuanto estuviese a su alcance para aliviarme de mis dolencias.

En Battle Creek

Nuestro congreso nacional se celebró en Battle Creek, del 2-14 de octubre. Esta fué la mayor reunión que los adventistas hayan tenido alguna vez [hasta ese entonces]. Más de cuarenta predicadores estaban presentes. Nos fué muy grato saludar allí a los pastores Andrews y Bourdeau de Europa, y al pastor Loughborough de California. En esta reunión estaba representada la causa en Europa, California, Tejas, Alabama, Virginia, Dakota. Colorado, y todos los estados septentrionales desde el Maine hasta Nebraska.

[301] Allí tuve la felicidad de ayudar a mi esposo en sus trabajos, y aunque muy cansada y sufriendo de trastornos cardíacos, el Señor me dió fuerza para hablar a la gente casi cada día, y algunas veces dos veces al día. Mi esposo trabajó muy fuertemente. El asistió a casi todas las reuniones de negocios, y predicó casi todos los días en su estilo acostumbrado, sencillo y directo. Yo no pensaba tener fuerza para hablar más que dos o tres veces durante la reunión, pero a medida que ésta progresaba mi fuerza aumentaba. En varias ocasiones estuve de pie cuatro horas, invitando a la gente a adelantarse para las oraciones. Nunca sentí la ayuda especial de Dios más intensamente que durante esta reunión. No obstante estas labores, mi fuerza aumentaba constantemente. Y para alabanza de Dios, dejo aquí constancia del hecho de que al finalizar la reunión estaba gozando de mejor salud de lo que había estado durante seis meses antes.

El miércoles de la segunda semana de la reunión, unos cuantos de nosotros nos reunimos para orar por una hermana afligida de desaliento. Mientras oraba, fuí muy bendecida. El Señor parecía estar muy cerca. Fuí arrebatada en una visión de la gloria de Dios, y me fueron mostradas muchas cosas. Luego fuí a la reunión, y con solemne sentido de la condición de nuestros hermanos hice breves declaraciones de las cosas que me habían sido mostradas. Desde entonces he escrito algunas de éstas en testimonios individuales, súplicas a los ministros y en diversos otros artículos.

Estas fueron reuniones de solemne poder y del más profundo interés. Varios de los que estaban relacionados con nuestra imprenta fueron convencidos y convertidos a la verdad, y dieron testimonios claros e inteligentes. Hubo incrédulos que fueron convencidos y decidieron colocarse bajo el estandarte del Príncipe Emmanuel. Esta reunión fué una victoria decidida. Ciento doce personas fueron bautizadas antes de que terminara.

La semana que siguió al congreso, mis labores en cuanto a hablar, orar y escribir testimonios fueron más pesadas que durante el congreso. Diariamente se celebraban dos o tres reuniones en favor de nuestros ministros. Eran reuniones de intenso interés y de gran importancia. Los que llevan este mensaje al mundo, deben tener experiencia diaria en las cosas de Dios; deben ser en todo sentido hombres convertidos, santificados por la verdad que presentan a otros, y deben representar a Jesucristo en su vida. Hasta que no [302] hayan logrado esto no tendrán éxito en su obra. Se hicieron muchos esfuerzos fervientes para acercarnos a Dios por la confesión, la humillación y la oración. Muchos dijeron que vieron y sintieron la importancia de la obra de Dios como ministros suyos, como nunca la habían visto ni sentido antes. Algunos sintieron intensamente la magnitud de la obra y su responsabilidad delante de Dios; pero anhelaban ver una mayor manifestación del Espíritu de Dios. Yo sabía que cuando el camino estuviese aparejado el Espíritu de Dios descendería como en el día de Pentecostés. Pero eran tantos los que estaban alejados de Dios que no parecían saber ejercitar la fe.

Las súplicas dirigidas a los ministros, halladas en otra parte, expresan más plenamente lo que Dios me ha mostrado respecto de su triste condición y de sus altos privilegios.

Congresos de Kansas

Acompañada por mi hija Emma, salí de Battle Creek el 23 de octubre para el congreso de Kansas. En Topeka, estado de Kansas, dejamos el tren, y subiendo a carruajes particulares recorrimos veinte kilómetros hasta llegar a Richland, el lugar de reunión. Encontramos el grupo de tiendas en un huerto. Ya era avanzada la estación para celebrar congresos y se hicieron todos los preparativos posibles para preservarse contra el frío. Había diecisiete tiendas en el terreno,

además del pabellón grande, que acomodaba a varias familias, y cada tienda tenía su estufa.

[303] El sábado de mañana empezó a nevar, pero no se suspendió ni una sola reunión. Cayeron unos dos centímetros y medio de nieve y el aire era muy frío. Las mujeres que tenían niños pequeños se agrupaban en derredor de las estufas. Era conmovedor ver a ciento cincuenta personas congregadas para una reunión en tales circunstancias. Algunos habían venido desde trescientos kilómetros en sus coches. Todos parecían tener hambre del pan de vida y sed del agua de salvación.

El pastor Haskell habló el viernes de tarde y de noche. El sábado de mañana me sentí llamada a pronunciar palabras alentadoras a los que habían hecho un esfuerzo tan grande para asistir a la reunión. El domingo de tarde asistió un buen número de personas que no eran adventistas, si se considera que la reunión se realizaba en un lugar tan alejado de las vías de comunicación.

El lunes de mañana hablé a los hermanos basándome en el tercer capítulo de Malaquías. Luego invitamos a los que querían ser cristianos y no habían tenido evidencias de haber sido aceptados por Dios que se adelantaran. Respondieron como treinta personas. Algunas estaban buscando al Señor por primera vez, y algunas eran miembros de otras iglesias que se decidían por el sábado. Dimos a todos oportunidad de hablar, y el libre Espíritu del Señor estuvo en nuestra reunión. Después que se hubo elevado una oración por los que se habían adelantado, fueron examinados los candidatos al bautismo. Seis fueron bautizados.

[304] El martes de mañana terminó el congreso, y con mi hija Emma, el pastor Haskell y el Hno. Stover, fuimos a Topeka, y tomamos el tren para Sherman, estado de Kansas, donde se había convocado otro congreso. Esta reunión fué interesante y provechosa. Parecía pequeña en comparación con nuestros congresos en otros estados, puesto que había tan sólo unos cien hermanos y hermanas presentes. Debía ser una reunión general de los hermanos dispersos. Había algunos que habían venido del sur del estado de Kansas, y de los estados de Arkansas, de Kentucky, como también de las regiones de Misurí, Nebraska y Tennessee. En esta reunión mi esposo se reunió conmigo, y de allí, con el pastor Haskell y nuestra hija fuimos a Dallas, estado de Tejas.

Visita a tejas

El jueves fuimos a la casa del Hno. McDearman, en Grand Prairie. Allí nuestra hija vió a sus padres, y a su hermano y hermana,* que habían sido llevados muy cerca de las puertas de la muerte por la fiebre que prevaleció en aquel estado durante la estación anterior. Nos fué grato atender a las necesidades de esta familia atribulada, que en años pasados nos había ayudado generosamente en nuestra aflicción.

Los dejamos algo mejorados en su salud para asistir al congreso de Plano. Esta reunión se realizó del 12-19 de noviembre. El tiempo era bueno al principio, pero no tardó en empezar a llover, y esto, con los fuertes vientos, impidió que asistieran muchos de la campaña circundante. Nos fué muy grato ver allí a nuestros viejos amigos, el pastor R. M. Kilgore y su esposa. También tuvimos mucho placer en encontrar un numeroso e inteligente grupo de hermanos en el campamento. Cualesquiera prejuicios que hayan existido allí contra los habitantes del norte, no fueron manifestados en modo alguno por estos amados hermanos y hermanas.

Nunca fué mi testimonio recibido más ávida y cordialmente que por estos hermanos. Me interesé profundamente en la obra del gran estado de Tejas. Siempre ha sido el objeto de Satanás ocupar antes que nosotros todo campo importante; y probablemente nunca se ha agitado tan activamente al ver introducir la verdad en algún estado, como se agitó en Tejas. Esto para mí es la mejor evidencia de que debe realizarse una gran obra allí.

[305]

*[Sin duda se trata de una hija adoptiva de los Hnos. White.—Nota del Traductor.]

Capítulo 51—Preparación para la venida de Cristo.

En la reciente visión que me fué dada en Battle Creek, durante nuestra reunión general, me fué mostrado el peligro que como pueblo corremos de llegar a ser asimilados al mundo más bien que a la imagen de Cristo. Estamos ahora en los mismos umbrales del mundo eterno; pero es el propósito del adversario de las almas inducirnos a postergar la terminación del tiempo. Satanás asaltará de toda manera posible a los que profesan ser el pueblo que guarda los mandamientos de Dios y espera la segunda aparición de nuestro Salvador en las nubes de los cielos con poder y grande gloria. Inducirá a tantos como pueda a postergar el día malo, y a llegar a ser en espíritu como el mundo, y a imitar sus costumbres. Me sentí alarmada al ver que el espíritu del mundo estaba dominando los corazones y las mentes de muchos que hacen alta profesión de la verdad. Ellos albergan el egoísmo y la complacencia propia; pero no cultivan la verdadera piedad y la estricta integridad.

El ángel de Dios me señaló a los que profesan la verdad, y con voz solemne repitió estas palabras: “Mirad por vosotros que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Por que como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra. Velad pues, orando en todo tiempo, que seáis tenidos por dignos de evitar todas estas cosas que han de venir y de estar en pie delante del Hijo del hombre.”

Considerando la brevedad del tiempo, debiéramos, como pueblo, velar y orar, y en ningún caso dejarnos distraer de la solemne obra de preparación para el gran acontecimiento que nos espera. Porque el tiempo se alarga aparentemente, muchos han llegado a ser descuidados e indiferentes acerca de sus palabras y acciones. No comprenden su peligro, y no ven ni entienden la misericordia de nuestro Dios al prolongar su tiempo de gracia a fin de que tengan tiempo para adquirir un carácter digno de la vida futura e inmortal. Cada momento es del más alto valor. Les es concedido tiempo, no

[306]

para dedicarlo a estudiar sus propias comodidades y ser moradores de la tierra, sino para emplearlo en la obra de vencer todo defecto de su propio carácter, y en ayudar a otros, por su ejemplo y esfuerzo personal, a ver la belleza de la santidad. Dios tiene en la tierra un pueblo que con fe y santa esperanza, está siguiendo el rollo de la profecía que rápidamente se cumple, y cuyos miembros están tratando de purificar sus almas obedeciendo a la verdad, a fin de no ser hallados sin ropa de boda cuando Cristo aparezca.

Muchos de los que se han llamado adventistas han incurrido en el error de fijar fechas para la venida de Cristo. Lo han hecho repetidas veces, pero el resultado ha sido fracasos repetidos. Se nos declara que el tiempo definido de la venida de nuestro Señor está fuera del alcance de los mortales. Aun los ángeles que ministran a los que han de ser herederos de la salvación, no conocen ni el día ni la hora. “Empero del día y hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino mi Padre solo.” Por haber pasado repetidas veces la fecha fijada por algunos, el mundo se encuentra en un estado de incredulidad más decidida que antes respecto del próximo advenimiento de Cristo. Considera con disgusto el fracaso de los que fijaron fechas; y porque hubo hombres así seducidos muchos se apartan de la verdad presentada por la Palabra de Dios, de que el fin de todas las cosas está cercano.

Los que tan presuntuosamente predicán una fecha definida, satisfacen, al hacerlo, al adversario de las almas, porque promueven la incredulidad más bien que el cristianismo. Presentan textos de la Escritura, y, mediante falsas interpretaciones, una serie de argumentos que aparentemente sostienen su teoría. Pero sus fracasos demuestran que son falsos profetas, que no interpretan correctamente el lenguaje de la Inspiración. La Palabra de Dios es verdad y certidumbre, pero los hombres han pervertido su significado. Esos errores han desprestigiado la verdad de Dios para estos últimos días. Los adventistas son ridiculizados por los ministros de otras denominaciones; sin embargo, los siervos de Dios no deben callar. Las señales predichas en la profecía se están cumpliendo rápidamente en derredor nuestro. Esto debe inducir a todo aquel que sigue verdaderamente a Cristo a actuar con celo.

Los que creen que deben predicar una fecha definida a fin de hacer impresión sobre la gente, no obran desde el debido punto de vista.

Los sentimientos de los oyentes pueden conmoverse y despertarse sus temores; pero no obran basados en buenos principios. Se crea una excitación, y cuando pasa la fecha, como ha sucedido repetidas veces, los que se conmovieron por la proximidad de la fecha, recaen en la frialdad, las tinieblas y el pecado, y es casi imposible despertar su conciencia sin una gran agitación.

En el tiempo de Noé, los habitantes del mundo se burlaban de lo que llamaban los temores supersticiosos y presentimientos del predicador de la justicia. Se le denunciaba como un visionario, fanático y alarmista. “Mas como los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre.” Los hombres rechazarán en nuestra época el solemne mensaje de amonestación, como lo rechazaron en el tiempo de Noé. Se referirán a esos falsos maestros que predijeron el acontecimiento y citaron la fecha definida, y dirán que no tienen más fe en nuestra advertencia que en la de ellos. Tal es la actitud del mundo hoy. La incredulidad está muy difundida y la predicación de la venida de Cristo es asunto de burla y ridículo. Esto contribuye a que sea tanto más esencial que los que creen en la verdad presente manifiesten su fe por sus obras. Deben ser santificados por la verdad que profesan creer porque son en verdad sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

[308]

Noé predicó a sus contemporáneos que Dios les daría ciento veinte años en los cuales podrían arrepentirse de sus pecados y hallar refugio en el arca. Pero ellos rechazaron la misericordiosa invitación. Les fué concedido abundante tiempo para apartarse de sus pecados, vencer sus malas costumbres y adquirir un carácter justo. Pero la inclinación al pecado, aunque débil al principio en muchos, se fortaleció por la repetida participación en el pecado, y los lanzó a una ruina irreparable. La misericordiosa amonestación de Dios fué rechazada con mofas, burlas y ridículo; y ellos fueron dejados en tinieblas para seguir el curso que su corazón pecaminoso había escogido. Pero su incredulidad no impidió que se cumpliera el acontecimiento predicho. Llegó, y grande fué la ira de Dios, que se vió en la ruina general.

Estas palabras de Cristo deben grabarse en el corazón de todos los que creen la verdad presente: “Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día.”

Nuestro peligro nos es presentado por Cristo mismo. El conocía los peligros que encontraríamos en estos postreros días y quería que nos preparásemos para ello. “Mas como los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre.” Estaban comiendo y bebiendo, plantando y edificando, casándose y dándose en matrimonio, y no conocieron hasta el día que Noé entró en el arca y el diluvio vino y los barrió a todos. El día de Dios encontrará a los hombres absortos igualmente en los negocios y placeres del mundo, en banquetes y glotonerías, y en la complacencia del apetito pervertido, en el consumo contaminador de bebidas y del narcótico tabaco. Tal es ya la condición de nuestro mundo, y estas prácticas se encuentran hasta entre los que profesan pertenecer al pueblo de Dios, algunos de los cuales están siguiendo las costumbres y participando de los pecados del mundo. Abogados, mecánicos, agricultores, negociantes y aun ministros, claman desde el púlpito: “Paz y seguridad,” cuando la destrucción está por sobrevenirles.

[309]

El creer en la próxima venida del Hijo del hombre en las nubes de los cielos no inducirá a los verdaderos cristianos a ser descuidados y negligentes en los asuntos comunes de la vida. Los que aguardan la pronta aparición de Cristo no serán ociosos, sino diligentes en sus asuntos. Su trabajo no será hecho con descuido y falta de honradez sino con fidelidad, presteza y esmero. Los que se lisonjean de que el descuido y la negligencia en las cosas de esta vida son evidencia de su espiritualidad y de su separación del mundo, están en un gran error. Su veracidad, fidelidad e integridad son probadas en las cosas temporales. Si son fieles en lo poco, serán fieles en lo mucho.

Me ha sido mostrado que en esto es donde muchos no soportan la prueba. Desarrollan su verdadero carácter en el manejo de las preocupaciones temporales. Manifiestan infidelidad, tramoyas, falta de honradez en su trato con sus semejantes. No consideran que su derecho a la vida futura e inmortal depende de cómo se conducen en los asuntos de esta vida, y que la más estricta integridad es indispensable para la formación de un carácter justo. A través de todas nuestras filas se practica la falta de honradez, y ésta es la causa de la tibieza de parte de muchos de los que profesan creer la verdad. No están relacionados con Cristo y están engañando sus propias almas. Me duele hacer la declaración de que hay una alarmante falta de honradez aun entre los observadores del sábado.

[310]

Mi atención fué dirigida al sermón de Cristo sobre el monte. Allí tenemos la orden del gran Maestro: “Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque ésta es la ley y los profetas.” Esta orden de Cristo es de la más alta importancia, y debe ser estrictamente acatada. Es como manzanas de oro en canastillos de plata. ¿Cuántos cumplen en su vida el principio que Cristo ordenó allí, y obran con otros como quisieran que se obrase con ellos en circunstancias similares? Lector, tenga a bien contestar.

Un hombre honrado, según la medida de Cristo, es el que manifiesta integridad inquebrantable. Las pesas engañosas y las balanzas falsas con que muchos tratan de fomentar sus intereses en el mundo, son abominación a la vista de Dios. Sin embargo, muchos de los que profesan guardar los mandamientos de Dios están obrando con pesas y balanzas falsas. Cuando un hombre está verdaderamente relacionado con Dios y guarda su ley en verdad, su vida lo revelará, porque todas sus acciones estarán en armonía con las enseñanzas de Cristo. No venderá su honra por ganancia. Sus principios se basan en el fundamento seguro, y su conducta en asuntos mundanales es un trasunto de sus principios. La firme integridad resplandece como el oro entre la escoria y la basura del mundo. El engaño, la mentira y la infidelidad pueden ser pasados por alto y ocultados a los ojos de los hombres pero no a los ojos de Dios. Los ángeles de Dios, que vigilan el desarrollo de nuestro carácter y pesan nuestro valor moral, registran en los libros del cielo estas transacciones menores que revelan el carácter. Si un obrero es infiel en las vocaciones diarias de la vida, y descuida su trabajo, el mundo no le juzgará incorrectamente si estima su norma religiosa de acuerdo con su norma comercial.

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel: y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.” No es la magnitud del asunto lo que lo hace justo o injusto. Así como un hombre trata con sus semejantes, tratará con Dios. El que es infiel en las riquezas injustas, no recibirá nunca las riquezas verdaderas. Los hijos de Dios no deben dejar de recordar que en todas sus transacciones comerciales son probados, pesados en la balanza del santuario.

Cristo dijo: “No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar frutos buenos.” “Así que, por sus frutos los

conoceréis.” Los hechos de la vida de un hombre son los frutos que lleva. Si él es infiel y falto de honradez en las cosas temporales, produce espinas y cardos; será infiel en la vida religiosa y robará a Dios en los diezmos y las ofrendas.

[311]

La Biblia condena en los términos más fuertes toda mentira, trato falso e improbidad. Lo bueno y lo malo son manifestados claramente. Pero me fué mostrado que el pueblo de Dios se ha puesto sobre el terreno del enemigo, ha cedido a sus tentaciones y ha seguido sus designios hasta que sus sensibilidades han quedado terriblemente embotadas. Una ligera desviación de la verdad, una pequeña variación de los requisitos de Dios no se considera tan pecaminosa cuando ello entraña ganancia o pérdida pecuniaria. Pero el pecado es pecado, sea cometido por el poseedor de millones o por el mendigo de la calle. Los que obtienen propiedades por falsas representaciones, están trayendo condenación sobre su alma. Todo lo que se obtiene por engaño y fraude, será tan sólo una maldición para quien lo reciba.

Adán y Eva sufrieron las terribles consecuencias de desobedecer a la orden expresa de Dios. Podrían haber razonado: Este es un pecado muy pequeño, y nunca será tenido en cuenta. Pero Dios trató el asunto como un mal temible, y la desgracia de su transgresión se sentirá a través de todos los tiempos. En la época en que vivimos, los que profesan ser hijos de Dios cometen con frecuencia pecados de mayor magnitud. En las transacciones comerciales, los que profesan ser hijos de Dios dicen y obran mentiras que atraen el desagrado de Dios sobre ellos y el oprobio sobre su causa. La menor desviación de la veracidad y rectitud es una transgresión de la ley de Dios. El participar continuamente en el pecado, acostumbra a la persona al hábito de hacer mal, pero no disminuye el gravoso carácter del pecado. Dios ha establecido principios inmutables, que él no puede cambiar sin revisar toda su naturaleza. Si la Palabra de Dios fuese estudiada fielmente por todos los que profesan creer la verdad, no serían enanos en las cosas espirituales. Los que desprecian los requisitos de Dios en esta vida no respetarían su autoridad si estuviesen en el cielo.

[312]

Toda especie de inmoralidad queda claramente delineada en la Palabra de Dios, y sus resultados nos son expuestos. El ceder a las pasiones inferiores nos es presentado en su carácter más repugnante.

Nadie, por obscuro que sea su entendimiento, necesita errar. Pero me ha sido mostrado que este pecado es albergado por muchos de los que profesan andar en todos los mandamientos de Dios. Dios juzgará a cada hombre por su Palabra.

Dijo Cristo: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí.” La Biblia es un guía infalible. Exige perfecta pureza en palabras, pensamientos y acciones. Únicamente los que tengan un carácter virtuoso y sin mancha podrán entrar en la presencia de un Dios puro y santo. La Palabra de Dios, si es estudiada y obedecida, guiará a los hombres, así como los israelitas fueron conducidos por una columna de fuego de noche y una columna de nube de día. La Biblia es la voluntad de Dios expresada al hombre. Es la única norma perfecta de carácter, y señala el deber del hombre en toda circunstancia de la vida. En esta vida hay muchas responsabilidades que recaen sobre nosotros, cuya negligencia no sólo nos ocasionará sufrimientos a nosotros mismos, sino que causará pérdida a otros.

[313] Hombres y mujeres que profesan reverenciar la Biblia y seguir sus enseñanzas, dejan de cumplir en muchos respectos, sus requisitos. En la educación de los niños, siguen su propia naturaleza perversa más bien que la revelada voluntad de Dios. Este descuido del deber entraña la pérdida de millares de almas. La Biblia traza reglas para la correcta disciplina de los niños. Si estos requisitos de Dios fuesen seguidos por los hombres, veríamos hoy aparecer en el escenario de acción una clase de jóvenes muy diferente. Pero los padres que profesan leer la Biblia y seguirla, obran de una manera directamente contraria a sus enseñanzas. Oímos el clamor de tristeza y angustia de parte de padres y madres, que lamentan la conducta de sus hijos sin darse cuenta de que ellos están trayendo esa tristeza y angustia sobre sí mismos y arruinando a sus hijos, por su errónea afección. No se percatan de las responsabilidades que Dios les dió en cuanto a educar a sus hijos en hábitos correctos desde su infancia.

Padres, sois en extenso grado responsables por las almas de vuestros hijos. Muchos descuidan su deber durante los primeros años de la vida de sus hijos, pensando que cuando lleguen a ser mayores tendrán entonces mucho cuidado para reprimir lo malo y educarlos en lo bueno. Pero el tiempo en que ellos han de hacer esta obra es cuando los niños son tiernos lactantes en sus brazos. No

es correcto que los padres mimen y echen a perder a sus hijos; ni tampoco es correcto que los maltraten. Una conducta firme, decidida y recta producirá los mejores resultados.

[314]

Capítulo 52—Los embajadores de Cristo.

Los embajadores de Cristo tienen una obra solemne e importante, que algunos consideran enteramente con demasiada ligereza. Mientras Cristo es ministro del santuario celestial, es también, por medio de sus delegados, ministro de su iglesia en la tierra. Habla al pueblo por medio de hombres elegidos, y lleva a cabo su obra por su medio, como cuando, en los días de su humillación, andaba visiblemente en la tierra. Aunque han transcurrido siglos, el lapso de tiempo no ha cambiado la promesa que hizo al separarse de sus discípulos: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Desde la ascensión de Cristo hasta el presente, hombres ordenados de Dios, que derivaron su autoridad de él, han tenido que enseñar la fe. Cristo, el verdadero Pastor, dirige su obra por intermedio de estos subpastores. Así la posición de los que trabajan en palabra y doctrina viene a ser muy importante. En lugar de Cristo, ruegan a la gente que se reconcilie con Dios.

La gente no debe considerar a sus ministros como sencillos oradores, sino como embajadores de Cristo, que reciben su sabiduría y poder de la gran Cabeza de la iglesia. El pasar por alto y despreciar la palabra hablada por el representante de Cristo, no es sólo manifestar falta de respeto al hombre, sino también al Maestro que le envió. El está en el lugar de Cristo; y la voz del Salvador debe ser oída en su representante.

Muchos de nuestros ministros han cometido un grave error al dar discursos completamente dedicados a los argumentos. Hay almas que escuchan la teoría de la verdad y quedan impresionadas por las evidencias presentadas, y luego si una parte del discurso presenta a Cristo como el Salvador del mundo, la semilla sembrada puede brotar y llevar fruto para gloria de Dios. Pero en muchos discursos, no se presenta la cruz de Cristo ante la gente. Tal vez algunos estén escuchando el último sermón que oirán, y algunos no volverán a estar situados de manera que se pueda volver a presentarles la cadena de verdad, y darle una aplicación práctica a sus corazones.

[315]

Esta oportunidad áurea se perdió para siempre. Si Cristo y su amor redentor hubiesen sido ensalzados en relación con la teoría de la verdad, esto podría haberlos hecho inclinarse hacia su lado.

Son más de las que nosotros nos imaginamos las almas que anhelan comprender cómo pueden venir a Cristo. Muchos escuchan sermones populares desde el púlpito y no salen sabiendo mejor que antes de escucharlos cómo encontrar a Jesús y la paz y el descanso que desean sus almas. Los ministros que predicán el último mensaje de misericordia, deben tener presente que Cristo ha de ser ensalzado como refugio del pecador. Muchos ministros piensan que no es necesario predicar el arrepentimiento y la fe con un corazón completamente subyugado por el amor de Dios; dan por sentado que sus oyentes están perfectamente familiarizados con el evangelio, y que deben presentarles asuntos de una naturaleza diferente para retener su atención. Si sus oyentes están interesados, lo consideran como evidencia de éxito. La gente es más ignorante respecto al plan de salvación y necesita más instrucción acerca de este asunto de suma importancia que acerca de cualquier otro.

De aquellos que se congregan para escuchar la verdad debe esperarse que deseen ser beneficiados, como lo expresaran Cornelio y sus amigos: “Ahora pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado.”

Los discursos teóricos son esenciales para que todos conozcan la forma de la doctrina y vean la cadena de la verdad, eslabón tras eslabón, unida en un conjunto perfecto. Pero jamás debe presentarse un discurso sin presentar a Cristo y Cristo crucificado como fundamento del evangelio, haciendo una aplicación práctica de las verdades presentadas y grabando en la mente el hecho de que la doctrina de Cristo no es sí y no, sino sí y amén en Cristo Jesús. [316]

Después que la teoría de la verdad ha sido presentada, entonces viene la parte laboriosa del trabajo. La gente no debe ser dejada sin instrucción en las verdades prácticas que se relacionan con su vida diaria. Los oyentes deben ver y sentir que son pecadores, y necesitan convertirse a Dios. Lo que Cristo dijo, lo que hizo y lo que enseñó, debe serles presentado de la manera más impresionante.

La obra del ministro no hace sino empezar cuando la verdad es presentada al entendimiento de la gente. Cristo es nuestro Mediador y sumo Sacerdote en presencia del Padre. El fué revelado a Juan

como el Cordero inmolado, como en el mismo acto de derramar su sangre en favor del pecador. Cuando la ley de Dios es presentada al pecador, mostrándole la profundidad de sus pecados, debe señalársele el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Debe enseñársele el arrepentimiento para con Dios y la fe para con nuestro Señor Jesucristo. Así estará la labor del representante de Cristo en armonía con la obra que nuestro Salvador está realizando en el santuario celestial.

Los ministros alcanzarían muchos más corazones si se espaciaran más en la piedad práctica. Con frecuencia, cuando se hacen esfuerzos para introducir la verdad en campos nuevos, la labor es casi completamente teórica. La gente queda perturbada. Ve la fuerza de la verdad, y anhela obtener un fundamento seguro. Cuando sus sentimientos quedan suavizados es el momento, ante todo, de presentar con instancia la religión de Cristo a la conciencia; pero con demasiada frecuencia se ha dejado que la serie de conferencias terminase sin que esta obra se hiciese por las personas que la necesitaban. Aquel esfuerzo resultó demasiado parecido a la ofrenda de Caín: no tenía la sangre expiatoria para hacerlo aceptable a Dios. Caín obraba bien al presentar una ofrenda, pero dejó a un lado todo lo que le daba valor, la sangre de la expiación.

[317]

Es un hecho triste que la razón por la cual muchos se espacian tanto en la teoría, y tan poco en la piedad práctica, es que Cristo no mora en su corazón. No tienen relación viva con Dios. Muchas almas se deciden en favor de la verdad por el peso de la evidencia, sin haberse convertido. No se dieron discursos prácticos en relación con los doctrinarios, para que los oyentes viesan la hermosa cadena de verdad a fin de enamorarse de su Autor y ser santificados por la obediencia. El ministro no ha hecho su obra hasta no haber convencido a sus oyentes de la necesidad de cambiar de carácter de acuerdo con los principios puros de la verdad que han recibido.

Una religión formal es de temer, porque en ella no hay Salvador. Cristo dió discursos claros, íntimos, escrutadores y prácticos. Sus embajadores deben seguir su ejemplo en cada discurso. Cristo y su Padre eran uno; a todos los requisitos del Padre, Cristo daba alegremente su aquiescencia. El tenía el sentir de Dios. El Redentor era el modelo perfecto. Jehová se manifestaba en él. El cielo estaba envuelto en la humanidad, y la humanidad estaba encerrada en el

seno del Amor Infinito. Si los ministros quieren sentarse con mansedumbre a los pies de Jesús, pronto obtendrán una correcta visión del carácter de Dios, y podrán también enseñar a otros. Algunos entran en el ministerio sin amar profundamente a Dios y a sus semejantes. En la vida de los tales se manifestará egoísmo y complacencia propia. Mientras estos centinelas faltos de consagración y fidelidad se están sirviendo a sí mismos en vez de alimentar la grey y de atender a sus deberes pastorales, el pueblo parece por falta de la debida instrucción.

En cada discurso deben hacerse llamados fervientes a la gente para que abandone sus pecados y se vuelva a Cristo. Deben condenarse los pecados y complacencias populares de nuestra época y debe darse vigor a la piedad práctica. El ministro debe sentir él mismo fervor, debe sentir en el fondo del corazón las palabras que pronuncia, y debe verse incapacitado para reprimir su preocupación por las almas de los hombres y las mujeres para quienes Cristo murió. Del Maestro se dijo: “El celo de tu casa me comió.” Y sus representantes deben sentir el mismo fervor.

[318]

Ha sido hecho para el hombre un sacrificio infinito, pero ha sido hecho en vano por cada alma que no acepte la salvación. ¡Cuán importante es que el que presenta la verdad lo haga bajo el pleno sentido de la responsabilidad que sobre él recae! ¡Cuán tierno, compasivo y cortés debe ser en toda su conducta al tratar con las almas de los hombres, cuando el Redentor del mundo demostró que las apreciaba tan altamente! Cristo pregunta: “¿Quién es el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su familia?” Jesús pregunta: ¿Quién? y cada ministro del evangelio debe repetir la pregunta en su propio corazón. Al considerar las verdades solemnes, y contemplar su mente el cuadro trazado respecto del mayordomo fiel y prudente, su alma debe conmoverse hasta en lo más profundo.

A cada hombre ha sido dada su obra; nadie queda disculpado. Cada uno tiene una parte que hacer, según su capacidad; y al que presenta la verdad le incumbe desentrañar cuidadosamente y con oración la capacidad de todos los que aceptan la verdad, y luego instruirlos y conducirlos paso a paso, dejándoles sentir la carga de responsabilidad que recae sobre ellos en cuanto a hacer la obra que Dios tiene para ellos. Se les debe instar una y otra vez, acerca del hecho de que nadie podrá resistir a la tentación, responder al propósito

[319]

de Dios, y vivir la vida de un cristiano, a menos que asuma su obra, sea grande o pequeña, y haga ese trabajo con fidelidad concienzuda. Para todos hay algo que hacer, además de ir a la iglesia y escuchar la Palabra de Dios. Deben practicar la verdad oída, llevando a cabo sus principios en su vida diaria. Deben trabajar constantemente para Cristo, no por motivos egoístas, sino con el deseo sincero de glorificar a Aquel que hizo todo sacrificio para salvar al hombre de la ruina.

Los ministros deben grabar en la mente de todos los que aceptan la verdad que deben tener a Cristo en sus hogares; que necesitan gracia y sabiduría de él para guiar y dominar a sus hijos. Es parte de la obra que Dios les ha dejado, educar y disciplinar a estos hijos, criarlos en sumisión. Sean la bondad y la cortesía del ministro manifiestas en su trato con los niños. Debe siempre tener presente que son hombres y mujeres en miniatura, miembros jóvenes de la familia del Señor. Pueden estar muy cerca del Maestro y ser muy caros para él, y si son debidamente instruídos y disciplinados, le prestarán servicio aun en su juventud. Cristo queda agraviado por cada palabra dura, severa y desconsiderada que se dirija a los niños. Sus derechos no son siempre respetados, y son tratados con frecuencia como si no tuviesen carácter individual que necesita desarrollarse debidamente a fin de no torcerse, para que el propósito de Dios no fracase en su vida.

Desde niño, Timoteo conocía las Escrituras, y este conocimiento le salvaguardó de las malas influencias que le rodeaban, y de la tentación a escoger el placer y la complacencia egoísta antes que el deber. Todos nuestros hijos necesitan una salvaguardia tal: y debe ser parte de la obra de los padres y de los embajadores de Cristo cuidar de que los niños estén debidamente instruídos en la Palabra de Dios.

[320]

Si el ministro quiere recibir la aprobación de su Señor, debe trabajar con fidelidad para presentar a cada hombre perfecto en Cristo. No debe, en su manera de trabajar, dar la impresión de que, para él, es de poca importancia si los hombres aceptan o no la verdad y practican la verdadera piedad; por el contrario, la fidelidad y la abnegación manifestadas en su vida deben ser tales que convenzan al pecador de que hay intereses eternos en juego, y de que su alma está en peligro a menos que responda a la ferviente labor realizada

en su favor. Los que han sido llevados del error y las tinieblas a la verdad y luz, tienen que hacer grandes cambios, y a menos que la necesidad de la reforma cabal sea grabada en la conciencia, serán como el hombre que se miró al espejo, la ley de Dios, y descubrió los defectos de su carácter moral, pero luego se fué y olvidó la clase de hombre que era. La mente debe ser mantenida alerta al sentido de la responsabilidad, o recaerá en un estado de negligencia aun más desatenta que antes de ser despertada.

La obra de los embajadores de Cristo es mucho mayor y de más responsabilidad de lo que muchos sueñan. No deben quedar satisfechos con su éxito a menos que puedan, por sus fervientes labores y la bendición de Dios, presentarle cristianos útiles, que tengan un verdadero sentido de su responsabilidad, y que hagan su obra señalada. La debida labor e instrucción tendrán por resultado el poner en condición de trabajar a aquellos hombres y mujeres cuyo carácter es fuerte, y cuyas condiciones son tan firmes que no permiten que nada de un carácter egoísta les estorbe en su trabajo, disminuya su fe o los aparte de su deber. Si el ministro ha instruído debidamente a los que estaban bajo su cuidado, cuando él sale para otros campos de trabajo, la obra no se disgregará, sino que quedará tan firmemente unida como segura. A menos que estén cabalmente convertidos los que reciban la verdad y haya un cambio radical en su vida y carácter, el alma no estará firmemente ligada a la Roca eterna; y después que cese el trabajo del ministro, y haya pasado la novedad, la impresión se borrará, la verdad perderá su poder de encantar, y aquellas personas no ejercerán ninguna influencia más santa, ni estarán en mejor situación por profesar la verdad.

Me asombra que teniendo delante de nosotros los ejemplos de lo que el hombre puede ser, y lo que puede hacer, no seamos estimulados a esforzarnos para emular más las buenas obras de los justos. Todos no pueden ocupar una posición eminente; sin embargo, todos pueden ocupar puestos de utilidad y confianza y pueden, por su fidelidad perseverante, hacer mucho mayor bien de lo que se imaginan. Los que abrazan la verdad deben buscar una clara comprensión de las Escrituras y un conocimiento experimental de un Salvador vivo. El intelecto debe ser cultivado, la memoria puesta a contribución. Toda pereza intelectual es pecado, y el letargo espiritual es muerte.

[321]

¡Oh si pudiese disponer de un lenguaje suficientemente vigoroso para hacer la impresión que quisiera hacer en mis colaboradores en el evangelio! Hermanos míos, estáis manejando las palabras de vida; estáis tratando con mentes que son capaces del más alto desarrollo, si son dirigidas en el debido cauce. En los discursos dados hay demasiada exhibición del yo. Cristo crucificado, Cristo ascendido a los cielos, Cristo que va a volver, debe de tal manera suavizar, alegrar y llenar la mente del ministro del evangelio que él presente estas verdades a la gente con amor y profundo fervor. El ministro se perderá entonces de vista y Jesús quedará magnificado. La gente quedará de tal manera impresionada con estos temas absorbentes, que hablará de ellos y los alabará en vez de alabar al ministro, el mero instrumento. Si la gente, mientras alaba al predicador, tiene poco interés en la Palabra, él puede saber que la verdad no está santificando su propia alma. No habla a sus oyentes de manera que Cristo quede honrado y su amor magnificado.

Dijo Cristo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” Dejad resplandecer vuestra luz de manera que la gloria redunde para Dios en vez de para vosotros mismos. Si las alabanzas os son dirigidas, bien podéis temblar y avergonzaros, porque el gran objeto ha quedado derrotado; no es Dios, sino el siervo, el que es ensalzado. *Así brille vuestra luz*; tened cuidado, ministros de Cristo, de qué manera brilla vuestra luz. Si refulge hacia el cielo, revelando la excelencia de Cristo, brilla correctamente. Si es vuelta hacia vosotros mismos, si os exhibís a vosotros mismos, e inducís a la gente a admiraros, sería mejor que os callaseis, porque vuestra luz brilla erróneamente.

Ministros de Cristo, podéis estar relacionados con Dios si veláis y oráis. Sean vuestras palabras sazonadas con sal; rijan vuestra conducta la cortesía cristiana y la verdadera elevación. Si la paz de Dios reina en el corazón, su poder no sólo fortalecerá, sino que suavizará vuestro corazón y seréis representantes vivos de Cristo. El pueblo que profesa la verdad está apartándose de Dios. Jesús va a venir pronto, y dicho pueblo no está listo. El ministro debe alcanzar él mismo una norma más alta, una fe señalada con mayor firmeza, una experiencia viva, no árida y vulgar, como la de los que nominalmente profesan la religión. La Palabra de Dios os presenta

un blanco muy alto. ¿Queréis, por ayuno y oración, alcanzar la plenitud y consistencia del carácter cristiano? Debéis hacer sendas rectas para vuestros pies, no sea que los cojos sean apartados del camino. Una íntima relación con Dios os traerá, en vuestras labores, ese poder vital que despierta la confianza, y convence de pecado al pecador, induciéndole a clamar: “¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?”

La comisión dada por Cristo a los discípulos, precisamente antes de su ascensión al cielo era: “Por tanto, id. y doctrinad a todos los gentiles, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado: y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.” La comisión alcanza a aquellos que creerán en su Palabra por medio de sus discípulos. Y todos los que son llamados por Dios a ocupar el puesto de embajadores suyos, deben tomar las lecciones de piedad práctica que dió Cristo en su Palabra, y enseñarlas a la gente. [323]

Cristo abrió las Escrituras a sus discípulos, empezando con Moisés y los profetas, y los instruyó en todas las cosas relativas a él mismo, y también les explicó las profecías. Los apóstoles, en su predicación, se remontaron hasta el día de Adán, y llevaron a sus oyentes a través de la historia profética, y terminaron con Cristo y Cristo crucificado, invitando a los pecadores a apartarse de sus pecados y volverse a Dios. Los representantes de Cristo en nuestra época deben seguir su ejemplo, y en todo discurso ensalzar a Cristo como el Ser exaltado, como el que lo es todo y en todos.

No sólo la formalidad se está posesionando de las iglesias nominales, sino que está aumentando en grado alarmante entre aquellos que profesan observar los mandamientos de Dios y esperar la pronta aparición de Cristo en las nubes de los cielos. No debemos ser estrechos en nuestras miras y limitar nuestras facilidades de hacer bien; sin embargo, mientras extendemos nuestra influencia y ampliamos nuestros planes a medida que la Providencia nos prepara el camino, debemos ser más fervientes para evitar la idolatría del mundo. Mientras hacemos mayores esfuerzos para aumentar nuestra utilidad, debemos hacer esfuerzos correspondientes para obtener sabiduría de Dios a fin de llevar a cabo todos los ramos de la obra

según su orden, y no desde un punto de vista mundanal. No debemos amoldarnos a las costumbres del mundo, sino sacar el mejor partido posible de las facilidades que Dios ha puesto a nuestro alcance para presentar la verdad a la gente.

[324] Cuando, como pueblo, nuestras obras correspondan a nuestra profesión, veremos realizarse mucho más que ahora. Cuando tengamos hombres tan consagrados como Elías, poseedores de la fe que él poseía, veremos que Dios se revelará a nosotros, como se reveló a los santos hombres de antaño. Cuando tengamos hombres que, aunque reconociendo sus deficiencias, intercedan con Dios en fe ferviente como Jacob, veremos los mismos resultados. El poder de Dios vendrá al hombre en respuesta a la oración de fe. Hay tan sólo poca fe en el mundo. Son pocos los que viven cerca de Dios. ¿Y cómo podemos esperar que recibamos más poder y que Dios se revele a los hombres, cuando su Palabra es manejada con negligencia y cuando los corazones no son santificados por la verdad? Hay hombres que no están convertidos ni a medias, que confían en sí mismos y se creen suficientes en su carácter, y predicán la verdad a otros. Pero Dios no obra con ellos, porque no son santos en corazón y vida. No andan humildemente con Dios. Debemos tener un ministerio consagrado, y entonces veremos la luz de Dios, y su poder ayudará a todos nuestros esfuerzos.

Los centinelas colocados antaño sobre los muros de Jerusalén y otras ciudades, ocupaban una posición de la mayor responsabilidad. De su fidelidad dependía la seguridad de todos los habitantes de aquellas ciudades. Cuando había aprensión de peligro, ellos no debían callar ni de día ni de noche. A intervalos debían llamarse uno a otro, para ver si estaban despiertos, no fuese que ocurriese daño a alguno de ellos. Se colocaban centinelas sobre alguna eminencia que dominaba los lugares importantes que habían de guardarse, y de ellos se elevaba el clamor de amonestación o de buen ánimo. Este clamor se transmitía de una boca a otra, repitiendo cada uno las palabras, hasta que daba la vuelta entera a la ciudad.

Estos atalayas representan el ministerio, de cuya fidelidad depende la salvación de las almas. Los dispensadores de los misterios de Dios deben estar como atalayas sobre los muros de Sión; y si ven llegar la espada, deben dar la nota de amonestación. Si son centinelas dormidos y sus sentidos espirituales están tan embotados que no ven

ni se dan cuenta del peligro y la gente perece. Dios demandará su sangre de la mano de los centinelas.

“Hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel: oirás pues tú la palabra de mi boca. y amonestarlos has de mi parte.” [325] Los atalayas necesitan vivir muy cerca de Dios, oír su palabra y ser impresionados por su Espíritu, para que la gente no mire a ellos en vano. “Cuando yo dijere al impío: de cierto morirás: y tú no le amonestares, ni le hablases, para que el impío sea apercebido de su mal camino, a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, mas su sangre demandaré de tu mano. Y si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad, y de su mal camino, él morirá por su maldad, y tú habrás librado tu alma.” Los embajadores de Cristo deben cuidar de que no pierdan, por su infidelidad, su propia alma y la de aquellos que les oyen.

Me han sido mostradas las iglesias que en diferentes estados profesan guardar los mandamientos de Dios y esperar la segunda venida de Cristo. Hay una alarmante cantidad de indiferencia, orgullo, amor al mundo y fría formalidad entre ellas. Y ellas constituyen el pueblo que se está volviendo rápidamente semejante al antiguo Israel en cuanto concierne a la falta de piedad. Muchos hacen alta profesión de piedad, y sin embargo, están destituidos de dominio propio. En ellos rigen los apetitos y pasiones; y el yo recibe prominencia. Muchos son arbitrarios, intransigentes, intolerantes, orgullosos, jactanciosos y sin consagración. Sin embargo, algunas de estas personas son ministros que manejan verdades sagradas. A menos que se arrepientan, su candelero será quitado de su lugar. La maldición que el Salvador pronunció sobre la higuera estéril, es un sermón dirigido a todos los formalistas e hipócritas jactanciosos que se presentan ante el mundo con hojas orgullosas, pero están privados de fruto. ¡Qué reprensión para los que tienen la forma de la piedad, mientras que en su vida sin cristianismo niegan la eficacia de ella! El que trató con ternura al principal de los pecadores, el que nunca despreció la verdadera mansedumbre y penitencia, por grande que fuese la culpa, hizo caer severas denuncias sobre aquellos que hacían [326] gran profesión de piedad, pero en sus obras negaban su fe.

Manera de hablar

Algunos de nuestros ministros más talentosos se están causando grave daño por su deficiente manera de hablar. Mientras enseñan a la gente su deber de obedecer a la ley moral de Dios, no deben ser hallados violando las leyes de Dios respecto de la salud y la vida. Los ministros deben mantenerse erguidos y hablar lenta, firme y distintamente, tomando una inspiración completa de aire a cada frase, y emitir las palabras ejercitando los músculos abdominales. Si observan esa sencilla regla, prestando atención a las leyes de la salud en otros aspectos, pueden conservar su vida y utilidad por mucho más tiempo que los hombres dedicados a cualquier otra profesión.

El tórax se ensanchará y, educando la voz, el orador rara vez se pondrá ronco aunque hable constantemente. En vez de que nuestros ministros se pongan tísicos por el mucho hablar, pueden, mediante cierto cuidado, vencer toda tendencia a la consunción. Quiero decir a mis hermanos en el ministerio: A menos que os acostumbréis a hablar según la ley física, sacrificaréis la vida y muchos lamentarán la pérdida de “aquellos mártires de la causa de la verdad.” cuando, en realidad, será que, por practicar malas costumbres, os hicisteis injusticia a vosotros mismos y a la verdad que representabais, y robasteis a Dios y al mundo del servicio que podríais haber prestado. A Dios le habría agradado que hubieseis seguido viviendo, pero os suicidasteis lentamente.

La manera en que la verdad es presentada tiene con frecuencia mucho que ver para determinar si será aceptada o rechazada. Todos los que trabajan en la causa de la reforma deben estudiar para llegar a ser obreros eficientes a fin de lograr la mayor cantidad posible de bien, y no restar nada a la fuerza de la verdad por sus propias deficiencias.

[327]

Los ministros y maestros deben disciplinarse para tener una articulación clara y distinta, dando el sonido completo a cada palabra. Los que hablan rápidamente, desde la garganta, mezclando las palabras y alzando la voz a un tono alto que no es natural, no tardan en enronquecer, y las palabras que pronuncian pierden la mitad de la fuerza que tendrían si fuesen pronunciadas lenta y distintamente y en tono no tan alto. Las simpatías de los oyentes son despertadas en favor del orador porque saben que él se está haciendo violencia y

temen que la voz le fallará en cualquier momento. No es evidencia de que un hombre tenga celo por Dios el hecho de que, gesticulando, alcance un frenesí de excitación. “El ejercicio corporal—dice el apóstol,—para poco es provechoso.”

El Salvador del mundo quiere que sus colaboradores le representen; y cuanto más íntimamente un hombre ande con Dios, tanto más perfecta será su manera de dirigirse a la gente, así como su comportamiento, su actitud y sus ademanes. En nuestro Modelo, Cristo Jesús, no se vieron nunca modales groseros y desmañados. El era representante del Cielo y los que le siguen deben ser semejantes a él.

Algunos piensan que el Señor calificará por su espíritu a un hombre para que hable según él quiere que lo haga; pero el Señor no se propone hacer la obra que ha dado al hombre. El nos ha dado facultades de raciocinio, y oportunidades de educar la mente y los modales. Y después que hemos hecho cuanto estaba a nuestro alcance, haciendo el mejor uso de las ventajas de que disponemos, entonces podemos pedir a Dios en ferviente oración que haga por su Espíritu lo que nosotros no podemos hacer, y siempre hallaremos en nuestro Salvador poder y eficiencia.

Calificaciones para el ministerio

Con frecuencia se perjudica grandemente a nuestros jóvenes permitiéndoles que comiencen a predicar cuando no tienen suficiente conocimiento de las Escrituras para presentar nuestra fe de una manera inteligente. Algunos de los que entran en el campo son meros novicios en las Escrituras. En otras cosas, son también incompetentes y deficientes. No pueden leer las Escrituras sin vacilar, equivocar las palabras, y mezclarlas de una manera que maltrata a la Palabra de Dios. Los que no están calificados para presentar la verdad debidamente deben preocuparse de su deber. Les corresponde el puesto de discípulos y no el de maestros. Los jóvenes que deseen prepararse para el ministerio quedarán grandemente beneficiados por asistir a nuestros colegios; pero necesitan aun otras ventajas para calificarse como oradores aceptables. Debe emplearse un maestro que enseñe a los jóvenes a hablar sin cansar los órganos vocales. Sus modales también deben recibir atención.

[328]

Algunos jóvenes que entran en el campo no tienen éxito en enseñar la verdad a otros porque no han sido educados ellos mismos. Los que no pueden leer correctamente deben aprender, y deben poder enseñar antes de intentar ponerse delante del público. Los maestros de nuestras escuelas están obligados a aplicarse detenidamente al estudio, a fin de estar preparados para instruir a otros. Estos maestros no son aceptados hasta que hayan pasado un examen crítico y su capacidad de enseñar haya sido probada por jueces competentes. No deben emplearse menos precauciones para examinar los predicadores; los que están por entrar en la obra sagrada de enseñar la verdad bíblica al mundo deben ser examinados cuidadosamente por personas fieles y de experiencia.

[329] Después que estos jóvenes han tenido cierta experiencia, queda aún otra obra que hacer para ellos; deben ser presentados delante del Señor en ferviente oración para que él indique por su Espíritu Santo si son aceptables para él. El apóstol dice: “No impongas de ligero las manos a ninguno.” En los días de los apóstoles, los ministros de Dios no se atrevían a confiar en su propio juicio para elegir o aceptar hombres que debían asumir la solemne y sagrada posición de portavoces de Dios. Elegían a los hombres que su juicio aceptaba, y luego los presentaban al Señor para ver si él aceptaba que ellos saliesen como representantes suyos. No debiera hacerse menos hoy.

En muchos lugares encontramos hombres que han sido puestos apresuradamente en posiciones de responsabilidad como ancianos de la iglesia, cuando no estaban calificados para dicho puesto. No tienen el debido gobierno sobre sí mismos. Su influencia no es buena. La iglesia está continuamente en dificultades como consecuencia del carácter deficiente de su director. Se ha impuesto las manos a estos hombres con excesiva premura.

Los ministros de Dios deben ser de buena reputación, capaces de manejar discretamente un interés después que lo han despertado. Tenemos mucha necesidad de hombres competentes que reporten honor en vez de vergüenza a la causa que representan. Los ministros deben ser examinados especialmente para ver si tienen una comprensión inteligente de la verdad para este tiempo, de manera que puedan dar un discurso bien hilvanado acerca de las profecías o de temas prácticos. Si no pueden presentar con claridad los temas bíblicos, necesitan ser todavía oyentes y aprendices. Deben escudriñar las

Escrituras con fervor y oración, y familiarizarse con ellas a fin de poder enseñar la verdad bíblica a otros. Todas estas cosas deben considerarse con cuidado y oración antes que se envíe con premura a los hombres al campo de labor.

[330]

Capítulo 53—Influencia de una juventud piadosa.

Los que están bebiendo de la fuente de la vida no manifestarán, como los mundanos, un anhelante deseo de cambio y placer. En su comportamiento y carácter se verá el descanso, la paz y la felicidad que han hallado en Cristo al deponer diariamente sus perplejidades y cargas a sus pies. Mostrarán que hay contentamiento y aún gozo en la senda del deber. Los tales ejercerán una influencia sobre sus discípulos, que se hará sentir sobre toda la escuela. Los que componen ese fiel ejército refrigerarán y fortalecerán a los maestros y profesores en sus esfuerzos, procurando vencer toda especie de infidelidad, discordia y negligencia de los reglamentos. Su influencia será salvadora, y sus obras no perecerán en el gran día de Dios, sino que los seguirán en el mundo futuro; y la influencia de su vida aquí se hará sentir a través de las incesantes edades de la eternidad. Un joven ferviente y concienzudo y fiel en la escuela es un tesoro inestimable. Los ángeles del cielo le consideran con amor. Su precioso Salvador le ama, y en el libro mayor del cielo quedará registrada toda obra de justicia, toda tentación resistida, todo mal vencido. Así estará echando un buen fundamento para el tiempo venidero, para asirse de la vida eterna.

De la juventud cristiana depende en gran medida la conservación y perpetuidad de las instituciones que Dios ha designado como medios de adelantar su obra. Esta grave responsabilidad descansa sobre la juventud que hoy está entrando en el escenario de acción. Nunca ha habido una época en que dependiesen resultados tan importantes de una generación de hombres. Cuán importante es, pues, que los jóvenes lleguen a estar calificados para la gran obra, a fin de que Dios pueda usarlos como instrumentos suyos! Su Hacedor tiene sobre ellos derechos que superan a todos los demás.

[331] Dios es quien ha dado la vida y toda dote física y mental que los jóvenes poseen. Les ha conferido capacidad para que la aprovechen sabiamente, a fin de confiarles una obra que será tan duradera como la eternidad. En recompensa de sus grandes dones, él pide que

ellos cultiven y ejerciten debidamente sus facultades intelectuales y morales. No les dió esas facultades para su diversión o para que abusasen de ellas obrando contra su voluntad y su providencia, sino para que las empleasen en fomentar el conocimiento de la verdad y santidad en el mundo. El exige su gratitud, su veneración y amor, por su continua bondad e infinitas misericordias. El requiere con justicia que se obedezca a sus leyes y a todos los sabios reglamentos que restringirán y guardarán a los jóvenes de los designios de Satanás y los conducirán por sendas de paz. Si los jóvenes pueden ver que al cumplir con las leyes y reglamentos de nuestras instituciones están haciendo aquello que mejorará su posición en la sociedad, elevará su carácter, ennoblecerá su mente y aumentará su fidelidad, no se rebelarán contra las reglas justas y los requisitos sanos, ni se dedicarán a crear sospechas y prejuicios contra estas instituciones. Nuestros jóvenes deben tener un espíritu de energía y fidelidad, para hacer frente a las demandas que se les hacen, y esto será una garantía de éxito. El carácter malo y temerario de muchos de los jóvenes en esta época del mundo es descorazonador. Mucha de la culpa incumbe a los padres en el hogar. Sin el temor de Dios nadie puede ser verdaderamente feliz.

Capítulo 54—Carácter sagrado de los votos.

La breve pero terrible historia de Ananías y Safira ha sido registrada por la pluma inspirada para beneficio de todos los que profesan seguir a Cristo. Esta lección importante no ha pesado lo suficiente en la mente de nuestro pueblo. Será provechoso para todos considerar reflexivamente la naturaleza de la grave ofensa de la cual fueron hechos un ejemplo aquellos culpables. Esta señalada evidencia de la justicia retributiva de Dios es terrible, y debe inducir a todos a temer repetir el pecado que produjera semejante castigo. El egoísmo era el gran pecado que había torcido el carácter de esta pareja culpable.

Juntamente con otros, Ananías y su esposa Safira, habían tenido el privilegio de oír el evangelio predicado por los apóstoles. El poder de Dios acompañaba la palabra hablada, y una profunda convicción se apoderó de todos los presentes. La influencia enternecedora de la gracia de Dios los indujo, en su corazón a renunciar a su egoísta posesión de bienes terrenales. Mientras se hallaban bajo la influencia directa del Espíritu de Dios hicieron la promesa de dar al Señor ciertas tierras; pero cuando ya no estaban bajo esta influencia celestial, la impresión era menos fuerte y empezaron a dudar y a rehuir el cumplimiento de la promesa que habían hecho. Pensaron que se habían apresurado demasiado, y deseaban reconsiderar el asunto. Así abrieron una puerta por la cual Satanás entró en seguida, y obtuvo el dominio de su mente.

Este caso debe ser una advertencia a todos para que se guarden contra el primer ataque de Satanás. Primero albergaron la codicia. Luego, avergonzados de que sus hermanos supiesen que su alma egoísta lloraba lo que habían dedicado y prometido solemnemente a Dios, practicaron el engaño. Hablaron del asunto entre sí, y deliberadamente decidieron retener una parte del precio de la tierra. Cuando fueron convencidos de su mentira, su castigo fué la muerte instantánea. Sabían que el Señor a quien habían defraudado los había escudriñado, porque Pedro dijo: “¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón a que mintieses al Espíritu Santo, y defraudases del precio

[333]

de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu potestad? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.”

Era necesario un ejemplo especial para guardar a la joven iglesia contra la desmoralización; porque su número aumentaba rápidamente. Así que fué dada una advertencia a todos los que profesaban a Cristo en aquel entonces, y a todos los que más tarde habían de profesar su nombre, respecto de que Dios requiere fidelidad en el cumplimiento de los votos. Pero a pesar de este señalado pecado del engaño y la mentira, los mismos pecados han sido con frecuencia repetidos en la iglesia cristiana, y son muy difundidos en nuestra época. Me ha sido mostrado que Dios dió ese ejemplo como amonestación a todos los que se viesen tentados a actuar de manera similar. El egoísmo y el fraude se practican diariamente en la iglesia, al retener ésta los recursos que Dios exige, robándole así, y poniéndose en conflicto con los arreglos que él ha hecho para difundir la luz y el conocimiento de la verdad por toda la anchura y longitud de la tierra.

Dios, en sus planes sabios, hizo depender el adelantamiento de su causa de los esfuerzos personales de su pueblo, y de sus ofrendas voluntarias. Aceptando la cooperación del hombre en el gran plan de redención, le confirió señalada honra. El ministro no puede predicar a menos que se le envíe. La obra de dispensar luz no incumbe sólo a los ministros. Cada persona, al llegar a ser miembro de la iglesia, se compromete a ser representante de Cristo viviendo la verdad que profesa. Los que siguen a Cristo deben llevar adelante la obra que él les dejó cuando ascendió al cielo.

Las instituciones que son instrumentos de Dios para llevar a cabo su obra en la tierra deben ser sostenidas. Deben erigirse iglesias, establecerse escuelas y proporcionarse a las casas editoras las cosas necesarias para hacer una gran obra en la publicación de la verdad que ha de ser proclamada a todas partes del mundo. Estas instituciones son ordenadas de Dios, y deben ser sostenidas por los diezmos y ofrendas generosas. A medida que la obra se amplía se necesitarán recursos para llevarla a cabo en todos sus ramos. Los que han sido convertidos a la verdad, y han sido hechos participantes de su gracia, pueden llegar a ser colaboradores de Cristo haciéndole ofrendas y sacrificios voluntarios. Y cuando los miembros de

la iglesia desean en su corazón que no se hagan más pedidos de recursos, dicen virtualmente que se conformarían con que la causa no progresase.

“E hizo Jacob voto diciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si tornare en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios, y esta piedra que he puesto por título, será casa de Dios: y de todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti.” Las circunstancias que indujeron a Jacob a hacer voto al Señor eran similares a las que inducen a hombres y mujeres a hacer votos al Señor en nuestro tiempo. Por un acto pecaminoso había obtenido la bendición que sabía le había sido prometida por la segura palabra de Dios. Al hacer esto había mostrado gran falta de fe en el poder de Dios para ejecutar sus propósitos por desalentadoras que fuesen las apariencias del momento. En vez de colocarse en la posición que codiciaba, se vió obligado a huir para salvar su vida de la ira de Esaú. Con sólo el bastón que tenía en la mano, tenía que viajar centenares de kilómetros por un país desolado. Había perdido el valor, y se sentía lleno de remordimiento y timidez, y trataba de evitar a los hombres, no fuese que su hermano airado pudiese seguirle el rastro. No tenía la paz de Dios para consolarle; porque estaba acosado por el pensamiento de

[335] que había perdido el derecho a la protección divina.

El segundo día de su viaje se acerca a su fin. Se siente cansado, hambriento y sin hogar, y le parece estar abandonado por Dios. Sabe que ha traído todo esto sobre sí mismo por su mala conducta. Le rodean sombrías nubes de desesperación, y le parece ser un paria. Su corazón está lleno de un terror sin nombre y apenas se atreve a orar. Pero está tan completamente solitario que siente la necesidad de la protección divina como nunca antes. Lloro y confiesa sus pecados ante Dios, y suplica que le dé alguna evidencia de que no le ha abandonado completamente. Pero su cargado corazón no halla alivio. Ha perdido toda confianza en sí mismo, y teme que el Dios de sus padres le haya desechado. Pero Dios, el Dios misericordioso, se compadece del pobre hombre desamparado y pesaroso, que allega las piedras para formar su almohada y tiene tan sólo el pabellón de los cielos como cobertor.

En una visión de la noche ve una escalera mística, cuya base descansa en la tierra, y cuya cumbre alcanza a la hueste estrellada, a

los más altos cielos. Los mensajeros celestiales ascienden y descienden por esta escalera de brillo deslumbrante, mostrándole la senda que comunica el cielo con la tierra. Oye una voz, que le renueva la promesa de misericordia, protección y bendiciones futuras. Cuando Jacob despierta de este sueño dice: “Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía.” Mira en derredor suyo como esperando ver a los mensajeros celestiales; pero únicamente ve las borrosas líneas de los objetos terrenales; y los cielos, que resplandecen con las gemas de luz, responden a su ferviente y asombrosa mirada. La escalera y los brillantes mensajeros han desaparecido y sólo en su imaginación puede ver a la gloriosa Majestad que se hallaba en su cumbre.

Jacob quedó abrumado por el profundo silencio de la noche, y con la vívida impresión de que se encontraba en la inmediata presencia de Dios. Su corazón estaba lleno de gratitud por no haber sido destruido. Ya no pudo dormir esa noche; llenaba su alma una profunda y ferviente gratitud, mezclada con santo gozo. “Y levantóse Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y alzóla por título, y derramó aceite encima de ella.” Y allí hizo su solemne voto a Dios. [336]

Jacob hizo ese voto mientras se hallaba refrigerado por los rocíos de la gracia, y vigorizado por la presencia y la seguridad de Dios. Después que hubo pasado la gloria divina, tuvo tentaciones, como los hombres de nuestra época, pero él fué fiel a su voto, y no quiso albergar pensamientos referentes a la posibilidad de quedar libre de la promesa que había hecho. Podía haber razonado de manera muy similar a como razonan los hombres hoy, que esta revelación era tan sólo un sueño, que estaba bajo una excitación impropia cuando hizo este voto y que por lo tanto no necesitaba cumplirlo; pero no razonó así.

Transcurrieron largos años antes que Jacob se atreviera a volver a su país; pero cuando lo hizo, cumplió fielmente su deuda para con su Maestro. Había llegado a ser rico, y una muy grande suma de sus propiedades pasó de su posesión a la tesorería del Señor.

En nuestra época muchos fracasan donde Jacob tuvo éxito. Aquellos a quienes Dios ha concedido las mayores cantidades tienen la más intensa inclinación a retener lo que tienen, porque deben dar una suma proporcionada a su propiedad. Jacob dió el diezmo de todo lo que tenía, y luego calculó el usufructo del diezmo, y dió al

Señor el beneficio de lo que había usado para sí durante el tiempo que había estado en un país pagano y no podía pagar su voto. Esto resultaba una cantidad elevada, pero él no vaciló; no consideraba como suyo lo que había consagrado a Dios, sino como del Señor.

[337] Según la cantidad otorgada será la cantidad requerida. Cuanto mayor sea el capital confiado, más valioso es el don que Dios requiere que se le devuelva. Si un cristiano tiene diez o veinte mil pesos, las exigencias de Dios son imperativas para él, no sólo en cuanto a dar la proporción de acuerdo con el sistema del diezmo, sino en cuanto a presentar sus ofrendas por el pecado y agradecimiento a Dios. La dispensación levítica se distinguía de una manera notable por la santificación de la propiedad. Cuando hablamos del diezmo como norma de las contribuciones judaicas a los propósitos religiosos, no hablamos con entendimiento de causa. El Señor hacía predominar sus exigencias sobre todo lo demás, y en casi todo se hacía acordar a los israelitas de su Dador, requiriéndoles que le devolviesen algo. Se les pedía que pagasen rescate por su primogénito, por las primicias de sus rebaños, y por las primeras gavillas de su mies. Se les pedía que dejaran las esquinas de sus campos para los indigentes. Cuanto caía de su mano al segar, debía quedar para los pobres, y una vez cada siete años debían dejar que sus tierras produjesen espontáneamente para los menesterosos. Luego, había ofrendas de sacrificio, ofrendas por el pecado, y la remisión de todas las deudas cada séptimo año. Había también numerosos gastos para la hospitalidad y los donativos a los pobres, y además, pesadas contribuciones sobre sus propiedades.

[338] En épocas fijas, a fin de conservar la integridad de la ley, el pueblo era interrogado acerca de si había cumplido fielmente sus votos o no. Unos pocos concienzudos devolvían a Dios alrededor de la tercera parte de todos sus ingresos para beneficio de los intereses religiosos y para los pobres. Estas exigencias no se hacían a una clase particular de la gente, sino a *todos*, siendo lo requerido proporcionado a la cantidad que se poseía. Además de todos estos donativos sistemáticos y regulares, había objetos especiales que exigían ofrendas voluntarias, como cuando se edificó el tabernáculo en el desierto, y el templo en Jerusalén. Dios hacía estas subtracciones para el propio beneficio del pueblo tanto como para sostener el servicio de su culto.

Entre nuestro pueblo debe haber un despertar acerca de este asunto. Son tan sólo pocos los hombres que sienten remordimiento de conciencia si descuidan su deber en la beneficencia. Pero pocos sienten remordimiento de alma por robar diariamente a Dios. Si un cristiano, deliberada o accidentalmente, paga a su vecino menos de lo que debe o se niega a cancelar una deuda honorable, su conciencia, a menos que esté cauterizada, le perturbará; no puede descansar aun cuando nadie sepa del asunto sino él. Hay muchos votos descuidados y promesas que no han sido pagadas, y sin embargo cuán pocos afligen sus ánimos acerca del asunto; cuán pocos sienten la culpabilidad de esta violación de sus deberes. Debemos sentir nuevas y más profundas convicciones al respecto. La conciencia debe ser despertada, y el asunto recibir sincera atención, porque habrá que dar cuenta de ello a Dios en el último día, y sus exigencias deben ser cumplidas.

Las responsabilidades del negociante cristiano, por grande o pequeño que sea su capital, estarán en exacta proporción con los dones que ha recibido de Dios. El engaño de las riquezas ha arruinado a millares y decenas de millares. Estos ricos se olvidan de que son mayordomos y de que se está acercando rápidamente el día en que se les dirá: “Da cuenta de tu mayordomía.” Según se demuestra en la parábola de los talentos, cada uno es responsable del sabio empleo de los dones que le han sido concedidos. El pobre de la parábola, por haber recibido el don menor, sentía menos responsabilidad y no empleó el talento a él confiado; por lo tanto fué echado a las tinieblas de afuera.

Dijo Cristo: “¡Cuán difícil es para los que confían en las riquezas, entrar en el reino de Dios!” Y sus discípulos se quedaron asombrados de su doctrina. Cuando un ministro que ha trabajado con éxito en ganar almas para Jesucristo, abandona su obra sagrada para obtener ganancias temporales, se le llama apóstata y habrá de dar cuenta a Dios por los talentos a los cuales dió mala aplicación. Cuando hombres de negocio, agricultores, mecánicos, negociantes, abogados, etc., se hacen miembros de la iglesia, vienen a ser siervos de Cristo; y aunque sus talentos sean completamente diferentes, su responsabilidad en cuanto a hacer progresar la causa de Dios por el esfuerzo personal, y con sus recursos, no es menor que la que descansa sobre el predicador. El ay que caerá sobre el ministro si

no predica el evangelio, caerá tan seguramente sobre el negociante, si él, con sus diferentes talentos, no coopera con Cristo en lograr los mismos resultados. Cuando ello es presentado a los miembros individualmente, algunos dirán: “Dura es esta palabra;” sin embargo es contradicha continuamente por la práctica de hombres que profesan seguir a Cristo. Dios proveyó pan para su pueblo en el desierto mediante un milagro de misericordia, y podía haber provisto todo lo necesario para el servicio religioso, pero no lo hizo, porque en su infinita sabiduría veía que la disciplina moral de su pueblo dependía de su cooperación con él, de que cada uno de ellos hiciese algo. A medida que la verdad vaya progresando, pesarán sobre los hombres las exigencias de Dios en cuanto a dar de lo que les ha confiado con este mismo fin. Dios, el Creador del hombre, al instituir el plan de la benevolencia sistemática, ha distribuído el peso de la obra igualmente sobre todos según sus diversas capacidades. Cada uno ha de ser su propio asesor, y se le deja dar según se propone en su corazón.

Pero hay algunos que son culpables del mismo pecado que Ananías y Safira, pensando que si retienen una porción de lo que Dios pide en el sistema del diezmo, los hermanos no lo sabrán nunca. Así pensaba la pareja culpable cuyo ejemplo nos es dado como advertencia. En este caso Dios demostró que escudriña el corazón. No pueden serle ocultos los motivos y propósitos del hombre. Ha dejado una amonestación perpetua para los cristianos de todas las épocas a precaverse del pecado al cual los corazones humanos están continuamente inclinados.

[340]

Aunque no sigan ahora indicios visibles del desagrado de Dios a la repetición del pecado de Ananías y Safira, el pecado es igualmente odioso a la vista de Dios, y el transgresor será tan seguramente castigado en el día del juicio: y muchos sentirán la maldición de Dios aun en esta vida. Cuando se hace una promesa a la causa, es un voto hecho a Dios y debe ser cumplido de una manera sagrada. A la vista de Dios, no es menos que un sacrilegio el apropiarnos para nuestro uso particular lo que una vez fué prometido para fomentar su obra sagrada.

Cuando ha sido hecha, en presencia de nuestros hermanos, la promesa verbal o escrita de dar cierta cantidad, ellos son los testigos visibles de un contrato hecho entre nosotros y Dios. La promesa no

es hecha al hombre, sino a Dios, y es como un pagaré dado a un vecino. Ninguna obligación legal tiene más fuerza para el cristiano en cuanto al desembolso de dinero, que una promesa hecha a Dios.

Las personas que hacen así promesas a sus semejantes, no piensan generalmente en pedir que se les libre de sus compromisos. Un voto hecho a Dios, el Dador de todos los favores, es de importancia aun mayor; por lo tanto, ¿por qué habríamos de quedar libres de nuestros votos a Dios? ¿Considerará el hombre su promesa como de menos fuerza porque ha sido hecha a Dios? Porque su voto no será llevado a los tribunales de justicia, ¿es menos válido? ¿Habrá de robar a Dios un hombre que profesa ser salvado por la sangre del infinito sacrificio de Jesucristo? ¿No resultan sus votos y sus actos pesados en las balanzas de justicia de los ángeles celestiales?

Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal del cielo. ¿Habrá nuestra conducta de hacer inclinar la balanza de las evidencias contra nosotros? El caso de Ananías y Safira era del carácter más grave. Al retener parte del precio, mintieron al Espíritu Santo. Igualmente la culpa pesa sobre cada individuo en proporción a ofensas parecidas. Cuando los corazones de los hombres han sido enternecidos con la presencia del Espíritu de Dios, son más susceptibles a las impresiones del Espíritu Santo, y hacen resoluciones de negarse a sí mismos y sacrificarse por la causa de Dios. Al brillar la divina luz en las cámaras de la mente con claridad y fuerza inusitadas, es cuando los sentimientos del hombre natural quedan vencidos y el egoísmo pierde su poder sobre el corazón y se despiertan los deseos de imitar el Modelo, Jesucristo, en la práctica de la abnegación y la benevolencia. La disposición del hombre naturalmente egoísta se impregna entonces de bondad y compasión hacia los pecadores perdidos, y él hace una solemne promesa a Dios como la hicieron Abrahán y Jacob. En tales ocasiones los ángeles celestiales están presentes. El amor hacia Dios y las almas triunfa sobre el egoísmo y el amor al mundo. Esto sucede especialmente cuando el predicador, con el Espíritu y poder de Dios, presenta el plan de redención, trazado por la Majestad celestial en el sacrificio de la cruz. Por los siguientes pasajes podemos ver cómo Dios considera el asunto de los votos:

“Y habló Moisés a los príncipes de las tribus de los hijos de Israel, diciendo: Esto es lo que Jehová ha mandado. Cuando alguno

[341]

[342]

hiciera voto a Jehová, o hiciera juramento ligando su alma con obligación, no violará su palabra: hará conforme a todo lo que salió de su boca.” **Números 30:2, 3**. “No sueltes tu boca para hacer pecar a tu carne; ni digas delante del ángel, que fué ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se aire a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?” **Eclesiastés 5:6**. “Entraré en tu casa con holocaustos: te pagaré mis votos, que pronunciaron mis labios, y habló mi boca, cuando angustiado estaba.” **Salmos 66:13, 14**. “Lazo es al hombre el devorar lo santo, y andar pesquisando después de los votos.” **Proverbios 20:25**. “Cuando prometieres voto a Jehová tu Dios, no tardarás en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y habría en ti pecado. Mas cuando te abstuvieres de prometer, no habrá en ti pecado. Guardarás lo que tus labios pronunciaron; y harás, como prometiste a Jehová tu Dios, lo que de tu voluntad hablaste por tu boca.” **Deuteronomio 23:21-23**.

“Prometed, y pagad a Jehová vuestro Dios: todos los que están alrededor de él, traigan presentes al Terrible.” **Salmos 76:11**. “Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová; y cuando hablan que su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh qué trabajo! y lo desechasteis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Será me acepto eso de vuestra mano? dice Jehová. Maldito el engañoso, que tiene macho en su rebaño, y promete, y sacrifica lo dañado a Jehová; porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es formidable entre las gentes.” **Malaquías 1:12-14**.

“Cuando a Dios hicieres promesa, no tardes en pagarla; porque no se agrada de los insensatos. Paga lo que prometieres. Mejor es que no prometas, que no que prometas y no pagues.” **Eclesiastés 5:4, 5**.

Dios ha dado al hombre una parte que desempeñar en lograr la salvación de sus semejantes. Puede obrar en relación con Cristo haciendo actos de misericordia y de beneficencia. Pero no puede redimirlos por ser incapaz de satisfacer las exigencias de la justicia insultada. Esto lo pudo hacer sólo el Hijo de Dios, poniendo a un lado su honra y gloria, revistiendo su divinidad de humanidad, y viniendo a la tierra para humillarse y derramar su sangre en favor de la familia humana.

Al comisionar a sus discípulos para que fuesen “por todo el mundo” a predicar “el evangelio a toda criatura,” Cristo asignó a los hombres la obra de difundir el evangelio. Pero mientras algunos salen a predicar, invita a otros a responder a sus demandas de diezmos y ofrendas con que sostener al ministerio, y difundir la verdad en forma impresa por toda la tierra. Tal es el medio que Dios tiene para exaltar al hombre. Esta es precisamente la obra que él necesita; porque conmoverá las más profundas simpatías de su corazón, y pondrá en ejercicio la más alta capacidad de la mente. [343]

Toda cosa buena de la tierra fué puesta aquí por la mano bondadosa de Dios, como expresión de su amor hacia el hombre. Los pobres son suyos, como lo es la causa de la religión. El ha puesto en la mano de los hombres recursos para que sus dones divinos fluyan por conductos humanos y hagan la obra que nos ha sido señalada en cuanto a salvar a nuestros semejantes. Cada uno tiene su obra asignada en el gran campo; sin embargo, nadie debe concebir la idea de que Dios depende del hombre. El podría decir una palabra, y enriquecer a cada hijo de la pobreza. En un momento podría sanar al género humano de todas sus enfermedades. Podría prescindir completamente de los ministros y hacer a los ángeles embajadores de su verdad. Podría haber escrito la verdad en el firmamento o haberla impreso en las hojas de los árboles y las flores del campo; o podría haberla proclamado desde el cielo con voz oíble. Pero el Dios omnisciente no eligió ninguna de esas maneras. Sabía que el hombre debía tener algo que hacer a fin de que la vida le fuese una bendición. El oro y la plata son del Señor, y él podría hacerlos llover del cielo si quisiera, pero en vez de esto ha hecho al hombre su mayordomo, confiándole recursos, no para que los atesorase, sino para que los usase beneficiando a otros. El hace así al hombre el medio por el cual distribuye sus bendiciones en la tierra. Dios trazó el sistema de la beneficencia a fin de que el hombre pudiese llegar a ser, como su Creador, benevolente y abnegado en carácter, y finalmente participase con él de la recompensa eterna y gloriosa.

Dios obra por intermedio de instrumentos humanos; y cualquiera que despierte la conciencia de los hombres provocándolos a las buenas obras y a tener real interés en el adelantamiento de la causa de la verdad, no lo hace de sí mismo, sino por el Espíritu de Dios que obra en él. Las promesas hechas en tales circunstancias [344]

tienen un carácter sagrado, por ser el fruto de la obra del Espíritu de Dios. Cuando estas promesas se cancelan, el Cielo acepta la ofrenda, y a estos obreros liberales se les acredita tanto tesoro invertido en el banco del cielo. Los tales están echando buen fundamento para el tiempo venidero, para asirse de la vida eterna.

Pero cuando la presencia inmediata del Espíritu de Dios no se siente tan vívidamente, y la mente se preocupa por las cosas temporales de la vida, entonces algunos son tentados a dudar de la fuerza de la obligación que asumieron voluntariamente; y, cediendo a las sugerencias de Satanás, razonan que se ejerció una presión indebida sobre ellos, y que obraron bajo la excitación del momento; que la necesidad de recursos para la causa de Dios fué exagerada; y que fueron inducidos a prometer bajo falsos motivos, sin comprender plenamente el asunto, y por lo tanto quieren que se les libere del compromiso. ¿Tienen los ministros poder para aceptar sus excusas, y decir: “No se os obligará a cumplir vuestra promesa; quedáis libres de vuestro voto”? Si acaso lo hiciesen, se hacen partícipes del pecado del que retiene su donativo.

De todas nuestras entradas debemos primero dar a Dios lo suyo. En el sistema de beneficencia ordenado a los judíos, se les requería que trajesen al Señor las primicias de todos sus dones, ya fuese en el aumento de sus rebaños, o en el producto de sus campos, huertos y viñas; o bien habían de redimirlo substituyéndolo por un equivalente. ¡Cuán cambiado es el orden de las cosas en nuestra época! Los requisitos y las exigencias del Señor, si reciben atención alguna, quedan para lo último. Sin embargo nuestra obra necesita diez veces más recursos ahora que los necesitados por los judíos. La gran comisión dada a los apóstoles fué de ir por todo el mundo y predicar el evangelio. Esto muestra la extensión de la obra y el aumento de la responsabilidad que descansa sobre los que siguen a Cristo en nuestra época. Si la ley requería diezmos y ofrendas hace miles de años, ¡cuánto más esenciales son ahora! Si, en la economía judaica, tanto los ricos como los pobres habían de dar cantidades proporcionadas a los bienes que poseían, ello es doblemente esencial ahora.

[345]

La mayor parte de los que profesan ser cristianos se separan de sus recursos de muy mala gana. Muchos de ellos no dan ni una vigésima parte de sus entradas a Dios, y numerosos son los que dan

aun menos que esto; mientras que hay una numerosa clase que roba a Dios el poco diezmo que le pertenece, y otros que dan solamente el diezmo. Si todos los diezmos de nuestro pueblo fluyesen a la tesorería del Señor como debieran, se recibirían tantas bendiciones que los dones y ofrendas para los propósitos sagrados quedarían multiplicados diez veces y así se mantendría abierto el conducto entre Dios y el hombre. Los que siguen a Cristo no deben aguardar para obrar hasta que los despierten los conmovedores llamados misioneros. Si están espiritualmente despiertos oirán en los ingresos de cada semana, sean pocos o muchos, la voz de Dios y de la conciencia, que con autoridad les exige las ofrendas y los diezmos debidos al Señor.

No sólo se desean los dones y labores de los que siguen a Cristo, sino que en cierto sentido son indispensables. Todo el Cielo está interesado en la salvación del hombre y aguarda que los hombres se interesen en su propia salvación y en la de sus semejantes. Todas las cosas están listas, pero la iglesia está aparentemente sobre terreno encantado. Cuando sus miembros despierten, y pongan sus oraciones, sus riquezas y todas sus energías y recursos a los pies de Jesús, la causa de la verdad triunfará. Los ángeles se asombran de que los cristianos hagan tan poco cuando Jesús les ha dado tal ejemplo, no rehuyendo la muerte, la muerte ignominiosa. Les asombra que cuando los que profesan ser cristianos entran en contacto con el egoísmo del mundo, retroceden a sus estrechas miras y motivos egoístas. [346]

Uno de los mayores pecados del mundo cristiano moderno lo constituye la hipocresía y la codicia al tratar con Dios. Hay un creciente descuido de parte de muchos respecto de satisfacer sus promesas a las diversas instituciones y empresas religiosas. Muchos consideran el acto de prometer como si no les impusiese obligación de pagar. Si piensan que su dinero les reportará considerable ganancia invertido en bonos bancarios o en mercaderías, o si hay, relacionadas con la institución a la cual han prometido ayudar, personas que no son de su agrado, se sienten perfectamente libres para emplear los recursos como les place. Esta falta de integridad prevalece bastante extensamente entre los que profesan guardar los mandamientos de Dios y esperar la próxima aparición de su Señor y Salvador.

El plan de la benevolencia sistemática [el diezmo y las ofrendas] fué ordenado por Dios mismo; pero el pago fiel de lo exigido por Dios es a menudo rehusado o postergado como si las promesas solemnes no tuviesen significado. Porque los miembros de las iglesias descuidan de pagar sus diezmos y cumplir sus compromisos, nuestras instituciones no están libres de trabas. Si todos, ricos y pobres, trajesen sus diezmos al alfolí, habría abundante provisión de recursos para aliviar la causa de trabas financieras y para llevar a cabo noblemente la obra misionera en sus diversos departamentos. Dios invita a todos los que creen la verdad a devolverle lo suyo. Los que han pensado que retener lo que pertenece a Dios es ganancia, experimentarán finalmente su maldición como resultado de su robo al Señor. Nada que no sea la completa incapacidad de pagar puede disculparle a uno por descuidar de satisfacer prontamente sus obligaciones al Señor. La indiferencia en este asunto demuestra que uno está en ceguera y engaño y es indigno del nombre de cristiano.

[347]

Una iglesia es responsable de las promesas hechas por sus miembros individuales. Si ve que algún hermano descuida de cumplir sus votos, debe trabajar con él bondadosa pero abiertamente. Si está en circunstancias que le hagan imposible pagar su voto, si es un miembro digno, de corazón voluntario, entonces ayúdele compasivamente la iglesia. Así pueden sus miembros salvar la dificultad y recibir ellos mismos una bendición.

Dios quiere que los miembros de su iglesia consideren que sus obligaciones hacia él tienen tanto vigor como sus deudas con el negociante o el mercado. Repase cada uno su vida y vea si hay promesas que no han sido pagadas ni redimidas por descuido y luego haga esfuerzos extraordinarios para pagar hasta “el último maravedí;” porque todos habremos de hacer frente al arreglo final de un tribunal cuya prueba no podrá ser soportada sino por la integridad y la veracidad.

[348]

Capítulo 55—Los testamentos y legados.

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan.” El egoísmo es un pecado destructor del alma. Bajo este encabezamiento cae la codicia, o avaricia, que es idolatría. Todas las cosas pertenecen a Dios. Toda la prosperidad de que disfrutamos es resultado de la beneficencia divina. Dios es el grande y bondadoso Dador. Si él requiere alguna porción de la provisión liberal que nos ha concedido, no es para enriquecerse por nuestros dones, porque él nada necesita de nuestra mano; sino que es para que tengamos oportunidad de ejercer la abnegación, el amor y la simpatía hacia nuestros semejantes, y así seamos altamente exaltados. En toda dispensación, desde el tiempo de Adán hasta el nuestro, Dios ha exigido la propiedad del hombre, diciendo: Yo soy el dueño legítimo del universo; por lo tanto conságrame tus primicias, trae un tributo de lealtad, entrégame lo mío, reconociendo así mi soberanía, y quedarás libre para retener y disfrutar mis bondades, y mi bendición estará contigo. “Honra a Jehová de tu substancia, y de las primicias de todos tus frutos.”

Los requisitos de Dios vienen en primer lugar. No estamos haciendo su voluntad si le consagramos lo que queda de nuestra entrada después que han sido suplidas todas nuestras necesidades imaginarias. Antes de consumir cualquier parte de nuestras ganancias, debemos sacar y presentar a Dios la porción que él exige. En la antigua dispensación, se mantenía siempre ardiendo sobre el altar una ofrenda de gratitud, para demostrar así la infinita obligación del hombre hacia Dios. Si tenemos prosperidad en nuestros negocios seculares, es porque Dios nos bendice. Una parte de estos ingresos debe ser consagrada a los pobres, y una gran porción aplicada a la causa de Dios. Cuando lo que Dios pide le es devuelto, el resto será santificado y bendecido para nuestro propio uso. Pero cuando un

[349]

hombre roba a Dios reteniendo lo que él requiere, su maldición recae sobre el conjunto.

Dios ha hecho a los hombres conductos por medio de los cuales sus dones han de fluir, para sostener la obra que él quiere que se lleve a cabo en el mundo. El les ha dado propiedad para que la empleen sabiamente, no para que la atesoren egoístamente o la malgasten en lujos y en la complacencia egoísta, sea en vestidos o en el embellecimiento de sus casas. Les ha confiado recursos con que sostener a sus siervos en sus labores como predicadores y misioneros, y para sostener las instituciones que él ha establecido entre nosotros. Los que se regocijan en la preciosa luz de la verdad deben sentir un ardiente deseo de que ella sea enviada por doquiera. Hay algunos pocos fieles portaestandartes que nunca rehuyen el deber o las responsabilidades. Sus corazones y bolsillos están siempre abiertos a todo pedido de recursos para adelantar la causa de Dios. A la verdad, algunos parecen listos a sobrepasar su deber, como si estuviesen temerosos de perder la oportunidad de invertir su porción en el banco del cielo. Hay otros que harán tan poco como les sea posible. Atesoran sus recursos, o malgastan medios en su propia persona, entregando a regañadientes una mera pitanza para sostener la causa de Dios. Si hacen una promesa o voto a Dios, se arrepienten luego de ello, y evitarán el pago de ella mientras pueden, si no completamente. Hacen su diezmo tan pequeño como sea posible, como si temiesen que lo devuelto a Dios quedase perdido. Nuestras varias instituciones pueden estar gravadas por falta de recursos, pero esta clase de personas obra como si no les importase que prosperasen o no. Sin embargo, dichas instituciones son instrumentos de Dios para iluminar al mundo.

[350] Estas instituciones no han recibido, como otras instituciones por el estilo, dotaciones o legados; sin embargo Dios las ha prosperado y bendecido grandemente y las ha hecho medios de difundir grandes beneficios. Hay entre nosotros ancianos que se están acercando al fin de su tiempo de gracia, pero por falta de hombres que estén alerta y aseguren para la causa de Dios los recursos que poseen, éstos pasan a las manos de los que sirven a Satanás. Estos recursos les fueron tan sólo prestados por Dios para que se los devolviesen; pero en nueve casos de cada diez, estos hermanos, al desaparecer del escenario de acción, disponen de la prosperidad de Dios de una manera que

no le puede glorificar, porque ni un solo peso llegará jamás a la tesorería del Señor. En algunos casos, estos hermanos aparentemente buenos han tenido consejeros que no eran consagrados, quienes les aconsejaron desde su punto de vista, y no según el parecer de Dios. Con frecuencia se lega propiedad a hijos y nietos para perjuicio suyo solamente. Ellos no tienen amor hacia Dios ni hacia la verdad, y por lo tanto estos recursos, que son todos del Señor, pasan a las filas de Satanás para ser manejados por él. Satanás es mucho más vigilante, avizor y hábil en idear medios para asegurarse recursos que nuestros hermanos para asegurarse los recursos del Señor para su causa. Algunos testamentos se hacen de manera tan incierta que no resisten la prueba de la ley, y así miles de pesos se han perdido para la causa. Nuestros hermanos deben considerar que sobre ellos descansa una responsabilidad como fieles siervos en la causa de Dios, en cuanto a ejercitar su intelecto respecto de este asunto y asegurar para el Señor lo suyo.

Muchos manifiestan una delicadeza innecesaria al respecto. Creen que están pisando en terreno prohibido cuando introducen el tema de la propiedad al conversar con ancianos e inválidos, a fin de saber qué disposición se proponen hacer de ella. Pero este deber es tan sagrado como el deber de predicar la Palabra para salvar almas. He aquí, por ejemplo, un hombre que tiene dinero de Dios o propiedades en sus manos. Está por cambiar su mayordomía. Los recursos que Dios le prestó para que fueran usados en su causa, ¿los colocará en las manos de hombres perversos, sólo porque son parientes suyos? ¿No sentirán interés y ansiedad los hombres cristianos por el bienestar futuro de este hombre tanto como por el interés de la causa de Dios, para que disponga debidamente del dinero de su Señor, de los talentos que le fueron prestados para que los aprovechase sabiamente? ¿Permanecerán impassibles sus hermanos, y le verán perder su asidero en esta vida, robando al mismo tiempo a la tesorería de Dios? Esto sería una terrible pérdida para él y para la causa, porque, al colocar su talento de recursos en las manos de aquellos que no tienen consideración por la verdad de Dios, estaría prácticamente envolviéndolo en un pañuelo para enterrarlo.

El Señor quiere que los que le siguen dispongan de sus recursos mientras pueden hacerlo ellos mismos. Algunos preguntarán: “¿Debemos despojarnos realmente a nosotros mismos de todo lo

[351]

que llamamos nuestro?” Tal vez no se nos exija esto ahora; pero debemos estar dispuestos a hacerlo por amor a Cristo. Debemos reconocer que nuestras posesiones son absolutamente suyas, usándolas generosamente cuandoquiera que se necesiten recursos para adelantar su causa. Algunos cierran sus oídos cuando se pide dinero que se ha de emplear en enviar misioneros a países extranjeros, y en publicar la verdad y diseminarla por todo el mundo como caen las hojas de los árboles en el otoño. Los tales disculpan su codicia informándonos de que han hecho arreglos para ser caritativos al morir. Han considerado la causa de Dios en sus testamentos. Por tanto, viven una vida de avaricia, robando a Dios en los diezmos y las ofrendas, y en sus testamentos devuelven a Dios tan sólo una pequeña porción de lo que él les ha prestado, mientras que una gran proporción es asignada a parientes que no tienen interés alguno en la verdad. Esta es la peor clase de robo. Roban a Dios de lo que le

[352]

deben, no sólo durante toda su vida, sino también al morir. Es completa insensatez diferir la preparación para la vida futura hasta llegar casi a la última hora de la vida actual. Es también un grave error diferir de contestar a las exigencias de Dios en cuanto a la generosidad debida a su causa hasta el tiempo de transferir la mayordomía a otros. Aquellos a quienes confiáis vuestros talentos de recursos pueden no manejarlos tan bien como vosotros. ¿Cómo se atreven los ricos a correr tan grandes riesgos? Los que aguardan hasta la muerte antes de disponer de su propiedad, la entregan a la muerte más bien que a Dios. Al hacerlo así, muchos están obrando en forma directamente contraria al plan de Dios claramente bosquejado en su Palabra. Si ellos quieren hacer bien, deben aprovechar los áureos momentos actuales y trabajar con toda su fuerza, temiendo perder la oportunidad favorable.

Los que descuidan un deber conocido, no contestando a los requerimientos que Dios les hace en esta vida, y calman su conciencia calculando hacer sus legados a la muerte, no recibirán palabras de elogio del Maestro ni tampoco recibirán recompensa. No practicaron la abnegación, sino que retuvieron egoístamente sus recursos tanto como pudieron, entregándolos únicamente cuando la muerte los requirió. Aquello que muchos se proponen postergar hasta que estén por morir, si fuesen verdaderos cristianos lo harían mientras están gozando plenamente de la vida. Se consagrarían ellos mismos y su

propiedad a Dios, y mientras actuasen como mayordomos suyos, tendrían la satisfacción de cumplir su deber. Haciéndose sus propios ejecutores, satisfarían los requisitos de Dios ellos mismos antes de pasar la responsabilidad a otros. Debemos considerarnos mayordomos de la propiedad del Señor, y tener a Dios como el propietario supremo, a quien debemos devolver lo suyo cuando él lo requiere. Cuando él venga para recibir lo suyo con interés, los codiciosos verán que en vez de multiplicar los talentos a ellos confiados, han atraído sobre sí mismos la maldición pronunciada sobre el siervo inútil.

[353]

El Señor quiere que la muerte de sus siervos sea considerada como una pérdida, por causa de la influencia benéfica que ejercieron y las muchas ofrendas voluntarias que concedieron para alimentar la tesorería de Dios. Los legados hechos al morir son un mísero sustituto de la benevolencia mientras uno vive. Los siervos de Dios deben hacer sus testamentos cada día en buenas obras y ofrendas generosas a Dios. No deben permitir que la cantidad dada a Dios sea desproporcionadamente pequeña cuando se compara con la cantidad dedicada a su propio uso. Al hacer así su testamento diariamente, recordarán aquellos objetos y amigos que ocupan el mayor lugar en sus afectos. Su mejor amigo es Jesús. El no les privó de su propia vida, sino que por amor de ellos se hizo pobre, a fin de que por su pobreza fuesen ellos enriquecidos. Merece todo el corazón, toda la propiedad, todo lo que ellos tienen y son. Pero muchos de los que profesan ser cristianos postergan los requisitos de Jesús en la vida, y le insultan dándole una mera pitanza al morir. Recuerden todos los que pertenecen a esta clase que este robo de Dios no es una acción impulsiva sino un plan bien considerado, en cuyo prefacio dicen: “En pleno goce de mis facultades.” Después de haber defraudado a la causa de Dios en vida, perpetúan el fraude después de muertos, y esto con el pleno consentimiento de sus facultades mentales. Un testamento tal es lo que muchos se conforman con tener por almohada mortuoria. Su testamento es parte de su preparación para la muerte, y está preparado de manera que sus posesiones no perturbarán sus horas finales. ¿Pueden los tales pensar con placer en lo que se requerirá de ellos cuando hayan de dar cuenta de su mayordomía?

Debemos todos ser ricos en buenas obras en esta vida, si queremos obtener la vida futura, inmortal. Cuando el juicio sesione, y los libros se abran, cada uno será recompensado según sus obras.

[354] Hay, matriculados en el registro de la iglesia, muchos nombres al frente de los cuales está anotado el robo en el libro mayor del cielo. Y a menos que esas personas se arrepientan y obren por el Maestro con benevolencia desinteresada, participarán ciertamente de la condenación del mayordomo infiel.

Sucede con frecuencia que un activo negociante muere sin un momento de previo aviso, y al examinar sus negocios se encuentran en una condición muy intrincada. En el esfuerzo realizado para poner sus cosas en orden, los honorarios de los abogados consumen gran parte de la propiedad, si no toda, mientras que su esposa e hijos y la causa de Cristo son despojados. Los que son fieles mayordomos de los recursos del Señor, conocerán exactamente la situación de sus negocios, y como hombres prudentes, estarán preparados para cualquier emergencia. Si hubiese de terminar repentinamente su tiempo de gracia, no dejarían en una perplejidad tan grande a aquellos que fuesen llamados a ordenar sus bienes.

Muchos no se preocupan por el asunto de hacer su testamento mientras están gozando de salud aparente. Pero nuestros hermanos debieran tomar esa precaución. Ellos debieran conocer su situación financiera y no dejar que sus negocios se enreden. Deben ordenar su propiedad de manera que puedan dejarla en cualquier momento.

Los testamentos deben ser hechos de una manera que resista la prueba de la ley. Después de haber sido formulados, dichos testamentos pueden permanecer durante años, y no causar ningún perjuicio, si se continúa haciendo donativos de vez en cuando, según la causa los necesite. La muerte no llegará un día más temprano, hermanos, porque hayáis hecho vuestro testamento. Al legar vuestra propiedad por testamento a vuestros parientes, cuidado de no olvidar la causa de Dios. Sois sus agentes, conservadores de su propiedad; y debéis considerar primero sus requisitos. Vuestra esposa y vuestros hijos no han de ser dejados en la indigencia; debéis proveer para ellos, si lo necesitan.

[355] Pero no introduzcáis en vuestro testamento, simplemente porque es costumbre, una larga lista de parientes que no sufren necesidad.

Téngase siempre presente que el egoísta sistema actual de disponer de la propiedad no es plan de Dios, sino que es ideado por el hombre. Los cristianos deben ser reformadores y quebrantar ese sistema actual, dando un aspecto completamente nuevo a la confección de los testamentos. Téngase siempre presente la idea de que es la propiedad del Señor la que estamos manejando. La voluntad del Señor en este asunto es ley. Si un hombre os hubiese hecho ejecutores de su propiedad, ¿no estudiaríais detenidamente la voluntad del testador, para que ni siquiera la más pequeña cantidad recibiese mala aplicación? Vuestro Amigo celestial os ha confiado una propiedad, y os ha indicado su voluntad acerca de cómo debe ser usada. Si se estudia esta voluntad con corazón abnegado, lo que pertenece a Dios no recibirá mala aplicación. La causa del Señor ha sido vergonzosamente descuidada, cuando él ha otorgado a ciertos hombres recursos suficientes para satisfacer toda emergencia si tan sólo ellos tuviesen corazones agradecidos y obedientes.

Los que hacen su testamento no deben pensar que habiendo hecho esto no tienen ya ningún deber; sino que deben estar trabajando constantemente, usando los talentos a ellos confiados, para fortalecer la causa de Dios. Dios ha ideado planes para que todos puedan trabajar inteligentemente en la distribución de sus recursos. El no se propone sostener su obra mediante milagros. Tiene unos pocos mayordomos fieles que están economizando y usando sus recursos para adelantar su causa. En vez de ser la abnegación y la benevolencia una excepción, debieran ser la regla. Las crecientes necesidades de la causa de Dios requieren recursos. Constantemente llegan llamados de hombres de nuestro país y del extranjero pidiendo que vayan mensajeros con la luz y la verdad. Esto requerirá más obreros y recursos para sostenerlos.

[356]

Sólo una pequeña cantidad de recursos fluye a la tesorería del Señor para ser dedicada a la salvación de las almas, y es con trabajo como se consigue siquiera esto. Si pudiesen abrirse los ojos de todos para ver cómo la codicia prevaleciente ha impedido el adelanto de la obra de Dios, y cuánto más podría haberse hecho si todos hubiesen seguido el plan de Dios en los diezmos y las ofrendas, habría una decidida reforma de parte de muchos, porque no se atreverían a estorbar la obra de hacer progresar la causa de Dios como lo han hecho. La iglesia está dormida respecto a la obra que podría hacer si

lo entregase todo para Cristo. Un verdadero espíritu de abnegación sería un argumento en favor de la realidad y el poder del evangelio que el mundo no podría contradecir ni interpretar falsamente, y abundantes bendiciones serían derramadas sobre la iglesia.

Invito a nuestros hermanos a dejar de robar a Dios. Algunos están en una situación tal que deben hacer sus testamentos. Pero al hacerlo, deben tener cuidado de no dar a sus hijos e hijas recursos que debieran fluir a la tesorería de Dios. Estos testamentos son con frecuencia asuntos de rencillas y disensiones. Para alabanza de los hijos de Dios en la antigüedad, se registra que él no se avergonzaba de ser llamado su Dios; y la razón dada es que en vez de buscar y codiciar egoístamente las posesiones terrenales, o buscar su felicidad en los placeres mundanales, se colocaban ellos mismos y todo lo que tenían en las manos de Dios. Vivían sólo para su gloria, declarando abiertamente que buscaban una patria mejor, a saber, la celestial. Dios no se avergonzaba de un pueblo tal. No le deshonoraba a los ojos del mundo. La Majestad del cielo no se avergonzaba de llamarlos hermanos.

[357] Son muchos los que insisten en que no pueden hacer más para la causa de Dios de lo que hacen ahora; pero no dan según su capacidad. El Señor abre a veces los ojos cegados por el egoísmo, reduciendo simplemente sus ingresos a la cantidad que están dispuestos a dar. Se encuentran caballos muertos en el campo o el establo; casas o granjas quedan destruídas por el fuego, o fracasan las cosechas. En muchos casos, Dios prueba al hombre con bendiciones, y si manifiesta infidelidad al devolverle los diezmos y las ofrendas, retira su bendición. “El que siembra escasamente, también segará escasamente.” A vosotros los que seguís a Cristo, os rogamos, por las misericordias de Cristo y las riquezas de su bondad, y por la honra de la verdad y de la religión, que os dediquéis vosotros mismos y vuestra propiedad nuevamente a Dios. En vista del amor y de la compasión de Cristo, que le hicieron descender de los atrios reales para sufrir abnegación, humillación y muerte, pregúntese cada uno: “¿Cuánto debo a mi Señor?” y luego haced vuestras ofrendas de agradecimiento de acuerdo con vuestro precio del gran don del cielo en el amado Hijo de Dios.

Al determinar la proporción que debe ser dada a la causa de Dios, cuidado de exceder los requisitos del deber más bien que substraer

de ellos. Considerad para quién se hace la ofrenda. Este recuerdo ahuyentará la codicia. Consideremos tan sólo el gran amor con que Cristo nos amó, y nuestras más generosas ofrendas nos parecerán indignas de su aceptación. Cuando Cristo sea el objeto de sus afectos, los que han recibido su amor perdonador no se detendrán a calcular el valor del vaso de alabastro ni del precioso unguento. El codicioso Judas podía hacerlo; pero el que haya recibido el don de la salvación, lamentará tan sólo que la ofrenda no tenga más rico perfume y mayor valor. Los cristianos deben considerarse como conductos por medio de los cuales las misericordias y bendiciones han de fluir de la Fuente de toda bondad hacia sus semejantes, por medio de cuya conversión pueden enviar al cielo ondas de gloria en alabanza y ofrendas de parte de los que han llegado así a ser sus copartícipes del don celestial.

[358]

Capítulo 56—La relación de los miembros de la iglesia

Cada hombre que está luchando para vencer, tendrá que contender con sus propias debilidades; pero como es mucho más fácil ver las faltas ajenas que las propias, debiérase manifestar más diligencia y severidad consigo mismo que con los demás.

Todos los miembros de la iglesia, si son hijos e hijas de Dios, pasarán por un proceso de disciplina antes de poder ser luces en el mundo. Dios no hará a los hombres y las mujeres conductos de luz mientras están en las tinieblas y se conforman con permanecer en ellas, sin hacer esfuerzos especiales para relacionarse con la Fuente de la luz. Los que sienten su propia necesidad, y se incitan a sí mismos a la reflexión más profunda y a la oración y acción más fervientes y perseverantes, recibirán ayuda divina. Cada uno tiene mucho que desaprender respecto de sí mismo, como también tiene mucho que aprender. Debe deshacerse de antiguas costumbres, y la victoria se puede obtener únicamente mediante ardorosas luchas para corregir estos errores, y la plena recepción de la verdad para poner en práctica sus principios, por la gracia de Dios.

Desearía poder hablar palabras que os convenciesen a todos de que nuestra única esperanza como individuos consiste en relacionarnos con Dios. Debe obtenerse pureza de alma; y debemos escudriñar mucho nuestros corazones, y vencer mucha obstinación y amor propio, lo cual requerirá oración ferviente y constante.

[359] Los hombres que son duros y criticones, con frecuencia se disculpan o tratan de justificar su falta de cortesía cristiana porque algunos de los reformadores obraron con un espíritu tal, y sostienen que la obra que debe hacerse en este tiempo requiere el mismo espíritu; pero tal no es el caso. Un espíritu sereno y perfectamente dominado es mejor en cualquier lugar, aun en la compañía de los más toscos. Un celo furioso no hace bien a nadie. Dios no eligió a los reformadores porque eran hombres apasionados e intolerantes. Los aceptó como eran, a pesar de estos rasgos de carácter; pero les habría

impuesto responsabilidades diez veces mayores si hubiesen sido de ánimo humilde, si hubiesen sometido su espíritu al dominio de la razón. Aunque los ministros de Cristo deben denunciar el pecado y la impiedad, la impureza y la mentira, aunque son llamados a veces a reprender la iniquidad, tanto entre los encumbrados como entre los humildes, mostrándoles que la indignación de Dios caerá sobre los transgresores de su ley, no deben ser intolerantes ni tiránicos; deben manifestar bondad y amor, un espíritu deseoso de salvar más bien que de destruir.

La longanimidad de Jehová enseña a los ministros y a los miembros de la iglesia que aspiran a colaborar con Cristo inequívocas lecciones de tolerancia y amor. Cristo relacionó consigo a Judas y al impulsivo Pedro, no porque Judas fuese codicioso y Pedro apasionado, sino para que pudiesen aprender de él, su gran Maestro, y llegasen a ser como él, abnegados, mansos y humildes de corazón. El vió en ambos hombres buen material. Judas poseía capacidad financiera, que habría sido valiosa para la iglesia, si hubiese recibido en su corazón las lecciones que Cristo daba al reprender todo egoísmo, fraude y avaricia, aun en los asuntos pequeños de la vida. Estas lecciones eran repetidas con frecuencia: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel: y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.”

Nuestro Salvador trataba de convencer a sus oyentes de que un hombre que se aprovechase de su vecino en el más pequeño detalle, se aprovecharía en asuntos mayores, si la oportunidad le fuese favorable. El menor apartamiento de la rectitud estricta, quebranta las vallas y prepara el corazón para hacer mayor injusticia. Cristo, por su precepto y por su ejemplo, enseñó que la más estricta integridad debe gobernar las acciones que ejecutamos al relacionarnos con nuestros semejantes. “Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos.” Cristo estaba continuamente describiendo las vidas defectuosas de los fariseos y reprendiéndolas. Ellos profesaban guardar la ley de Dios, mas en sus actos diarios practicaban la iniquidad. Robaban a muchas viudas y huérfanos de lo poco que tenían para satisfacer un avariento deseo de ganancia.

Judas podría haber sacado beneficio de todas estas lecciones si hubiese poseído en su corazón el deseo de ser recto; pero su deseo

[360]

de adquirir riquezas, y el amor al dinero llegaron a ser una fuerza que le dominaban. Llevaba la bolsa que contenía los recursos destinados a llevar a cabo la obra de Cristo, y de vez en cuando se apropiaba de pequeñas sumas para su propio uso. Su corazón egoísta lamentó la ofrenda hecha por María cuando ofreció el vaso de alabastro lleno de unguento, y la reprendió por su imprudencia. Así, en vez de aprender, quería enseñar e instruir a nuestro Señor acerca del carácter apropiado de la acción de María.

Estos dos hombres tuvieron iguales oportunidades y privilegios para aprender las continuas lecciones y el ejemplo de Cristo con el fin de corregir los rasgos pecaminosos de su carácter. Mientras oían sus eficaces reprensiones y denuncias contra la hipocresía y la corrupción, veían que los que eran tan terriblemente denunciados eran objeto de la labor solícita e incansable de Cristo para reformarlos. El Salvador lloraba por sus tinieblas y error. Manifestaba anhelos, ilimitada compasión y amor, y exclamó sobre Jerusalén: “¡Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!”

[361] Pedro era pronto y celoso en su acción, audaz e intransigente; y Cristo vió en él material que sería de gran valor para la iglesia. Por lo tanto, relacionó a Pedro consigo a fin de que todo lo que era bueno y valioso pudiera conservarse, y por sus lecciones y ejemplos pudiese suavizar lo que era duro en su temperamento y en su conducta. Si su corazón quedaba verdaderamente transformado por la gracia divina, se vería un cambio externo en la verdadera bondad, simpatía y cortesía que manifestaría. Jesús no era nunca frío e intratable. Con frecuencia los afligidos penetraban en su retiro cuando él necesitaba refrigerio y descanso; pero él tenía para todos una mirada bondadosa y una palabra alentadora. Era un modelo de verdadera cortesía. Pedro negó a su Señor, pero más tarde se arrepintió y fué profundamente humillado por su gran pecado; y Cristo demostró que perdonaba a su discípulo errante, al condescender en mencionarle por nombre después de su resurrección.

Judas cedió a las tentaciones de Satanás y traicionó a su mejor amigo. Pedro aprendió y aprovechó las lecciones de Cristo, y llevó a cabo la obra de reforma que fué dejada a los discípulos cuando su Señor ascendió al cielo. Estos dos hombres representan las dos clases que Cristo relaciona consigo, dándoles las ventajas de sus

lecciones, y el ejemplo de su vida abnegada y compasiva a fin de que aprendan de él.

Cuanto más considera el hombre a su Salvador, y llega a conocerle, tanto más se asemejará a su imagen, y hará las obras de Cristo. La época en que vivimos requiere una acción reformativa. La luz de la verdad que resplandece sobre nosotros, requiere hombres de acción resuelta y valor moral íntegro, para que trabajen diligente y perseverantemente en la salvación de todos aquellos que quieran oír la invitación del Espíritu de Dios.

El amor que debe existir entre los miembros de la iglesia es con frecuencia reemplazado por críticas y censuras; y éstas se manifiestan hasta en los ejercicios religiosos, en reflexiones y severas alusiones personales. Estas cosas no deben ser apoyadas por los ministros, los ancianos o los hermanos. Los ejercicios de la iglesia deben llevarse a cabo con un sincero deseo de glorificar a Dios. Cuando los hombres, con sus peculiares disposiciones, se reúnen en la iglesia, a menos que la verdad de Dios suavice y subyugue los rasgos duros del carácter, ésta quedará afectada y su paz y armonía sacrificadas a causa de estos rasgos egoístas no santificados. Muchos, en su cuidadosa vigilancia para descubrir las faltas de sus hermanos, descuidan la investigación de su propio corazón y la purificación de su propia vida. Esto merece el desagrado de Dios. Cada miembro de la iglesia debe ser celoso de su propia alma y debe, vigilar atentamente sus propias acciones, no sea que obre por motivos egoístas y sea una causa de tropiezo para sus hermanos débiles. [362]

Dios toma a los hombres tales como son, con el elemento humano de su carácter, y luego los educa para su servicio, si quieren dejarse disciplinar y aprender de él. La raíz de amargura, de envidia, de desconfianza, de celos y aun de odio, que existe en el corazón de algunos miembros de la iglesia, es obra de Satanás. Tales elementos tienen una influencia perniciosa sobre la iglesia. “Un poco de levadura leuda toda la masa.” El celo religioso que se manifiesta en acusar a los hermanos, es un celo que no es conforme al conocimiento. Cristo no tiene nada que hacer con un testimonio tal. [363]

Capítulo 57—Casamientos antibíblicos

Estamos viviendo en los postreros días, cuando la manía referente al asunto del matrimonio constituye una de las señales de la próxima venida de Cristo. No se consulta a Dios en estos asuntos. La religión, el deber y los principios quedan sacrificados para seguir los impulsos del corazón no consagrado. No debiera haber mucha ostentación y regocijo por la unión de los cónyuges. Ni siquiera hay un matrimonio de cada cien que resulte feliz, que lleve la sanción de Dios, y coloque a los cónyuges en una posición que les permita glorificarle mejor. Las malas consecuencias de los casamientos deficientes son innumerables. Se contraen por impulso. Rara vez se piensa en considerar sinceramente el asunto, y el consultar a aquellos que tienen experiencia es tenido por anticuado.

En lugar del amor puro existen el impulso y la pasión no santificada. Muchos ponen en peligro sus propias almas y atraen sobre sí la maldición de Dios, entablando relaciones matrimoniales simplemente para satisfacer su fantasía. Me han sido mostrados los casos de algunos de los que profesan creer la verdad y han cometido el gran error de casarse con personas incrédulas. Tenían la esperanza de que el cónyuge incrédulo aceptaría la verdad; pero éste después de alcanzar su objeto, se halla más lejos de la verdad que antes. Y luego empiezan los trabajos sutiles, los esfuerzos continuos del enemigo para apartar al creyente de la fe.

Muchos están perdiendo ahora su interés y confianza en la verdad porque se han relacionado íntimamente con la incredulidad. Respiran una atmósfera de duda y descreimiento. Ven y oyen a la incredulidad, y finalmente la aprecian. Algunos tienen el valor de resistir a estas influencias, pero en muchos casos su fe queda imperceptiblemente minada y finalmente destruída. Satanás ha tenido éxito en sus planes. Obró por medio de sus agentes de manera tan silenciosa que las vallas de la fe y la verdad han sido vencidas antes que los creyentes tuviesen la menor sospecha del lugar adonde iban.

Es algo peligroso aliarse con el mundo. Satanás sabe muy bien que la hora del casamiento de muchos jóvenes de ambos sexos cierra la historia de su experiencia religiosa y de su utilidad. Quedan perdidos para Cristo. Tal vez hagan durante un tiempo un esfuerzo para vivir una vida cristiana; pero todas sus luchas se estrellan contra una constante influencia en la dirección opuesta. Hubo un tiempo en que era para ellos un privilegio y un gozo hablar de su fe y esperanza; pero luego llegan a no tener deseo de mencionar el asunto, sabiendo que la persona a la cual han ligado su destino no se interesa en ello. Como resultado, la fe en la preciosa verdad muere en el corazón, y Satanás teje insidiosamente en derredor de ellos una tela de escepticismo.

Llevar a los excesos lo legítimo constituye un grave pecado. Los que profesan la verdad, pisotean la voluntad de Dios al casarse con incrédulos; pierden su favor y hacen obras amargas de las que habrán de arrepentirse. La persona incrédula puede poseer un excelente carácter moral; pero el hecho de que no haya respondido a las exigencias de Dios y haya descuidado una salvación tan grande, es razón suficiente para que no se verifique una unión tal. El carácter de la persona incrédula puede ser similar al del joven a quien Jesús dirigió las palabras: “Una cosa te falta;” y esa cosa era la esencial.

A veces se arguye que el no creyente favorece la religión, y que como cónyuge es todo lo que puede desearse, excepto en una cosa, que no es creyente. Aunque el mejor juicio de la persona creyente le sugiera lo impropio que es unirse para toda la vida con otra persona incrédula, en nueve casos de cada diez, triunfa la inclinación. La decadencia espiritual comienza en el momento en que se hace voto ante el altar; el fervor religioso se enfría, y se quebranta una fortaleza tras otra, hasta que ambos están lado a lado bajo el negro estandarte de Satanás. Aun en las fiestas de la boda, el espíritu del mundo triunfa contra la conciencia, la fe y la verdad. En el nuevo hogar no se respeta la hora de oración. El esposo y la esposa se han elegido mutuamente y han despedido a Jesús.

[365]

Al principio el cónyuge no creyente no se opondrá abiertamente; pero cuando el asunto de la verdad bíblica es presentado a su atención y consideración, surge en seguida el sentimiento: “Te casaste conmigo sabiendo lo que era, y no quiero ser molestado. De ahora en adelante, quede bien entendido que la conversación sobre

tus opiniones particulares queda prohibida.” Si el cónyuge creyente manifiesta algún fervor especial respecto de su fe, ello tal vez pueda ser interpretado como falta de bondad hacia el que no tiene interés en la experiencia cristiana.

El cónyuge creyente razona que en su nueva relación debe conceder algo al compañero de su elección. Asiste a diversiones sociales y mundanas. Al principio lo hace de muy mala gana; pero el interés por la verdad disminuye, y la fe se trueca en duda e incredulidad. Nadie habría sospechado que esa persona, que antes era un creyente firme y concienzudo que seguía devotamente a Cristo, pudiese llegar a ser la persona vacilante y llena de dudas que es ahora. ¡Oh, qué cambio realizó ese matrimonio imprudente!

[366] ¿Qué debe hacer todo creyente cuando se encuentra en la penosa situación que prueba el carácter sano de los principios religiosos? Con firmeza digna de imitación, debe decir francamente: “Soy cristiano concienzudo. Creo que el séptimo día de la semana es el día de reposo bíblico. Nuestra fe y principios son tales que van en direcciones opuestas. No podemos ser felices juntos, porque si yo sigo adelante para adquirir un conocimiento más perfecto de la voluntad de Dios, vendré a ser más diferente del mundo, y semejante a Cristo. Si Vd. continúa no viendo hermosura en Cristo, ni atractivos en la verdad, amaré al mundo, que yo no puedo amar, mientras yo amaré las cosas de Dios que Vd. no puede amar. Las cosas espirituales se discernen espiritualmente. Sin discernimiento espiritual, Vd. no podrá ver los derechos que Dios tiene sobre mí, ni podrá comprender mis obligaciones hacia el Maestro a quien sirvo; por lo tanto le parecerá que yo le descuido por los deberes religiosos. Vd. no será feliz; se sentirá en soledad por causa de los afectos que doy a Dios; y yo igualmente sentiré aislamiento por mis creencias religiosas. Cuando sus opiniones cambien, cuando su corazón responda a las exigencias de Dios, y Vd. aprenda a amar a mi Salvador, entonces podremos reanudar nuestras relaciones.”

El creyente hace así por Cristo un sacrificio que su conciencia aprueba, y que demuestra que él aprecia demasiado la vida eterna para correr el riesgo de perderla. Siente que sería mejor permanecer soltero que ligar sus intereses para toda la vida a una persona que prefiere el mundo a Cristo, y que le apartaría de la cruz de Cristo. Pero no se reconoce el peligro de conceder los afectos a personas

incrédulas. En las mentes juveniles, el matrimonio está revestido de romanticismo y es difícil despojarle de ese carácter con que la imaginación lo cubre, para hacer que la mente comprenda cuán pesadas responsabilidades entraña el voto matrimonial. Este voto liga los destinos de dos personas con vínculos que nada puede cortar, a no ser la mano de la muerte.

¿Podrá aquel que busca gloria, honra, inmortalidad y vida eterna, unirse con otra persona que rehusa alistarse con los soldados de la cruz de Cristo? Vosotros, los que profesáis elegir a Cristo como vuestro Maestro y obedecerle en todas las cosas, ¿habréis de unir vuestros intereses con personas regidas por el príncipe de las potestades de las tinieblas? “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de concierto?” “Si dos de vosotros se convinieren en la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.” ¡Pero cuán extraño es el espectáculo! Mientras una de las personas tan íntimamente unidas se dedica a la oración, la otra permanece indiferente y descuidada; mientras una busca el camino a la vida eterna, la otra se halla en el anchuroso camino que lleva a la muerte.

[367]

Centenares de personas han sacrificado a Cristo y el Cielo al casarse con personas inconversas. ¿Pueden conceder tan poco valor al amor y a la comunión de Cristo que prefieren la compañía de pobres mortales? ¿Estiman tan poco el Cielo que están dispuestos a arriesgar sus goces uniéndose con una persona que no ama al precioso Salvador?

La felicidad y prosperidad de la vida matrimonial depende de la unidad de los cónyuges. ¿Cómo puede armonizar el ánimo carnal con el ánimo que se ha asimilado al sentir de Cristo? El uno siembra para la carne, piensa y obra de acuerdo con los impulsos de su corazón; el otro siembra para el Espíritu, tratando de reprimir el egoísmo, vencer la inclinación propia, y vivir en obediencia al Maestro, cuyo siervo profesa ser. Así que hay una perpetua diferencia de gusto, inclinación y propósito. A menos que el creyente, por su firme adhesión a los principios, gane al impenitente, llegará, como es mucho más común, a desalentarse y vender sus principios religiosos por la miserable compañía de una persona que no está relacionada con el Cielo.

Dios prohibió estrictamente que su antiguo pueblo formase alianzas matrimoniales con otras naciones. Se arguye ahora que esta prohibición tenía por objeto evitar que los hebreos se casasen con

[368] idólatras y se relacionasen con familias paganas. Pero los paganos estaban en una condición más favorable que los impenitentes de esta época, quienes, teniendo la luz de la verdad, se niegan, sin embargo, con persistencia a aceptarla. El pecador moderno es mucho más culpable que los paganos, porque la luz del evangelio resplandece claramente en derredor de él. Viola su conciencia y es deliberadamente enemigo de Dios. La razón que Dios alegó al prohibir estos casamientos era: “Porque apartarán a tu hijo de en pos de mí.” Los antiguos hijos de Israel que se atrevieron a despreciar la prohibición de Dios, lo hicieron sacrificando los principios religiosos. Tomemos por ejemplo el caso de Salomón. Sus esposas apartaron su corazón de su Dios.

* * * * *

Las relaciones matrimoniales son santas, pero en esta época de degeneración, cubren vilezas de toda descripción. Se abusa de ellas, y han llegado a ser un crimen que constituye una señal de los postreros días. ... Satanás está constantemente ocupado en precipitar a los jóvenes inexpertos a una alianza matrimonial. Pero cuanto menos nos gloriemos de los casamientos que se verifican ahora, mejor será.—*Testimonies for the Church 2:252.*

* * * * *

[369] En algunos casos los casamientos han sido incompatibles, y prematuros en otros. Cristo nos advirtió que este estado de cosas existiría antes de su segundo advenimiento. Constituye una de las señales de los últimos días. Existió un estado de cosas similar antes del diluvio. La mente de la gente estaba hechizada acerca del matrimonio. Cuando hay tanta incertidumbre, tan grande peligro, no hay motivo para hacer mucha ostentación, aun cuando los contrayentes estuvieran perfectamente adaptados el uno al otro; pero esto queda aún por demostrar.—*Testimonies for the Church 2:5, 515.*

Capítulo 58—El aprovechamiento de los talentos

Dios quiere que aquellos que le siguen dediquen su vida al mejoramiento y progreso propios y que sean guiados y regidos por una experiencia correcta. El hombre verdadero es aquel que está dispuesto a sacrificar su propio interés por el beneficio de los demás, y aquel que se ejercita en vendar a los de corazón quebrantado. Apenas si han comenzado muchos a comprender el verdadero objeto de la vida; y aquello que es real y substancioso en su vida queda sacrificado por causa de los errores que albergan.

Nerón y César eran conocidos por el mundo como grandes hombres; pero, ¿los consideraba Dios así? No; no estaban relacionados por una fe viva al gran Corazón de la humanidad. Estaban en el mundo, y comían, bebían y dormían como hombres del mundo; pero eran satánicos en su crueldad. Dondequiera que fueran esos monstruos de la humanidad, su senda quedaba señalada por el derramamiento de sangre y la destrucción. El mundo los alabó mientras vivieron; pero cuando fueron sepultados, el mundo se regocijó. En contraste con la vida de estos hombres, podemos poner la de Lutero. El no nació príncipe, no llevó corona real. Su voz se dejó oír desde la celda de un claustro, y se sintió su influencia. Tenía un corazón humano, que palpitaba para bien de los hombres. Defendió valientemente la verdad y lo recto, e hizo frente a la oposición del mundo para beneficiar a sus semejantes.

El intelecto solo no hace al hombre de acuerdo a la norma divina. Hay poder en el intelecto, si está santificado y regido por el Espíritu de Dios. Es superior a las riquezas y al poder físico; pero debe ser cultivado a fin de hacer al hombre. El derecho que uno tiene a ser tenido por hombre queda determinado por el uso que ha hecho del intelecto. Byron tenía concepto intelectual y profundidad de pensamiento, pero no era hombre según la norma divina. Era agente de Satanás. Sus pasiones eran fieras e indomables. Durante toda su vida estuvo sembrando semillas que florecieron en una siega de corrupción. La obra de su vida rebajó la norma de la virtud.

[370]

Este hombre era uno de los hombres distinguidos por el mundo; sin embargo, el Señor no le reconocería como hombre, sino como uno que abusó de los talentos que Dios le diera. El escéptico Gibbon, y muchos otros a quienes Dios dotó de mentes gigantescas y a quienes el mundo llamó grandes, se alistaron bajo la bandera de Satanás y emplearon los dones de Dios para pervertir la verdad y destruir las almas humanas. Un gran intelecto, cuando es hecho ministro del vicio, es una maldición para su poseedor y para todos los que caen dentro del círculo de su influencia.

Lo que bendecirá a la humanidad es la vida espiritual. Si el hombre está en armonía con Dios, dependerá continuamente de él para tener fuerza. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” La obra de nuestra vida consiste en buscar la perfección del carácter cristiano, luchando continuamente para conformarnos a la voluntad de Dios. Los esfuerzos empezados en la tierra, continuarán durante toda la eternidad. La medida que Dios tiene para el hombre es tan elevada como el más alto significado del término, y si él obra colocándose a la altura de la virilidad que Dios le ha dado, favorecerá en esta vida una felicidad que le conducirá a la gloria y la recompensa eterna en la vida venidera.

Los miembros de la familia humana tienen derecho al título de hombres y mujeres únicamente cuando emplean sus talentos, en toda manera posible, en beneficio de los demás. La vida de Cristo está delante de nosotros como modelo, y tan sólo cuando atendemos, como ángeles de misericordia, a las necesidades de los demás, quedamos íntimamente aliados con Dios. La naturaleza del cristianismo tiende a hacer feliz a la familia y a la sociedad. Todo hombre y mujer que posea el verdadero espíritu de Cristo, apartará de sí la discordia, el egoísmo y la disensión.

[371]

Los que participan del amor de Cristo no tienen derecho a pensar que pueden fijar límite a su influencia y obra al tratar de beneficiar a la humanidad. ¿Se cansó Cristo en sus esfuerzos para salvar a los hombres caídos? Nuestra obra ha de ser continua y perseverante. Hallaremos obra que hacer hasta que el Maestro nos invite a deponer la armadura a sus pies. Dios es un gobernante moral, y debemos aguardar, sumisos a su voluntad, listos y dispuestos a cumplir nuestro deber cuandoquiera que haya trabajo que debe ser hecho.

Los ángeles están empeñados noche y día en el servicio de Dios para elevación del hombre de acuerdo con el plan de salvación. Se requiere del hombre que ame a Dios supremamente; es decir, con toda su fuerza, mente y corazón, y a su prójimo como a sí mismo. Esto no lo puede hacer a menos que se niegue a sí mismo. Dijo Cristo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”

Ser abnegado significa regir el espíritu cuando la pasión quiere predominar; resistir a la tentación de censurar y de criticar; tener paciencia con el niño torpe, cuya conducta agravia e impacienta; permanecer en el puesto del deber cuando otros fracasan; llevar responsabilidades cuando quiera y dondequiera que se pueda; no con el fin de recibir aplausos, ni por política, sino por amor al Maestro, que nos encomendó una obra para que la hiciéramos con fidelidad inquebrantable; guardar silencio y dejar que otros labios nos alaben, cuando podríamos alabarnos nosotros mismos. El negarnos a nosotros mismos es hacer bien a otros cuando nuestra inclinación nos induciría a servirnos y agradarnos a nosotros mismos. Aun cuando nuestros semejantes no hayan de apreciar nunca nuestros esfuerzos, ni reconocerlos, debemos seguir trabajando.

Escudriñemos cuidadosamente y veamos si la verdad que hemos aceptado ha llegado a ser un firme principio para nosotros. [372] ¿Llevamos a Cristo con nosotros cuando salimos de la cámara de oración? ¿Está nuestra religión de guardia a la puerta de nuestros labios? ¿Se siente nuestro corazón atraído con simpatía y amor por los demás fuera de los de nuestra propia familia? ¿Estamos tratando diligentemente de obtener una comprensión más clara de la verdad bíblica para que podamos dejar resplandecer nuestra luz para los demás? Podemos contestar estas preguntas en nuestras propias almas. Sea nuestra conversación sazónada con gracia y revele nuestra conducta elevación cristiana.

Ha principiado un nuevo año. ¿Qué ha grabado en nuestra vida cristiana el año pasado? ¿Cuál es nuestro registro en el cielo? Os ruego que hagáis una entrega sin reserva a Dios. ¿Han estado divididos nuestros corazones? Démoslos completamente al Señor ahora. Hagamos de la historia del año próximo, algo diferente de la del año pasado. Humillemos nuestras almas delante de Dios. “Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque cuando fuere

probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.” Despojémonos de toda pretensión y afectación. Actuemos con sencillez y naturalidad. Sed veraces en todo pensamiento, palabra y acción, y “en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros.” Recordemos que la naturaleza moral necesita ser fortalecida por la vigilancia y la oración constantes. Mientras miramos a Cristo estamos seguros; pero en cuanto pensamos en nuestros sacrificios y dificultades, y empezamos a simpatizar con nosotros mismos y a mimarnos, perdemos nuestra confianza en Dios y estamos en grave peligro.

[373] Muchos limitan la Providencia divina, y divorcian la misericordia y el amor de su carácter. Ellos insisten en que la grandeza y majestad de Dios le impiden que se interese en las preocupaciones de las más débiles de sus criaturas. “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que no temáis: más valéis vosotros que muchos pajarillos.”

[374] Es difícil para los seres humanos prestar atención a los asuntos menores de la vida mientras la mente se concentra en negocios de vasta importancia. Pero, ¿no debe existir esta unión? El hombre formado a la imagen de su Hacedor debe unir las mayores responsabilidades con las menores. Puede estar engolfado en ocupaciones abrumadoras y descuidar la instrucción que sus hijos necesitan. Puede considerar estos deberes como los menores de la vida, cuando en realidad constituyen el mismo cimiento de la sociedad. La felicidad de las familias y de las iglesias depende de las *influencias que se sienten en el hogar*. Los intereses eternos dependen del debido cumplimiento de los deberes de esta vida. El mundo no necesita tanto grandes intelectos como hombres buenos que sean una bendición en sus hogares.

Capítulo 59—Los siervos de Dios

Dios eligió a Abrahán como mensajero suyo para comunicar por su medio luz al mundo. La palabra de Dios no llegó a él presentándole perspectivas halagüeñas de un salario elevado en esta vida, o un gran aprecio y honores mundanales. “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré,” fué el mensaje divino enviado a Abrahán. El patriarca obedeció, y “salió sin saber dónde iba” como portador divino, para mantener el nombre de Dios vivo en la tierra. Abandonó su país, su hogar, sus parientes y todas las gratas compañías de la primera parte de su vida, para hacerse peregrino y advenedizo en la tierra.

Con frecuencia, es más esencial de lo que muchos creen que las relaciones sostenidas en la primera parte de la vida queden rotas, a fin de que aquellos que han de hablar “en lugar de Cristo” estén en situación de poder ser educados por Dios y de prepararse para su gran obra. Con frecuencia los parientes y amigos tienen una influencia que, según Dios puede ver, habría de estorbar grandemente las instrucciones que él se propone dar a sus siervos. Los que no están en relación con el cielo harán sugerencias que si se escuchan, apartarán de su obra santa a aquellos que debieran ser portadores de luz al mundo.

Antes que Dios pudiese usarle, Abrahán debía separarse de sus asociados anteriores, a fin de no ser dominado por la influencia humana, y dejar de fiar en la ayuda humana.

Una vez que se hubo relacionado con Dios, este hombre debía morar entre extraños. Su carácter debía ser peculiar, diferente de todo el mundo. No podía siquiera explicar su conducta de manera comprensible para sus amigos, porque eran idólatras; las cosas espirituales deben discernirse espiritualmente; por lo tanto sus motivos y sus actos no podían ser comprendidos por sus deudos y amigos. [375]

La implícita obediencia de Abrahán fué uno de los casos más notables de fe y confianza en Dios que se encuentran en los anales sagrados. Con la sola promesa de que sus descendientes poseerían

Canaán, sin la menor evidencia externa, siguió adonde Dios le llevaba, cumpliendo plena y sinceramente las condiciones de su parte y confiando en que el Señor cumpliría fielmente su palabra. El patriarca fué adonde Dios le indicó que era su deber ir; pasó por el desierto sin terror; vivió entre naciones idólatras, con el único pensamiento: “Dios habló; estoy obedeciendo a su voz; él me guiará y protegerá.”

Los mensajeros de Dios necesitan hoy una fe y una confianza como la que tuvo Abrahán. Pero muchos de aquellos a quienes el Señor podría usar, no quieren avanzar, oyendo y obedeciendo a su voz sobre todas las demás. La relación con sus deudos y amigos, las antiguas costumbres y compañías, tienen a menudo tanta influencia sobre los siervos de Dios que él no puede darles sino poca instrucción, comunicarles poco conocimiento de sus propósitos; y con frecuencia después de un tiempo los pone a un lado y llama en su lugar a otros, a quienes prueba de la misma manera. El Señor haría mucho por sus siervos, si ellos estuviesen completamente consagrados a él, estimando sus servicios por encima de los vínculos de la parentela, y toda otra asociación terrenal.

[376] Los ministros del evangelio tienen una obra sagrada. Tienen que dar al mundo un solemne mensaje de amonestación, un mensaje que será sabor de vida para vida, o de muerte para muerte. Son mensajeros de Dios al hombre, y nunca deben perder de vista su misión ni sus responsabilidades. No son como los mundanos; ni pueden ser como ellos. Si fuesen fieles a Dios, conservarían su carácter separado y santo. Dejan de estar relacionados con el cielo, están en mayor peligro que otros, y pueden ejercer más intensa influencia en la mala dirección; porque Satanás tiene constantemente su ojo sobre ellos, esperando que manifiesten alguna debilidad, por la cual pueda hacer un ataque con éxito. ¡Cómo se regocija cuando tiene éxito! porque cuando el que es embajador de Cristo no está en guardia, por su medio el gran adversario puede asegurarse muchas almas.

Los que están íntimamente relacionados con Dios pueden no prosperar en las cosas de esta vida; son con frecuencia afligidos y probados. José fué vilipendiado y perseguido porque conservó su virtud e integridad. David, el mensajero elegido de Dios, fué acechado como una fiera por sus perversos enemigos. Daniel fué arrojado al foso de los leones, porque era fiel e íntegro en su fidelidad

a Dios. Job fué privado de sus posesiones mundanales, y tan afligido en su cuerpo que le aborrecían sus parientes y amigos; sin embargo, conservó su fidelidad e integridad a Dios. Jeremías habló las palabras que Dios había puesto en su boca, y su sencillo testimonio enfureció de tal manera al rey y a los príncipes que le arrojaron a una asquerosa mazmorra. Esteban fué apedreado porque predicaba a Cristo, y Cristo crucificado. Pablo fué encarcelado, azotado, apedreado, y finalmente muerto, porque era fiel mensajero en llevar el evangelio a los gentiles. El amado Juan fué desterrado a la isla de Patmos, “por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.”

Estos ejemplos de firmeza humana, mediante la fuerza del poder divino, son para el mundo un testimonio de la fidelidad de las promesas de Dios, de su permanente presencia y de su gracia sostenedora. Cuando el mundo mira a estos hombres humildes, no puede discernir el valor moral que tienen para Dios. Es una obra de fe el reposar serenamente en Dios en la hora más sombría, por severamente probado y agitado por la tempestad que uno esté, y el sentir que nuestro Padre está en el timón. Sólo el ojo de la fe puede ver más allá de las cosas del tiempo y de los sentidos para estimar el valor de las riquezas eternas.

Un gran jefe militar conquista naciones, sacude los ejércitos de medio mundo; pero muere de desilusión, en el destierro. El filósofo que recorre el universo encontrando por doquiera las manifestaciones del poder de Dios y deleitándose en su armonía, con frecuencia deja de contemplar en estas admirables maravillas la mano que las formó. “Mas el hombre no permanecerá en honra: es semejante a las bestias que perecen.” Ninguna esperanza de inmortalidad gloriosa alumbrará el futuro de los enemigos de Dios. Pero los héroes de la fe tienen la promesa de una herencia más valiosa que cualesquiera riquezas terrenales, una herencia que satisfará los anhelos del alma. Pueden ser desconocidos por el mundo, pero son anotados como ciudadanos en los libros de registro del cielo. Una grandeza exaltada, un eterno peso de gloria, será la recompensa final de aquellos a quienes Dios ha hecho herederos de todo.

Los ministros del evangelio deben hacer de la verdad de Dios el tema de su estudio, meditación y conversación. La mente que se espacia mucho en la voluntad de Dios revelada al hombre, será fuerte en la verdad. Los que leen y estudian con el ferviente deseo

[377]

de tener luz divina, sean ministros o no, no tardarán en descubrir en las Escrituras una belleza y armonía que cautivarán su atención, elevarán sus pensamientos y les darán una inspiración y una energía de argumentos que les harán poderosos para convencer y convertir las almas.

Hay peligro de que los ministros que profesan creer la verdad presente se queden satisfechos con presentar la teoría solamente, mientras que sus propias almas no sientan su poder santificador. Algunos no tienen el amor de Dios en el corazón para actualizar, amoldar y ennoblecer su vida. El salmista declara del hombre bueno: “En la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.” Se refiere a su propia experiencia, y declara: “¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación.” “Previnieron mis ojos [378] las vigiliyas de la noche, para meditar en tus dichos.”

Ningún hombre está calificado para levantarse en el púlpito sagrado a menos que haya sentido la influencia transformadora de la verdad de Dios sobre su propia alma. Entonces, y no antes, puede, por precepto y ejemplo, representar debidamente la vida de Cristo. Pero muchos, en su trabajo, se ensalzan a sí mismos más bien que a su Maestro; y sus conversos se han convertido al ministro, en vez de a Cristo.

Me duele saber que algunos de los que predicán la verdad presente hoy no son hombres verdaderamente convertidos. No están relacionados con Dios. Tienen una religión mental, pero ninguna conversión del corazón; y éstos son los que más confían en sí mismos y creen bastarse a sí mismos; y esta confianza propia les impedirá adquirir la experiencia esencial para ser obreros eficaces en la viña del Señor. ¡Ojalá pudiese despertar a los que aseveran ser atalayas en los muros de Sión, para que comprendiesen su responsabilidad! Se despertarían y asumirían una posición más elevada por Dios; porque hay almas que perecen por su negligencia. Deben tener la devoción sincera hacia Dios que los conducirá a ver como Dios ve, y a recibir de él las palabras de amonestación y hacer oír la alarma a los que están en peligro. El Señor no ocultará su verdad del centinela fiel. Los que hacen la voluntad de Dios conocerán de su doctrina. “Entenderán los entendidos,” “mas los impíos obrarán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá.” **Daniel 12:10.**

Dijo Jesús a sus discípulos: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.” Quiero rogar a los que han aceptado la responsabilidad de ser maestros que primero aprendan humildemente, y permanezcan siempre como alumnos en la escuela de Cristo para recibir del Maestro lecciones de mansedumbre y humildad de corazón. La humildad de espíritu, combinada con la actividad ferviente, resultará en la salvación de las almas compradas a tan alto precio por la sangre de Cristo. El ministro puede comprender y creer la teoría de la verdad, y aun puede presentarla a otros; pero esto no es todo lo que se requiere de él. “La fe, si no tuviere obras, es muerta.” El necesita aquella fe que obra por amor y purifica el alma. Una fe viva en Cristo pondrá a toda acción de la vida y a toda emoción del alma en armonía con la verdad y con la justicia de Dios.

[379]

La inquietud, la exaltación propia, el orgullo, la pasión y todo otro rasgo de carácter que difiera de nuestro Dechado santo, deben ser vencidos; y entonces la humildad, la mansedumbre y la sincera gratitud a Jesús por su gran salvación, fluirán continuamente del manantial puro del corazón. La voz de Jesús debe oírse en el mensaje que cae de los labios de su embajador.

Debemos tener un ministerio convertido. La eficiencia y el poder que acompañan a un ministro verdaderamente convertido harían temblar a los hipócritas de Sión y harían temer a los pecadores. El estandarte de la verdad y de la santidad está siendo arrastrado en el polvo. Si los que hacen oír las solemnes notas de amonestación para este tiempo pudiesen comprender cuán responsables son ante Dios, verían la necesidad que tienen de la oración ferviente. Cuando las ciudades eran acalladas en el sueño de la medianoche, cuando cada hombre había ido a su casa, Cristo, nuestro ejemplo, se dirigía al monte de las Olivas, y allí, en medio de los árboles que le ocultaban, pasaba toda la noche en oración. El que no tenía mancha de pecado, el que era alfolí de bendición; Aquel cuya voz oían a la cuarta vela de la noche, cual bendición celestial, los aterrorizados discípulos, en medio de un mar tormentoso, y cuya palabra levantaba a los muertos de sus sepulcros, era el que hacía súplicas con fuerte clamor y lágrimas. No oraba por sí, sino por aquellos a quienes había venido a salvar. Al convertirse en suplicante, y buscar de la mano de su Padre nueva provisión de fuerza, salía refrigerado y vigorizado como sustituto del hombre, identificándose con la humanidad doliente y

[380]

dándole un ejemplo de la necesidad de la oración.

Su naturaleza era sin mancha de pecado. Como Hijo del Hombre, oró al Padre, mostrando que la naturaleza humana requiere todo el apoyo divino que el hombre puede obtener a fin de quedar fortalecido para su deber y preparado para la prueba. Como Príncipe de la vida, tenía poder con Dios y prevaleció por su pueblo. Este Salvador, que oró por los que no sentían la necesidad de la oración, y lloró por los que no sentían la necesidad de las lágrimas, está ahora delante del trono, para recibir y presentar ante su Padre las peticiones de aquellos por quienes oró en la tierra. Nos toca seguir el ejemplo de Cristo. La oración es una necesidad en nuestro trabajo por la salvación de las almas. Sólo Dios puede dar crecimiento a la semilla que sembramos.

Fracasamos muchas veces porque no comprendemos que Cristo está con nosotros por medio de su Espíritu, tan ciertamente como cuando, en los días de su humillación, vivía en la tierra. El tiempo transcurrido no ha obrado cambio alguno en la promesa que hiciera a sus discípulos al separarse y ser alzado de ellos al cielo: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” El ordenó que debía haber una sucesión de hombres herederos de la autoridad de los primeros maestros de la fe, para que continuasen predicando a Cristo y a Cristo crucificado. El gran Maestro ha delegado potestad en sus siervos que tienen “este tesoro en vasos de barro.” Cristo dirigirá la obra de sus embajadores, si ellos aguardan sus instrucciones y su dirección.

[381] Los ministros que son verdaderamente representantes de Cristo serán hombres de oración. Con fervor y fe innegable, rogarán a Dios por que sean fortalecidos para el deber y la prueba, y por que sus labios sean santificados mediante el toque del vivo carbón del altar, a fin de que puedan pronunciar las palabras de Dios a la gente. “El Señor Jehová me dió lengua de sabios, para saber hablar en sazón palabra al cansado; despertará de mañana, despertaráme de mañana oído, para que oiga como los sabios.”

Cristo dijo a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandaros como a trigo; mas yo he rogado por ti que tu fe no falte.” ¿Quién puede calcular el resultado de las oraciones del Salvador del mundo? Cuando Jesús vea el fruto del trabajo de su alma y quede satisfecho, entonces se verá y comprenderá el valor

de sus fervientes oraciones mientras su divinidad estaba velada con humanidad.

Jesús oró no sólo por uno solo, sino por todos sus discípulos: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo.” Su ojo atravesó el oscuro velo del futuro, y leyó la biografía de cada hijo e hija de Adán. Sintió las cargas y tristezas de toda alma agitada por la tempestad; y esta oración ferviente incluyó al mismo tiempo que sus discípulos vivos a todos los que le siguiesen hasta el fin del mundo. “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.” Sí; esa oración de Cristo nos abarca aún a nosotros. Debemos ser consolados por el pensamiento de que tenemos un gran Intercesor en el cielo, que presenta nuestras peticiones ante Dios. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” En la hora de mayor necesidad, cuando el desaliento quisiera abrumar el alma, es entonces cuando el vigilante ojo de Jesús ve que necesitamos su ayuda. La hora de la necesidad humana es la hora de la oportunidad de Dios. Cuando todo apoyo humano fracasa, entonces Jesús acude en nuestro auxilio, y su presencia despeja las tinieblas y disipa la nube de lóbreguez.

En su barquichuelo, sobre el mar de Galilea, en medio de la tempestad y las tinieblas, los discípulos luchaban para alcanzar la orilla, pero todos sus esfuerzos eran infructuosos. Cuando la desesperación se estaba apoderando de ellos, vieron a Jesús que andaba sobre las ondas espumosas. Pero al principio no reconocieron la presencia de Cristo, y su terror aumentó hasta que su voz, que les decía: “Yo soy; no tengáis miedo,” disipó sus temores y les infundió esperanza y gozo. Entonces, ¡cuán voluntariamente los pobres y cansados discípulos cesaron en sus esfuerzos y lo confiaron todo al Maestro!

[382]

Este sorprendente incidente ilustra la experiencia de los que siguen a Cristo. ¡Con cuánta frecuencia nos aferramos a los remos, como si nuestra propia fuerza y sabiduría bastaran, hasta que encontramos inútiles nuestros esfuerzos. Entonces, con manos temblorosas y fuerza desfalleciente, entregamos el trabajo a Jesús y confesamos que no podemos cumplirlo. Nuestro misericordioso Redentor se compadece de nuestra debilidad; y cuando, en respuesta al clamor de la fe, él asume la obra que le pedimos que haga, ¡cuán fácilmente realiza lo que nos parecía tan difícil!

La historia del antiguo pueblo de Dios nos proporciona muchos ejemplos en que prevaleció la oración. Cuando los amalecitas atacaron el campamento de Israel en el desierto, Moisés sabía que su pueblo no estaba preparado para el encuentro. Mandó a Josué con un puñado de soldados para hacer frente al enemigo, mientras él mismo, con Aarón y Hur, se situó en una colina que dominaba el campo de batalla. Allí, el hombre de Dios presentó el caso al Unico que podía darles la victoria. Con manos extendidas hacia el cielo, Moisés oró fervientemente por el éxito de los ejércitos de Israel. Se observó que mientras sus manos permanecían elevadas, Israel prevalecía contra el enemigo; pero cuando por el cansancio las dejaba caer, Amalec prevalecía. Aarón y Hur sostuvieron las manos de Moisés, hasta que la victoria, plena y completa, fué de Israel, y sus enemigos fueron ahuyentados del campo.

[383] Este ejemplo había de ser hasta el fin del tiempo una lección para todo Israel de que Dios es la fortaleza de su pueblo. Cuando Israel triunfaba, era porque Moisés alzaba las manos hacia el cielo, e intercedía en su favor; de manera que cuando todo el Israel de Dios prevalece, es porque el Poderoso asume su caso y pelea sus batallas por ellos. Moisés no pidió ni creyó que Dios vencería a sus enemigos mientras Israel permanecía inactivo. Ordenó todas sus fuerzas y las mandó tan bien preparadas como se lo permitían sus medios, y luego llevó todo el asunto a Dios en oración. Moisés, en el monte, rogaba al Señor, mientras que Josué, con sus valientes soldados, estaba abajo haciendo cuanto podía para rechazar a los enemigos de Israel y de Dios.

La oración que proviene de un corazón sincero y creyente es la oración eficaz y fervorosa que puede mucho. Dios no contesta siempre nuestras oraciones como nosotros lo esperamos, porque tal vez no pidamos lo que sería para nuestro mayor beneficio. Pero en su sabiduría y amor infinitos, él nos dará las cosas que más necesitamos. Feliz el ministro que tenga un Aarón y Hur que fielmente fortalezcan sus manos cuando se cansan, y le sostengan por la fe y la oración. Un apoyo tal es una ayuda poderosa para el siervo de Dios en su obra, y con frecuencia hará triunfar gloriosamente la causa de la verdad.

Después de la transgresión de Israel, cuando éste se hizo el becerro de oro, Moisés volvió a interceder ante Dios en favor de

su pueblo. El tenía cierto conocimiento de aquellos que habían sido confiados a su cuidado; conocía la perversidad del corazón humano, y comprendía las dificultades con que debía contender. Pero había aprendido por experiencia que a fin de tener influencia sobre el pueblo, debía tener primero poder con Dios. El Señor leyó la sinceridad y el propósito abnegado del corazón de su siervo, y condescendió en comunicarse con este débil mortal cara a cara, como un hombre habla con un amigo. Moisés se confió a Dios a sí mismo junto con todas sus cuitas, y abrió libremente su alma delante de él. El Señor no reprendió a su siervo, sino que condescendió en escuchar sus súplicas.

[384]

Moisés tenía un profundo sentimiento de su indignidad y de su falta de capacidad para la gran obra a la cual Dios le había llamado. Suplicó con intenso fervor que el Señor fuese con él. La respuesta que recibió fué: “Mi rostro irá contigo, y te haré descansar.” Pero Moisés no creía que podía conformarse con esto. Había ganado mucho, pero anhelaba acercarse más a Dios, y obtener mayor seguridad de su permanente presencia. Había llevado la carga de Israel; había soportado un peso abrumador de responsabilidad; cuando el pueblo pecaba, él sufría intenso remordimiento, como si él mismo fuese culpable; y ahora oprime su alma un sentimiento de los terribles resultados que se producirán si Dios abandona a los hijos de Israel a la dureza e impenitencia de su corazón. No vacilarán en matar a Moisés, y por su propia temeridad y perversidad, no tardarán en caer presa de sus enemigos, y así deshonrarán el nombre de Dios ante los paganos. Moisés insiste en su petición con tanto fervor y sinceridad, que le llega la respuesta: “También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre.”

Al llegar a este punto esperaríamos que el profeta dejaría de interceder; pero no, envalentonado por su éxito, se atreve a acercarse más a Dios, con una santa familiaridad que supera casi nuestra comprensión. Hace luego una petición que ningún ser humano hizo antes: “Ruégote que me muestres tu gloria.” ¡Qué petición de parte de un ser mortal finito! Pero, ¿es rechazado? ¿Le reprende Dios por su pretensión? No; oímos las misericordiosas palabras: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro.”

[385] Ningún hombre podía ver la gloria revelada de Dios y sobrevivir; pero a Moisés se le asegura que él contemplará tanto de la gloria divina como puede soportar su estado mortal actual. Esa Mano que hizo el mundo, que sostiene las montañas en sus lugares, toma a este hombre del polvo, este hombre de poderosa fe; y, misericordiosa, le oculta en la hendedura de la peña, mientras la gloria de Dios y toda su benignidad pasan delante de él. ¿Podemos asombrarnos de que “la magnífica gloria” resplandecía en el rostro de Moisés con tanto brillo que la gente no le podía mirar? La impresión de Dios estaba sobre él, haciéndole aparecer como uno de los resplandecientes ángeles del trono.

Este incidente, y sobre todo la seguridad de que Dios oiría su oración, y de que la presencia divina le acompañaría, eran de más valor para Moisés como caudillo que el saber de Egipto, o todo lo que alcanzara en la ciencia militar. Ningún poder, habilidad o saber terrenales pueden reemplazar la inmediata presencia de Dios. En la historia de Moisés podemos ver cuán íntima comunión con Dios puede gozar el hombre. Para el transgresor es algo terrible caer en las manos del Dios viviente. Pero Moisés no tenía miedo de estar a solas con el Autor de aquella ley que había sido pronunciada con tan pavorosa sublimidad desde el monte Sinaí; porque su alma estaba en armonía con la voluntad de su Hacedor.

Orar es el acto de abrir el corazón a Dios como a un amigo. El ojo de la fe discernirá a Dios muy cerca, y el suplicante puede obtener preciosa evidencia del amor y del cuidado que Dios manifiesta por él. Pero, ¿por qué sucede que tantas oraciones no son nunca contestadas? Dice David: “A él clamé con mi boca, y ensalzado fué con mi lengua. Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera.” Por otro profeta, el Señor nos ha dado la promesa: “Y me buscaréis y hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.” Y en otro lugar habla de algunos que “no clamaron a mí con su corazón.” Esas peticiones son oraciones de forma, servicio de labios solamente, que el Señor no acepta.

[386] La oración que Natanael ofreció mientras estaba debajo de la higuera, provenía de un corazón sincero, y fué oída y contestada por el Maestro. Cristo dijo de él: “He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño.” El Señor lee el corazón de cada uno y comprende sus motivos y propósitos. “La oración de los rectos es su

gozo.” El no será tardo en oír a aquellos que le abren su corazón, sin exaltarse a sí mismos, sino sintiendo sinceramente su gran debilidad e indignidad.

Hay necesidad de oración—de oración muy ferviente, sincera, como en agonía,—de oración como la que ofreció David cuando exclamó: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía.” “Yo he codiciado tus mandamientos;” “deseado he tu salud.” “Codicia y aun ardientemente desea mi alma los atrios de Jehová: mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo.” “Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo.” Tal es el espíritu de la oración que lucha, como el que poseía el real salmista.

Daniel oró a Dios, sin ensalzarse a sí mismo ni pretender bondad alguna: “Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y haz; no pongas dilación, por amor a ti mismo. Dios mío.” Esto es lo que Santiago llama la oración eficaz y ferviente. De Cristo se dice: “Estando en agonía, oraba más intensamente.” ¡Qué contraste presentan con esta intercesión de la Majestad celestial las débiles y tibias oraciones que se ofrecen a Dios! Muchos se conforman con el servicio de los labios, y pocos tienen un anhelo sincero, ferviente y afectuoso por Dios.

La comunión con Dios imparte al alma un íntimo conocimiento de su voluntad. Pero muchos de los que profesan la fe, no saben lo que es la verdadera conversión. No han experimentado la comunión con el Padre por medio de Jesucristo, y no han sentido el poder de la gracia divina para santificar el corazón. Orando y pecando, pecando y orando, viven llenos de malicia, engaño, envidia, celos y amor propio. Las oraciones de esta clase son abominación delante de Dios. La verdadera oración requiere las energías del alma y afecta la vida. El que presenta así sus necesidades delante de Dios, siente la vacuidad de todo lo demás bajo el cielo. “Delante de ti están todos mis deseos—dijo David;—y mi suspiro no te es oculto.” “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¡Cuándo vendré, y pareceré delante de Dios!” “Acordaréme de estas cosas, y derramaré sobre mí mi alma.”

[387]

A medida que nuestro número aumenta, deben hacerse planes más amplios para satisfacer las demandas de los tiempos; pero no vemos aumento especial de la ferviente piedad, de la sencillez

cristiana y de la devoción sincera. La iglesia parece conformarse con dar tan sólo los primeros pasos en la conversión. Sus miembros están más listos para la labor activa que para la devoción humilde, más listos para dedicarse al servicio religioso externo que a la obra interna del corazón. La meditación y la oración son descuidadas por el bullicio y la ostentación. La religión debe empezar vaciando y purificando el corazón, y debe ser nutrida por la oración diaria.

El progreso constante de nuestra obra, y el aumento de las facilidades, llenan el corazón y la mente de muchos de nuestros hermanos con satisfacción y orgullo, que tememos hayan de reemplazar el amor de Dios en el alma. La actividad intensa en la parte mecánica de la obra de Dios puede ocupar de tal manera la mente, que la oración sea descuidada, y la importancia y suficiencia propia, tan dispuestas a abrirse paso, reemplacen la verdadera bondad, mansedumbre y humildad de corazón. Puede oírse el celoso clamor: “¡El templo del Señor, el templo del Señor son éstos!” “Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová.” Pero, ¿dónde están los que llevan las cargas? ¿Dónde están los padres y las madres en Israel? ¿Dónde están los que llevan en el corazón la preocupación por las almas, y se acercan con íntima simpatía a sus semejantes, listos a colocarse en cualquier posición para salvarlos de la ruina eterna?

[388] “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.” “Vosotros sois—dijo Cristo,—la luz del mundo.” ¡Qué responsabilidad! Hay necesidad de ayuno, humillación y oración sobre nuestro decadente celo y espiritualidad languideciente. El amor de muchos se está enfriando. Los esfuerzos de muchos de nuestros predicadores no son lo que debieran ser. Cuando algunos de los que carecen del Espíritu y del poder de Dios entran en un nuevo campo, empiezan denunciando a las demás denominaciones, pensando que pueden convencer a la gente de la verdad presentando las inconsecuencias de las iglesias populares. En algunas ocasiones, puede parecer necesario hablar de estas cosas, pero en general ello no hace sino crear prejuicios contra nuestra obra, y cierra los oídos de muchos que de otra manera podrían haber escuchado la verdad. Si estos maestros estuviesen íntimamente relacionados con Cristo, tendrían sabiduría divina para saber cómo acercarse a la gente. No se olvidarían tan pronto de las tinieblas y

del error, la pasión y el prejuicio que los separaban a ellos mismos de la verdad.

Si estos maestros trabajasen con el espíritu del Maestro, obtendrían resultados muy diferentes. Con mansedumbre y longanimidad, gentileza y amor, aunque con fervor decidido, tratarían de conducir a estas almas errantes a un Salvador crucificado y resucitado. Cuando hagan esto, veremos a Dios obrar en los corazones de los hombres. Dice el gran apóstol: “Nosotros coadjutores somos de Dios.” ¡Qué obra para los pobres mortales! Se nos suministran las armas espirituales para pelear la “buena batalla de la fe;” pero algunos parecen haber sacado de la panoplia del cielo solamente los rayos y los truenos. ¿Hasta cuándo persistirán estos defectos?

En medio de un interés religioso, algunos descuidan la parte más importante de la obra. Dejan de visitar a aquellos que han mostrado interés al presentarse noche tras noche para escuchar la explicación de las Escrituras y no llegan a familiarizarse con ellos. La conversación sobre temas religiosos, y la oración ferviente con los tales al debido tiempo, podría encaminar a muchas almas en la debida dirección. Los ministros que descuidan su deber al respecto no son verdaderos pastores del rebaño. Mientras debieran ser más activos en conversar y orar con los interesados, algunos se dedicarán a escribir cartas innecesariamente largas a personas lejanas. ¡Oh! ¿qué estamos haciendo por el Maestro? Cuando termine el tiempo de gracia, ¡cuántos verán las oportunidades que descuidaron en cuanto a prestar servicio para su amado Señor que murió por ellos! Y aun los que son tenidos como más fieles, verán que podrían haber hecho mucho más si sus mentes no hubiesen sido distraídas por el ambiente mundano.

[389]

Suplicamos a los heraldos del evangelio de Cristo, que nunca se desalienten en la obra y nunca consideren ni aun al pecador más empedernido fuera del alcance de la gracia de Dios. Los tales pueden aceptar la verdad con amor, y llegar a ser la sal de la tierra. El que desvía los corazones de los hombres como se desvían los ríos de agua, puede hacer que el alma más egoísta y endurecida por el pecado se entregue a Cristo. ¿Hay algo demasiado difícil para Dios? “Mi palabra—dice él,—que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, antes hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.”

Dios no pondrá su bendición sobre los que son negligentes, egoístas y amantes de la comodidad; los que no quieren llevar cargas en su causa. El “Bien, buen siervo” será pronunciado solamente sobre aquellos que hayan hecho bien. Cada hombre ha de ser recompensado “según fuere su obra.” Queremos un ministerio activo, hombres de oración que luchen con Dios como lo hiciera Jacob, y digan: “No te dejaré, si no me bendices.” Si queremos obtener la corona del vencedor, debemos ejercitar todo nervio y toda facultad. Nunca podremos ser salvos en la inactividad. El ser ocioso en la viña del Señor, es renunciar a todo derecho a la recompensa de los justos.

[390]

Capítulo 60—Amonestaciones a los hombres muy atareados.

La paz de Cristo no puede ser comparada con el dinero; el talento brillante no puede disponer de ella; el intelecto no la puede asegurar: es un don de Dios. ¿Cómo podría yo hacer comprender a todos la gran pérdida que experimentan si no siguen los santos principios de la religión de Cristo en la vida diaria? La mansedumbre y la humildad de Cristo constituyen el poder del cristiano. Son a la verdad más preciosas que todo lo que el genio puede crear o las riquezas comprar. De todas las cosas buscadas, apreciadas o cultivadas, no hay nada tan valioso a la vista de Dios como un corazón puro, una disposición imbuída de agradecimiento y paz.

Si la divina armonía de la verdad y el amor existen en el corazón, resplandecerá en palabras y acciones. El cultivo más cuidadoso de los modales externos y de la cortesía no tiene suficiente poder para ahuyentar toda inquietud, juicio duro, y palabras impropias. El espíritu de genuina benevolencia debe morar en el corazón. El amor imparte a su poseedor gracia, donaire y hermosura de porte. El amor ilumina el rostro y subyuga la voz; refina y eleva a todo el ser humano. Lo pone en armonía con Dios, porque es un atributo celestial.

Muchos están en peligro de pensar que en los cuidados del trabajo, al escribir o ejercer la profesión de médicos, o cumpliendo los deberes de los diversos departamentos, son excusados si descuidan la oración, la observancia del sábado y el servicio religioso. Las cosas sagradas quedan así rebajadas para adaptarse a su conveniencia, mientras que los deberes, la abnegación y las cruces quedan sin tocar. Ni los médicos ni sus ayudantes deben intentar realizar su trabajo sin tomarse tiempo para orar. Dios quiere ser el ayudador de todos los que profesan amarle, si ellos quieren acudir a él con fe, y conscientes de su propia debilidad anhelan su poder. Cuando se separan de Dios, su sabiduría resultará insensatez. Cuando son pequeños a sus propios ojos y se apoyan en su Dios, entonces él

[391]

será el brazo de su poder y el éxito acompañará sus esfuerzos; pero cuando permiten que la mente se distraiga de Dios, entonces Satanás entra y rige los pensamientos y pervierte el juicio.

Hermanos, os ruego que obréis con el sincero deseo de glorificar a Dios. Depended de su poder; sea su gracia vuestra fuerza. Por el estudio de las Escrituras y la oración ferviente, tratad de obtener un claro concepto de vuestro deber y luego cumplidlo fiel mente. Es esencial que cultivéis la fidelidad en las cosas pequeñas, y al hacerlo adquiriréis costumbres de integridad en las responsabilidades mayores. Los pequeños incidentes de la vida diaria pasan con frecuencia sin que los notemos; pero son estas cosas las que forman el carácter. Cada acontecimiento de la vida es grande para bien o para mal. La mente necesita ser educada por las pruebas diarias, a fin de que adquiera fuerza para resistir en cualquier situación difícil. En los días de prueba y peligro, necesitaréis ser fortalecidos para permanecer firmes por lo recto, independientes de toda influencia opositora.

Dios quiere hacer mucho por vosotros, si tan sólo sentís vuestra necesidad de él. Jesús os ama. Tratad siempre de andar en la luz de la sabiduría de Dios; y en todas las variables escenas de la vida, no descanséis hasta saber que vuestra voluntad está en armonía con la voluntad de vuestro Creador. Por la fe en él podéis obtener fuerza para resistir a toda tentación de Satanás, y así crecer en fuerza moral con cada prueba de Dios.

[392]

Capítulo 61—La influencia de las compañías.

En nuestras instituciones, donde muchos trabajan juntos, la influencia de las compañías es muy grande. Es natural buscar compañía. Cada uno hallará compañeros o los hará. Y la proporción de la fuerza de la amistad determinará la influencia que los amigos ejercerán unos sobre otros para bien o para mal. Todos tendrán asociados, e influirán en ellos o recibirán su influencia.

Es misterioso el vínculo que une los corazones humanos, de manera que los sentimientos, los gustos y los principios de dos personas quedan íntimamente fusionados. El uno recibe el espíritu del otro y copia sus modales y actos. Como la cera conserva la figura del sello, así la mente retiene la impresión producida por el trato y la asociación con otros. La influencia puede ser inconsciente, mas no por eso es menos poderosa.

Si se pudiese persuadir a los jóvenes a asociarse con los puros, reflexivos y amables, el efecto sería muy saludable. Si eligen compañeros que temen al Señor, su influencia los conducirá a la verdad, al deber y a la santidad. Una vida verdaderamente cristiana es un poder para el bien. Pero, por otro lado, los que se asocian con hombres y mujeres de moral dudosa, de malos principios y costumbres, no tardarán en andar en la misma senda. Las tendencias del corazón natural son hacia abajo. El que se asocia con los escépticos no tardará en llegar a ser escéptico; el que elija la compañía de los viles, llegará seguramente a ser vil. El andar en el consejo de los impíos, es el primer paso en la senda que conduce al camino de los pecadores y a sentarse con los escarnecedores.

Aquellos que quieran adquirir un carácter íntegro deben elegir como asociados a quienes sean de inclinación seria, reflexiva y religiosa. Los que han contado el costo, y desean edificar para la eternidad, deben poner buen material en su edificación. Si aceptan maderas podridas, si se conforman con deficiencias de carácter, el edificio quedará condenado a la ruina. Presten todos atención a cómo edifican. La tempestad de la tentación lanzará sus embates contra

[393]

el edificio, y a menos que éste esté firme y fielmente construído, no resistirá la prueba.

Un buen nombre es más precioso que el oro. Existe en los jóvenes la inclinación a asociarse con los que son de mentalidad y moral inferior. ¿Qué felicidad verdadera puede esperar una persona joven de una relación voluntaria con personas que tienen una norma inferior de pensamientos, sentimientos y conducta?

Algunos son envilecidos en sus gustos y depravados en sus costumbres, y todos los que elijan tales compañeros seguirán su ejemplo.. Estamos viviendo en tiempos de peligro que deben hacer sentir temor en los corazones de todos. Vemos que la mente de muchos se pierde en los enredos del escepticismo. Las causas de esto son la ignorancia y el orgullo y un carácter deficiente. La humildad es una lección difícil de aprender para el hombre caído. Hay en el corazón humano algo que se levanta en oposición a la verdad revelada respecto de los temas relacionados con Dios y los pecadores, la transgresión de la ley divina, y el perdón por Cristo.

Hermanos y hermanas, ancianos y jóvenes, cuando tenéis un momento libre, abrid la Biblia y atesorad en la mente sus preciosas verdades. Cuando estáis trabajando, guardad la mente, mantenedla firme en Dios, hablad menos y meditad más. Recordad que “toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.” Sean vuestras palabras selectas; esto cerrará una puerta contra el adversario de las almas. Empezad el día con oración; trabajad como a la vista de Dios. Sus ángeles están siempre a vuestro lado, anotando vuestras palabras, vuestra conducta y la manera en que hacéis vuestro trabajo. Si os apartáis del buen consejo y elegís como compañeros a aquellos de quienes podéis con razón sospechar que no tienen inclinación religiosa, aunque profesan ser cristianos, no tardaréis en llegar a ser como ellos. Os ponéis en el camino de la tentación, sobre el terreno de batalla de Satanás, y a menos que estéis constantemente guardados, seréis vencidos por sus designios. Hay personas que durante cierto tiempo profesaron la religión; y, sin embargo, estaban en la práctica sin Dios y sin conciencia sensible. Son vanos y triviales, su conversación es de carácter inferior. El galanteo y el casamiento ocupan su mente, con exclusión de los pensamientos más nobles y superiores.

Las compañías elegidas por los obreros determinan su destino para este mundo y para el venidero. Algunos que eran una vez concienzudos y fieles han cambiado tristemente; se han separado de Dios, y Satanás los ha seducido a ponerse de su lado. Son ahora irreligiosos e irreverentes, y ejercen una influencia sobre otros que son amoldados fácilmente. Las malas compañías deterioran el carácter; minan los buenos principios. “El que anda con los sabios, sabio será; mas el que se allega a los necios, será quebrantado.”

Los jóvenes están en peligro; pero están ciegos para discernir las tendencias y el resultado de la conducta que siguen. Muchos se dedican al galanteo. Parecen infatuados. No hay nada noble ni digno o sagrado en estas relaciones; porque son impulsados por Satanás, la influencia tiende a agrardarles. Las amonestaciones que se dirigen a estas personas quedan sin escuchar. Ellas son temerarias, voluntariosas y desafiantes. Creen que la amonestación, el consejo o el reproche no se aplican a ellas. Su conducta no las preocupa. Están continuamente separándose de la luz y del amor de Dios. Pierden todo discernimiento de las cosas sagradas y eternas; y aunque conservan una forma árida de los deberes cristianos, no ponen el corazón en estos ejercicios religiosos. Demasiado tarde, estas almas seducidas aprenderán que “estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.”

Las palabras, las acciones y los motivos quedan registrados, pero cuán poco se percatan esas cabezas livianas y superficiales y esos corazones duros de que un ángel de Dios está a su lado escribiendo la manera en que emplean sus preciosos momentos. Dios traerá a luz toda palabra y toda acción. El está en todo lugar. Sus mensajeros, aunque invisibles, visitan el taller y el dormitorio. Las ocultas obras de las tinieblas serán sacadas a luz. Los pensamientos, los intentos y los propósitos del corazón serán revelados. Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar.

Los obreros deben llevar a Jesús consigo a todo departamento de su trabajo. Cualquier cosa que hagan, deben hacerla con una exactitud y esmero que soporten la inspección. Debe ponerse el corazón en el trabajo. La fidelidad es tan esencial en los deberes comunes de la vida como en los que entrañan mayor responsabilidad. Algunos pueden concebir la idea de que su trabajo no es ennoblecedor; pero su trabajo es precisamente lo que ellos quieren hacerlo. Ellos

solos son capaces de degradar o elevar su empleo. Quisiéramos que cada zángano pudiese estar obligado a trabajar para ganar su pan cotidiano; porque el trabajo es una bendición, no una maldición. La labor diligente nos preservará de muchas de las trampas de Satanás, quien “encuentra siempre algún trabajo perjudicial para las manos ociosas.” Ninguno de nosotros debe avergonzarse de trabajar, por humilde y servil que parezca nuestro trabajo. El trabajo es ennoblecedor. Todos los que trabajan con la cabeza o con las manos están haciendo su deber y honrando su religión, tanto mientras trabajan lavando la ropa o los platos como cuando van a la reunión. Mientras las manos se dedican al trabajo más común, la mente puede ser elevada y ennoblecida por pensamientos puros y santos. Cuando cualquiera de los obreros manifiesta falta de respeto por las cosas religiosas, debe ser separado de la obra. Nadie piense que la institución depende de él.

[396] Los que han estado empleados largo tiempo en nuestras instituciones deben ser ahora obreros de responsabilidad, fidedignos en todo lugar, tan fieles al deber como la brújula al polo. Si ellos hubiesen aprovechado debidamente sus oportunidades, podrían tener ahora un carácter simétrico y una profunda experiencia viva en las cosas religiosas. Pero algunos de estos obreros se han separado de Dios. Han puesto a un lado la religión. Ella no constituye un principio labrado en ellos, cuidadosamente apreciado dondequiera que vayan, en cualquier sociedad en que los coloquen las circunstancias, y no les resulta un ancla para el alma. Quisiera que todos los obreros consideraran cuidadosamente que el éxito en esta vida, y el éxito para alcanzar la vida futura, depende mayormente de la fidelidad en las cosas pequeñas. Los que anhelan tener responsabilidades superiores deben manifestar fidelidad en cumplir los deberes donde Dios los ha colocado.

La perfección de la obra de Dios se ve tan claramente en el más diminuto insecto como en el rey de las aves. El alma del ministro que cree en Cristo es tan preciosa a su vista como los ángeles que rodean su trono. “Sed pues perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” Como Dios es perfecto en su esfera, puede serlo el hombre en la suya. Todo lo que la mano hallare para hacer debe ser hecho con esmero y prontitud. La fidelidad e integridad en las cosas pequeñas, el cumplimiento de los pequeños deberes y de

los actos de bondad, alegrará la senda de la vida, y cuando nuestra obra en la tierra esté terminada, cada uno de los pequeños deberes cumplidos con fidelidad, será atesorado como preciosa gema delante de Dios.